

CÉSPEDES Y MENESES, GONZALO DE (1585?-1638)

VARIA FORTUNA DEL SOLDADO PÍNDARO

INDICE:

Al excelentísimo señor don Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno,

Al lector

LIBRO PRIMERO
INTRODUCCIÓN
I – XXIII

LIBRO SEGUNDO
I – XXVIII

FIN

AL EXC. SEÑOR DON MANUEL ALONSO PÉREZ DE GUZMÁN EL BUENO,

Duque de Medina Sidonia, Conde de Niebla, Marqués de Caçaza, Cavallero de la Insigne Orden del Tusón, del Consejo de Estado del Rey Felipe Quarto, su Capitán General del Mar Occéano y Costas del Andaluzía, y Gentilhombre de su Cámara

Excelentísimo señor,

El Soldado Píndaro, parto de mi corto talento y embrión de su idea, escrito y aun impresso entre el rumor y estruendo de las armas con que gloriosamente á sido vuestra Excelencia el invencible escudo de su patria, sale hoy al campo, sale al teatro público del mundo, tan falto y deslucido de artificiosas galas como falido y pobre de resistencia y fuerças. Verdad que siempre dize las pocas de su dueño; y assí, no es mucho que quando aquél procura el árbol de más sombra, éste también le busque su más seguro centro, su mayor patrocinio.

Si pueden escusar los afectos de padre tan grande atrevimiento, suplico a Vuestra Excelencia que sean los míos causa de su perdón. Enriquecer los hijos, darles honras y aumentos, obligan a los hombres a excessos espantosos. Bien conozco el que emprendo, pues tan humilde víctima no a tan supremas aras deviera consagrarse; pero es, señor, al fin, fruto de mi cosecha, ¿qué pudiera ésta dar sino espinas y abrojos?, y ¿quién sino el gallardo espíritu de Vuestra Excelencia, honra de España —bien lo á visto el mundo—, esclarecido y grande por sangre, armas y letras, inclinara sus ojos a un servicio tan corto?, mas tal qual éste sea, acompañándole voluntad y desseos no se ha de desechar. Todo tributo y feudo, si no por su valor, por el reconocido vassallaje ha de admitir el príncipe, porque aun el mismo Dios, que nunca necessita de nuestros sacrificios, gusta y se agrada dellos; y mayormente quando, como al presente, suple el sencillo afecto a la desnudez de su aparato, y el ánimo y desseo a la escaseça de la obra.

Guarde Nuestro Señor a Vuestra Excelencia según él puede, y sus criados avemos menester.

Don Gonçalo de Céspedes y Meneses.

AL LECTOR

Aunque pudiera con la introducción que hago en el principio del Soldado escusarte, o letor, del presente prólogo, todavía é querido antes —escrivámoslo assí— duplicar esta acción que, singularizándome, faltar al uso inmemorial y a la costumbre recebida. Tuviera yo a soberbia, y aun a osadía terrible, sacar a luz mi libro sin granjear primero tu curiosa atención, tu benevolencia y aplauso. Assí lo intento, ofreciéndote, si mi ventura es tal que, lo consiga, dar su segunda parte muy en breve a la estampa. Pero justo será que tú, en tanto, me animes agasajando esta primera.

Pídote que la leas menos censor que agradecido, pues quando se corrige con ánimo piadoso siempre es segura la esperanza de enmienda, y al contrario si depravadamente, porque entonces raras vezes se admiten as más graves censuras y advertencias. Pocas son las que aora puedo aquí prevenirte: mis dos Gerardos, mis Peregrinas y Historia de Aragón corren igual derrota, uno mismo es su estilo, no obstante que é procurado en éste ceñir más el lenguaje, hurtando el cuerpo a toda afectación, epíteto y sinónimo.

Lacónico y conciso verás hoy al Soldado, y no sin sus retazos de moralidad y doctrina, gracias a polianteadas, brocárdicos, proverbios y lugares comunes. En quanto a estas alajas, yo te confieso el robo; sólo lo enxerto y la invectiva es mío.

Perdón merece quien por abraçarse a la verdad no niega sus delitos; si bien ya vive aquesta tan oprimida en los presentes siglos, que quien la trata y sigue o ha de perderse a sí u á de perder sus amigos. *Vale.*

LIBRO PRIMERO

INTRODUCCIÓN

Era el rigor del más ayrado y proceloso invierno que vio en nuestros siglos España, últimos y primeros días de los años de veinte y tres y veinte y quatro; memoria prodigiosa a la posteridad, pues nunca rodearon nuestra Península tan continuas y perdurables nieves. Mas ni tanta aspereza mitigó el proseguir la suya mi contraria fortuna, antes, irritada de quien devía templarla con más justa razón, se armó de nuevo arnés en daño mío, obligándome con su persecución a confiar del duro temporal, de la inclemencia de los astros y de los erizados caveços, despedaçadas rocas y barrancos que en el término cántabro me acogieron con más piedad.

Aquí me fue forçoso assistir en uno de sus puertos de mar, esperando passage, y aunque con gran recato, el cuydado y centinela de mis émulos descubrió estos designios; y assí, para mejor assegurarame, uve de favorecerme de la inmunidad de un convento, donde sus dueños me ospedaron con religiosa caridad. Diéronme alegre quarto, cuyas vistas al mar, por alterado, tal vez aumentaron mi temor, creciendo al mismo passo que sus sobervias olas perseveraron enojadas por largos días. Pero en la noche de uno déstos, y quando con silencio profundo cercava a los mortales la prolixidad de sus tinieblas —como a mi fantasía, entre el pesado sueño, varias y tristes sombras, cierto presagio del successo futuro—, aún no siendo passado

el primer reposo, con mucho sobresalto me despertaron dél el rumor espantoso, luzes, armas y voces que inopinadamente llegó en aquella sazón a mi noticia.

Siempre los accidentes repentinos traen consigo desvariados efectos. A penas escuché que con voz imperiosa me mandaban que abriese mi aposento, quando sin más discurso creí que la justicia, vencida de la importunidad de mis contrarios, venía a prenderme; por lo qual, no respondiendo a sus razones, mientras un breve espacio fingí el dormido, haziendo un corto lío de mis ropas, me dexé despeñar (tal era su distancia) por una alta ventana que a la huerta salía; en quien el fiero golpe con que me hallé arrojado, la desnudez, el frío, la tenebrosa obscuridad, las maleças y espinas conjuradas contra mi frágil suerte, pudieran reducirla a un mui estrecho punto, si la consideración de tantos males no se alentara con el vezino riesgo.

Temí pasarme u otra igual desventura; estando reparado y queriendo escusarla y encubrirme, corrí más animado casi toda la huerta, si bien nunca en toda ella halló el recelo lugar más oportuno que los cauces y cubos de una noria, adonde, por parecerme parte más oculta y aun peligrosa, juzgué que los ministros no me buscarían. Allí estuve dos o tres quartos de hora; y el cómo, justo es que se remita al conceto y discurso del más abstero y rígido letor; y mayormente quando en medio del fracaso, para aumentar mis miedos, vi que con mucha prissa trastornaban la huerta de unas partes a otras diversas gentes con linternas y luzes.

Preciso era que entonces todo se presumiese en mi contra; túveme por perdido, juzguéme preso y, entendiéndolo assí, antes quisiera verme tragado de la tierra. A tan mísero estado como éste me an traýdo las esperiencias de tan grave desdicha, la tyrannía y maldad con que dominan los ministros de prisiones y cárceles sus infelices súbditos, la desvergüença de un portero, la sobervia y imperio de un alcaide y, finalmente, el tropel con que es atropellada la justicia del digno, la razón del que saben que se aventaja en algo a su naturaleza inculta y bárbara. Tales lugares y ocasiones no respetan ni asisten sino a los facinerosos y delinqüentes; assí corren las cosas destes cansados siglos, los que por sus excessos y peccados devieran sepultarse en el eterno olvido, éssos son aplaudidos, éssos éssos hallan favorables juezes, Mecenas protectores y, en conclusión, de sus atrocidades y delitos la salida y escape.

Mas bolvamos al mío, que por lo menos era en esta sazón arto difficultoso; con que, por no caer en maior precipitio, uve de esperar el último successo, que no se dilató según pensava; porque una de aquellas luzes, cansada de discurrir en busca mía y guiada por un frayle, dio quando menos deseava en mi secreto asilo. Creý perder el juicio, confundido de ver que, sin embargo de sus hábitos, los religiosos huéspedes solicitassen mi perdición. Assí lo presumí, bien que engañado, asta que adelantándose con un "Deo gracias", y assegurado más con mi propio nombre, salí del cauce adonde condolido me atendía el buen fraile con los braços abiertos; y llamando a otros muchos que andavan en mi alcance, juntos me bolvieron a mi aposento; en quien, en vez de la justicia que alborotó mi pecho y originó mi fuga, hallé que, aviendo echado por el suelo las puertas, me tenían dentro dél alojado un cavallero herido, aunque en distinta alcova y apartado.

Parece ser que, a la sazón que dixé, llegó éste al convento pidiendo su sagrado refugio, y el superior piadoso no sólo se le dio en mi mismo quarto, mas juntamente le procuró el remedio de algunas eridas peligrosas que le traýan desalentado. Assí que desta suerte y a este tan justo fin se encaminaron las bozes, el tropel y las luzes que con tal desatino como ya avéis oído me sacaron del lecho y aun pusieron mi vida en no poco cuidado; pero no obstante todo lo padescido, remití mi consuelo a mejor coyuntura, tratando solamente en aquélla del más urgente daño del nuevo compañero, cuya sangre, derramada por diferentes bocas, no sin grande trabajo pudo restañársele aora, dexándole, si bien descaecido y desmayado, por lo menos seguro de una muerte improvisa.

Destá forma aviéndole curado, fue forçoso confiarle de mí y de un hermano lego mientras la comunidad acudió a los maytines. Mas porque a los sucessos referidos se accumulassen esta noche otros nuevos, a penas se salieron los frayles, y a penas mi camarada y yo, advirtiendo la robusta persona conjeturávamos por ella el valor de su dueño, quando abriendo él de repente los ojos, frenético y terrible interrumpió nuestros discursos, arrojando la ropa y poniéndose en pie con espantosa ligereza. Avíanle dexado inadvertidamente sobre un bufete sus vestidos y espada, y en viéndola, incitado de su furor y desacuerdo, envistió con ella, y en un instante con nosotros, y repitiendo con turbada voz estas mismas palabras, dixo:

—¡O traydores! ¿Cómo con tan infame alevosía me avéis acometido? ¿Esto es de cavalleros y soldados? ¿Celada me tenéis apercevida? Pues no importa; que mi razón y el cielo serán en mi defensa.

Esto y el dar al pobre lego un desvariado golpe fue todo uno, y en mí hiziera lo mismo si, poniendo en medio las paredes, no me saliera fuera y escusara el encuentro. Apellidé favor, y acudiendo los frayles, como siempre la flaqueza del cuerpo disminuie la alteración del ánimo, sin mucha dificultad, respeto de la sangre vertida, le reprimimos y bolvimos a la cama.

Con tales naufragios se entretuvo la noche y llegó el día, y a mis oídos, juntamente con él, no pequeñas bislumbres desta confusa máchina; pero aunque las causas principales eran estrangeras y occultas, la cortedad del pueblo hizo que se entendiessen, si no las esenciales, a lo menos las que en aquellos términos pudieron rastrearse; porque mientras mi herido huésped con silencio mortal y apressurados parasismos pronosticava el último, la justicia, solícita averiguó el delito y dio en cierta posada con uno de los agresores homicidas.

Era este un biçarro mancebo, flamenco de nación, y que, según se supo, avía venido desde aquellos países con otros compañeros en seguimiento de su sangrienta execución; mas salióle frustrada, pues en ella quedó tan mal erido, que al prenderle al presente los ministros dexó el alma y el vengativo intento entre sus braços, necessitándolos a enterrarle y, por el consiguiente, a poner guardas al convento que previniessen el escape de nuestro retraído; el qual, a esta sazón, casi puedo dezir que caminava a no menor desdicha.

El origen y fundamento desta estuvo por entonces secreto, porque los que acompañaron al difunto se pusieron en cobro, y el que pudiera declararle estava sin abla ni sentido y en agena y distinta jurisdicción. Con que tuvo el lugar —el vulgo, digo— materia suficiente en que discurrir y entretenerse, fingiendo y artiçando, según suele, a sabor de su gusto, diferentes razones y novelas. Mas no quiso la suerte que se igualasse la mía con tan confuso número; y assí, por donde menos la curiosidad presumió investigarla, conseguí su noticia, quizá solicitada del amor y cuidado con que acudía a la salud del dueño; si bien ni fue tan breve ni por camino tan poco extraordinario y peregrino, que por lo menos no merezca ser la fuente y principio de adonde redundaron y procedieron estos discursos.

Assí pareció ello al quarto día del passado successo, en quien, de parte de unas religiosas señoras —no sin admiración—, tuve un corto billete y con él otro papel cerrado y sin sobre escrito. Causóme novedad, pero libréme della leyendo en el primero las siguientes razones:

"Vuestra opinión y proceder an llegado a esta casa con tanto crédito quanto mi temor y peligro necessitavan de remedio. Suplícóos, señor mío, que esta noble confiança halle en vos la acogida que experimenta a costa de mi vida el dueño della, que está en vuestro poder; a quien también os pido que déis esse villete, y el consuelo y amparo que piden sus desdichas y de vuestra piedad me é prometido."

Tales palabras contenía mi papel, mas en tanto que, dándole yo el suyo, iva leyéndole el incógnito huésped, atento a sus señales y mudanças, esperé que acabasse, investigando en

ellas algo de lo mucho que me tenía perplexo; y no del todo se me desvanesció mi pensamiento, pues las espesas lágrimas y suspiros con que en esta ocasión cedió el varonil espíritu al nuevo sentimiento, claramente comenzaron a abrirme las entradas y puertas de tantas confusiones.

Cayósele al presente, con un triste gemido, el papel en el suelo, y en largo espacio ni él me dexó lugar, ni yo le tuve por conveniente para preguntarle el origen ni tratar su consuelo. Parece que aquesta voluntad previno y abrevió mis deseos, pues poniéndome el billete en las manos, al entregármele, quiso que le leyese, diziéndome primero semejantes razones:

—Por essa carta veréis, o amigo mío, las interiores causas que más me atormentan y afligen. Ruégoos, señor, que disculpen con vos mi flaqueza y descuido, y que asimesmo, en coyuntura suficiente, recibáis los despojos que me á dexado mi fortuna, según me avisan.

Con esto se calló, mientras yo, obedeciéndole, leyendo su papel vi que decía desta suerte:

"Amado señor mío: Encarecer mi sentimiento con palabras, quando el caudal de entrambos está compuesto ya de tan buenas obras por vuestra parte, como de obligaciones y prendas por la mía, escusado parece. Y assí, cierta de que a mis lágrimas, penas y desconsuelos daréis el justo crédito que merecen, remito a su consideración lo que falta a mi pluma. Sólo os diré que quedo como nave sin leme, como perdida oveja de su aprisco y, finalmente, como quien en un punto se ve privada del remedio del cuerpo, del alegría del alma, del alivio de aquésta y el contento de aquél, y para dezirlo de una vez, del ser y vida y de la conservación de uno y otro; pero ni en tan triste naufragio, en aprietos tan miserables y terribles, como nunca los cielos cerraron a nuestras ansias las piadosas orejas, assí también aora no an permitido que me falte esperança. "Confío en ellos que tendremos remedio, y que ni la desastrada muerte de mi hermano ni las crueles eridas que tenéis por su causa serán fatal opuesto a nuestros justos y entrañables desseos. Quien de tales peligros nos escapó hasta aquí dará salida y libertad al último. Este firme propósito suspende con fuerça superior el fin desesperado de mis cosas; mas si se desvanece, tened por cierto que seguirá Isabela los mismos passos de su querido Píndaro; vuestra muerte y la mía serán a un tiempo mismo despojos de las Parcas. Mas en tanto que esto se nos dilata, bien es que yo me guarde viva al más perseverante y verdadero amor que vieron nuestros siglos. "Por esta causa, oy, que é sabido tenéis mejor salud, salgo a esperarla confirmada, vuestro fiel Roberto, a donde, en los vezinos montes desta villa, estaré más segura que en medio della acosada y perseguida de sus averiguaciones y pesquissas. Temen estas santas mugeres que sea incapaz de la inmunidad de su casa nuestro exceso y delito, y presumen que mi asistencia en ella les podrá acarrear algún escándalo, y yo quiero escusársele y obedecer a la fortuna. Pero impossible es, señor, que me alexe de vos; perded de mí cuydado y sólo le mostrad al presente en vuestra restauración y mejoría; y juntamente, en que vuestro amigo recoja estos baúles y ropa, que mi solicitud libró de los ministros de justicia. Irán, en siendo noche, con el portador déste; estad assí advertido. Y Dios permita que muy en breve nos bolvamos a ver."

Assí tuvo su fin el papel precedente, cuyo fondo, sin poderle alcançar, aún prometía más intrincados laberintos. Acrecentávanse éstos con mi corta noticia y con el profundo silencio de su dueño. Es demasía y aun ignorancia grande presumir el tercero penetrar y descubrir lo que, no le tocando, se le encubre y recata; pero ni este respeto justo desvió mi propósito, si bien, templándole, morigeró la voluntad curiosa, sustentando con esperanças sus desseos.

Con tanto, aquella tarde recibí de secreto quanto por el villete se advertía, baúles, maletas, cogines y diversas alajas. Todas las encerré en mi propio aposento y puse en la presencia y ojos de su dueño; el qual ya, en aquesta sazón, recobrándose en las perdidas fuerças, no sólo mejoró por la posta, mas dentro en quinze días se halló fuera de riesgo. No aguardava yo más buena coyuntura; avíame ofrecido en diferentes lances larga y estrecha cuenta de su vida,

obligó a su efecto el que mostraron mis cuidados y voluntad en su cura y reparo. Pedíale yo con esta confianza el cumplimiento de la promesa, a la qual correspondiendo agradecido, quando menos juzgava, abriendo los baúles, me dexó satisfecho, y aun mucho más de lo que yo pudiera prometerme.

Sacó dellos dos legajos en forma de quadernos, y puestos en mis manos, con alegre semblante me dixo:

—Essos fragmentos son progressos de mi vida y el mejor desempeño de mi palabra. Vedlos y corregidlos, pues para todo ay tiempo en vuestra reclusión y mi convalescencia, y si ya os parecieren dignos de publicarse, vuestro consejo será su execución; dellos y de su dueño podréis hazer lo que por bienuviéredes.

Tal fue su beneplácito y licencia; y assí, con ella summamente contento, leyéndolos de espacio, y viendo atentamente casos tan peregrinos y prodigiosos, no quise que careciesse el mundo dellos por mi pereza y cortedad. Este respeto justo los á puesto en la estampa, de adonde salen hoy a que la curiosidad los admire y la severidad los censure y enmiende; y por lo menos ésta, siendo siempre deudora a mi buen desseo, no le podrá negar el metal rudo y pobre que con tales discursos ofrece a sus martillos cada día, ni aquélla la entretenida variedad con que procura divertirla y grangearla.

Ninguna cosa é permitido se le quite al verdadero original; sólo en algunos nombres, materias rígidas y circunstancias mal digestas mudé lo conveniente al estado que corre. Pero su título es el mismo que contiene este libro, que, por mejor accomodarle, le dividí en dos partes, y la primera es la que sale aora. Tenga el lector paciencia, que ya verá a su tiempo desatado el comenzado ñudo; sabrá quién fue Isabela, las causas de la muerte de su hermano, eridas de su amante y otros apuntamientos cuyas ebras quedan aquí troncadas por dar principio igual al prometido intento, término y precedencia más conforme y según los successos y vida del Soldado. La qual él mismo escribió en la siguiente forma:

I

Es mi intento, plega a Dios se consiga, instruir al lector en los varios successos de mi vida, la imitación de lo que en ella pareciere digno de alabança, como el desprecio de lo vituperable y vicioso. Y aunque es verdad que, siendo coronista de mí mismo, expongo la opinión a evidentes peligros, pues los defectos se admitirán con nota y las buenas acciones con incredulidad, todavía, en cambio de alcançar el principal motivo, los atropellaré con paciencia.

Advertido este punto, mi nombre es Píndaro, y mi patria una de las maiores poblaciones de Castilla. Callo, por lícitos respetos, el apellido noble de mi solar y casa, en quien aviendo sucedido por muerte de sus padres el mío, razonable parece que en él tengan origen y principio mis progressos. Quedó aqueste huérfano y en floreciente edad quando, por la riqueza y sangre y lustre, suelen los tiernos moços precipitarse desenfrenados a grandes desventuras; y no assí como quiera fue la que se ocasionó en el poco recato de sus ojos, pues aviéndolos puesto en cierta dama, admitidos y logrados sus ruegos, creció en la possession su voluntad, de suerte que, sin tomar estado, vivió por muchos años rendido a las delicias de su lascivo amor.

Abismo miserable de la inesperta juventud, porque como anda ésta encadenada siempre de tan fuertes passiones, muchas vezes sale de todo término; su cautiverio siente y, deseándola, ni apetece ni quiere la amada libertad; su llaga advierte y no admite la cura; quémase y

menosprecia el refrigerio; dulce le es la ponçoña, deleitable y sabrosa su amargura mortífera; apacibles sus daños, sus tormentos gustosos, descanso su trabajo, y la muerte suave; y finalmente, ningún consejo abraça, ningún remedio escucha mientras la edad no se resfría y la castiga la madura vejez.

Assí, fue necesario para tan grande incendio que otro fuego maior, otra llama furiosa, con rigor impensado arrebatasse y consumiesse en los efectos torpes de tanta mocedad aún asta las memorias de sus secas cenizas.

No dilato este cuento, porque para la intelligencia de los míos sobra su brevedad; demás que, si pudiera, aun lo que escribo dél me dexara en silencio. Deven los hijos, por la obligación natural que les corre, antes encubrir y zelar los mínimos defectos de sus padres que publicarlos, perdiendo a su memoria semejante decoro; mas si a la posteridad es de essencia, o porque de tales causas suele redundar su perjuizio, descrédito u infamia, o razón que la induzga, en un caso como éste, ya que más no se pueda, anse de disponer con el recato y tiento que prosigo.

Tenía pues, en el maior concurso de su amor, un solo amigo, hombre de quien mi padre fiava sus íntimos secretos, igual en sangre, en años y en hazienda, y si lo fuera en juizio, me atreviera a afirmar que ansí devían los hombres hazer tal elección. Parece detestable que se acompañen como amigos un viejo y un rapaz, un noble y un mecánico, como un rico y un pobre; donde ay desigualdad nunca ay firmeza, el poderoso se cansa del mendigo, el noble del humilde, y el viejo retrocede en la edad. No era la de mi padre para tantos discursos, fuele preciso hazer una jornada, y en su ausencia fío de aqueste la mejor prenda de su alma, digo, el cuidado de su dama y dos hijas que ya tenía por fruto de su empleo; mas él anduvo demasidamente confiado, su dama poco honesta, y menos leal y firme su amigo y compañero.

No se pudo encubrir este trato; dio la buelta mi padre, y presumiéndole, aun acrescentó su sospecha la mal sana consciencia de su amigo, que, temiendo el castigo, fue poco a poco retirándose de su conversación, y maiormente de que su compañía le hallasse en escampado. Todos estos motivos, conferidos con igual advertencia, fueron confirmando su agravio. Pedía éste vengança, y apressuróla la tibieça con que era ya correspondido en sus amores, tácita confesión de su mudança. Induze mayor culpa el silencio en el reo. Dio con tanto mi padre por averiguado el delito, y con rabiosos celos, sin tomar otro acuerdo, le escribió un papel que, entre diversos sentimientos, le advertía se viessen en el campo para su satisfacción; adonde acudiendo el amigo como buen cavallero, le hallaron el siguiente día muerto de diversas heridas.

Súpose brevemente el agressor, contra el qual procedió la justicia, y con maior rigor quando, desnudando al difunto, se descubrió en el pecho el papel y su firma. Secrestaron los bienes, buscóse la persona, publicáronse edictos y pregones y, finalmente, tal fue la diligencia, tanto creció el peligro y se enconó la culpa, que convino se saliesse del Reyno, abandonando deudos, hazienda, patria y afición tan costosa; perdiólo todo al fin, y perdiónos a todos, porque ninguno yerra para sí solamente. Entróse en Portugal quando se prevenía la fatal y mísera jornada decantada por tan varios autores; hallóse en ella entre otros castellanos que en compañía del capitán Aldana fueron sirviendo al rey don Sebastián, murió y con él murieron diversos españoles, y de los vivos que quedaron cautivos fue mi padre uno dellos, si bien cobró la libertad quando por razones de estado hizo Mulei Amet presente de diversas personas a la magestad de Filipe Segundo. Poco después de aquesto se casó en Portugal, si no con muchos bienes, con sujeto de calidad y deudos que, por materia de interesses y hazienda, le movieron en pocos días tan graves inquietudes, que tuvo por más sano dexarlas todas, y con sola su esposa mudar casa y assiento.

Avía en el ínterin corrido casi en toda Castilla largamente la fama de su muerte, creyda y fomentada aún por personas que le tenían obligación y sangre; cosa que en cierto modo aprovechó a mi padre, pues cuydando de sí, con cercenar su nombre, si ya no en su patria, podía en otra qualquiera vivir seguro. Abraçó este consejo, y executándole, convirtiendo en dinero los despojos y bienes de su corta fortuna, eligió su morada no lexos de Toledo, en la más deleitosa y alegre población de sus contornos. Temeridad parece averse assí acercado a sus enemigos, mas quien supiere su clausura y recato, y el modo y proceder con que passó su vida, antes lo atribuirá a virtud y prudencia o a penitencia justa de sus peccados. Veinte años le duró el estado presente, en quien cargó de hijos, cierta cosecha en casa de los pobres; y aunque no todos se lograron, quedamos los que bastantemente acrescentaron sus cuydados; si bien en medio dellos, viviendo con mayor esplendor que pedía su escaseça, tal vez entre los cuerdos y advertidos se presumió el brocado que de su buena sangre encubría el sayal tosco de sus muchos trabajos.

Serían en aquesta sazón mis años doze, y aunque las travessuras no salían de pueriles, todavía, para mi educación y mejor sossiego —que el que no sabe letras, teniendo ojos no vee—, me entregaron a los padres jesuítas, hombres a quien Europa deve en estos últimos siglos la gloria y enseñanza de su nobleza y juventud y, por el consiguiente, los ilustres sujetos que la an honrado y enriquecido. Allí estudié, en compañía de mi menor hermano, el fundamento verdadero de las maiores ciencias y, siendo razonable gramático, passara a alguna dellas, si malas compañías y una ocasión bien fácil no interrumpieran estos intentos. Hize a mi ocupación algunas faltas, temí el castigo, y sin otro discurso, con dos reales, un Tulio y un Virgilio, tomamos el camino de Toledo yo y otro mancebete llamado Figueroa. Este fue el escalón primero de mis peregrinaciones.

II

Guardávanse de peste los lugares vezinos, y no llevando testimonio de aquél donde veníamos, passávamoslo mal, y como poco acostumbrados a semejante carestía, sintiendo ya el trabajo, el cansancio y la hambre, diéramos de buen grado la buelta a nuestras casas; mas llegando la noche, remitiendo a una viña —donde por ser el tiempo maduravan las uvas— nuestra aflicción, satisfecho el estómago con tan fácil consuelo, nos alentamos y proseguimos asta un lugar que se llama Torrijos; al qual yendo rodeando, por negarnos la entrada, siendo ya bien claro el día, dimos en una choça donde, llegándome a mirarla curiosamente, hallé que estava sola y, más escrudiñándola, entre unas pajas una muy buena espada. Parecióme a propósito para nuestra jornada y juzgándolo assí, la saqué al compañero, que muy alegre, por ser de maior cuerpo, se la puso en la cinta; y yo lo consentí, tiniendo por mejor que si el dueño viniessse en seguimiento della la hallasse en su poder y no en el mío.

Y succedió ello assí, porque apenas avíamos caminado una pieça quando, llamándonos a voces, vimos que por la misma parte nos seguía un hombre. No fue difícil el conocimiento de la causa, porque la culpa le traía tras de sí; mas con todo esso, sin perdernos de ánimo, no pudiendo correr con el grande cansancio, uvimos de esperarle, aunque yo a barlovento dissimuladamente me aparté del compañero un poco. Llegó en esto desalentado el de las voces, y alçándolas al cielo nos llamó de ladrones, y sin más reparar enbistió con su espada, y tomándola, no obstante las disculpas que le dávamos, que raras vezes se admiten con la cólera, començó a duplicar coces y cintaraços sobre mi pobre amigo.

Ví el pleito mal parado y aligeré los pies; mas con todo me igualaran la sangre si a este punto, viéndose Figueroa cubierto della no enpeçara a gritar que le avían muerto. Esta voz, que turbó al agressor —efecto del peccado—, me dio algún aliento, y viendo que assomavan muchas carretas, corriendo a ellas, con la lengua y las manos empecé a llamar a los que las guiavan, y

apellidando al Rey y a su justicia les di a entender que nos avía salteado por quitarnos el dinero y las capas.

Y no fue necessaria maior información, principalmente autorizada con la sangre que le salía de la cabeça a mi amigo, y sobre todo con ver yr retirando con mucha priessa al reo, action que induze provança en el delito; y assí, enfurecidos y lastimados, dándole por precito, con palos y con piedras le persiguieron de tal suerte que, en breve espacio, bien molidas sus carnes, le echaron en el suelo. Y sin querer oírle, atándole las manos, dieron buelta con nosotros al pueblo, y allí bastante cuenta de lo que avía passado a las guardas que estavan a la puerta; y aunque aquéllas, conociendo al buen hombre por ser su viñadero y quiçá no de tan ruines tratos como yo le imputava, le quisieran librar, viendo la sangre y las eridas, no se atrevieron.

Acudió un alcalde ordinario y, empeçando a informarse, me apartó a una parte. Estávamos Figueroa y yo advertidos; y assí, sin tomar la espada en la boca, convenimos en uno, confirmando el pretesto referido. Deseava el alcalde que no uviesse cuerpo de delito, porque sería por dicha su criado el paciente, y en fin, como a muchachos, nos acalló con facilidad. Mas a mí, que repetía me bolviessen los dineros que no me avían quitado, con ocho reales me dexó contento, mientras recogiendo a una casa al compañero se dispuso su cura. Con aquesto no permitió querella; pero aunque mandó prender al hombre, yo no me tuve por seguro; temí que su inocencia y nuestra culpa nos trocassen la flor, y assí, viendo que Figueroa estava ya acostado y con achaque para más de diez días, despidiéndome dél por muchos años, tomé otro camino, y antes de ser las doze llegué a unas ventas muy cerca de Toledo.

Allí comí, y passada la siesta, bolviendo a mi viaje, cerca de la ciudad, por encubrir mejor la romería, sacudí el polvo del vestido, lavéme el rostro, y sacando los libros en la mano, con lindo aire y despejo, cosa mui necessaria para dissimular y fingir, me calé por las puertas de Visagra, engañando las guardas de la peste. Y sin más detenerme en la consideración de aquel bello espectáculo, de aquella hermosa prespectiva que con tan generosa magestad muestra a los ojos la variedad de tantos edificios, fuertes murallas, barvacanas, torres y chapiteles, y en su vega tan ricos santuarios, conventos, ermitas y hospitales, llevado del concurso de la gente, corrí tras della unas cuestas arriba; y con esta prissa, sin saber por qué causa, atravesando calles, passado un breve término, me hallé en su famosa plaça de Zocodóver, donde creció el bullicio y en mí el deseo de entender la razón, y maiormente quando allé en su mitad un tablado cubierto de baietas, y los andamios, rejas y ventanajes de maior muchedumbre.

Atónito con esta novedad, y poco acostumbrado a ver tales concursos, salí de la duda en que estava oyendo que este aparato era querer cortar la cabeça a un hidalgo, al qual no mucho después, bien rodeado de diversos ministros y de religiosos y cruces, vi entrar por una calle. Venía el miserable hombre con un largo capuz, y la barba y cabello más blanco que la nieve hasta la cinta, desacreditando en su venerable presencia la verdad del delito que los altos pregones hazían notorio. Dezían aquéllos que por un homicidio aleve y en el campo se executaba tal justicia; mas no obstante, la conmiseración y lágrimas del pueblo, valiente testimonio de su inocencia, la contradezían de manera que, a no venir con tantas varas, recato y opression, se pudiera temer algún escándalo. Al fin, a fuerça de temores y atropellada de los muchos cavallos, uvo de dar la gente, retirándose, lugar a que subiesse el reo al cadahalso, bien que tan desfallecido y mortal como pedían sus años y el passo temeroso en que se hallava.

Creció entonces la priessa, el rumor y embaraço de los que le ayudavan y assistían. ¡O cuánta indiscreción é visto yo en semejantes accidentes! En todo quiere entrada nuestra curiosidad y devaneo. Solícitos los unos, con voces entonadas, le repetían diversas devociones; éstos mostravan su energía y verbosidad, aquéllos su afectada retórica; unos, con el Christo en las manos, varias y esquisitas acciones, procuravan su aliento y mejor ánimo,

mientras los otros le rezaban los salmos y dezían anticipadamente el Credo; assí que, desta suerte atropellándose los unos a los otros, su buen zelo se convertía en confusión y voces, y el duro trance en campo de batalla, sin saber a quien se responder ni a quien bolver los ojos el desdichado y mísero sujeto que lo padescía. Pero de tan amarga turbación, si assí puede llamarse, le sacaron aora las manos del verdugo que, atándole las suyas y pidiéndole perdón, le acercó a un escabel, junto al qual, hincado de rodillas y vendados los ojos, en un mudo y espantoso silencio esperó con el pueblo el fin de su tragedia.

Mas en tan crudo punto y quando ya quería darse el último golpe, turbó su execución, no sin muy grande alboroto, los gritos y tropel con que, rompiendo por la gente, llegaron al palenque dos hombres de a cavallo; los quales, en haziendo notoria una real provisión que mandava suspender la justicia, con general aplauso y regozijo, bolviendo a nueva vida aquel cadáver, le quitaron la venda; y en los braços de muchos, porque ya entoces casi estava sin alma, le tornaron a la prisión.

Quedó con tanto despejada la plaça, y siendo puesto el sol, con gran desseo de saber el successo, y sobre todo la causa principal, me recogí a un mesón; adonde, hallando a otros forasteros con igual voluntad, quiso mi buena suerte que, entendiéndolo un venerable sacerdote que allí posava, nos la satisfiziesse, contando assí el origen de lo que avíamos visto:

III

—Bien os puedo afirmar, honrados huéspedes, que del presente caso pocos mejor que yo pudieran daros tan buena cuenta, porque, demás que la tengo dél muy particular, soy de su propia tierra del hombre que avéis visto, y no al que menos dolían sus desventuras.

Assí començó el clérigo, y nosotros pendientes de su boca escuchamos lo que assí proseguía:

—Quatro leguas de aquí está un lugar, jurisdicción de aqueste, en el qual desde las montañas de Burgos avrá más de cinquenta años que, siendo mancebico, assentó su vivienda el que hoy mirastes viejo y lleno de canas, adquiridas tanto del presente naufragio quanto del trabajo continuo y sudor de sus manos; pues tan sólo con ellas y el proceder virtuoso vino a adquirir hazienda, muger, crédito y casa, la mejor de aquél pueblo, y la opinión más rica de todos sus contornos. Mas como a los bienes y contentos mundanos nunca faltan retornos de maior contrapeso, en medio de su tranquilidad y en el fin de sus días llegó a experimentar la variedad de la fortuna, que hasta entonces nunca se le mostró contraria, si no fue en la escaseça de hijos, dulce y amable compañía de los poderosos y ricos.

Muchas vezes pedimos y queremos lo que menos conviene, y muchas vezes, importunado el cielo de nuestros ruegos y demandas, permite, para castigar tal ceguera, que de la misma causa procedan nuestros males y daños. Sucedióle lo mismo a este buen hombre, que, viéndose sin hijos, no dexó diligencia, votos ni sacrificios que no interpusiesse, ni natural remedio que no experimentasse; hasta que, aviéndose Diosservido de darle una hermosa hija, libró en ella quizá el açote de su terca porfía.

Crióse aquesta dama más como única heredera de un grande cavallero que como hija de labradores llanos; y siendo la niña de los ojos de sus padres, vino al fin a quebrárselos con su poca advertencia. Vivía en este lugar un noble personaje, por sangre ilustre, y generoso por hazienda; y con tener lo mejor de la suya en aquel circuito y otros particulares que no digo, temido y estimado más como señor absoluto que por vezino y morador. Tenía tan sólo un hijo, successor, si no de sus virtudes, de un grande mayorazgo; sedicioso y terrible, causa por quien sobrevinieron a sus padres muchos disgustos, y no pocas desórdenes al pueblo; y no fue

la menor prendarse en los amores desta donzella y, para sus efectos, solicitalla y perseguilla por caminos estraños.

En toda enfermedad se dessea y apetece remedio, sólo para dexar de amar se aborrece y desprecia; assí, aunque bien mal correspondida, duró esta voluntad mui largos días encubierta de sus padres y deudos, resistida con valor de su dama, y por el consiguiente, viéndose desdeñado, proseguida más dél como tema y locura que por otros motivos. Con que resuelto a conseguirla, sin reparar en promessas que no avían de cumplirse, teniendo grangeada una criada de Teodora —que éste era su nombre—, se resolvió a escribirla un papel, cuyo tenor fue después tan notorio, que no es mucho que, llegado a mis manos, oygáis aora que fue como se sigue:

Carta

"Tres años á, o gallarda Teodora, que son despojos tristes mis sentidos y el alma de vuestra ingratitud, sin que en tan largo término aya ésta mejorado de suerte ni aquéllos cobrado libertad siquiera para conocer su desdicha. O restituidlos ya en vuestra gracia, o permitid que en ella trate de su remedio quien si a vos oy le pide, más es para vuestro honor y descanso que para reprimir sus ardientes desseos. Yo sé, señora mía, que no os merezco, y tened por creído que si de aquesta suerte lo entendieran mis padres, ni temiera descubrirme a los vuestros, ni el testimonio verdadero de mi amor viviera tan sin crédito en vuestro noble pecho. Considerad en él estas breves razones, y si ya mi fortuna quisiere que se admitan, satisfechos y bien galardonados quedarán mis trabajos. Discreta sois, y la ocasión no indigna ni el tiempo tan adverso, que sin que passe mucho, curándose el disgusto, vos os hallaréis con marido, vuestros padres con yerno y los míos desenojados. Vuestra respuesta espero, Dios os guarde, y a mí me haga agradable a vuestros ojos."

Tal fue el villete de don Luis —llamávase él assí—, leydo de Teodora con algún sentimiento, porque aunque dissimulava con onestos recatos, la perseverancia del moço avía repicado más de dos vezes en su alma; y assí, con pocos ruegos de la diestra criada, le recibió y leyó como tengo dicho; que es mui difícil condenarse las cosas que naturalmente nos deleitan y agradan, demás que raras vezes determinan las mugeres el fin de los successos en el consejo de su resolución, sino los medios de executarla. Parecióle que en tan larga afición no podía aver engaño; juzgóse por capaz de maiores empleos casada con don Luis, y últimamente, hecha principio y vasa de su casa y linaje. Este desvanecerse atropelló todo más sano acuerdo, hízola dar de mano otro amante y pariente con quien los suyos pretendían casarla, y finalmente facilitó el enojo y afrenta de sus padres. Doró su yerro y liviandad, y con tal presupuesto, admitido el papel, dispuso el verse con su dueño, como se efectuó por una fuerte reja, por quien los dos se hablaron; don Luis con el pretesto de que fuesse su esposa, y ella con pedirle licencia para dezírselo a su gente.

No era éste el intento del moço, porque de dar tal cuenta presumía que la sabrían sus padres, y por el consiguiente se le opondrían; assí, procuró dissuadirsele, y con tan dissimuladas y engañosas razones que la tierna donzella se satisfizo; y dentro de no mui largos días, frustrada la esperança del antiguo galán, dándole franca entrada y possession de su persona, tuvo de don Luis por retorno palabra y fee de su esposo y marido, hallándose presente un pajecillo suyo y una criada della.

Desta suerte se prosiguió su amor, aunque como el amante no andava verdadero, al passo que se vio poseedor començaron sus intercadencias y pausas; y no contento aún dellas, como la maior parte del deleite está en su vana gloria y alabança, con indigno decoro publicó todo el caso, siendo en breve notorio a la maior parte del lugar.

Entendió tal desdicha la madre de Teodora, porque abrasado y consumido de rabiosas sospechas se lo dixo el pariente; mas como él no osava declararse, y ella supo al momento el ñudo con que estava soldada, aunque al principio mostró gran sentimiento, después, más consolada, mitigó su dolor con la esperanza de ver a su hija remediada con tan honroso empleo. Pero duró este alivio lo que tardó en mostrarse el exceso de la dama, que, viéndose preñada y al galán resfriado, trató de consultarlo con un religioso su deudo. El qual, con acuerdo de madre y hija, tomó a su cargo dar un tiento a don Luis. No dilató la empresa; ablóle luego al punto, mas fueron en vano sus palabras y sus cristianas persuasiones dichas en el desierto; porque el perdido moço, apenas entendió la demanda quando, cubriéndose de cruces y admiración fingida, la negó por entero. Hizo juramentos y votos y, en conclusión, burlándose de algunas amenazas, se partió de sus ojos.

No ignorava el tercero el natural perverso de don Luis; y assí, juzgando por perdida su diligencia, fiado en los testigos y villete que Teodora tenía, no aviendo otro remedio, por atajar la infamia brevemente, en ocasión de hazerlo, notificó su agravio al ignorante padre.

Considerad, señores, en vuestra misma causa semejante desdicha, y con tanto quedará ponderado el sentimiento que yo no me atrevo a encarecer en el honrado viejo. Sólo os puedo afirmar que si no fueran tales las prudentes disculpas que alegó el religioso en favor de su hija, no le aprovechara el ser la prenda más querida y amada de su alma, su única heredera y el báculo y arrimo de sus cansados años. Vio el papel de don Luis, supo de los testigos, y creyendo que el caso estava tal que no podría escapársele, aguardando para el último trance los medios de justicia, sólo quedó acordado por entonces verse él mismo en buena coyuntura con él. Ésta le ofreció el tiempo mui a pedir de boca, porque encontrándole en el campo una tarde, sin dexarla passar se valió della, y tomando con cortesía y respeto al mancebo por la mano, le suplicó se sirviesse de oýrle.

IV

Parece que tan grande sufrimiento y blandura en persona a quien don Luis tenía tan ofendida moderó su costumbre. Y assí, condescendiendo con sus ruegos, no ignorando el propósito, le atendió desta suerte al razonamiento que se sigue:

—El cielo sabe, generoso mancebo, quanto gustara yo que mi corta fortuna no uviera reduzídome a tan estrecho término; mas como en vuestras manos consiste el mejorarla, no escusa mi vergüença el pedir os su remedio con lágrimas. Suplicoos, señor mío, que bolviendo los ojos a vuestra noble sangre, no assí como hasta aquí degeneréis en ella, presumiendo la deshonra y afrenta que nunca os merecí. Yo sé, por mi gran desventura, el miserable estado en que oy tenéis a mi hija, la palabra que la negáis, y la sinrazón que me hazéis; y con todo esso, sin desconfianza alguna, resuelto a no salir de vuestro gusto, vengo determinado a ofreceros, para quando le tuviéredes de honrarme, quarenta mil ducados en lo mejor parado de mi hazienda, y en el fin de mis días la resta della. De nuevo os pido que, admitiendo tan honestos partidos, desistáis del que vais prosiguiendo; muevan y lastimen mis canas vuestro espíritu noble, y no queráis que se miren sin honra por quien avía de ser más conservada, pues los hombres qual vos para aquesto nacieron, no para tyranizar y ofender los humildes. Considerad mejor estas justas razones, y disponed en todo a vuestra voluntad, que yo la seguiré.

Con aquesto, humedeciendo el rostro con su llanto, cessando el triste viejo, mostró don Luis, como efecto de sus justas palabras, más blandura; y viéndose por todos los caminos atajado, sin saber que alegarse, tomó por última salida el confessar de plano. Prometióle de nuevo cumplir su obligación, y sólo le puso por delante la dilación que convenía sufrir en tanto que su padre viviesse, que por sus enfermedades y vejez no podía ser mucho. Temíase, u diólo

assí a entender, que haziendo tan desigual empleo sin su consentimiento, assimismo ocasionaría la muerte, y a Teodora y sus padres inquietudes, perdiciones y afrentas. Pero como todas estas razones iban sin fundamento y tenían bastante absolución, no queriendo admitirlas el que las escuchava, y advertido el punto principal de sus dificultades, más alentado, tornó assí a replicarle:

—Mucho estimo, señor, que aiáis assí con tal facilidad declarado vuestro pecho conmigo, pues mediante esto, entendida la causa que más se nos opone, vos hallaréis salvados todos sus inconvenientes y yo veré mis canas con más honrra y descanso. Paréceme, don Luis, que lo que más lo dificulta, según dixisteis, es mi poca nobleza.

—Assí es verdad —le replicó el mancebo.

Y él prosiguió:

—Pues atended un rato; que aunque es llano y seguro que la maior nobleza consiste en las propias virtudes, méritos y excelencias de cada uno, todavía no, como imagináis, en la heredada de mis padres me hizo el cielo de tan ruin nacimiento que por él no os merezca, ni de sangre tan vil como de la llaneza y proceder de un labrador se puede prometer. No son patrañas las que intento contaros, sino verdades puras, que ni aun quiero creáis sin muy gran testimonio. Presto tendréis aquéste, no obstante que mis años no estavan para tan largo viaje; pero sabed aora parte de lo que apunto. Yo, señor, aunque la carestía de las nobles montañas me hizo salir moço a otra más gruessa tierra, ni por esso puedo nunca negar natural tan ilustre. Mi apellido y solar es de los más antiguos de sus términos, hijo segundo soi del señor de la casa de Quebedo, su maior y cabeça es oy mi proprio hermano. Ved si provada tan buena executoria quedaréis satisfecho, u si en el cumplimiento de la palabra que me dais avrá nuevo embaraço; que al punto, sin dilatarlo más, calçaré las espuelas y no descansaré asta que, allanándose todo, vos quedéis muy servido y mi honor reparado.

Aquí, sin dexarle proseguir, con alvoroço grande mostrándose contento, le abraçó estrechamente don Luis, y repitiéndole que aun con menores testimonios quedaría satisfecho, y por el consiguiente sus padres y deudos sin razón de culparle, él se bolvió a su casa; y Quevedo, dando el negocio por concluso, contándolo a su muger y hija, el día siguiente se partió a las montañas y, para no alargarme, en menos de ocho meses, citado el fiscal de la Real Audiencia, provó su intención bastantemente, y con vista y revista sacó su executoria y hidalguía.

Ya en este ínterin se criava con recato y secreto en una aldea vezina un hijo de don Luis y Teodora; y aunque en los exteriores con recíproco amor de entrambas partes, no assí en el coraçón del cauto moço, pues apenas entendió el buen successo de Quevedo y el testimonio honrado de su sangre y nobleza, quando, sin ver más a su dama, totalmente se encubrió de sus ojos. Y si parara en esto aun no fueran sus excessos tan depravados; pero aquel su natural fiero y terrible los fue aumentando asta irritar al cielo, y maiormente aora que, considerándose prendado y sin ninguna excusa, le pareció preciso dar alguna salida a sus empeños. Valióse para hazerlo de una traça diabólica, y por lo menos su consejo se forjó en el infierno.

Ya se os acordará como dixé al principio de otro amante y pariente de Teodora, y no sé si algo también de sus zelosas ansias. Déste pues formó don Luis aora el principal instrumento de su enredo. Contrahizo un villete de la innocente dama, y en su nombre, pagándosele bien a un su esclavillo, se le hizo dar, no sin mucha alegría del que desfavorecido y olvidado bevía los vientos por bolver a su empleo. No discurren los ombres heridos deste mal con más discreto aviso; leyó el villete el engañado moço, y túvose por bienaventurado y del todo restituído en la perdida gracia de Teodora luego que vio lo que se le ordenava. Era esto, después de algunas

réplicas y engañosas disculpas, pedirle arrepentida la ignorante señora que la viesse la siguiente noche por un puesto seguro que salía de su jardín al campo.

Y así, resuelto a obedecer, partió sin más recelo a esperar la hora, que tuvo por eterna, y principalmente quando, viendo lo que se tardava y no salía la causa que él creya averle traído allí, juzgándose burlado, desesperado y triste, cayó en la cuenta; tarde y quando, por su desdicha, salió a tomársela don Luis con tres enmascarados, que acrivillándole a estocadas le tendieron en el suelo, y aún no contentos, teniéndole por muerto —porque aún se endereçavan sus motivos a más infame fin—, tomándole entre todos, le arrojaron por las vardas del huerto en casa de la dama.

No se dispuso tal inhumanidad tan en secreto que su rumor dexasse de alterar parte de los vezinos, demás que sus sequazes y don Luis le crescían de propósito porque acudiesse gente y el caso fuesse público; que aqueste era su blanco. Pusiéronse en seguro los delinquentes mientras el lugarcillo començó a murmurar lo que oyeron los unos y contaron los otros; echóse menos en su casa el erido; acudió la justicia, y entendido el escándalo, por el rastro que dexava la sangre y el que avía sobre las mismas bardas fundó bastante indicio; mandó que subiesen por ellas algunos hombres, los quales, en haziéndolo, vieron al triste moço que, con mortales ansias rebolcándose, estava rodeado de su madre, de Teodora y criadas, que, a la misma sazón avisadas del caso, salían al huerto a ser testigos de su afrenta y desonrra. Con tanto la justicia, no pudiendo otra cosa, prendió toda la familia, dexando a las señoras con ministros de guarda; tratóse de la cura del herido, pero él estava tal que, por más que se hizo, no acertó en más de quatro días a hablar palabra; término en quien, bien descuidado de lo que le atendía, llegó Quebedo con sus informaciones a su casa.

Diósele al punto cuenta del successo y, teniendo por culpada a la hija, pensó bolverse loco y perder la paciencia, y con tan grave extremo que fue forçoso el sacarle a otra parte. Llorava el triste viejo su pública deshonrra; era éste su maior sentimiento, y luego los trabajos y infructuosos gastos de su largo viaje; suspirava, frustrados sus intentos, perdida su esperanza, y juntamente juzgava por desobligado a don Luis —cuyo fin sólo se encaminava a aqueste punto, como ya queda dicho—, y además, assimismo, sin cara ni vergüença para pedirle el cumplimiento de su palabra.

Pero no quiso el cielo que tan grandes injurias quedassen en silencio, no permitió que padeciesse más la fama y nombre de la inocente Teodora. Cobró el herido alientos, y en su caval sentido refirió todo el caso, confirmándole con entregar el fingido villete de adonde redundó su desdicha y el descubrirse aora la verdad; porque, con provada la letra, se vio ser contraecha, y apretado el esclavo que fue su portador dixo, con miedo del tormento, su legítimo autor; el qual, en sabiéndolo, se retruxo a la Iglesia, y desde ella, dando sin respeto ninguno a entender al honrrado Quevedo que de celos lo avía dispuesto así, procuró entretenerle hasta ver si el herido vivía; y succediendo según su voluntad, como los padres eran tan poderosos, y por el consiguiente temidos, acomodóse todo. Fuera de que Quevedo, entrando de por medio, hizo de la fuerça virtud y que sus deudos callassen; pensando así obligar más a don Luis al efecto de la promessa concertada; pero no estava él de semejante acuerdo, antes, considerando quán mal aquella traça le avía salido, yva ya imaginando, para si le apretassen, otra sin comparación más afrentosa.

Dos meses, poco menos, se passaron entre estos accidentes, sin ver Teodora a su querido dueño ni el buen Quevedo al yerno deseado; con que cansado y impaciente, temeroso de tan largo silencio, sin más contemporizar, bolvió a refrescar los passados disgustos y a remitir a la ocasión de todos, con nuevas quejas y nuevas amenazas, el religioso deudo que arriba dixe. Advirtió pues a éste que, yéndose a don Luis, no sólo le truxesse a la memoria el concierto a que se avía obligado y la promessa de su palabra y fe, mas juntamente el principal efecto que con tanto trabajo de su vida y persona y espensas de su hazienda avía intentado y conseguido

por su respeto y voluntad; y en conclusión, que sobre todo le dixesse que si en quietud y paz no pensava cumplirlo, se declarasse, para que assí pudiesse acudir a otros medios, que no podrían faltarle por justicia; pero que en semejante caso quedasse persuadido, desde luego, que interviniendo aquélla, él quedava también desobligado en la promessa de su hazienda, de la qual no le daría ninguna parte, aunque mil vezes le viesse casado con su hija.

Tales fueron las sentidas razones con que informado el fraile partió a la presencia de don Luis, a quien sin discrepar y con otras iguales y tan fuertes palabras se las propuso, si bien no fueron admitidas dél como se esperaba; mas dissimulando con alegre semblante, sintiéndose apretado de la amenaza por justicia, determinó en su pecho la traça imaginada. Respondió al religioso mui conforme a su gusto y, aviéndole satisfecho, rogóle que bolviesse a Quevedo y le dixesse de su parte que sin dilación se viessen en su casa. Tuvo el frayle, en oyéndole, por acabado el casamiento; pidió albricias al viejo, que sin más atenderle, saltando de contento, obedeció el mandato y halló a don Luis, que ya estava en su espera. El qual, recogiendo a una quadra con él, para mejor hablarle, por largo espacio, o ya turbándole sus venerables canas, o ya la vergonçosa disculpa que tenía maquinada contra ellas, casi no acertó a pronunciar palabra; pero no tienen las resoluciones de los malos tan fáciles enmiendas. En fin, determinado a descargar de sí la dura carga, procuró concluirlo de suerte que no uviesse recurso, ni modo, ni camino para bolver a ella. Y assí, airado el rostro y el alma despeñada en el infierno, le començó a dezir este triste discurso:

—Con pesadumbre y cólera suelen ablarse las cosas más superfluas, y aunque la mucha que me causan las vuestras me pudiera irritar, todavía, mirando a aqueßas canas y a mis obligaciones, diré tan solamente las que mejor a mi y a vos nos conviniere, pues por el riesgo y fuerça con que me veo apretado, aunque lo deseava, ya no puedo escusarlo. Y assí saben los cielos cuánto, Quevedo, siento el espidiente triste que ya os espera, y cuánto más me aflige y desconsuela aver de echar del pecho y tomar en la boca secreto tan celado y guardado de mí hasta el presente punto. Pero vuestra porfía me disculpa, y vuestra corta providencia me salva; pues si ésta fuera igual a tan ancianos días, fácilmente uviera penetrado que mi irresolución procedía de superiores y más urgentes causas, y cuerdamente mudara de propósito. Pero ya, en fin, es tarde, no ay sino prestar paciencia y recibir la pena merecida; pues no es razón que, por obedeceros, quede yo expuesto a la que el cielo quisiere executarme, como sería sin duda tan cierta como justa si, aviendo yo gozado y poseído antes de aora a vuestra misma esposa, añadiendo peccados a peccados, tomasse por muger a su propia hija. Siendo esto assí, ¿cómo queréis, señor —lo que Dios no permita—, que yo sea vuestro yerno y de Teodora su marido? ¿Paréceos que podrá disponerse sin la esperiencia de un general castigo? Yo, a lo menos, no pienso ocasionarle; mui justo es, buen Quevedo, que le escusemos todos. Resuelto estoi a no dexar perderme y a aconsejaros igual determinación. Perdonadme, os suplico, pues casos son los tales que tienen el exemplo y consuelo por casas mui honradas y ilustres. Bolvéos aora a la vuestra y, si os parece, echemos tierra en medio; que ni le á de faltar remedio a vuestra hija con tan grandiosa hazienda, ni a su excesso disculpa que le ponga en olvido. No tengo más que hablaros; ved si tan sano acuerdo es digno de abraçarse; y si ya, atropellándole, juzgáredes por más lícito y bueno que la justicia ponga en ello las manos, yo cumplo con lo dicho. Hazed lo que mandáredes; que, aunque me pesara mucho por vos, viendo que no avéis de ganar más que nueva deshonorra, todavía, por lo que toca a mí, se me dará mui poco; pues llano es que, quando turbio corra, dos lanças en Orán no me an de echar por puertas ni dexar en la calle.

Con tanto, sin esperar respuesta, bolviendo las espaldas, dexó al cuitado viejo tan fuera de sentido que, sin poder valerse, quebrantando el dolor de su afrentosa injuria el macerado cuerpo, dio consigo desmayado en el suelo.

¡Oh cuán grande inventora es de semejantes desventuras la arraigada maldad! Avía estado, acaso o por descuido de don Luis, presente al triste cuento un pagecillo suyo, y siendo el

mismo que antes se halló testigo a la infelice boda de Teodora, viendo a su pobre padre aora en tan amargos términos, compadescido y alentado, según sus pocas fuerças, le puso en pie y le sacó de casa, dando lugar assí para que el anciano Quevedo se fuesse a la suya; y su advertido dueño, conociendo el descuido y aun el peligro que de su boca le podía resultar, le desapareciesse y ausentasse del pueblo.

Pero en el interim no fueron pocos días los que el afligido y afrentado viejo, desesperado y mudo, con larga enfermedad ocupó una cama, guardando en todos ellos con profundo silencio, en lo interior de su alma, la recibida injuria y diabólico enredo de don Luis; porque, en quanto a su esposa, siempre creyó lo que devía a su inocente vida; mas sin embargo fue insufrible y cruel la que los unos y los otros, padre, muger y hija padescieron. Hasta que, teniendo con tal recogimiento suspendido el lugar y al incauto mancebo asegurado, prudentemente diziendo a todos que se quería venir a esta ciudad, fue poco a poco reduziendo a dinero lo mejor de su hazienda; y dispuesto este punto, y su familia en cobro, él se quedó ordenando el de más espiciente, o por hablar mejor, su más cuerda vengança. La qual, siendo encaminada discretamente, se le vino a las manos mui conforme a su voluntad y desseo.

Y assí, estando advertido que cenava don Luis con sus padres y gente en unas huertas riberas del caudaloso Tajo, aviendo antes llamado con secreto de las montañas algunos allegados y deudos, junto con ellos, en ligeros cavallos, de tal manera resolvieron el caso que, sin dezir: "Dios, valme", con lançadas crueles le quitaron la vida; fin cierto y merecido de la que tan mal se avía gastado. Y con igual presteza, dexándole en los braços de los suyos, en un instante se desaparecieron de la vista.

Mas aunque entonces corrió buena fortuna el honrrado Quevedo, con su gran vejez no pudo tolerar el continuo trabajo; queriendo descansar, fue perseguido de la justicia y sus contrarios, de tal suerte que, antes de llegar a Aragón, quedó infelizmente en su poder, siendo traýdo desde allí a esta ciudad, como cabeça de su jurisdicción. Cargósele el delito, y convencido dél, aunque alegó la injuria de su hija, el testimonio que levantó a su esposa, las heridas del deudo y otras muchas maldades, como las más no tenían provança sufficiente, si bien se dilató su sentencia, al fin salió de muerte. Mas en el interim, aviendo el cielo permitido que pareciesse el paje que el difunto don Luis avía echo ausentar, entendido de su madre y Teodora, le uvieron a las manos; pero advirtiendole que no se avía de dar lugar a su declaración, por el mucho poder con que era atropellada su justicia, hallándose en los bosques de Acequia el Rey nuestro señor, se fueron a sus pies, y informándole en uno y otro caso —aunque entre tanto el Corregidor, solicitado de sus padres del muerto, con sentencia en revista, desseó apresurar su execución—, compadecido su Magestad, y aun irritado de tan graves offensas, dio mayor diligencia en proveer la suspensión que vistes apresurada en tan terrible trance, y con orden para que, recibida la declaración del criado, siendo conforme a la relación que se le avía hecho, diessen por libre al reo, como podéis creer que ya se avrá efectuado.

Aquí dio fin a su notable historia el sacerdote nuestro huésped; conque los circunstantes, dándole justas gracias, admirados y alegres, se retiraron a sus quartos, y yo a un aposentillo, de quien, pagando un real la mañana siguiente, escapé carmenado de savandijas viles, y salí de Toledo con presupuesto de seguir mi viage hasta la gran Sevilla.

V

Assí, pensando a ratos en el passado cuento, y otras vezes cantando por engañar el cansancio del camino, anduve hasta alcançar un carro que, por yr de vazío, me acogió en sus espaldas; con que, entreteniendole y agassajando al dueño, aunque se rodeava, me fui con él hasta un

lugar que se dize Tembleque, en donde hallando a la salida un convento de frayles, llegué — que no deviera— a pedir de beber a su portería. Veréis aora cuán caro me costó.

Abrió, en tocando, una regilla baxa el hermano portero, por quien oýda mi demanda, sin responder a ella, se suspendió mirándome un breve espacio, después del qual abrió toda la puerta y me metió dentro; y haziéndome sentar en un poyo, sacándome, para mejor entretenerme, unas peras y una botija de agua, mientras yo alegremente las comía, él, cerrando su puerta, se desapareció de mis ojos por un muy largo término, que no sin arto enfado le assistí a mi pesar. En fin, molido de esperarle, bolvió en compañía de otro fraile que, según después supe, era el guardián. Y quando presumí que se me abrían las puertas — buelto el sueño del perro—, vi que con grande sorna, puestos unos antojos, començavan entrambos a leer un cartapel, con quien, de quando en quando mirándome a la cara, al cuerpo y al vestido, hablaban entre sí con admiración y silencio. Pienso que conferían mis señas, haziendo otras acciones que me pusieron temor y confusión.

Nunca, aunque lo sospeché, me persuadí a que fuessen cartas o avisos de mi padre, tanto por la brevedad y ciencia del camino, impossible a mi ver, quanto por el recato y poca intelligencia de su persona. Estos y otros iguales pensamientos me tenían rodeado quando, acabado su escutriño, me sacó dellos una gran voz, y luego, tras de aquélla, una rezia palmada que el padre guardián se dio en la frente, diziendo en alto modo:

—¿Qué hay que dudar, hermano? Él es sin falta alguna, todas aquestas señas le competen. É recibido un grande beneficio; mucho plazer me á echo, Dios se lo pague; que no assí creerá cuánto á que espero la vista deste incorregible rapaz.

Esto habló buelto hazia el padre portero, agradecido a mi prisión; y prosiguiendo, torció la cara adonde yo escuchava, y asiéndome de un braço, con severo semblante discurrió desta suerte:

—Y pues, sobrino Enrique, ¿es buena vida aquesta? ¿Es éste aquel descanso y alivio que esperava de vos mi pobre hermana en su triste viudez? No correspondéis a su sangre, no por cierto a la del malogrado don Pedro. ¡Jesús, Jesús! ¡Qué pícaro, qué negro, qué indecente le trae el sol y el aire! ¿Fuera mejor assistir en tal calma y con tan rezió estío en las salas y alcovas del jardín de mi casa, y andar por las calles y plaças de Placencia en un cavallo o en el coche paseando, y no a pie, solo, corrido, y afrentando de aquesta suerte vuestro honrado linage? Arabién, arabién, llegado avéis, el cielo os á traído adonde tendrán fin vuestros distraimientos, o en esta reclusión nuestra deshonra y vuestra vida. Escoged brevemente lo que por bien tuviéredes, porque yo, sin tardança, pienso resolverme mui presto.

Quien oýa semejantes razones, tanta amenaza y determinación, y no era Enrique, ni tenía madre viuda, coche, ni aun cavallos de caña, alcovas ni jardín, ¿qué tal se sentiría? o ¿quál sería su encanto y turbación? Comencé a persignarme, y aun a reírme, sacando fuerças de flaqueza; y queriendo replicar a su arenga, offendido de mi despejo y risa, embistió conmigo qual si fuera un león, y tapándome con las manos la boca, repitió muchas vezes:

—¡O libre y sin vergüença! ¿De mí te ríes y responderme quieres? ¿Piensas que lo ás con tu madre? ¿Acaso presumístete en su frágil presencia? Por vida de los ábitos que traigo, que ás de ir a un calabozo. Ásgale, padre mío, dé con él en mi celda, y échele un par de grillos. Verá Enrique del modo que sabremos aquí curar sus libertades y locuras.

A esto, dando yo un fiero grito, sin poder ya sufrir tantas inadvertencias y ignorancias, dixé:

—¿Qué Enrique o qué demonio se le antoja que soi, padre guardián? Porque a mí no me llaman más que Píndaro, y tengo padre y madre veynte leguas de aquí, y nunca oý jamás aun nombrar a Plasencia, si no es quando en mi tierra pregonavan castañas de su vera.

Todas estas razones yva yo duplicando, no ostante que así de mi portero como de otros cinco o seis frayles, que ya avían acudido, era llevado, como el ánima del sastre, por el claustro en bolandas. Comencé a conjurarlos, creyendo fuessen infernales espíritus y el presente successo algún pesado sueño; mas conociendo que mientras yo alentava más su desengaño, se confirmavan más en el parecer del superior, y que él, muy vano y satisfecho con su hallazgo, replicava: —¿Pues cómo a mí, Enriquillo? ¿A mí engañarme quieres? No te valdrán tus máquinas, en el laço has caydo, no lo abrás con mi hermana—; tuve por más sano consejo callar, dissimular y obedecer al tiempo, y sin negar ni confessar, conservarme en su engaño neutralmente. Pero ni aún de este acuerdo me dexó aprovechar la ignorante porfía de mi supuesto tío, que a fuerça de los diablos quiso que fuesse su sobrino y pariente.

Llegué en fin a la celda, y allí, viéndome más rendido y sujeto, dexándose rogar de los demás, suspendió los grillos; y poco después, mitigado el enojo, con caricias y alagos, començó a persuadirme la buelta de Plasencia, ofreciéndome dineros y vestidos y remitirme a ella muy bien acompañado, y otras tales razones que hizieran blandear y conceder en desvaríos mayores a un hombre muy prudente. Y así, no es mucho que, viendo yo tal determinación, promessas tales y tan santa innocencia, me dexasse vencer della, como en efecto lo hize, confiado en que, pues el cielo me ofrecía y aun esforçava a una tan buena dicha, no era justo perderla, ni impossible el salir después honradamente de semejante laberinto. Con este acuerdo me eché a los pies del frayle, y con fingidas lágrimas dixé que me ponía en sus manos.

Quedó, en oyéndome, sumamente contento, y haziendo regalarme, desde aquella noche començó a disponer mi buelta; y aunque en ello se tardaron seis días, término en quien aun pudiera perderse otro muy advertido, con todo esso, ablando las razones muy medidas y equívocas, atento a las preguntas, ambiguo a las respuestas, le confirmé en su engaño y conservé la sangre y parentesco. Hizo también de mi seguridad algunas esperiencias, como fueron dexarme salir solo del convento y que otros me tentassen y induziessen a proseguir mi fuga; mas aun quando yo ignorara las espías que andavan a la vista, por no perder un muy galán vestido, ropa blanca y camisas que se me yvan haziendo no me ausentara por ningunos respetos. Sirvieron éstos de grande confiança, y por lo menos de que dos hombres del lugar, que avían de yr conmigo hasta Plasencia, se asegurassen y perdiessen recelo en el camino.

Llegó pues el desseado día, confiesso que lo era de mi con notable cuidado, por el mucho que tenía del desengaño y mejor cuenta del inocente frayle. Levantéme temprano, vestíme lo flamante, y por presto que lo hize, ya hallé puesta en razón una muy buena mula, rellenas las alforjas, y a mi buen tío, solícito, encargando mi regalo y custodia a los que me llevavan. Diome su bendición, y al besarle la mano, puso en las mías el síndico dos doblones de a quatro, mal dixé, dos luzeros, dos ángeles de guarda que me alumbrassen, guiassen y sirviesen de alivio toda su duración. En fin, nos despedimos, y bolviendo las riendas a Toledo, tubimos la siesta antes en Almonací de Zurita; regalé a mis colegas, y ya entrada la noche, llegando a la ciudad, nos apeamos en un mesón que está junto a la puerta que entra a Zocodóver.

Descargaron la ropa, y mientras aviavan en la cavalleriça sus cavalgaduras y la mía los buenos hombres, siendo aquél el esperado punto, valiéndome de la ocasión, mis alforjas al hombro, desamparé los demás despojos, y no sin gran temor, bolví a salirme por la puente de Alcántara, y tomé esta derrota pareciéndome que tornando hazia la misma parte que veníamos se asegurava mejor mi escape. Dexé el camino de la Huerta del Rey, y sin llevar ninguno, atravesando el real de Sevilla, el río a mano diestra, me dexé andar una hora; al cabo de la qual divisando unas lumbres, guiado dellas y de los ladridos de los perros, corrí y paré en una

aldea; mas advirtiendo el sospechoso modo, vestido y proceder de mi viaje, arrimado a unas tapias, sin querer entrar dentro, cené lo que traía, que era repuesto para más de seys días; y el siguiente, bueltos por disimulo los embeses del vestido hacia fuera, tomé senda a lo largo por los nombrados montes de Toledo, y sin intercadencia o successo de consideración me puse en Guadalupe, y desde aquella milagrosa casa, poco a poco, en una gran ciudad de Estremadura.

Aquí, comenzando las aguas del invierno, agrado del sitio, me resolví a parar un breve tiempo. Aderecé mi ropa, y un domingo salí, a mi parecer, más galán que Narciso. Y dando por las calles ciertos bordos, subí a lo más alto y superior que llaman villa, y allí vi su castillo.

VI

Morava a esta sazón en él un príncipe de los que en Castilla llaman grandes; y aunque se celava la causa de sus retiramientos y tristezas, el pueblo, que no siempre desatina en sus juizios, penetrava y dezía que por aver faltado a la disposición y buen consejo de acciones que a su cargo desvanecieron la más grave jornada que contra los enemigos de la Iglesia se intentó en nuestros días, y de quien, a efectuarse, pendía el mayor remedio y el paradero y fin de las desdichas perdidas y invasiones que después la han venido. Mas yo, menos baticinante que cathólico, no pude dexar de reírme mucho de aqueste fundamento; siempre burlé del que tan fácilmente hombres más estadistas que piadosos quisieron dar a aquella memorable desventura; bueno es que nadie piense que estando nuestra maldad y exceso irritando a los cielos y pidiendo a voces su vengança y castigo, le pueda atribuir a contingentes casos, culpar acciones hu manas, ni andar buscándole otras causas remotas.

No crean, no, los príncipes y monarchas del mundo que quando se consumen sus súbditos en perdurables guerras, y quando el mar alterado no perdona sus flotas y navíos, y el aire corrompido inficiona sus pueblos, y la tierra y el cielo con terremotos, rayos y exalaciones afligen sus provincias, sea siempre por natural efecto de influencias; téngase por sabido que las más vezes son sus peccados mismos el principal origen de tal calamidad. Y si no, abramos las historias, trastornemos los libros, y veremos que nunca sucedieron las semejantes, que antes no precediessen gravísimas ofensas y delictos. Bien claro testimonio nos da desta verdad la triste assolación del Imperio griego; y bien poco se mostrará christiano quien juzgare que en fee de su valor y bárbara potencia triunfaron dél las armas otomanas. Tenga por cosa cierta que fue açote de Dios su dura lança, efectos de sus iras fomentadas de aquella general corruptela, ambición, tiranía, guerras y sediciones; en quien todos los príncipes christianos de aquel tiempo concurrieron en uno. Toda la Europa se trastornó y bolvió de arriba abaxo; la christiandad se dividió y partió en opiniones, y sus mayores reyes y potentados, por intereses propios, particulares odios y rencores, despedaçados entre sí, con orrendo espectáculo dieron lugar a aquel infame triunfo. No vio el orbe más depravado siglo. De aquí nacieron nuestros males y daños, y el encerrarnos en tan estrechos límites entonces, no acaso ni por yerro, no por faltarse a esta acción u a la otra. Y assí, no es mucho que el presente —¡quiera Dios que me engañe!—, no siendo ni la enmienda mayor, ni menor el escándalo, lloremos justamente por iguales excessos el último castigo; sin que achaques políticos, fracassos contingentes, razones de estado ni yerros de ministros puedan soldarle ni disculpar en ellos la generalidad de tantas culpas.

Mucho me é desviado del propósito; escúseme la causa que dilató la pluma, pues no pudo sufrir que tan obscenamente quisiesse dar el pueblo origen y ocasión al retiramiento de aquel príncipe; al qual dando la buelta, digo que estava en el alojamiento referido, y aunque muy melancólico, no sin el esplendor que su casa pedía, número de criados, deudos, parientes y familia concerniente a su sangre. Gozéme grandemente viendo sus ricas libreas, su adorno y aparato, y en grado superior quedé más satisfecho del bizarro despejo de un su sobrino,

mancebo hermoso de notables virtudes; siempre éstas por sí solas son amables y dignas de respeto, pero en los personajes tan ilustres, en tan altos sujetos adquieren mayor lustre, tienen un no sé qué que las hace más admirables y excelentes.

Llamábase este cavallero don Gutierre, y su edad aún no era de veinte años, si bien querido en ella sumamente del tío por sus grandes esperanças; y assí, animado destas, no es de culpar que yo librasse el acrecentamiento de las mías en su favor y sombra. Regido deste intento, busqué traças y modos, con los quales tuve tan buena suerte, que antes que se passassen largos términos assenté en su servicio. La confrontación de las sangres (hablo por las segundas causas) raras vezes desdize del uniforme efecto; assí, por simpatía más que merecimiento, fuy amado de mi dueño; fui, según la común, su privança toda y, en pocos días, archivo de su alma; y secundariamente, terrero de la envidia, blanco y emulación de los demás criados.

Gran juicio y gran ventura á menester un hombre para conservarse en semejante estado; raros an sido aquellos que pusieron el clavo al continuo vayvén de tal fortuna; aun en los dominios inferiores, digo, con los señores y príncipes particulares y de tercera classe, como el mío, es muy dificultoso o impossible; pues ¿qué será con los poderosos monarchas? Tuviera yo a los tales más lástima que envidia. Tiene éste nombre de privança, su operación y efecto diversas distinciones; porque ya algunas vezes o bien sucede por conforme gracia de personas, o bien por obligaciones de servicios, y ya otras muchas por ser el instrumento a la inclinación natural del príncipe que sirve, o, finalmente, por grande entendimiento, valor y partes del criado. Si procede de gracia personal, aunque ésta se prosiga esclavonada de muy conformes gustos y voluntades, no ay flor de almendro más inconstante y frágil: mucho hermosea y resplandece, pero pássase presto, efecto natural de varios accidentes que califican los exemplos que an visto nuestros tiempos. Mas si ésta va fundada en sólo obligaciones, si son pequeñas llano es que será menos grande la esperança del fructo; y si grandes, también es evidente el desgajarse la rama con el peso, pues nadie sufre carga de muchas deudas. Y si se apoia en la satisfacción del instrumento, cessando el exercicio de la inclinación que la arrastra, cessa también y aun se deshaze favor; porque los reyes, si bien aman la satisfacción de sus inclinaciones, tal vez corridos, con el tiempo, buelven los ojos a la honra del officio, y con la carga de las quejas del pueblo, murmuraciones de mayores estados, se descargan con el castigo y esclusión del privado. Pero, en conclusión, si éste sólo se encumbra en fee de su valor y noble entendimiento, aquí sí se aparecen los baxíos de la baxeza humana, aquí sí es menester terrible tiento y navegar continuo con la sonda en la mano, porque no ay príncipe, no ay ombre que dure en el sufrir mayor capacidad. Mas si ésta sabe templar el favorecido y allegado, no ay uso de privança de mayor duración, y con razón, pues nace del entendimiento y prudencia. Tal pienso que miramos en los presentes siglos, retrato vivo desta pintura muerta, gloria y honor del blasón y casa de Guzmánez, dichoso Efestión del mayor Alexandro. Mas no se juzgue mi intención a lisonja, tan cortas alabanças en tan humilde pluma antes ofenden que ensalçan y descubren su claro resplandor.

Buelvo assí a mi propósito, y prosiguiendo, digo que es ilustre advertencia moderar el ingenio quando se conoce superior al del príncipe, porque mientras más es la potencia deste, más siente el rendimiento, que aun tiene por ofensa; y mayormente se deve assí emprender siempre que se le ofresca resolver y conferir, pues entonces, como se pone en medio la propria adoración, ni se sufre estrechez ni se permite familiaridad en parangón. Y como no ay criatura que no tenga su natural estimación, al fin, como formada de unos mismos elementos, sin que ninguna sea de aquello que sobró al material hermoso de los cielos, según dizen, pretende el desvanecimiento; siéntense más los celos del ingenio y discurso que los de la muger, pues la fortuna iguala a los humanos en los bienes exteriores, mas no en los naturales, porque los tales no son de su dominio. Pero a este propósito, no me acuerdo dónde, leí un exemplo que quisiera escribir, si bien el ser notable y digno de saberse suplirá en parte el no alegar su autor; passó por un grande privado del rey don Manuel de Portugal, y era éste el conde don Luis de Silveira.

Parece ser que vino del Pontífice un despacho y papel de consumada erudición y estilo. Llamó el Rey al tal Conde, y en consultando y resolviendo con él la respuesta, le ordenó que dispusiese una, advirtiéndole que él mismo quería escrevir otra; porque aquel grande y dichoso príncipe no sólo se preciava de eloqüente, mas lo era sin duda. Sintió mucho el Silveira poner la pluma donde su dueño proprio, pero resignóse en su gusto y obedecióle humilde; y disponiendo su papel, se fue con él a la mañana al Rey, el qual ya también tenla ordenado el suyo. Oyó el del Conde, y conociendo la ventaja, cuerdo quiso encubrir las obras de sus manos; mas la istancia del criado hizo que fuessen públicas; leyó al fin su respuesta, pero con el conocimiento referido, determinó que fuesse la del Conde al Pontífice. Esta resolución entristeció al privado, de manera que, iéndosse a su casa, sin dilación alguna, mandó que se ensillassen dos cavallos para dos hijos suyos y con ellos se salió al campo, y en él les dixo:

—Hijos míos, cada uno vaya a buscar su vida, que yo le seguiré en la misma demanda; pues aviendo el Rey confessado y conocido que sé más que él, ni ay que vivir aquí, ni esperarnos un punto.

No es malo el cuentecillo, ni enseñan poco semejantes doctrinas; aprovéchese dellas quien en iguales términos advirtiere el peligro. El mío, según dixé al principio, corrió entre los criados por la posta, tuvo el mar levantado, airado y borrascoso; mas finalmente le sosegó mi cortessía y modestia, y el usar con templança del favor de mi dueño; al qual sintiendo aficionado a las buenas letras, con los fragmentos cortos de las mías me transformé en su inclinación, escalón principal de introducirse y aun apoderarse de la voluntad más austera. Ygualdad de costumbres confirman los afectos, y no pueden durar amor y compañía en su desformidad y disonancia. Tenía muchos y buenos libros, varias y diversas materias; moralidad, historia, poetas y philosophos; y como los más éstos andan en la vulgar y en la lengua latina, fácilmente, en tan dichoso estado, con la ayuda y mano de don Gutierre, sus curiosidades y escritos, que no eran pocos ni poco sustanciales, me hize capaz de mucho, mal dixé, de las trivialidades que é entregado a la estampa, pues nunca en abundancia se hizo alguno muy docto; si bien todo esto puede, y aún milagros mayores, la continua lección destes mudos maestros, destes amigos fieles, consejeros seguros, verdades sin afeite, palabras sin lisonja, castigos con blandura y desengaños verdaderos de nuestra ceguedad. Viene al mundo nuestra alma embuelta entre tienieblas y llena de estupenda ignorancia; la qual, sumergida una vez en la mísera cárcel deste cuerpo, en el ediondo cieno de su mortalidad, crece y se aumenta tanto más quanto dura y se prolonga más la vida, si antes la luz y resplandor de la doctrina y las ardientes lumbres de la sabiduría no la acrisolan, limpian y purifican. Este efecto admirable hazen los buenos libros, esta mudança noble: de un ser rústico y basto a un perfecto y hermoso. Assí miramos transformaciones semejantes cada día, y essa ventaja lleva el docto al ignorante, que el mui sano al enfermo, el ombre racional a los brutos silvestres, el cavallo domado y corregido al indomable y fiero; y según Aristóteles, la que haze el vivo al muerto. Tanto valor, estimación y precio se alcanza y grangea con los libros; ninguno ay, por insulso que sea, de quien, si le buscamos, no saquemos provecho; no ay muladar tan vil, que escarvado no tenga algo de utilidad; assí dixo Virgilio viendo las obras de Ennio. Pues si aquesto se afirma de los malos, ¿qué no podremos esperar de los buenos? ¿Qué virtud, qué excelencia no se encierra en su abismo? ¿Qué piedad, qué justicia, fortaleza y templança, qué prudencia y avisos no enseñan sus renglones? Si el que los trata es justo, con ellos es más santo; si discreto, más sabio; si entendido, más cuerdo; y si bueno, mejor; porque su lección y discurso refresca la memoria, despierta el juicio, inflama los desseos para seguir a la virtud y caminar adelante con ella.

Mas para no cansarnos en tales digressiones, concluyo aquésta, solamente diziendo que en tres cosas consiste el ser un hombre perfectamente sabio: tratar los que lo son, peregrinar por varias tierras, y la lección continua de buenos libros. Ésta última es la más essencial, y diga

cada qual lo que le pareciere, que la teórica es más segura que la práctica, y los libros muestran en poco tiempo lo que con gran trabajo enseña la experiencia en muchos años.

En efecto, con este dulce empleo y loable ejercicio, en gran tranquilidad viví seis meses; pero no es más durable nuestro maior contento. Interrumpióse el mío, y más el de mi dueño, por el camino que menos esperávamos.

VII

Házese por S. Marcos una gran romería desde aquella ciudad al Toro de las Broças. No censuro este abuso intruso a devoción, aunque me acuerdo que fray Juan de Castro, arzobispo del Nuevo Reino de Granada, en un sermón que yo me hallé presente, rompiéndose los hábitos, la llamó superstición; parece que anteviendo el decreto y excomunión que pronunció el Pontífice poco después sobre esta misma causa. En efecto, a esta fiesta se partió don Gutierre y de su tío los más graves criados; pero el fruto que truxo fue estraño y peregrino. Bolvió a su casa melancólico y triste, trocados sus designios y condición alegre, lleno de soledad, intratable y cetrino, sueño con inquietud, comida sin sossiego, pensativo, confuso, acompañado mudo, solo hablando entre dientes, agradable la noche, desapacible el día, achaques sin dolores, enfermedad sin términos, los ojos lacrimosos, seco y crudo el aliento, y en conclusión, forçando y encubriendo una amorosa pena con dissimulación y prudencia más grande que sus años pedían. Dixe amorosa pena porque, según al fin se declaró, ya su tyranno fiero le tenía aprisionado y cautivo.

Parece ser que aquel trágico día acompañó a la hermita quatro hermosos reboços, quatro damas tapadas que de la ciudad fueron a divertirse. Sirviólas cortésmente, admiró su belleza, prendóse en su despejo, y sin pensar, la una se quedó con su alma. Llamávase ésta Ortensia, que en edad de diez y ocho años, según vieron mis ojos, davan los suyos bellos único resplandor a su provincia. É de escribir sus trágicos amores, y para disculparlos en alguna manera me á parecido dar de sus cosas aún más larga noticia.

Serviráles de aviso a muchos padres el exemplo siguiente, digo, a los que desacordadamente creyendo ser, no dueños, sino tyrannos de las almas y cuerpos de sus hijos, por sus caprichos, intereses o conveniencias fuerçan sus voluntades, tuercen conforme a su apetito la inclinación de aquestos, casando al que la tuvo religiosa y dando estudio y letras al que se encaminó para las armas, y por el consiguiente, a los que apetecieron conjugal compañía metiendo en los conventos; con que, errándolo todo, llega el desengaño a su casa quando la apostasía, flaquezas, vicios y liviandades que destruyeron, en su contrario estado, aquellos breves ídolos de su inmortalidad.

Advertido este punto, digo pues, que siendo esta señora hija de unos honrados ciudadanos, fue deseada, requeñstada y pedida por su grande hermosura de personas muy graves, cavalleros muy cuerdos, mancebos muy ricos y bizarros y, sobre todo, mui conformes a su edad juvenil, partes y requisitos; pero no obstante aquesto, atropellándolos y desfavoreciéndolos sus padres, y lo que más deve ponderarse, contra su gusto y aun contra su natural inclinación, que aspirava a ser monja, por fuerça la casaron con un indiano, hombre de grande hazienda, si bien de más dineros que gentileza y partes, más años que cinqüenta, exteriores indignos, interiores escassos, mesquino como perulero, menudo como mercader, caviloso como tratante, desconfiado como humilde, celoso como feo y importuno y pesado como viejo. Mirad que unión haría mezcla tan discordante, dicha se estava ella; si bien ni es mi propósito las tales ni otras causas maiores disculpen el pecado y delito, sólo querría que entrassen a la parte y castigo de los que le ocasionaron y previnieron; porque aunque en Ortensia no uvo más que desseos, éstos fueron tan grandes, tan continuados y crueles, que pudieran passar plaça de execuciones y merecer la pena de los efectos y obras. Mas vengamos al caso.

Gozava su admirable belleza Camilo —tal era el nombre de su esposo—, súpolo assí mi dueño, y sin embargo de tal inconveniente, arrebatado de tan rara hermosura, quedó vencido. Assí se aventajava Hortensia en esta romería a sus tres compañeras, como en el mes de mayo la fresca rosa a las menudas flores. Tenía gallardíssimo cuerpo, rubios cabellos como madexas de oro, frente espaciosa y lissa, zejas en arco perfiladas, vivos, resplandecientes y atractivos los ojos; labios, garganta y dientes, de coral, de marfil y de alabastro; algo encendido el rostro, mas su círculo oval templado blandamente de una blanca frescura, que más le hazía perfecto; tal era su retrato, acompañado de un espíritu noble, gallardo ingenio, despejo y gentileza; ved si su agrado minora el rendimiento de aquel incauto y descuydado moço.

Dióme, a más no poder, no sin mucha vergüença, parte de su desdicha en bolviendo a casa; más mi corta experiencia, si le negó el consejo, no le faltó en su ayuda. Supe luego la della, y don Gutierre continuó su passeio y acrecentó su llama, començando a abrasarse en el amor de Hortensia; pero mientras más se acercava a su graciosa vista, tanto menos se hallava satisfecho y contento, tanto más se aumentavan sus ansias y desseos; pero hazaña tan grande, victoria tan costosa, no assí la ganó Hortensia con tan poco peligro. Maravilloso caso, que assí como diversas vezes fueron della cautivas diversas almas y coraçones, quedando el suyo libre, y assí como mi dueño, advertido y esento, triunfó de muchas damas sin prendarse en ninguna, assí aora el amor, con castigo recíproco, hizo iguales sus penas y cuydados, bien que no en este día, ni aun en dos meses, conocieron los dos la conformidad de sus intentos; antes creían que se amavan de balde. Acabósse la fiesta y Hortensia bolvió a su possada, mas si mi triste y afligido señor pagava su pecado, no menos, según después lo supe y entendí de su boca, peleava en su pecho la inquietud y dessasosiego de su nuevo accidente. Todos sus pensamientos eran en don Gutierre, con que no sé quién duda que pueda el movimiento de una tan sola vista crescer y fomentar prodigios semejantes de voluntad y amor.

En ningún tiempo antes éstos nuestros amantes se avían visto ni oído; ni por fama ni por nombre se conocían; mi dueño era andaluz y ella de Estremadura, diferentes en tierras, en trages y costumbres; sólo batallaron los ojos, sólo complaciéndose entrambos prosiguieron su guerra. Herida pues la dama de enfermedad tan grave, ciego el entendimiento, ya no se acuerda de sus obligaciones; y si la compañía, trato y comunicación de su marido avía templado en parte el duro sentimiento de la fuerça del padre, refrescándole aora, empieça a aborrecerle, y sin pensar en más que en la reciente llaga, en el querido amante, pospuestas y olvidadas las demás cosas, sin consejo ni alivio, solamente llorando, repite assí su miserable estado, dize consigo misma:

—¿Qué mortal desventura me ha venido? ¿Qué enfermedad me aprieta? ¿Qué daño me sucede? ¿Qué ha passado por mí que assí me imposibilita los braços y alagos de mi esposo? Su calor me resfría, sus braços me enflaquecen, nada dél me deleita; sólo el bello mancebo que anduvo mi jornada está siempre en mis ojos. ¡Ay mísera muger! Despide, arroja de tu pecho sus encendidas llamas, sus lascivos desseos. Bien cierto es que, si en mi mano fuesse, no como quiera triunfaría de mi honor con tal facilidad; nueva y horrible fuerça me tiene arrebatada. Uno me aconseja su amor y otro mi honestidad; conozco lo mejor, lo más dañoso sigo. Pero ¡ay de mí! ¿Y a quién no rendirá su gracioso semblante? ¿A quién no moverá su cortesía, su edad, su ilustre sangre? Todo me vence y atropella. ¿Haré traición al tálamo? ¿Daréme a un peregrino? ¿Entregaréme a quien mañana, harto y satisfecho de mí, me desampare y burle? Mas ¿qué imagino y pienso? No tiene él tan mal nombre, no dize tan vil trato con su opinión y fama, ni puede aver en tan gallardo cuerpo espíritu tan baxo; no ay que temer engaños ni esperar villanía de tal sujeto. Pero ¿por qué prevengo y cuido tantas cosas? ¿por qué las tiemblo todas? ¿Yo acaso no merezco ser dél también amada? Mis caricias y alagos ¿no podrán reduzirle a que me quiera?, y los muchos amantes que me dessean y sirven ¿no podrán empeñarle, y aun picarle mejor? Pues ¿qué me aflijo y lloro? Busquemos el remedio; que si él llega a enlaçarse en mi amor, éste le tendrá firme, y si se fuere, el mismo le

obligará a que me lleve consigo; hartos exemplos antiguos y modernos tengo que me disculpen y minoren la culpa.

Desta suerte razonava entre sí la hermosa dama, cuya cassa estava de manera que no podía baxar don Gutierre del quarto de su tío, ni del castillo a la ciudad, sin ver sus rexas y balcones; en quien ya más afable se dexava mostrar, pero con tal modestia, que ni vislumbres se pudo presumir de su voluntad. Con que el cuytado amante padescía, y ella, con la continuación de su vista, más se encendía y abressava.

VIII

Postróse al fin el natural más flaco, y sin poder templar ni resistir su ardor, ya no de recatarse, sino de buscar remedio a su dolencia tratava Hortensia. Era, entre los criados de su marido, Laurencio hombre anciano y fiel y a quien desde pequeño avían alimentado los padres de la dama, y por esta razón todo su aliento della y mayor confianza; y assí, en el presente trance, le descubrió su pecho. Mas no assí tan ligeramente le ofreció su favor; antes, lleno de ira y honrado enojo, mostró gran sentimiento, y con razones graves, miedos, temores y amenazas procuró disuadirla, aunque en vano, porque ya estaban incapazes y ciegos los sentidos.

Repetió Hortensia de nuevo sus desdichas, mostró Laurencio más resistencia y cólera; con que, viendo perdida su esperanza, llorando tiernamente, la dama le comenzó a dezir assí:

—Bien veo cuánto es, Laurencio, justo lo que me sinificas; mas el furor me apremia y el amor supedita sobre mis tres potencias, de manera que ninguna para poder valerme me ha dexado. Tiranizado me á, y estoy resuelta a no contradezirle; assaz me he defendido, un siglo á que padezco; rendíme a tanta fuerça, vencida y prisionera soy, ni quiero ni espero libertad; su voluntad he de seguir, no está en mi mano otro remedio. Si quieres que no me precipite, y afrente con un público estrago mi linage, ten compassión de mí y déxate de más aconsejarme.

Lloró, oyendo tanta resolución, el honrado criado; interpuso entre aflicción y lágrimas sus venerables canas; sus servicios, obligaciones y criança, y con respeto humilde la pidió que siquiera mitigasse aquel indigno fuego y quisiesse ser sana, ayudándose a sí misma; pues muy gran parte de la salud y cura de un enfermo consistía en sus desseos, y en admitir la medicina con voluntad y afecto. Mas ni con tan buen consejo consiguió otro espidente, antes mayor ansia; y casi desesperadamente, viéndose abatida, respondió:

—No pienses —dixo—, ya que no me socorres, que assí del todo me olvidó la vergüença; yo quiero obedecerte, y este fiero vestigio que no presume sugetarse a razón, yo le atropellaré, yo atajaré deste rapaz gigante, que se anida en mi pecho, la intentada torpeza con mi muerte; esta salida sola me ha quedado, y ésta quiero usar. Vete y déxame sola.

Contóme Ortensia después de aquestas cosas, que en aviendo entendido Laurencio tales resoluciones, menos colérico y severo, trató de mitigarla; replicando que templasse su ánimo y suspendiesse tan sangriento remedio, pues hasta entonces no estava cometido delicto que mereciesse semejante castigo; y que ella, más ayrada, repetía que pues viviendo no le podía escusar, que antes quería morir que executarle. Con que, temeroso y afligido, uvo de rendirse, diziéndola:

—Más quiero, hija y señora mía, remediar tu vida que tu fama.

Prometió hablar a don Gutierre, y Ortensia, inflamada en su amor, quedó dando esperanças a la dudosa voluntad. Pero es justo advertir que aunque el siervo forçado ofreció obedecerla, fue

con diverso acuerdo; creyó poder, con demandas y respuestas fingidas, entretenerla y dilatar el caso y el efecto, hasta llegar la ausencia de mi dueño. Mas la pasión de aqueste descubrió sus designios y le obligó a tomar otras veredas y salidas.

Andava una tarde don Gutierre gozando el sol a vista de su dama, yo acompañándole, y ella sentada en un balcón. Vio este lance Laurencio, y así, queriendo aprovecharle, y con su crédito hazerse confidente y engañar a su ama, passo a passo se llegó a mi señor y en baxa voz le dixo:

—¡O dichoso mancebo, y cuán bien quisto eres aun con las más hermosas!

No le habló otra palabra, porque para su intento y estratagemas bastavan menos. Sospechava Hortensia que andava el criado entreteniéndola con fingimientos, pero en viéndole aora hablar con su amante, asseguróse más y quedó satisfecha. Mas no así lo quedó don Gutierre; antes, entre confusos y alterado, aunque conoció bien al escudero, no creyó su ventura, si bien todavía alentado de aquélla, y juntamente de la blanda asistencia con que dexava festejarse Hortensia, trató conmigo de escribirle un villete; no ostante que primero que lo determinasse le vi suspirar y gemir, resistiendo su exceso, y aun tal vez a dessora quexarse solo, diciendo estas razones:

—¿Adónde, o ciego moço, caminas a perderte? ¿Dónde vas despeñándote tras un caduco amor, tras una precedera voluntad? Mira a quién te sometes, mira de quién te fías; que si una vez te ves en sus cadenas no se te escusarán largas desdichas, placeres breves, muchos temores y pocas alegrías; siempre estarás muriendo y nunca acabarán con la vida tus congoxas. Dexa ya esta locura, pues conoces los daños que de su liviandad han de nacerte.

Assí se lamentava, suspirando los venideros males; mas como en vano anhelava a su esfuerço, fácilmente tornando más rendido, bolví a dezir:

—¡Ay mísero de mí! En balde me resisto. ¡Quién soy yo que presuma aventajarme al invencible Alcides, al famoso Virgilio o al sutil Aristóteles! Aquél tomó la rueca, el otro se miró dentro de un cesto y éste, con acciones y freno espoleado qual si fuera un cavallo de su amiga. Natural es esta pasión aun en los más irracionales brutos, todo viviente ama; igual poder tiene el amor sobre los cetros que sobre los arados; pues ¿para qué me opongo a la naturaleza? Todo lo vence amor, no ay sino sugetarse y obedecerle.

Determinado así, yo busqué una muger, y pagada muy bien, la dimos esta carta:

"Hermosísima Hortensia, imposible me ha sido hazer más resistencia; mi atrevimiento es grande, mas yo espero que tu piedad será mayor que merece éste su triste dueño, cuya esperanza sola, salud y vida pende de tí, como de mí el quererte mientras viviere; y no creo que esta resolución te es encubierta. Los ardientes suspiros, mensageros seguros de mi pecho, son testigos fieles de su verdad. Sufre pues, o único bien mío, con mansedumbre el descubrirte aora mis amorosas ansias.

Tu belleza arrebató mi alma, cautivó mis sentidos; qué cosa fuesse amor nunca lo supe hasta que tú a su imperio me rendiste; venció tu resplandor a mis esfuerços, cegáronme los rayos de tus ojos. Tu esclavo soy y en mí no tengo parte; tú me quitas el sueño y sin ti no reposo; en ti contemplo y pienso las noches y los días; a ti sólo desseo, a ti llamo, en ti espero, en ti me deleito; tuyo es mi corazón, tuya mi alma; tú sola me puedes amparar, me puedes confundir, matar o dar la vida. Elige lo que desto pretendes y esso mismo me escribe. Merezca yo besar papel que tocaron tus manos, y mas que venga en él mi última sentencia."

Recebida esta carta, se partió el mensajero y, no faltando achaque, se la puso en el regazo a Hortensia, diziendo al darla:

—Esta es, señora mía, del sugeto más noble de la casa del príncipe; su sobrino es por lo menos quien te ruega que ayas dél compassión; lo mismo te suplico.

Era esta muger conocida en la ciudad por su mala opinión, y llano es que siendo yo muchacho y forastero no avía de hazer elección más honrada; y assí, en viéndola Hortensia, con terrible pessar la despidió de sí, haziendo primero en su presencia pedaços el papel; temió sus iras y salióse corriendo, antojándosele muy angostas las puertas.

Esperávala yo; pero por no perder las albricias, dissimuló su miedo y engañóme diziendo que avía sido gratamente admitida. Di esta nueva a mi amo, y con tan nuevo gusto pensó bolverse loco. Fuesse el correo y nunca más le vimos, quedando en nuestro engaño. Mientras, la hermosa dama, ausente la tercera y mitigado su enojo, recogió las ruinas y pedaços de la amorosa carta, y encima de un bufete, besándolos mil vezes, los juntó y concertó de manera que se pudieron leer; y después, repitiendo más tierna y abrasada su dulce razonar, echando iesca al fuego, llamó a Laurencio, y determinada a escrevir, le rogó llevasse su respuesta. El qual, viendo rematado el negocio, frustrados sus consejos, y en inminente riesgo la que amava como a hija si se fiava de otro, uvo de obedecerla y hazer su gusto. Dio en efecto este papel a don Gutierre, cuyos breves renglones son los siguientes:

"Quando fuera, señor, tu pretensión y intento menos difícil, y no tan imposible como en efecto lo es y sin ningún remedio, ten por indubitable que le hiziera del todo inacible la misma causa por do le encaminaste; pues fuera acción más noble que antes de executarla consideraras si yo podía ser de las mugeres que se conquistan por semejantes medios; y por el consiguiente, tú de los hombres que por ningún respecto devía valerse de instrumentos tan viles. Mas ya que el yerro se hizo, justo parece que los dos le soldemos; y assí, supuesto aquesto, lo que a mí pertenece es suplicarte que mudes de consejo, y con tal desengaño quiero que assí lo hagas; mas lo que toca a tí es sólo obedecerme. Busca nuevo sugeto que merecete sepa, porque en el mío jamás podrás hallar más grato acogimiento que el que devo a mi esposo."

Este villete, si bien tan lleno de aspereza y desvío —ajeno totalmente de su interior desseo—, abrió más que cerró las puertas desta empresa. No ay señal más segura de admitirse un amoroso empleo que ponerse con él en demandas y respuestas. La muger recatada, que honesta y cuerdamente quiere prevalecer a semejante engaño no le escuche ni atienda; absuelva las dudas y argumentos destas dulces sirenas bolviendo las espaldas y cerrando los oídos a su nocivo canto; no llegue a conferencias ni a razones con ellas, que faltarán las suyas y llegará su ruina y vencimiento quando menos pensare. Bastantemente entendió tal verdad don Gutierre, y assí, alentado con la presencia de Laurencio, sin dexarle partir, bolvió a escrevirla esta discreta réplica:

"Si mi desdicha á errado el primer escalón de su fortuna, no por esso, señora, he de ser condenado a un tan grave castigo. Yo, amante y estrangero, mal podía conocer si debaxo de aquellas blancas tocas y aspecto venerable se encerrava tan humilde persona como tú sinificas; nunca pensé cosa tan deshonesta; juzgué por lo exterior, engañéme y como hombre; perdón merece quien confiessa su yerro. "No é dudado, señora, tu honestidad y partes; antes, muy advertidas, el gran predicamento con que las reverencio me á obligado a adorarlas con más incendio y fuerça; porque la muger pródiga de su fama y honor más es digna de desprecio que estima, menos de amor que de aborrecimiento; pues perdida la vergüença y decoro, no ay qué loar ni apetecer en ella; y la hermosura, aunque es bien deleitable, si honestidad le falta, desházese qual humo. Y assí, las que guarnecen, como tú, su belleza deste virtuoso efecto, más justamente deven alabarse y quererse, según yo lo executo. Y siendo

aquesto assí, ¿cómo será possible que dexé de adorarte?, ¿cómo podré escusarme de servirte y quererte? Suplícote, señora, no me lo mandes, pues ya no está en mi mano el obedecerte."

Assí dio fin y lo entregó a Laurencio con una buena joya, paga de su trabajo, y otras quatro mui ricas para la bella Ortensia, que aviendo recibídlas, luego el siguiente día le bolvió a replicar.

"Las disculpas que has dado en tu descargo son de tal condición que avré, forçosamente, de romper su processo. Yo olvido mis enojos y te perdono; pero advierte, de passo, que aunque en la resta del papel más te esfuerces y animes a dezir que me adoras, en vano y por demás trabajas en su empresa. Nunca podrá tu fuego abrasarme en sus llamas; cree que no eres el solo ni el primero que se llamó vencido de mi breve hermosura; muchos antes que tú presumieron rendirla y engañarme; mas assí será frágil tu cuydado como el desseo de aquéllos. "Hablar contigo ni me es possible ni aun quiero imaginarlo; conténtate aora con lo que hago por ti. Recebido é tus prendas; pero por no dexarte por su obligación y recompensa en alguna esperança, te embío esse anillo y diamante que no es de menos valor que todas ellas. Quiero que pienses que é comprado de ti, no que me has coechado."

Más consolado y más agradecido, bolvió a escrevir mi dueño, dando las justas gracias de tan grandes favores. Pero con su gallardo ingenio y discreta eloqüencia, de tal manera desvaneció a la dama, y apretó su argumento con tan fuertes razones, pintó su ardiente amor con tan vivos colores y matices, que bastaran a conmover las plantas, enternecer los mármoles, rendir y convencer, no al tierno corazón de la abressada Hortensia, mas el más duro y bárvaro de la muger más rústica y salvage. Y assí, no es de argüir que ella se declarasse aora algo menos esquiva; en el primero envite estuvo el daño, llano era que, admitiéndose aquél, avía de ser aquesto.

Finalmente, digo que Hortensia sinificó su amor, sus dudas y temores, en aqueste villete que se sigue, y que yo, aunque por no cansar desseava escusarle, todavía no me atreví, por no ofuscar la mejor inteligencia del discurso, que passó desta suerte:

"Querría complacerte, señor, y que tuviessen tus méritos y partes de mí fee y voluntad conforme recompensa. Callar pienso el desseo, y aun lo mucho que me agradan aquellas. Temo lo que nunca é intentado, no me atrevo a querer; porque si me abalanzo y arrojó, sé que no é de saber reprimir mis afectos. Demás, que considero que, aviendo de irte tarde o temprano desta tierra, ni tú me has de querer llevar contigo, ni yo entonces sin ti é de poder vivir ausente. No es de despreciar este miedo, ni el grande que me aumenta ver a Dido burlada por Enéas, a Medea por Jassón y por Teseo a Ariadna. Si tal me sucediesse ¡ay triste!¿y qué sería de mí? Los hombres son de corazones grandes y poderosos, mejor refrenan sus movimientos y pasiones; mas los de las mugeres, si verdaderamente aman, con sólo morir y perecer se suspenden y atajan; no aman, mas pierden el sentido; no hay animal más bravo si son ingratamente correspondidas. "Después de recebido el fuego no curamos de la vida o la fama; sólo en la cosa amada buscamos y queremos recíproca igualdad, abundancia de amor; siempre aquéllo de que más carecemos, más apetecemos y deseamos; y en tanto que nuestra voluntad se satisfaze, ningún peligro, ningún riesgo tememos. " si esto es como publico, ¿qué remedio me queda, mas que cerrar las puertas del amor, y mayormente el yuyo, que por ser estrangero á de faltar y no permanecer? Dexa pues, señor mío, de solicitar mi frágil pecho, pues para resistir la causa que te mueve, tú sabes quánta más fuerza tienes que no esta miserable."

Assí titubeava la firmeza de Hortensia, entre temor y amor vacilaba confussa. Levantó más de punto don Gutierre el discante, no desmayó en la empresa, persistió en sus combates y, sin tomar descanso, con nueva artillería asestó a su omenaje la reforçada pieça deste su último papel. Dixo:

"Archivo de mi alma, los cielos te acompañen, que así con tus renglones diste a mis soledades alegría. Espero que si gustas de hablarme, trocarás en dulçura y suavidad el açivar amargo con que venían mescalados. Muchas vezes é besado y leydo tu carta, y no sé cómo satisfacerte; porque una cosa me aconsejas tú misma, y otra me amonesta y persuade ella. Mándasme que dexede de quererte, por no hallar conveniencia en mi estrangero amor, y viene escrito aquesto tan tierna y blandamente que más me empeñas a estimar tu presencia que a olvidar su afición. "¿Quién dexará, señora, de amar sujeto tan discreto? Si querías que yo te obedeciese, no tan prudente y sabia te me avías de mostrar; porque tales virtudes y excelencias aun de los brutos y silvestres bárbaros son respetadas y apetecidas. Fuera de que no es tan fácil y possible en el hombre, como as imaginado, templar y restringir sus entendimientos; antes, lo que tú condenas en él, se halla en vosotras con mayores excessos. Pero no quiero altercar sobre aquesto, pues sólo me conviene deshazer los temores y exemplares con que se an alentado en mi daño tus sospechas; porque si aquellas tres mugeres fueron de sus amantes desamparadas, son número infinito los que por el contrario fueron dexados y burlados de otras. Griseyda engañó a Troylo, a Deyfebo hizo tayción Elena, y Circe convirtió en animales a quantos la adoraron y sirvieron. Mas no es justo que pierdan muchos buenos por la malicia de unos pocos; no reconvengamos sucesos, que en prosiguiendo la materia, tú es fuerça que aborrezcas los hombres, por la culpa de aquéllos; y yo, por consiguiente, a todas las mugeres, por la maldad de aquéstaras. Aun, ay exemplos muy dignos de alabança, y justo es que imitemos los favorables. "Yo, con la voluntad de quererte siempre, menos estraño soy que tus más naturales; ninguna patria tengo sino la tuya; y si mi ausencia tal vez se ocasionare por algún accidente, o é de bolver aquí, donde es mi centro, o é de morir de fuerça, como quien se halla fuera dél. Y cree que así podré dexarte y apartarme de ti como ningún viviente alentar sin espíritu. "Ten pues lástima deste afligido amante, que como nieve al sol se deshaze y consume; tales efectos hazen los ardientes deseos que le alimentan. No me fatigues más, pon fin a mis congoxas, a tantas noches tristes, a tantos días prolixos; buelve a mi rostro sus colores y sus fuerças a mis débiles miembros; mira, señora, que si te tardas mucho, quando quisieres dármele vendrá el remedio como a desafuciado, término en quien, postrada la salud, falta el vigor para admitir la medicina."

IX

Como la torre que, pareciendo inexpugnable, está desecha y cascada interiormente, y si con ingenios y artificios la combaten luego se ve en el suelo, así aora, en la espugnación de la fortaleza de Ortensia pudieron admirarse las rezias baterías de la eloqüencia de su amante; pues como abiertamente conoció sus entrañas, así clara y abiertamente a sus dulces combates descubrió las ruinas interiores de su alma; hizo patente el mal dissimulado, y confessando su verdadero amor, sin más rodeos, firmó en este villete su rendimiento:

"Ya, dueño amado, no puedo resistirme, confía en mi amor; vencida soy y tuya. Desde el día que admití tus papeles, que escuché tus palabras, adiviné y lloré este vencimiento; espuesta estoy a gran riesgo y peligro si tu fee no me vale. No olvides las promessas de tus papeles, yo quiero obedecerte. Serás, si me desamparas, el más aleve y falso de los hombres; ligera empresa alcança quien engaña una frágil muger, y mientras más ligera, tanto más torpe. Aún está en buen estado mi desdicha; si piensas olvidarme, dímelo antes que acabe de perderme. No enprendamos jornada que lloremos después, el fin se á de mirar de los sucessos. Yo, muger sin consejo, no penetro ni alcanço los inconvenientes y estorvos; tú, varón y advertido, debes tener de ti y de mí cuidado."

Assí fue razonándose el entrañable afecto destes firmes amantes. La vista continuada aumentava su fuego, y estos villetes tiernos le fomentavan. Nunca con tanto ardor escribió don Gutierre que no fuesse con mayor correspondido; unos eran los desseos de entrambos, si

bien dificultosos e inaccesibles, por el recato grande y asistencia que velava a la dama. No assí con más ojos y espías guardó Argos la vaca de Juno, quantos tenía Camilio recelando a su esposa; vicio es de viejos semejantes passiones; a mi juicio, errada diligencia.

Son las mugeres, casi ordinariamente, repugnantes al natural del hombre. Con más fuerza codician lo que más se les veda; siempre aborrecen lo mismo que amamos y queremos, apeteciendo lo que vituperamos y perseguimos; mas si les dais la rienda, mucho menos se arrojan que refrenándolas; tan dificultoso es guardarlas como resistir a los rayos un tejado de vidrio; si de su voluntad la muger no es casta, en vano pone candados el marido.

Cerca de la ciudad, entre otras possessions, tenía Camilo una güerta u jardín donde los días de fiesta su familia iba, siendo de invierno, a tomar el sol, y si verano, a gozar de su sombra. Y a la sazón, no sé por qué accidente, estava sin caseros y cerrado con llave, y ésta en poder de Laurencio. Entendiólo assí Hortensia, y viendo la ocasión, no mal considerada y advertida, quiso valerse della. Llamó al criado, y encareciéndole quán en su mano consistía todo el remedio de sus cosas, le propuso esta traça.

Rogóle que avisasse a su amante para que en la primera fiesta, haziendo que iba a caça, madrugasse, y dexando la compañía en lugar seguro, él solo y disfrazado se fuesse a su jardín, y Laurencio, asistiéndole, le recogiesse y metiesse en lo más escondido de la casa, para que assimesmo ella, yéndosse como solía otras vezes a recrear allí con su gente y criadas, tuviesse sin sospecha ni escándalo tan buena coyuntura de verle; pues, fingiendo qualquier necesidad de las que las mugeres acostumbran, podía efectuarlo y mitigar su fuego.

Assí se ordenó el caso, y pareciendo fácil, Laurencio, aunque quisiera, no se atrevió a contradézirle. Obedeció a su ama y avisó a su galán asignándole el día, que fue tres o quatro después del concierto, que parecieron años y siglos largos a quien los esperaba. Cosa ordinaria es dilatarse las oras quando el bien aguardamos, y por el consiguiente, abreviarse a los que temen algún daño o peligro. Pero ni con estar dispuesta con tanto aviso surtió efecto la empresa; desvaneciéndose su alvorozo, como veréis aora y ellos menos pensavan.

Tenía en este tiempo madre y viuda Hortensia; si bien, por algunos disgustos de los que nunca faltan entre yernos y suegras, no corría con su hija; y sin embargo de esto, el día señalado, sabiendo adonde iba a missa, sin que entendiesse nadie si la movía otra causa, se hizo encontradiza con ella, y a pocos lances, en viéndose una a otra, se abraçaron, se hablaron y bolvieron a la antigua amistad; y además, para dexarla confirmada, la tierna madre —bien a pesar de su hija, que ya casi adivinava lo que avía de suceder— quiso comer con ella y con su yerno, y assí bolvieron juntas. Regozijóse la familia, alegróse Camilio, banqueteo a su suegra, y juntamente dio licencia a su esposa para que con espléndida merienda la llevasse al jardín. No era razón aquesta que ella podía excusar, pero —del mal lo menos— presumio aún aprovecharse mejor del esperado lance en compañía de su madre; y con tanto, alentando el espíritu, ordenó la jornada; mas de otra forma iba ya endereçándola su contraria fortuna. Sintióse después de aver comido indispuesta su madre, y sin bastar los ruegos de Camilio ni los alagos y petición de Ortensia, no quiso salir fuera de casa; con lo qual tuvo la fiesta fin, pues cosa llana era que no podía la dama dexar sola a su madre sin incurrir en mil inconvenientes.

Pero con todo esto, aunque maldixo entonces su mala suerte, no assí para otro día desconfió de la dispuesta traça; creió que mientras la casa del jardín estava de vacío, podía en el primer domingo executar su intento. Mas ni esta brevíssima esperanza permaneció dos días; pues antes de la fiesta, solicitado de quien menos pensávamos, tuvo la casa morador, ortelano el jardín, y nuestras pretensiones un firme baluarte, que por aquella vía las dexó sin remedio. Siempre creímos, o por lo menos sospechamos, que Laurencio, fiel y cautamente, prevenía y

contraminava nuestros designios. Mas como el darnos por entendidos era muy peligroso, con dissimulación contemporizávamos con él, esperando otros medios.

Quedaron con el successo dicho affligidos y tristes los dos tiernos amantes, mas creció su pasión sin término y medida luego que don Gutierre supo que ordenava muy apriessa su tío que se partiesse a Córdoba. Hízolo a la ligera, pedíalo assí el negocio, mas ni con esso quiso salir sin beneplácito de Ortensia. Uvo de concedérsele, pero desde el momento que comenzó su ausencia, juzgándose viuda, enclavó sus ventanas, vistióse de tristeza, y a toda la ciudad, que ignorava el origen, causó tal novedad gran maravilla, y como si su sol se eclipsara, suspiró sus tinieblas. Acostóse en la cama, nunca ninguno la miró el rostro alegre; buscáronla y hiziéronla diferentes remedios; mas como el daño estava en el espíritu, contrario efecto obraron medicinas del cuerpo.

Sin alma caminava el de mi dueño, obedeciendo al tío con tan poca alegría, que en los primeros días de nuestra jornada ni comió, ni bebió, ni aun tuvo otro mejor sustento que el de sus muchas lágrimas y gemidos. Siempre en las tristezas grandes es el mismo cuidado que dellas nace el mejor alimento de los que las padecen. Yva yo con aquesto fuera de mí, considerando los efectos de tan estraño y peregrino amor. Assí corrimos asta cerca de Córdoba, de noche siempre, por los rezios calores, y sin suceder cosa para escribirse asta el último día que, baxando por entre diversas arboledas, granjas, caserías y cortijos, al llegar a un arroyo, fin de Sierra Morena, interrumpió nuestro camino el caso que al presente sabréis.

Serían entonces las nueve de la noche, y el poco gusto de mi amo causava en todos tan notable silencio que ni el sordo rumor de las vezinas aguas, enbate de las ramas y poderosos vientos estorvó que llegasse a nuestros oídos el temeroso estruendo de diversas espadas que, cerca del camino, sin ver quien las regía, batallavan. Era don Gutierre dotado de un animoso aliento, y no obstante que le traían enagenado sus passiones, en un instante desamparó la silla, y terciando la capa, guiar hazia aquella parte y arrancar la espada todo fue uno. Causa que nos obligó a imitarle y seguirle a mí y a otro criado y dos moços de a pie que nos acompañavan; mas por muy en breve que quisimos alcançarle ya, quando llegamos a él, le hallamos que, aviendo baxado hasta un pequeño valle que regava el arroyo, se avía metido entre quatro hombres que con coraje y brío, dos a dos, se herían mortalmente.

Estavan assímesmo otros tantos cavallos atados por las riendas a un árbol, no lexos de sus dueños, por donde presumimos su calidad y partes, y más quando al pedirles don Gutierre suspendiessen su enojo, le obedecieron juntos, mitigándole, y respondiendole el uno assí, con cortesía:

—El veros acudir a ocasión semejante en tierra como aquesta y a tal hora dize vuestro valor y lo digno que sois de nuestro buen respeto; obligados estamos a vuestra diligencia, ved si nos mandáis algo, que como ésto no sea dexar la obra comenzada, en todo lo demás los quatro que miráis os servirán con gusto.

—Locura fuera mía —dixo don Gutierre, haziéndoles primero igual acatamiento— pediros tan gran cosa sin informarme antes, si lo permite, la ocasión que os truxo a tales términos. Ésta os suplico agora me contéis, si es possible. Hacedlo por quien sois, y por mi justo celo; porque me á dado al alma que podré componeros, y aun con secreta fuerça, barruntos y sospechas que tengo entre vosotros cosa que la toca en lo vivo.

Replicarle quería el que le habló al principio, quando atajó su plática una grave desdicha, que no assí como quiera acrescentó las nuestras. Cayó en este punto uno de los tres que callavan, dando en el duro suelo, con gemidos profundos, un fiero golpe; y tras él, bien que a favorecerle, el que le apadrinava en aquella pendencia. Tocóle el pulso, y hallándole sin él y el rostro lleno de la reziente sangre, inopinadamente dixo:

—¡Don Jerónimo es muerto!

A cuya voz, sin esperarse más, tomando sus cavallos los otros dos se desaparecieron de la vista; lo qual notado del que quedava vivo, arremetiendo al suyo, se puso en él, y llamando con voces y amenazas a los que huían, los comenzó a seguir con la misma furia, dexándonos a todos tan suspendidos y temerosos, como a don Gutierre confuso en lo que hazer devía. Mas no obstante el peligro, viendo que, aunque passado de crueles heridas, respirava el caído, sin reparar en ninguna cosa, haziéndole atravesar en su cavallo y que uno de los moços de a pie, puesto a las ancas, le governasse, prosiguió su camino con harta prissa, por ver si por su medio, antes de despedirse, hallava absolucíon el alma de aquél cuerpo. Con tanto, al dar las diez tocamos en las puertas de Córdoba, al mismo tiempo que por ellas salía un gran tropel de gente con linternas y luzes, de quien, siendo ministros de justicia, fuimos en un instante rodeados. Todo le sale incierto al que no favorece la fortuna.

Avía poco antes desto sido avisado el alguazil mayor de algunos caminantes y passageros que oyeron la pendencia que quedava travada, y por esta razón acudía a su remedio aora; mas como hizo en nosotros tan buen encuentro, aunque le dixo don Gutierre su nombre y el modo del successo, viendo el mortal indicio que nos acompañava, mientras para reconocerle le lavavan el sangriento rostro, mandó avisar a su corregidor y nos detuvo a todos en la primera casa. Sabréis mui presto que fin nos aguardava, pero es razón que antes entendáis este punto.

Era don Gutierre, por parte de su madre, natural de Córdoba, y aviendo ésta muerto algunos meses antes, no sé por qual derecho, un primo suyo se metió en su ligítima, de que entre los dos se recrecieron pleitos, y no pocos disgustos. Tenía aquél una hermana muy hermosa, y lo que más haze al caso, muy amada y querida de su tía y madre de mi dueño; y deste amor estrecho y conocido, dizen que así su hermano y fingió un codicilio, por el qual, después de mil contrastes, le quedó adjudicado un pedaço de hazienda, quitándosela a cuya era con tal enredo.

Es aora de saber que el que guió la dança, y a quien se atribuyó la dicha estratagemas, quiso nuestra desgracia que fuesse el mismo hombre que ya del todo muerto halló el alguazil en nuestro poder; y por el consiguiente, hermano de la dama, llamado don Gerónimo, primo de mi señor y sobrino de su difunta madre. Con que tan recientes encuentros, ignorado otro origen, ligitimaron bastantísimamente nuestra prisión.

Notable cosa es que, siendo siempre los casos contingentes de su naturaleza tan desiguales, se eslabonan a vezes de manera, que más parecen efectos de causas concertadas que accidentales y sin orden. ¿Quién no se persuadirá a este confuso engaño, viendo nuestro successo, sus requisitos anteriores, los indicios presentes y la correspondencia de unos y otros? Por cierto que, a mi ver, no digo yo el rigor de un juez, pero cualquier sugeto pudiera tenernos por culpados y presumir que todos eran medios dispuestos y acordados para un efecto y fin. Assí, sin oír nuestro descargo, el corregidor, en viniendo, se llevó a don Gutierre y, con seguras guardas, le recogió en su casa; y dando con nuestros tristes cuerpos en la cárcel, divisos y apartados los unos de los otros, nos dexaron dormir más de lo que quisiéramos.

Ni sé si lo hizo entonces mi cortedad o mi corta experiencia, que con el juicio de inocente tuve en poco los grillos; mas si, como entendí despues en diferentes trances, supiera cuántos an padecido el último suplicio sin tener culpa, menos gusto tuviera que desprecio y descuydo; si bien el que me ocasionava la justicia me le trocaron en cuydado unos animalejos importunos, en forma de conejos, que luego comenzaron a acompañarme. Fue tal la desvergüença y ánimo destas comadreas o ratas, que como si yo fuera una estatua de bronze, así cruçaban y paseavan sobre mi misma ropa, haziéndome erizar los cabellos; y mayormente quando, trayendo a la memoria el caso de Apuleyo sobre el difunto y guarda que introduce en Larisa

de Tesalia, temí que como a aquél, en cerrando los ojos, me avían de dexar sin narizes; y assí, no sin trabajo, hize toda la noche centinela al más notable miembro de mi rostro.

X

Entre tales desvelos llegó el día, conocido de mí más por el gran calor que empeçava a abrassarme, que por la escasa luz que entrava por las junturas de la puerta; la qual no se me abrió en más de mil oras, o a lo menos, tantas se me antojaron las que uvo hasta la de comer, que para que yo lo hiziesse, un ministro de Caco me entró en una escudilla un poco de potage, digo, de tarquín frío, en quien nadavan los bofes de una oveja. Esto, y un pedaço de pan más negro que un carbón, y un jarro de agua, él desbocado y suzio y ella ardiendo y no limpia, fue el triste refrigerio que conoció mi estómago al cabo de veynte y quatro oras que ayunaba.

Por cierto, amargo y mísero consuelo, indigno en todo de la piedad christiana; pues no es encarecimiento, pluguiera a Dios lo fuera, y no tanta verdad como yo testifico, y no desta vez sola ni de sola esta cárcel, sino de las mayores y más principales de España. Y es de considerar que aqueste bárbaro y cruel tratamiento no lo padescen los facinerosos delinquētes, los homicidas y ladrones; porque éstos siempre tienen allí sus ángeles de guarda, digo, su cierta inteligencia, con que passan olgados. El alcaide, de quien son tributarios, los favorece; los alguaziles, con quien parten y viven, les dan la mano; los porteros y guardas, que comen con sus hurtos, les regalan y ayudan; y assí, las órdenes terribles, las asperezas y rigores, que juntamente se dispusieron para el castigo y enfrenamiento déstos, sólo se executan y cumplen con el pobre inocente y con el hombre honrado y de vergüença que su desdicha, más que no sus pecados —como aora a nosotros— les truxo a semejante desventura; porque como su buena vida, quietas y virtuosas costumbres les hazen de razón, si bien no de accidente, exentos de tan viles lugares, no conocen en ellos persona alguna que los pueda amparar, y assí caen de golpe sobre sus tristes cuerpos las cadenas y grillos, las injurias y afrentas, las clausuras y encierros, y todas las inhumanidades de tan fieros verdugos.

Tres días nos tuvieron en tan oscuras tinieblas como tengo advertido, al cabo de los quales, y a cada uno de por sí, nos sacaron a tomar confessión; y sin discrepar, que esto tiene la verdad, todos convenimos en una. Avíase echo antes con don Gutierre otra igual diligencia, y en su comprobación embiado a diversas partes, y en primer lance a los alojamientos y lugares que venimos tocando en toda la jornada, y los huéspedes y mesoneros, primeros y últimos, hizieron más patente nuestra inocencia; a que también ayudó su parte el gran favor, deudos y tío de mi dueño. Supo la nueva aquél y el riesgo en que quedávamos, y con cartas y gente embió por la posta quien solicitasse con mayor brío el negocio.

No fue en Estremadura ni en aquella ciudad de su asistencia tan secreto este caso que, dentro en breve término, no lo supiesen aun en los arrabales y vezinas aldeas. Entendiólo Camilo, y ignorando el mal o bien que llevaba a su casa, al comer con Hortensia, lo primero que hizo fue en muy sana paz referirlo y contarle. Mas como siempre se acrecientan las nuevas de mano en mano, quando las nuestras llegaron a las suyas yvan ya de manera que lo menos que dixo fue que amo y criados, por un grave y alevoso homicidio, quedávamos condenados a muerte. Estava Ortensia esperando muy diferente aviso, y como éste llegó sin prevención a su noticia, fue gran muestra de su mucha cordura no descubrir la repentina alteración algún indicio que aclarase su pecho, y aun el origen del achaque que la tenía en la cama.

Dissimuló su pena quanto pudo bastar a que se atribuyesse a otro accidente; mas siempre vemos que una gran resistencia, un dolor atajado y suspendido violentamente sufoca los sentidos y debilita y enflaquece las fuerças. Assí aora, cansada de sufrir y vencida de la interior batalla, con un ay lastimoso cayó desfallecida y desmayada sobre los braços de su

esposo. Dicha se está su turbación y la celeridad de los remedios; acudióse a los familiares y casseros con prisa, rociáronla el rostro, fricáronla los braços y las piernas, tiráronla los dedos, echáronla quatro o cinco ventosas; esto en tanto que el médico venía.

Entró a la sazón su criado Laurencio, y con el grande amor que la tenía lloró también su tardança, y la falta de otros medicamentos; mas no le truxo el cielo a este punto de balde. Parece ser que notando Camilio el aprieto con que Hortensia tenía ceñido el pecho y una almilla de raso, para su desaogo juzgó por saludable desabrocharla. Hízolo por su mano, pero uviera, para entrambos, hallado en su piedad un miserable lance; apenas la quitó los botones quando cayó en el suelo un pequeño legajo de papeles y cartas; turbóse en viéndolas el celosso Camilio, mas mucho más Laurencio que lo estava mirando. Reparó éste en lo que ser podrían y prevínose al punto; mientras el otro, embaraçado con la cabeça de su esposa, que tenía en el regazo, perdida la color, le mandó que los levantasse y se los diesse. Obedecióle assí, pero con fin muy diferente —ya dixé que se avía prevenido—, abaxóse por ellos, y con una mano los encubrió en su faltriquera y con la otra, haziendo que los yva cogiendo, sacó unos suyos que contenían diversas devociones, oraciones e indulgencias, que él, como hombre buen christiano y piadoso, traía siempre consigo; éstos pues dio a Camilo, el qual, aunque caviloso y despierto, no conoció su cambio, antes con la esperiencia de tan grande virtud en una mujer bizarra y moça, cayendo en nuevo engaño y mayor confiança, la estimó mucho más, teniéndola desde entonces por una santa: tanto vale un discreto aviso.

Destá suerte dio la vida Laurencio a su querida Hortensia, la qual, bien ignorante del segundo peligro, recobrado el aliento, en breve tiempo se vio libre de entrambos, y fingiendo proceder de diferentes ocasiones y congoxas, consolando al marido y suspendiendo el llamarse a los médicos, pidió a todos que la dexassen sola, para mejor romper, sin sospecha y testigos, la pressa de su llanto, las dos corrientes de sus hermosos ojos, que por muy largos días no se vieron enxutos.

Bien pienso que en el ínterim igualaron sus lágrimas y mayor sentimiento las muchas de su amante, el qual, a esta sazón, estava en Córdoba ya con más libertad, y nosotros fuera del triste encierro. Esperávamos un fácil despiciente; porque, aunque de los verdaderos delinquentes no avía rastro ninguno, nuestro descargo era tan cierto y evidente que nos le podía prometer, demás de los grandes favores que teníamos; si bien éstos nos ocasionaron mayores dilaciones y daños. Llorava la madre del difunto tiernamente su mal logrado fin, y no podía creer que don Gutierre estuviesse sin culpa; y assí, viendo aora la justicia inclinada, temiendo le absolviesse, pidió secretamente un pesquisidor en la Corte, que en quinze días, sin ser oýdo ni visto, se plantó dentro de la ciudad.

¡O si mi humilde pluma fuera en esta sazón la de un Cornelio Tácito, mi eloquencia de un Tulio, mi concisión y estilo de un Salustio, de un Lipsio! Pienso que ni con todos bastara a dar matices y colores tan vivos como el caso requiere, para ponderar las maldades, las circunstancias, traças y estratagemas que usó aqueste ministro del demonio el breve término que, como infernal furia, duro su comisión. Son estos hombres un género de gente miembros bastardos de la jurisprudencia; llámanlos en la Corte Bártulos en docena, Baldos de toda broza y, en general, Catariveras. Y como allí se portan de ordinario en continua miseria, hambre canina, y echos quita pelillos, pantuflos y alvañares de relatores y escrivanos, Dios nos libre y nos guarde quando, por pecados del pueblo, se encaraman sobre alguna pesquisa; quando, para salir de su lacería, les pone su negociación importuna un Don Felipe, etc. en las uñas; porque entonces no ay Luzbel tan sobervio, no ay Caco tan ladrón, Tántalo tan sediento, como se muestran en la cautiva sangre que traen en encomienda. No ay rayo abrasador como su pluma, ni ay blasfemia de renegado infiel que se iguale a sus testos y glossas; no hay toga pastoral, mitra, tiara, corona real, imperio, magistrado, en cuya fama, sin respetar a la deidad que injurian, no pongan algún dolo o mancilla; no ay fuego, no ay azogue como su ingenio y manos; buscan, rompen, despedaçan, penetran y destruyen los humildes, plebeyos y generosos

héroes; pero ¿por qué me canso, si ellos se traen sabido, y aun pocos lo ignoramos, que han de hallar mancha y raza en la misma limpieza, en la verdad mentira, en la justicia agravio, en la inocencia culpa y cuerpo de delito? Y si no, atended con paciencia y veréis dónde le presumió formar este prodigio, para mejor perdernos y destruyrnos; porque tales ministros son como los demonios, que siempre están desseando delitos y pecados, y por lo menos éste es de quien se dixo por cosa cierta que quando le faltavan andava triste, y en sucediendo algún fracaso u muerte, entrava muy alegre en su casa y repetía con la familia a voces: —¡Carne, carne, carne tenemos!

En conclusión, luego como llegó arrebató la causa. Redúxonos a todos a maior clausura y, sin cessar, hizo traer quantos mesoneros avía desde Estremadura hasta Córdoba; y como acaso uno déstos, que era de cinco leguas de la ciudad, uviesse antes cometido no sé qué excessos y al presente, temiendo su castigo, se pusiesse en seguro, asiéndole el juez a esta tan frágil rama, fundó en sus ojas más de mil de processo. Dio por acabado el negocio, juzgó, según dezimos, que se le avía caído la sopa en la miel, y sin más advertencia ni discurso llenó al consejo de criminales relaciones, y a las partes, y a todo aquel contorno de ficciones y embustes. Insistió en que la fuga de aquel hombre se originava del concierto y espera que en su posada hizimos para prevenir el successo, y que a persuasión nuestra se encubría, atajándose assí su declaración y la provança del delito que se nos imputava.

Pero lo que más deve y puede advertirse y notarse, usó desta diabólica cautela: hizo que su escrivano —siempre corren aquestos la misma fortuna y passos del juez—, amedrentando y persuadiendo a don Gutierre con asechanças y diversos temores, procurasse sacarle algún dinero, porque sólo a este fin se encaminan y endereçan de continuo las diligencias de tal gente. Desseava mi dueño la vista de su Hortensia con tan terribles ansias, y sentía el dilatársele con tan fiero dolor, que no digo yo de aquellos medios, pero de otro qualquiera que allanáse su gusto se valiera, aunque fuesse más lleno de inconvenientes y peligros; y assí, no reparando en el daño notable que hazía al principal negocio, con sinceridad y lisura, ofreció quanto se le pedía en orden a facilitar la libertad.

Anduvieron sobre ello demandas y respuestas, en que el astuto juez introduxo otros interlocutores para que se rugiesse el coecho; del qual, dispuesto en forma y depositada su cantidad, que era ochocientos ducados, denunciaron por su orden al punto y sirvieron, los mismos que avían sido terceros, de testigos y actores. Con tanto, acumulado éste a los demás indicios, uvo bastante cuerpo para que, por la inadvertencia de mi amo, malicia de su pesquisidor y cavilación del escrivano, se adjudicassen los dineros del coecho por tercias partes, y a nosotros nos condenassen a tormento. Y como las cosas deste género van por la posta, apenas el juez pronunció el auto quando puso a uno de mis compañeros en el potro.

Este fracaso sonó por la ciudad, reprovando unos tanto rigor y otros calificándole por justo; mas como siempre la buena obra tiene quien la favorezca y ayude, assí no permitió Dios que la nuestra se quedasse frustrada. Encaminó su amparo por adonde menos bienes que males esperávamos, siendo su instrumento la hermana y madre del difunto, las mismas que asta entonces nos avían acusado y perseguido. Y fue el caso que, savida la determinación del pesquisante y la priessa con que empeçava los tormentos, como quiera que ninguno entendía nuestra inocencia mejor que doña Juana (llamávase assí la hermosa hermana), y assí mismo quien fuessen los verdaderos omicidas de don Jerónimo, sin más disimular, aunque entre ellos tenía arta ocasión que pudiera obligarla, con todo, fue mayor su nobleza; y pospuesta la causa de su remedio y gusto, yendo a su madre, la dio cuenta de todo, haziéndose a sí propia no menos que principal origen, fuente y manantial de adonde procedían sus mayores desdichas; pero justo parece que sepa esto el lector con más estensión y claridad.

Vivía en Cordova don Francisco Vanegas, galán mancebo, rico y muy poderoso; íntimo amigo del cavallero muerto, y mucho más, amante de su bizarra hermana. Era su pretensión la

del casarse, pero no ostante, llegando a noticia de don Gerónimo, por ser la de los dos amistad tan estrecha, tuvo a mal caso el averla intentado y prendádosse sin su sabiduría.

Sobre este punto de honra, después de otras palabras y razones, de tal suerte fueron empeñados que paró en desafío; al qual, con gran secreto, saliendo con iguales padrinos, sucedió en el campo lo que ya queda dicho. Huyeron, según visteis, los dos contrarios; y el compañero del caído, aunque los siguió por entonces, después, viendo ya perdido y rematado el trance, se convino con ellos en quanto a sepultarle y encubrirle en silencio. Éste no pudo aver con doña Juana, súpolo, y aunque lo suspiró y lloró con notables estremos, como quiera que, amando a don Francisco, si hablasse le perdía sin dar vida a su querido hermano, uvo de callar assí mismo; pareciéndola que la inocencia de su primo y criados no sólo aseguraría su buen successo, más dexaría para siempre inaveriguable el omicidio. Mas como se trocaron los datos con la venida del juez, y éste procedía aora con tantas extorsiones, mudó consejo, y advirtiendo la sangrienta malicia, y juntamente lo mal que andavan ya aquellos cavalleros, pues en ley de quien eran devieran, viendo a don Gutierre en tan grave peligro, antes aventurar sus vidas que permitirlo, sin más espera, lo que avían de hazer ellos obró ella; y con ser cosa tan temerosa y repugnante a su natural flaco, con generoso y varonil espíritu, abandonó el amor, y aun su buen crédito, y dando, como dixé, larga cuenta a su madre (que siguió su parecer y acuerdo), entrándose en un coche, sin dar a nadie parte de sus intentos, se fueron a la cárcel. Y avisando al pesquisidor, que a la sazón sacrificava un inocente de los nuestros a su furor y rabia, apartándose a un lado, le dixerón todo esto.

Vio el honrado ministro abierto el cielo con tan clara noticia, y no por el contento de la averiguación del delito, sino por el campo anchuroso que de nuevo se hallava para prolongar la comisión. Y assí, alegremente con los páxaros grandes que le venían cayendo sin pensar, suspendió los tormentos, y con la misma prisa, cogiendo descuydados a los padrinos, don Francisco Vanegas, que andava sobre aviso, se puso en cobro, y ellos confessaron de plano. Y con tanto, mientras nuestra libertad se disponía, nos sacaron a ver la luz del patio, con el contento de mi dueño y nosotros que de tales aprietos se puede colegir.

XI

La noche siguiente a este dichoso tránsito, aunque con menos ratas, no sin inmensos távanos y otros animalejos asquerosos, nos alojaron en diferentes quadras, donde el rigor de aquellas savandijas y el fatigable hedor, el rumor de los grillos y cadenas, los gemidos de aquestos, la gritería y música destotros, me tuvieron inquieto hasta más de las once; y entonces, quando pensé dormir, acrecentó el desvelo una pesadumbre mosquita que se armó entre las pajas. Perdóneseme la trivialidad del contarla, pues no es razón que sean todas tragedias.

Tenía nuestro aposento y calavozo tres o quatro ventanas, desde adonde los presos matraqueavan los del patio, y principalmente a un negro muy gracioso que servía de una de las velas y guardas de la cárcel. No era éste bozal, y sentía sumamente que, entre otras triscas y burlas, le dixessen que su muger le avía parido un hijo blanco, y si estava de humor hablava en defensa de su honra tantos y tan diversos disparates, filosofías y milagros, que era todo el entretenimiento y solaz de la cárcel; pero si se enojava o el licor de las vides le tenía de su vando, no despide un nublado más piedra en el estío sobre los montes Pirineos, que él arrojava ripios a unas partes y a otras; sucedió esto aora, tan repentinamente que, antes de prevenirle, ya en un momento tenía rompidos más de quarenta jarros, cántaros y botijas que estavan al sereno. Deste destroço y riza redundó la mohina; apassionóse grandemente uno de los matantes y perdidosos, y contra el promovedor de las matracas, que no era menos, dixo desde su rancho:

—Boto (y echóle, como dizen, redondo) que es el moreno honrado y á andado muy honrado en lo echo, y esto yo le defenderé a pagar de mi bolsa, ya que el señor Pestaña no quiere que callemos; mas algún día podrá ser que durmamos y que su merced vele.

Estas palabras últimas fueron dichas con una cierta pausa y remoquete, de que más se ofendió mi temerario que de otra cosa; y assí, reforçándose el vigote (mientras yo rebentava por engullir la risa), le respondió con tono y voz de un cántaro en la siguiente forma:

—Ya yo sabía que avía de defender el señor Azambuja la causa del hermano moreno como cosa tan propia, mas desto no me espanto, doy la circunstancia por absolvida; pero esse "dormiremos", con tanto retintín y cambalache, acoto hasta mañana, que le averiguaremos en el patio.

—Como vuarcé mandare, seor hidalgo —replicó el Azambuja—, pero advierta que si yo soy mulato, como me á motejado, ningun infame cómitre o verdugo á burrageado hasta oy en mis espaldas.

Aquí, levantándose en pie, dixo entonces Pestaña:

—Pues, hombre de tres uñas, ¿vino sobre las mías semejante trabajo menos que con mucha honra? ¿Acaso no fue essa la laureola de nueve resistencias y quarenta antubiones? ¿Vio Sevilla más justas alabanças que las que de unos y otros oyeron mis oýdos el día venturoso de tal triunfo, o vio por dicha en mis desnudas carnes tres sellos de ladrón, ratero y guro, que te puso Céspedes en Granada, en Toledo Ribera, y en Málaga Solórçano el Alcalde?

Ya, en llegando a este punto, impacientes los dos con el descuerno de sus flores, se invistieron, después de desmentidos, con sendos orinales, y éstos rotos, acudieron a las ollas y cascós, con que dispusieron los suyos en breve espacio, de suerte que en dos meses gastaron trementina y ilachas. Apagamos las luzes porque ellos en tinieblas se apagassen; mas como assí mejor participávamos todos de su ira, dimos voces, y acudiendo porteros, echas las amistades y cubiertos de sangre, dieron, bueltos unos mansos corderos, en la enfermería con entrambos. Este fin tuvo la matraca del negro, y en su ruydo y escándalo se nos passó la noche, mas no el entretenimiento de la cárcel; quiero que también lo sepáys.

Amaneciéronos pues el desseado día, si bien el más amargo y doloroso que nunca por su casa pensó ver el Alcayde, que cierto era buen hombre, y no tan cruel y rígido como siempre lo son los de su officio. Era regozijado y de mansas costumbres; y assí, juzgava que con tal condición tenía prendados y cautivos sus súbditos más que con los grillos y cadenas. Pero engañóse; que el desseo de libertad supedita a todas las riquezas y obligaciones de la tierra. Tenían todos los presos de importancia concertada una gran fiesta para aquella tarde, prevenida de muchos tiempos antes, con invenciones, máscaras y libreas (no es nuevo este alivio en las cárceles), para la qual convidó nuestro alcayde casi toda la audiencia, alguaziles, procuradores, escribanos, y las mugeres déstos; adereçando un corredor con tapizes y alfombras, como si verdaderamente fueran acciones públicas.

Llegó la ora, y en lo baxo del patio uvo diversas danças, bayles, juegos de manos, esgrima y bolteadores; y después, prosiguiendo, se començó la entrada de las cañas, con sus adargas, lanças, cifras y banderillas y cavallos de palo. Dióse principio a aquesta entrando de dos en dos corriendo desde un portal asta un aposento que avía a lo largo del patio. Passaron desta suerte veinte y quatro su carrera, regocijada de los que los mirávamos con grande aplauso y grita. Y estando assí, esperando que bolviessen a salir y que se continuasse la fiesta, viendo el alcaide que se tardavan demasiado, mandó que uno baxasse y los hiziesse dar más prissa; partió a esto un portero, y entrando en el aposentillo y no hallando en él persona alguna, ni más señales de los cavalleros del juego que las adargas, lanças y rucios de madera, abrió la

boca dando tan grandísimos gritos, que yo pensé que reventara por los ijares. Corrimos todos al socorro, creyendo le mataban u otra semejante desdicha, y no fueron los últimos sus convidados y el alcaide; pero quedámonos los unos y los otros como matachines, mirándonos pasmados, y aun condolidos de un tan grave infortunio. Mas los menos embaraçados y confusos, hallando debaxo de unas imágenes y pinturas de papel la puerta de la fuga, que era cierto guzpátaro o boquerón de casi media vara, se arrojaron por él, corriendo en el alcance, mientras el triste alcaide, sus oficiales y porteros, dexando a un alguazil las llaves, se retruxeron a la iglesia.

Los que siguieron a los presos cogieron tres, y veinte y uno escaparon; no sé en lo que paró el demás successo, sólo sé que, por su confesión de aquellos desdichados, se entendió que avía un mes que, aviendo por su industria alquilado la mujer de uno de los huídos una casilla que lindava con la cárcel y salía al aposento dicho, tomando bien el rumbo, minaron la pared, dispusieron y traçaron la fiesta, y assí juntos en ella, sin sospecha ni nota, consiguieron la deseada libertad.

También no se tardó aora mucho tiempo la nuestra, solicitada de la gallarda prima de mi amo, a quien, reconocido y olvidado de los passados pleitos, agasajó y visitó en viéndose libre. Después de lo qual, solicitado de su furioso amor, tanto como de las cartas de su tío, y efectuada la ocasión principal de su jornada, proseguimos la nuestra bolviendo a Estremadura. Mientras, el pesquisidor tuvo harto paño en que meter las manos, aunque no sé si satisfiço sus desseos. Condenó a los presos a muerte y a don Francisco en rebeldía; mas, aunque se anticipe el fin, al fin medios e intercessiones, y el aver en el caso superchería ni aleve, facilitó los ánimos de sus deudos, y cesando las causas, cessaron los efectos de su averiguación.

Con tanto, don Gutierre llegó a su tío, causando en él y en toda la ciudad, adonde era bien quisto, general alegría. Pero la que sintió con nueva tal el dueño de su alma, no ay pluma, no ay pincel que emprenda su divujo. Nunca hasta entonces, en quatro meses que duró nuestra ausencia, se dexó ver el rostro ni salió de su cámara; mas aora, qual si se viera libre de un pesado letargo, de un profundo sueño, assí abrió los hermosos ojos, dio franca puerta a sus passiones y sentidos, dexó el trágico arreo, vistió preciosas galas, salió al punto a las rexas y gozó de la vista de su amante.

Ya en tal tranquilidad, si bien aún más ansioso y congoxado por la impossibilidad de sus desseos, andava don Gutierre anhelando; y yo no menos, por sacarle de tantas confusiones y cuidados. Ofrecióme la suerte un pequeño remedio; advertí una casilla que a las espaldas de la de Camilo estava, de tal modo que fácilmente podía comunicarse por ella la ventana del aposento adonde dormía Ortensia. Todo lo vence la diligencia porfiada; vivía aquí una pobre muger, dos requisitos que animaron mi resolución, muger y pobre. Emprendíla, y con algunas dádivas vencí, y puse a mi dueño en los esgonces del tejado, a tan venturosa hora que, sin esperar mucho espacio, se logró mi trabajo y vio a la bizarra dama, que salía bien descuydada de su encuentro. A la qual, sin perder la ocasión, brevemente, porque no se espantasse y le conociesse con más facilidad, la dixo en baxa voz:

—¡O dulce gobernadora de mi vida! ¿Possible es que te veo tan de cerca?

Aquí reparando al momento, aunque turbada, Ortensia, contemplado y advertido su amante, quedó un rato suspensa, mas en rompiéndose la vergüenza y empacho, le respondió:

—¿Qué es esto, señor mío? ¿Veo por ventura tu cuerpo, o es ilusión fantástica la que mis ojos miran? Mas sea lo que fuere, dime quién aquí te á traýdo, y si es vivo retrato de mi querido amante el que agora gozo. ¡Ay si tal esperiencia pudiera hazer mi propia mano!

—Esso en ella consiste —replicó, suspirando, don Gutierre—. A poca costa, querida prenda mía, si tú me das licencia, pondré una escala y besaré tus pies.

—Con menos riesgo —dixo la dama— pienso verte y hablarte. Escúsalo, mi señor, al presente; si mi vida deseas, no es justo que ésta fíes de una mujer vendible; assaz nos basta que podamos hablarnos por su medio quando sea necessario.

—Muerte es —respondió don Gutierre— esta deseada vista. Estoy sediento con el agua a la boca; mas fuerza es que padesca quien sólo nació para acometer impossibles.

No quedaron sin amorosas réplicas semejantes palabras. Despidiéronse entonces, y tornándose a ber en el puesto otras muchas noches, entretuvieron su affición.

XII

Laurencio en este tiempo, advirtiendo que ya con él no se comunicavan sus progressos, creyó que Ortensia se ayudava de otro y temió, por el consiguiente, su perdición. Dezía entre sí: — Si astutamente no prevengo este riesgo mi señora se pierde y la casa se infama; de tales daños, pues más no puedo hazer, igual empresa será escusar el uno.

Si ello á de aver amor, justo es que no sea público; ya que no la sustento, como quisiera, casta, razón es que se conserve cauta y recatada. Quiero estorvar su muerte y otras desdichas; mucha diferencia ay entre el hazer el mal o el disponerle de suerte que se ignore. Enfermedad común es en el mundo esta ardiente pasión, pocos se escapan della; essa es más honrada y honesta que la encubre mejor y dissimula.

Diziendo aquesto, se fue a ver a Ortensia, y a solas prosiguió las razones siguientes:

—¿Qué cosa es, hija y señora mía, que assí guardas de mí el discurso de tus amorosos cuidados? Pues bien sé que aun viven en tu pecho y que le fias de alguno quando conmigo le recatas. Mira en esto lo que hazes, que el primero escalón u muestra de prudente es no amar; y el segundo, que, amando, sea secreto. Tú sola, sin ayuda, no lo puedes hazer; bastantemente conoces mi afición, no te aproveches de otra; guárdate. Mándame a mí, que yo te obedeceré resueltamente y pondré, con aviso, en mejor esperanza tus desseos.

—¡Ay, padre de mi vida! —respondió Ortensia—. ¿Y cómo? Si esso hiziesses, puedes ponerme una ese y un clavo y venderme en pública almoneda. Confieso que me as tenido algún tanto temerosa y perplexa; tanta fidelidad me á causado cuidado, por sospechosa é tenido tu ayuda; aquesta es la verdad. Si la tratas conmigo lisamente y no quieres perderme más en breve con tus cautelas y desvíos, dalas de mano, dexando de estorvarme; porque ninguna cosa ay hoy más imposible que resistir mis encendidas llamas. Haz de manera que yo vea a don Gutierre, que si una sola vez me socorres en esto, por cierto ten que menguará mi fuego, y que el uno y el otro amaremos con más templança y nuestra voluntad será más encubierta. Ve pues, Laurencio mío, que un modo se me ofrece muy a propósito; no es repentino, no, sino muy meditado, Díle (ya tú lo sabes) que mañana comienza Camilo a traer obra en estos quartos altos, que abrán de acudir ocho o nueve arbañiles; que se vista como uno, y a las dos de la tarde, el rostro disfraçado, pues con el polvo y cal podrá bien encubrirse, se entre, sin reparar, en nuestra casa, que, además que en tal hora mi esposo estará fuera, ella es bien grande, y el alboroto y ruido será por esta causa mucho mayor entonces. Yo le estaré atendiendo en los entresuelos de la escalera, tú, en su espera, a la mira, y la puerta juntada; con que lo tengo por seguro y sin ningún peligro, como tú no me faltes.

—No haré —dixo Laurencio.

Y aunque le pareció la traça ardua y difícil, temiendo otra más fuerte, acetó su mensaje. Habló a don Gutierre, dióle cuenta de todo; y él, sin dudar en cosa (menos teme el que más ama), se ofreció a la empresa, y solamente sintió y lloró que se le dilatase.

¡O mancebo arrojado! ¡O corazón atrevido! ¿Qué obra, qué peligro, por muy grave que sea, ay en el mundo que a un amante no le parezca fácil? No ay guarda, no ay marido, no ay deudos, no ay criados que le pongan estorvo; ni el mismo Jove tiene seguras destes Cacos sus fabulosas vacas; ningunas leyes obedecen ni guardan, ningún miedo ni vergüença conocen, toda dificultad des precian y atropellan, nada se les opone ni resiste. Consideremos esto; mui digno es de admirar, casi impossible de creer, que un varón tan ilustre, de tanta autoridad, de tantas partes, tan discreto y aun docto, con sólo el pensamiento de aquel bien que esperaba velasse assí la noche, consumiesse assí el día; y todo ¿para qué?, para transformarse en un pícaro, para arrinconar su grandeza trocándola con un peón de albañil. ¡O amor, yugo invencible, domador poderoso de las gentes! ¿quién buscara en Ovidio otro metamórfoses?

En efecto, con el de don Gutierre llegó también la hora señalada, y cambiando sus ámbares y sedas con el toscó sayal, una espuerta debaxo de los braços, y escurecido el rostro con polvo y cal, entró en casa de Ortensia; subió por la escalera y, como era advertido, sin otro inconveniente abrió en el tránsito la puerta de su quarto; y bolviendo a cerrarla halló a su hermosa dama, que bordando sobre un bastidor y sentada en su estrado estava atónita y confusa, mirando y no creyendo su venturosa entrada. Pero acercándose a ella, temblando el corazón y con la voz turbada, viendo tanta hermosura, y tan vezina a sí la lumbre de su esfera, la començó a decir estas breves palabras:

—Dios te guarde, alma mía; llegada es ya la hora que tanto é deseado; ya, mi señora Ortensia, ni ay puertas ni ay paredes que me impidan tocarte.

Esto habló, mas sin embargo dello y no obstante que, como avéis oýdo, era la misma dama el principal autor de su venida, y quien con mayor ansia la avía assí prevenido y concertado, ni con todo dexó al presente de quedar embaraçada; antes alborotándose, luego que vio al amante dentro de su aposento, agena de discurso —tanto puede un deseo—, no por quien era, sino por algún espíritu fantástico le juzgó y presumió; y assí, en muy largo espacio no acabó de quietarse, ni aun pudo persuadirse a qué persona tan ilustre uiesse puéstose en semejante riesgo. Pero quando passados estos primeros ímpetus vio y conoció mejor su claro desengaño, no ay pluma, no ay retórica que baste a ponderar fácilmente su exceso.

Cobró nuevo vigor, y tomando por tema el disfraçado arreo que a mi amo encubría, mezclando alegres lágrimas con mil tiernos suspiros, dio a su amorosa plática este principio, dixo:

—Pues ¿cómo, o amado mío, tú eres mi don Gutierre, tú eres mi dulce sueño, tú, miserable y roto, eres mi mayor bien, tú solo y pobrecillo mi refugio y contento, tú mi esperanza sola? ¿Que al fin te toco y veo? ¿Que al fin estás conmigo? ¿Possible es, mi señor, que a tan dichoso estado pudo llegar mi suerte?

Y aquí, quiriendo proseguir, cubierto el rostro de una purpúrea grana, la súbita vergüença interrumpió su curso; libró en favores mudos otras muchas palabras que por entonces no pronunció la lengua. Si bien, después de un breve término, tornando a contemplar al que tenía delante, reiterando de nuevo los amorosos lagos, otra vez y otras mil los bolvió a repetir; y al cabo, más quieta, prosiguiendo en su bolvió a dezirle en la siguiente forma:

—¡Ay, consuelo dichoso de mi alma! ¡Ay, único señor desta cansada vida! ¡Y a quán terrible trance te ás puesto por mi causa! ¿Quién ya, en tal experiencia, podrá jamás negarse a tu amor verdadero? ¿Quién con tan grande abono se atreverá a olvidarte? Ya reconozco y creo tu

firme voluntad, ya tu fee me es notoria; pero confía y espera que nunca seré indigna de tal correspondencia. Ten por cierto, señor, que mientras los vitales espíritus dieren luz a este cuerpo, será Hortensia tu esclava; jamás tendrá otro dueño, nunca se llamará vencida de otro, ni aun de su esposo mismo, si a la verdad deve llamarle assí y tenerle por tal quien le admitió forçada y oprimida y sin gusto le á obedecido siempre. Mas ¿para qué me tardo, perdiendo el tiempo que tanto é desseado? ¿Para qué tan sin fruto gasto tantas palabras? Vengamos a otros términos, dexemos las razones; y en el ínterin, dexa, señor, también esos vestidos viles, muestra tu gentileza, dexa essa forma rústica, desnuda, o prenda amada, la corteza que me disfraça y cubre tu más gallardo ser.

Aquí cessó la dama, y don Gutierre, más loco que remisso, començó a obedecerla, quitándose de encima el sayal que le servía de caxa a su mejor adorno. Pero en aqueste punto, no estando aun la fortuna de parecer conforme con estos dos amantes, interrumpió su historia con tal inconveniente que, a no velar Laurencio que era su fiel espía, corrieran sus discursos una mortal desgracia. Mas escusó algo desta su mucha diligencia; porque avirtiendo aora que muy apriessa bolvíá Camilio a casa, con disimulo cuerdo y una segura seña les hizo abrir los ojos y dar vado al peligro. Por cierto que éste fue espantoso y la nueva terrible; mas ni con todo se perdió Hortensia de ánimo. Grande es e incomparable la audacia y brío de una muger resuelta.

Metió sin alboroto, en oyendo el aviso, a don Gutierre detrás de las cortinas de una cama de campo, que de respeto estava en aquel aposento, y con despejo igual abrió las puertas y bolvió a su labor, dando entrada a su esposo, el qual ya a esta sazón llegava a su presencia, pero con tal semblante, que assí en él como en la voz turbada, la color macilenta y el rostro demudado, casi representava la misma efigie de la espantable Atropos. Con que, respeto de su exceso, viendo tales señales, viendo tan triste anuncio, la afligida señora juzgó por cierta su temerosa muerte; y tengo por sin duda que, no obstante su esfuerço, a tardar más Camilio en descubrir su pena, ella y su turbación dieran al traste con su encubierta máquina. Mas diziéndola entonces que un repentino achaque, aviendo salteádole, le le obligava a bolverse, puso en sus miedos treguas y bolvió el alma al cuerpo. Mas ni aun paró en aquesto; porque, creciendo el mal, fue precisso hazer cama, y assí determinado, y advirtiendo que la obra que andava en los corredores le causaría molestia, no se quiso subir a su ordinario quarto; antes, puniendo en nuevo riesgo a los que le escuchavan, començó a desnudarse y hizo elección de la que avía en la sala.

¡O poderoso Dios! ¡Y qual sería el recelo que, viendo tales cosas y oyendo tal concierto, rodearía a don Gutierre! No es difícil su crédito, y mayormente siendo tan evidente que, en llegando a efectuarse, la estrechura del sitio donde estava escondido avía de hazer patentes sus amorosos hurtos. Era esto inescusable; y assí, no pongo duda, sino que entiendo y creo que aunque su noble ser frisava siempre con su alentado espíritu, ni con todo, en semejante lance, hallándose sin armas, sin defensa ni ayuda, dexaría de sentir que era de carne y sangre, y no obstante su amor, de renegar de sus desvelos locos, hazer varios discursos, juramentos, protestas, y aun quizá exclamaciones no fuera de propósito. Yo, por lo menos, aunque me hallava ausente, como quiera que conocía su humor, su gran puntualidad y su mayor recato, confiriendo el sucesso, me atrevería a afirmar que haría y diría al presente extremos lastimosos. ¡O cuántas vezes se hallaría arrepentido! ¡Quántas desconfiado! Y cuántas, afligiéndose y culpando sus passos, assí hablaría semejantes razones: —¡Ay mísero de mí! — pienso yo que diría mi atribulado dueño—.¿Quién me truxo a este punto? ¿Quién me puso en su estrecho? ¿Quién me apremió y conduxo, sino mis liviandades, sino mis devaneos? Tomado soy en hurto, en el laço é caído, hoy quedan descubiertas mi locura y infamia; la gracia de mi tío é perdido del todo, y ¿qué digo la gracia, cuándo la misma vida corre tan gran peligro? ¡O cautivo frenético! ¡O ciego inadvertido! ¿Possible es que con mi propio gusto y solicitado de mi propio desseo me vine yo a meter en este laberinto? ¿Qué placeres espero, si éstos tan estimados y apetecidos me cuestan tan gran precio, me an salido tan caros? Breve y momentáneo es el deleite de amor, mas sus pesares grandes y prolongados. ¡O si aflicciones

tales passássemos los hombres por nuestra salvación! Terrible es y espantosa nuestra triste ceguera; no queremos sufrir y padecer en esta vida tenues trabajos por infinitos goços, y por causa tan inconstante y frágil nos sometemos a mil calamidades.

En conclusión, dexando esto a una parte, digo que a la sazón no estava Hortensia con menos desconsuelo; porque no solamente su salud, pero la de su amante recelava y temía. Mas como en los sucessos repentinos es más pronto y sutil el ingenio de qualquiera muger que el de ningún varon, viéndose en tal estado, y a su marido que, executando su disinio, començava a desnudarse, mostrando más grave sentimiento que pedía su accidente y dexando la lavor, se levantó a ayudarle, si bien con diferente presupuesto. Llevaba ya en la idea fabricado otro engaño, el qual dispuso al punto, sin tomar nuevo acuerdo; y assí, al cruçar por cerca de la puerta que salía a la escalera, fingiéndose turbada, perdió el color del rostro, y qual si assí pasara dio a entender a Camilo que, asomándose un hombre, se quería entrar por ella; con lo qual, apresuradamente soltando los chapines, apechugó a cerrarla, y como si realmente hablara con alguno, levantando la voz, dixo de aquesta suerte:

—¿Pues cómo? ¿Hasta mi estrado se han de subir los hombres? ¿Qué desvergüença es ésta? ¿Qué lindo atrevimiento? ¡Ola, moços, criados! ¿No ay nadie en esta casa? ¿No ay quien tome un recaudo? Gentil descuydo es éste.

Assí habló, y sin mayor tardança, dando un furioso golpe, juntó y cerró la puerta; pero con tanto espanto y confusión de su marido, que la escuchava atónito, que sin poder sufrirse (como quiera que aun de menores causas formava su condición celossa mayores desconfianças y sospechas), arrebatando de la espada, casi medio desnudo, embistió con las puertas, y aunque dissimuladamente la cauta dama fingía irle a la mano, al fin la abrió, y impaciente y colérico, si bien no vio en las escaleras un átomo de sombra, baxó corriendo hasta la misma calle. Y consiguientemente, sin detenerse un punto, tras dél mi don Gutierre; el qual, con su açada y espuerta, reparando en el patio y cogiendo unos cascotes y ladrillos que caían de la obra, cargado muy bien dellos, salió dando a entender que los llevaba a un muladar cercano; al mismo punto que, preguntando a unos y a otros si avían visto baxar un hombre de hazia sus entresuelos, bolvía el engañado esposo, despechado y corrido de no averle alcançado. Assí de tal estrecho escapó a su querido la hermosissima Hortensia.

Mire aora el lector si pudo el mismo Ulisses vencer ni executar semejante osadía. Dad crédito a mugeres oyendo tales máquinas. Ninguno ay, si bien tenga más centinelas y ojos que se cuentan de Argos, que no viva sugeto a sus engaños; aquél se escapa dellos que quieran ellas mismas eximir y reservar; más por ventura que por ingenio y arte son los hombres dichosos.

Pero bolvamos al fracaso en quien mi triste dueño, fiado en su disfraz, ni sé si arrepentido ni si desesperado con tan contrario efecto, felizmente, sin ser notado y visto, atravesó la calle y se entró en nuestra casa. Adonde, aunque sentí su grande desventura, no se lo di a entender; antes procuré consolarle al parangón que él fue olvidando el peligro; y por el consiguiente, quizá deseando bolverse a ver en otro.

Dos vezes con aquesta vieron los dos amantes puesta su mayor dicha en contingente término de poder concluýrta, y otras tantas desbarató su efecto la contraria fortuna, o, para hablar lo cierto, fuerça más superior que desviava la perdición y ruyna de sus almas. Mas quando esta ciega pasión las tiene avasalladas y rendidas, quando a tales avisos, a tales toques y aldavadas intrínsecas no responde ni ablanda su dureza, por demás es llamarlas; más enpedernidas se quedan, más tenaces y tercas en su porfía; ni reciben consejo, ni están capaces dél. Libre el cielo nuestras cabeças deste infeliz estado.

No se pudo maquinar en el suyo traça, dispossición, engaño, tropelía, máscara u fingimiento que Hortensia y don Gutierre, cada uno por su parte, no le emprendiessen y intentassen; pero

dexando unos y tomando otros, sin contentarse ni satisfacerse de ninguno, desalentados y afligidos, como la blanda cera calentada del fuego, la nieve regalada del sol, y la sal del agua, assí, por instantes y puntos, poco a poco se ivan deshaziendo y acabando. Y a tan estraño y desesperado término les truxo su furioso desseo, que al fin se resolvieron a confiar sus honras y sus vidas de aquella pobrecilla muger por cuya casa se hablaron, segun dixen, la primera vez. Esto salió de Hortensia, y lo que entonces tuvo por detestable y peligroso, eligió aora por último y más sano remedio. Luego pues ¿pondría mi amo algún inconveniente?, apenas oyó su voluntad quando se puso en orden.

Mandóme hazer una fuerte escala, con dos ganchos de yerro, que asiendo de los marcos de la ventana bastasen a sustentar el peso. Dispúsela en tres días, y con tanto, quedamos aguardando la ocasión. Ofrezíase ésta muchas vezes al mes, porque Camilio siempre que iba a una casa de campo, donde tenía labrança, no bolvía hasta otro día; si bien en tal ausencia dexava en su lugar ordinariamente un hermano suyo, tan avariento, sospechoso y taymado, que fuera por demás y gastar el tiempo en valde el querer echarle dado falso por la puerta; y assí nos convenimos con estotra. Y luego, como un viernes tuvimos el aviso de Hortensia, en siendo anohecido, recogida la casa y advertido Laurencio (en esto último sospecho que lo erramos, porque siempre creí que aquel honrado criado nos barajava el juego prudentemente), mi amo y yo dentro de la casilla, dimos principio al último combate.

Eché la dama desde arriba una cinta, y atándole la escala, informada de lo que avía de hazer, la subió y prendió en la ventana como mejor le pareció, que fue muy mal, pero discúlpanla sus cortas fuerças y menor esperiencia. Con esto, empeçó don Gutierre a subir escalones, y yo a tenerle tirantes desde abaxo las cuerdas; todo hasta aquí yva mui sazonado. Estava ya mi amo cerca de la ventana, levantado del suelo más de cinco o seys tapias, y mientras más se le acercava, tan sin inconveniente, la dulce possession por que anhelava, más se subía de punto el sobresalto alegre que nacía de su gusto. Ninguna cosa aora se le podía estorvar: Camilo ausente, el hermano acostado, echo Laurencio espía y su Hortensia esperándole, ¿quién no diría que estava conseguida la empresa? Assí lo juzgué yo, mas engañáronme las mismas apariencias que lo facilitavan; pues en aqueste punto, oyendo Hortensia grande y desacostumbrado alboroto por su casa, corriendo inadvertida a escuchar lo que era, desamparó la escala, dando lugar assí a mayor desconcierto; porque, como quiera que la escala no estava muy bien firme, desbaraustando por un lado, se desprendió el un garfio, y su baivén descompuso a mi dueño de manera que, sin poder tenerse, en un instante le vi sobre mi cuerpo; y fue tan grande el golpe que a mí me privó de sentido, y así, la guarnición de su propia espada le desconcertó dos costillas y le dexó por muerto. Pero no ostante, esforçándose quanto le fue possible, viendo que a toda prissa cerrava las ventanas Hortensia, temiendo otro peligro, guardó la escala y, cargado conmigo, se entró en el aposento de la vieja; en donde, al cabo de ora y media, bolviendo en mí, me hallé en sus braços, quebrantados los huessos, bañado en sangre, y tan desfallecido y desmayado, que sospecho que pedí confessión. No andava don Gutierre en más graciosos términos; tomóme a cuestras, y cayendo y levantando diversas vezes, dimos en casa y en las camas con nuestros cuerpos. Y no faltando achaques con que fingir una caída, nos curaron los médicos. Si bien, uvo algunos mordaces, que casi hablando a tiento dieron cerca del blanco.

XIII

No escusa una vez que otra quien anda en semejantes passos dar en semejantes abismos; llano es que ha de tropeçar y caer el que sin gobierno ni guía ciego camina por tan grandes barrancos; assí, aora yo padecí la pena de seguir a mi dueño, y él no se quedó atrás en el pagar su parte. Tres días se passaron sin saber de su dama, y ésto, más que sus propios males, le aumentava la enfermedad. Doliente el cuerpo, blandeava y gemía, mas el gallardo espíritu,

enbevido en amor y transportado en sus dulces y abressados desseos, supeditava sobre sus mismas fuerças. Mas entrando a desora con un papel de Hortensia su escudero Laurencio, salió de confusión y dudas, y informado del caso precedente, digo, del alboroto que a todos nos costava tan caro, quedó con más sosiego, y aun, no sé si me afirme, con menos ansias.

Parece ser que, como arriba dixé, yendo al campo su esposo Camilo aquella tarde, poco antes de llegar a la quinta, por nuestra gran desdicha, se le espantó el cavallo y, derrocándole, le maltrató de manera que no se atrevió a passar adelante; bolvióse a la ciudad, y aquexado de muy graves dolores y una pierna rompida, llegó a su casa entre diez y onze; ora en quien andava nuestra obra en términos que, como ya leisteis, a tardarse muy poco, corriera gran discrimen su honra; y aun quizá, juntamente, la vida de aquestos dos amantes. Mas la piedad divina lo dispuso diferentemente.

Estas razones, y otras diversas lástimas y sentimientos de su desgracia y de la nuestra, contenía el villete de Hortensia; pero fue esto muy poco, en comparación de lo que después entendimos. Convaleció su marido, y luego, como se levanto de la cama, sin dar razón ni muestras, aun del menor indicio de sus cosas, mandó echar una rexa muy fuerte a la ventana del aposento, y juntamente tuvo modo de comprar la casilla, incorporándola en unos trascorales de la suya. Si le movió a tales diligencias más que sus propios y acostumbrados celos, esso siempre fue oculto para mí, y assí no lo puedo escrevir. Mas sólo se me alcança que anduvo felizmente discreto, y nosotros más que demasiadamente venturosos.

Tenía claro y despierto juicio don Gutierre; consideró profundamente quan mal se encaminavan sus pretensiones, viólas tres vezes casi en su possession desvanecidas, huirle el gabilán de las mismas pigüelas, siempre por nuevos y nunca oýdos escapes, siempre en riesgo la vida, y siempre rescatándola aun de las manos mismas de la muerte. Abrió los ojos; cayó en la cuenta; creyó sin duda alguna que el cielo se oponía a sus intentos; creyó que con particular asistencia, nueva y secreta causa impossibilitava sus desseos, suspendía y atajava su perdición. Volvió más sobre sí, y aunque no quiso darlo a entender a Hortensia, temió de veras el tornar a su empleo; si bien no le olvidó del todo, ni la dexó de amar; porque aquel fiero monstruo que anidaba en su pecho con tan larga asistencia, no assí dexó la possession sin grande resistencia y particularíssimo favor de Dios.

Pero lo que en esta sazón dispuso su más breve remedio fue la mudança de su tío; ocasionada de ver que yva picándose la ciudad, y aun toda Estremadura, de aquella peste cruel que no á veynte y seys años que consumió en España la mitad de la gente. Supo la dama, no sé por qué camino, aquesta amarga nueva, y como don Gutierre no se la denunciava, ni su mucha tristeza le dexava mostrársele tanto como solía, sentida tiernamente, le escribió este papel:

"Si mis espíritus, señor, fueran capaces de enojarse contigo, ya con justa razón pudiera hoy hazerlo, pues dissimulas tu partida a quien te ama más que a sí misma. Mas ¡ay, dulce amor mío! ¿Qué causas son las que a callar te mueven? Vaste y no hablas, auséntaste y no escrives, quando más necesito de consuelo. ¡Ay infeliz muger! ¿Cómo podrás vivir? ¿Adónde bolverás tus cansados ojos? ¿Qué descanso te espera? Por estas letras, manchadas de mis lágrimas, por la fee que me diste, por todo aquello que en mí te fue agradable, te suplico, señor, que tengas lástima y compassión de mí. No te pido que quedes, sino que me llesves contigo. No repares en la injuria deste mi injusto dueño, pues assí como assí, de necesidad me ha de perder, o ya muriéndose, o matándome yo en sabiendo tu ausencia, etc."

A este lastimoso y apretante papel, respondió don Gutierre, si con muchos suspiros, con la prudencia y discreción que prometía su claro entendimiento; dixo de aquesta suerte:

"Si te encubrí hasta aora mi partida, cree, señora, que fue más por no prevenir antes della tus penas, que por faltar un punto al amor que te devo. No pienses que aunque parto es para no

bolver, que si a esto se persuadiesse el alma, nunca mi cuerpo saldría de aquí con ella. Respira pues, aliento de mi vida, no te quieras postrar y deshazer, antes debes esforçarte y vivir si, como dizes, me amas, con aquesta esperança. El llevarte conmigo muy alegre y agradable me fuera; no ay contento en el mundo que yo no pospusiera por conseguir cosa tan desseada; mas es justo que, pues lo quiere el cielo, yo le obedezca y me niegue a mí mismo; muera assí mi desseo, y viva para siempre tu honrra. Este parecer nace de la noble confiança que as echo de mí; más quiero rabiando padecer, que destruyr tu fama; bien sabes quán generosa es ésta, quán limpia sangre te acompaña, y lo mucho que te adora y respeta, tal qual es, tu venturoso dueño; y quán horrendo escándalo causaría en todo este contorno tu perdición y fuga. Tenida estás, assí por hermosura como por honestidad y virtud, por su mayor lumbrera; pues si yo te llevasse y la dexasse a oscuras —dexo aparte mi crédito, que ésse, a respeto del tuyo, no estimo en un cabello—, ¿tú no adviertes la infamia que bolaría por ella? ¿La que alcançaría a tus deudos, a tu afligida casa, a tu pobre marido? No, mi Hortensia, no lo permita Dios. Hasta aora nuestro amor fue secreto, y el robo le hará notorio y público; nunca tan alabada fuiste quanto serás vituperada. Yo no é de traer de tierra en tierra como amiga a la muger que estimara por propia, si Camilo y su buena fortuna no se me uviera anticipado. "Estas circunstancias tan fuertes contradizen tu gusto; tu honor y mi amor verdadero lo defienden y escusan. Por quien eres te pido que olvides semejantes torpezas; no quieras lisongear más a tu furor ardiente que a tu mismo provecho. Bien sé que otros amantes te aconsejarían lo contrario; pero aquestos más apetecerían el gozarte y aun burlarse de tí que el mirar por tu honor ni por la prevención de los casos futuros. Sosiégate, mi bien, que yo bolveré a verte; y no imagines que por lo que assí te digo ay en mi incendio menos ardor y llamas que tú padeces. Cree firmemente que si me parto es mucho contra toda mi voluntad."

Este final y último papel hizo que Hortensia, aunque mal de su grado, consintiesse en el consejo de su amante, suspendiendo y enagenando la pena por venir, en el ínterin que le tuvo presente. Mas quando al fin llegó el amargo día, quando sin poder libremente despedaçarse el rostro, arrancarse el cabello, dar voces, dar gritos y gemidos, le vio partir a vista de sus ojos, se vio quedar a sus espaldas, y en poder del forçoso enemigo que la dieron sus padres, del violentado dueño que la dio su cudicia, no ay sufrimiento humano que pueda tolerar su tormento. Rompió el acerbo golpe, el íntimo dolor, lo más secreto y puro de su pecho y entrañas, y desconfiada de salud, desesperadamente cerró las puertas a todo género de discurso y consuelo, abriéndolas a sus tristezas y congoxas y, en conclusión, quiso perderse de propósito; abandonó la vida y apeteció la muerte.

Cayó sin aliento en el suelo, de adonde sus criadas la llevaron a la cama; en quien, si bien se reportó algún poco, fue para recibir más esforçada sus rabiosos tormentos y dolores. Dexó para siempre los preciosos tocados, las ricas vestiduras; apartó totalmente de si los contentos, las pláticas, los solaces y fiestas. Y convertida en lágrimas, desecha poco a poco, gastado el natural, estinguido el calor, se rindió a una enfermedad que, sin remedio humano, arrebató del mundo la más hermosa y constante muger que sujetó el amor; digna de grandes loores si — como no pudiendo, por ser de ageno dueño, amar diversos laços— la uviera faltado antes un tal inconveniente para poder tener mejor postrimería. Mas no prometieron otro fin más seguro las violencias y fuerças con que sus padres previnieron su estado y la presente desventura.

Don Gutierre en el ínterin, ignorante de aquesto, desde que se vio ausente de su Ortensia, ninguno le miró el semblante alegre, ni él habló con ninguno quanto duró el viage; sólo embevido en la contemplación de sus desdichas, entretuvo aquel término; siguió llorando y obediente a su tío; hasta que, por aviso de Laurencio, supo en Sevilla, no el trágico suceso de su dama, porque quando escribió aun no avía llegado, sino el peligro grande, cursos y crecimientos de la terrible enfermedad. Juzgava el buen criado que cartas de mi dueño fueran, en tal sazón, remedio eficacíssimo; y assí, aquel mismo día, despachándome al punto por la posta, partí con ellas; y no ay duda, sino que si llegaran más a tiempo, pusieran su salud en mejor esperança. Prometía don Gutierre venirse tras de mí, y asistir para siempre donde

Hortensia quisiesse; y sospecho que no todas estas promesas eran tan solamente cumplimiento o estratagemas para entretener la dama; porque además que su dolor y pena le yva también matando y consumiendo, ni él podía con tal vida permanecer ausente, quietarse un punto, sosegar un momento; y así, forçosamente avía de ser aquél el último remedio, o perecer como ella. Mas de otra suerte lo avía ordenado Dios.

Halléla, quando llegué, difunta, y mi trabajo en vano, y aun a todo el lugar con sentimiento grande, y que en varios corrillos hablava cada qual acerca de su muerte, y de algunas notables y tristes circunstancias que en ella uvo, según le parecía. No son para escribirse; fue prenda de mi dueño. Demás, que bien visto se está quales serían, según la enfermedad, y su origen y causas. Mas dexando aparte éstas, no así son de callar sus funerales honras, nunca tales se vieron ni con tanto aparato en muger de su suerte.

Pero lo que yo más noté en todo su discurso fue el de algunos sermones, que sirvieron de encomios, epitalamios y panegíricos de la hermosa difunta. Eran los oradores, por sus letras y partes, de los más conocidos y nombrados en aquella ciudad; y así, con noble emulación y competencia procuraron esmerarse en su alabanza y dirección, acumulándola virtudes y excelencias notables; con que, sin olvidar la charidad de Ester, la discreción de Abigail, consejo de Michol y piedad de Ruth en su aplicación y semejança, tampoco se les quedó entre renglones la prudencia y hermosura de Raquel, honestidad y fortaleza de Judic, fee y obediencia de la primera Sarra, y de Susana la castidad famosa. Mas no ostante todo esto, como quiera que en mí estavan tan patentes y frescos progressos muy distintos y aun desiguales, y como quiera que, según dexo dicho, avían por mi passado y registrándose su ardiente pensamiento, su más torpe desseo, su más furioso amor, sus más tiernos papeles y, últimamente, aun las resoluciones con que, a no refrenarla, diera al traste con su marido y casa, y en conclusión, el fin desesperado de sus amargos días, no me pude escusar, respeto de uno y otro, de lo advertido entonces y de lo oýdo aora, de admirar y encoger, reverenciando los profundos y secretos juizios de Dios. Y mayormente quando, trayendo a la memoria cierto exemplar terrible, que a la sazón vertía sangre en España, juzgué en parte al presente, digo, a su origen essencial, por un retrato vivo de tal successo.

Y aunque muy raras vezes acostumbro traer por los cabellos iguales digressiones, todavía, ya que por el decoro debido a estas materias no le es lícito a una pluma tan lega, ni a una tan ronca zítara como la mía, tocar en su censura, me á parecido remitirla a la que él por si mismo obrará por entrambos. Yo confío que se conocerá mi buen propósito, y que el lector verá que no es muy fuera dél, ni aun a pospelo, el caso que le ofresco. El qual es tan reciente, y su verdad tan llana, que además de que la califica cierto moderno autor gravíssimo, tiene inmensos testigos, y aun yo mismo conosco hijos y hermanos del principal sujeto. Passó pues desta forma.

No á mucho tiempo que murió, según tengo advertido, en un lugar del reino de Valencia un letrado famoso; y es en aquella tierra, como también en otras por quien yo é discurrido, costumbre muy antigua que el día que se entierran semejantes personas se comprometa el púlpito en el mejor predicador que ay, y que él entonces diga muchas y particulares alabanzas en su favor y abono, y ya tal vez algunas que no les compitieron, como a estotra; mas yo lo dexo al día que Dios les pidiará cuenta de tal lisonja. Encomendaron los deudos del difunto el que se avía de hazer a un grave religioso, el qual, quiriendo dar buena razón de sí y sacar la barva de vergüença a quien le avía eligido, procuró desvelarse en estudiar conceptos, argumentos sutiles y peregrinos loores que a los del muerto levantassen de punto, y a él le adquiriessen nueva opinión y fama. Así pues, como digo, en esta ocupación gastó la tarde y la mayor parte de la noche, hasta que en su mitad, siendo ya ora de maytines, quando menos cuydava y quando más su estudio le tenía divertido, le interrumpió del todo la temerosa voz de una trompeta que, poco a poco, con estupendo asombro, venía acercándose hazia la librería del convento, que era donde él estava; con cuyo horrendo trance, de tal manera se halló

sobresaltado, que, sin saber si errava u acertava, en sintiéndola cerca, casi desfallecido, se dexó caer entre los escaños y bancos en que estava assentado; mas ni aun con tal successo, dándole aliento el cielo, dexó de ver y oír quanto después avino.

Y assí, abriendo bien los ojos, vio que, passo entre passo y van entrando por la anchurosa puerta gran multitud de gentes enlutadas, y que el último dellas, mostrando ser la principal cabeça, en tomando su asiento, mandava a los demás con imperiosa voz que le truxessen luego a su presencia la miserable alma del letrado difunto que avía muerto aquel día. Lo qual aviéndose echo, dentro de un breve espacio se la presentaron delante, cercada de cadenas terribles, de mil llamas furiosas y de demonios crueles que, al retumbante son de la trompeta, ya la despedazavan y afligían. Con que, sin más tardarse, levantando otra vez la infernal voz el presidente, bolvió a dezir assí a los circunstantes:

—El que le toca de vosotros aora, lea el processo y sentencia que á dado Dios contra este desdichado.

Y al punto disponiéndolo, y saliendo el uno en medio de la sala, començó a leer un libro, y en él quantos pecados avía aquél cometido, y últimamente, en allegando al fin, su temeroso fallo, cuyo breve tenor fue el que se sigue:

"Por estos crímenes, y la final inpenitencia en que murió fulano, le sentenciamos a la perpetua cárcel del infierno, en cuerpo y alma, desde el presente día."

Aquí llegava este fracaso horrendo, quando levantándose en pie otro de los oyentes, dixo al que presidía:

—¿Qué forma hemos de dar para que tal sentencia sea manifiesta al mundo, según nos es mandado? ¿Y cómo o de qué suerte cobraremos el cuerpo deste infeliz espíritu? Pues ya sabes que aora no nos es permitido, ni aun lícito el tocarle.

A lo qual, en cessando, respondió el presidente:

—No es de cuydado aqueso, que ya yo sé el remedio que ha de aver para hazerse. Sacad de allí debaxo aquel frayle que está escondido, que ésse será testigo y publicará mañana este fallo y sentencia, y él, en esta sazón, nos entregará juntamente el desdichado cuerpo deste maldito.

Esto se executó, y ya podréis pensar qual estaría y saldría el pobre religioso; y luego, prosiguiendo su plática, bolviéndose hazia él y mostrándole la miserable alma, le dixo:

—Advierte que mañana prediques en el púlpito lo que as visto y verás; no los injustos loores y excelencias indignas que tenías prevenidas y estudiadas en favor desta triste.

Con tanto, levantándose todos y caminando la buelta de la iglesia, que era la del convento y en quien la tarde antes fue enterrado el jurista, aunque llegaron a ella y al sepulcro y le abrieron, no por esso se osaron acercar al condenado cuerpo; antes, apareciendo innumerables achas encendidas, tomándolas unos y otros, se arrodillaron a la redonda dél con increíble respeto; hasta que el superior, tornando a hablara al frayle le mandó que fuesse a revestirse a la sacristía y que, en estándolo, bolviesse con un cáliz, como en efecto lo hizo, dándole Dios esfuerço para estas estaciones. Y en conclusión, hallando de par en par la sacristía, entró y salió vestido según se le ordenava; y bolviendo al sepulcro, sacada ya la tierra que sobre el cuerpo avía, visto que el presidente le proponía de nuevo que, llegando a la boca del difunto el cáliz, después le diese un golpe en el cerebro, obrándolo él assí, apenas lo uvo echo, quando saltó la hostia consagrada que indignamente avía recebido; y en aquel proprio

instante, quedando el religioso con tan divina guarda, unos le acompañaron hasta el altar con luces, y otros arrebataron el miserable cuerpo y lo desaparecieron con tantos terremotos, tristes aullidos y truenos y relámpagos, que toda la ciudad sospechó que era llegado su último conflicto.

Mas el siguiente día, no sin notable asombro, salió de aquel recelo oyendo en el sermón que predicó el buen frayle, no aquellas alabanzas y estudiados encomios que esperaba, sino el estupendo origen y ocasión verdadera de su espanto y temor, según la é referido.

Tal fue este admirable caso, bien es digno de leerse, aplíquele el curioso, pues ya sabe mi intención y el fin porque sea escrito. Mientras, yo vuelvo a don Gutierre con las amargas nuevas de la muerte de Hortensia; cosa que grandemente temí emprender, juzgando que eso tardaría yo en dárselas que él en desesperarse; pero en esta ocasión, no como imaginé, mas con estraña buelta mostró mi dueño su cordura y valor, su constancia invencible, su verdadero amor y últimamente, en su resolución última, el peso y claridad de su asentado juicio; evidente señal de su predestinación. Pues movido y llevado de aquel terrible golpe, y compelido de otras supremas causas, que quisieron tomar ésta por instrumento para su salvación, dexando a sus criados no sin algun amparo, y a mí aunque el mejor librado, sumamente afligido, atropelló constante las honras deste mundo, su vanidad y pompa, sus altas esperanças y, a pesar de su tío, del sayal que otra vez cubrió sus liviandades vistió aora su cuerpo, para acabar con él, y en la regular observancia de San Francisco, con más seguro fin que su mísera amante.

XIV

No se mostró enojada la fortuna con quien no hizo desgraciado, pues bienaventurado ninguno lo es en esta vida. Bien me holgara yo ser del número primero, ya que en el mundo se conocen del segundo tan pocos; pero la inconstancia de mi estrella repartió de tal suerte sus influencias que, como iréis siempre advirtiendo, ni permitió mis dichas menos mudables ni mis felicidades más permanentes. Ya pluguiera a los cielos que la certificación de tal verdad no corriera parejas con mi triste experiencia; apenas me mostró el semblante alegre la fortuna, que no la contemplasse juntamente de espaldas. En efecto, aunque consideré mi desamparo, siempre me alentó y dio la mano la esperança, compañera engañosa de los hombres, y con ella y con los dineros y alajas que heredé de mi dueño comencé a desparramarme por Sevilla.

Ínclita y memorable población, grande agasajadora de la mocedad y juventud. ¡O cuántos son sus incentivos, cuántas sus delicias y alagos! Mucho promete de sí quien no tropezó en ellos, quien no cayó en sus trampas. Confieso que el aver oído hablar muy largo destas, aunque yo era moçuelo, me hizo andar muy cuydadoso y atentado; mas no es possible que pocos años y mucha libertad y ocasiones repriman y aseguren el hervor de la sangre.

Traíame aqeste fluctuando de unas partes a otras, como nave sin leme, como cavallo sin gobierno o ya, a vezes, presumido con nuevas galas, ya con las pocas letras que yva perficionando, y ya con cierta confiança y propria estimación, ni sé si originada de mi locura y devaneo, ni sé si de otra causa más íntima y secreta que alentava mi espíritu, de suerte que, sin saber la noble estirpe de mis padres y abuelos, dava por infalible su verdad ignorada. Ceñíme espada, no sin cuerpo y edad suficiente a regirla; entrava ya en diez y ocho años, y dos antes, gracias al generoso arrimo de don Gutierre, me avía echo en todas armas algo plático y diestro. El compás de los pies, la desenvoltura de los miembros y la gracia y despejo, suplen notablemente la multitud de reglas; los ángulos, los obtusos y rectos, puntos y observaciones matemáticas, tengo por superfluas muchísimas, no ostante que me cansé en saberlas, porque en diferentes ocasiones y aprietos me sirvieron tan poco, quanto por el

contrario me aprovecharon y valieron las primeras; si bien, dígase esto con salva paz de los señores angulistas, ni las unas ni las otras son de importancia donde se abrevia el ánimo y falta la resolución.

Quedáronme de las privanças y favores de mi dueño algunos émulos en casa de su tío y, por el consiguiente, también amigos; y éstos el mayor era don Francisco de Silva, mancebo de mi tiempo, alentado, y con quien, mientras se disponían mis cosas, quedé alojado. Teníamos los dos muy conformes desseos, anhelando por passar alas Indias y dar al mundo, como si fuesse España solamente, tres o quatro rodeos; y con éste propósito, importunado aquel señor de peticiones nuestras, nos prometió aviar en la primera armada. Y en el ínterin, como si ya lo fuésemos, con colores y plumas y licenciosas galas de soldados, hizimos más de dos travesuras. Desplegamos las ojas, y aun las manos, con tan buena fortuna que, en dos días, sin tres pelos de barva, se nos dava lugar en el Corral de los naranjos, digo, entre los oficiales de la muerte, ministros del dios Marte.

Era entonces archimandrita deste grande colegio Afanador el Bravo, natural de Utrera; presidente, el famoso Pero Vázquez Escamillas; y senadores, Alonso de la Mata, Félix Miguel de Silva Palomares, y Gonçalo Geniz. Mas no assí de rondón nos admitieron en esta cofradía; sus ciertas circunstancias uvo en mi conocimiento. Salímonos, mi camarada y yo, una tarde, paseando por la puerta que llaman de la Carne, y al atravesar de San Bernardo, por el camino que van a Portaceli, yendo parlando con ciertas ninfas, vimos que a largo passo se enboscavan dos bravos por los callejones de las güertas; y un gran rato después que, con algún desasosiego, guiava hazia la misma parte Pero Vázquez Escamillas. Tenía yo a este hombre, aun sin averle hablado, ya por el desvanecimiento de mi negra valentía, ya por las muchas que dél se referían, particular afecto; y desseava lance que me le conociesse, como se me ofreció al presente, y tal, que pudo desempañarse mi deseo. Juzgué y juzgamos el caso por pendencia, y sin más reparar, dexando a don Francisco, que por venir sangrando en vez de espada traía al cuello una venda, dissimuladamente le comencé a seguir hasta un espeso olivar, a cuya entrada divisé de los que primero passaron tan solamente al uno; el qual, viendo a Pero Vázquez, le envistió con buen brío, aunque sin gentileza, porque, lo que Dios no permita por ningún bautizado, era el señor, con perdón de las barvas honradas que nos oyen, lo que llamamos zurdo. Luego en viendo su mengua le pronostiqué una desdicha; no ay sobrescrito más patente de que uno es mal nacido, ni señal tan segura de su ruyn natural, como mandarse a zurdas o no saber leer ni escribir. Finalmente, de conformidad se acometieron, admitiendo su envite Pero Vázquez con tanto señorío que, qual si fuera una flaca muger, desbaratado con una punta y otra le echó a rodar. Quedósele la espada como un cayado, y mientras él quiso endereçarla, su contrario, que tenía yo por muerto, se puso en pie, dándome assí a entender que venía bien armado. Mas todo lo uviera menester, y no bastara, porque, cierto, Pero Vázquez, si no le desdoraran ciertos malos respetos, era valentíssimo hombre. Pero a esta hora, viendo el que estava escondido la mala suerte de su camarada, salió de improviso por detrás de un vallado y puso el successo en contingencia, y al enemigo en evidente riesgo.

Ríome, y con razón, de los que sin muy larga experiencia blasonan, atropellando con la lengua montañas de hombres; pues es sin duda que dos poco briosos bastan a contender con el mismo Hércules. Esta superchería escalentó mi cólera, que no necessitava de muchos brindis. Y dando a Pero Vázquez una voz para que se guardasse del que venía sobre él, yo, corriendo una pieça, me igualé con su lado, y sin poder compassarme en saçón, me arrojé entre los dos a tiempo que quando lo advertí por mi daño, fue resentido de un piquete en la frente; mas bien en breve quedamos satisfechos, dexando en pocos lances tendido al suyo Pero Vázquez, y yo al mío cejando contra el monasterio vezino. Seguíle quanto perseveró el coraje, y no sé si passara de los sagrados límites si, al arrimarse a Portaceli, viéndose assí acossado, no me arrojara la capa y el espada, por aligerar la persona. Estos despojos llevé contento a los pies del nuevo conocido, que me abraçó con voluntad notable; y concertando el vernos en Triana,

él fue campo traviesso hazia la Trinidad, y yo a ponerme en cobro, que lo podía bien hazer por ser entonces muy poco mirado y advertido.

Siguióme don Francisco a lo largo, y en entrando en Sevilla y en nuestra casa, mudé vestido, y con unos antojos, no siendo el piquete de importancia, me salí a pasear, como si tal no uviera sucedídome. Y sin gran diligencia supe que el retraýdo en Portaceli, curadas dos heridas en el braço y cabeça, quedava sin peligro; y el compañero, con tres golpes mortales, muy al cabo en el arrabal de San Bernardo; no obstante que, procediendo honradamente, callavan uno y otro todo el successo. Con que, al anochecer, me ví con Pero Vázquez, y trayéndole a la torre y Corral de los naranjos entendí de su boca que por razón del juego se avían desafiado; y yo quedé introducido allí desde esta batalla, y en predicamento y número de jaque.

Sanaron los dos émulos, y conferida la ocasión entre la Germanía, juzgaron mal del solapamiento y antubión con que su presidente fue investido. Privaron del Corral y de otras preminencias por mes y medio a los contrayentes, y además en las costas, digo, en el gasto de una comida espléndida; en quien, ahogada la pendencia, se efectuaron las amistades.

Assí, con otras inquietudes, que a las passadas fuimos acomulando, raras vezes perdiendo, y ganando muchas, quedó el nombre de Píndaro entre los más ilustres de aquella venerable armería. A este grado me avían subidos mis temeridades y locuras, quando con nuevo y peregrinos acaecimiento estuvo mi cabeça, según presto veréis, casi en término y punto de pagarlas todas.

Andava don Francisco de Silva en este tiempo amartelado en cal de Catalanes, guardándole yo el cuerpo algunas noches mientras hablava con una donzella hija de un mercader, aunque entonces sin padres. Su nombre era Rufina, y su morada la de un clérigo tío suyo, requisitos bastantes para poder prendarse cualquier discreto, ya por los intereses de su hermosura, ya por la libertad que avía para facilitarla y emprenderla. En este requiebro nos cogió a mí y a él una de las más oscuras y tenebrosas noches de Diziembre.

Parlava con su dama mi amigo, y yo, mientras los dos discreteavan, sintiéndome cansado, me quise recostar al umbral de una puerta; cosa que a penas hize quando, no sin admiración, ella, que solamente estava junta, se abrió de par en par. Levantéme al momento, mas por presto que quise desviarme y retirar el cuerpo, ya avían de la parte interior sacado un braço, y asiéndome del mío tirándole hazia dentro, no era tal accidente para dexarse de alterar un hombre, y assí, al punto, acudí con la mano diestra para escusarlo y resistirle; pero el tacto y manejo que alcanzó mi esperiencia suspendió la intención, porque en llegando al braço que me tenía agarrado, assí en su arreo, delicadez y blandura, como en la suavidad, anillos y sortijas de su mano, conocí ser de muger; con que, sin más considerallo, me calé por la puerta; si bien no salió el negocio como yo sospechava, juzgándome transformado en un nuevo Neptuno de la hermosa Ifigenia, antes, sin poder dar tres passos adelante, dexándome aquel braço, sentí que se baxava el dueño a levantar del suelo un vulto, y que poniéndolo en mis manos, al entregármele, me dezía:

—Poned en recaudo esso, y no seáys pereçoso; pues ya no abrá otro mejor lugar para la conchlussión de nuestras cosas.

Con lo qual, dándome mucha priessa, y aun casi renpuxándome, me hizo salir afuera. Cerró al instante, y yo me quedé atónito y pasmado; pero bolviendo en mí, advertido el peligro, corrí adonde estava mi compañero, díxele me siguiesse y, poniéndolo por obra, començamos a guiar a la pagería, trasudando mis güessos con el peso y congoxa de la carga, y reventando don Francisco por entender la causa.

Sería la medianoche entonces, y con ser a tal hora, el diablo que no duerme, no quiso que gozásemos de semejante suerte sin retorno; y así, antes de llegar a la posada, nuestro alboroto y prisa nos puso, sin verlo ni sentirlo, entre el alguazil de la justicia y un su esclavo corchete. Y vanse ya recogiendo a su casa, dexando a los demás ministros en las suyas, mas ni hallarse tan solos bastó para que nos dexassen passar. Quisieron reconocernos, y escusarlo nosotros, temiendo el mal descargo del cargo que llevávamos; pero no ostante, sin poder estorvarlo palabras y razones corteses, remitimos los ruegos a las espadas. Puse yo mi embaraço junto a una pared, y mientras el esclavo y su dueño gritaban "¡Resistencia y justicia!", y meneavan juntamente las manos, yo y mi amigo, con despejo y corage, les cargamos de suerte que, mal de su grado, nos desembaraçaron la calle, pidiendo el uno en voz de Moçambique confesión, sacramento. Este aullar del mulato nos turbó los sentidos y, con tanto, ayudando también la grande oscuridad, no sin terrible pena, desatentadamente erré el lugar donde dexé la carga, cosa que me causó tal desconsuelo que, no temiendo la gente que acudía, aun me estava en el puesto, y lo peor es, con una herida que me passava un braço y otra no menos importante en la cabeça. Mas, cayendo en la cuenta, no quise echar la sogá tras el caldero, seguí a mi camarada que yva, por no ser visto, incorporado con las mismas paredes; pero no avía andado muchos passos así quando, dando un terrible golpe, le ví caer de su estado. Aquí fue mi dolor, aquí fue el apretar los dientes y el temer un desastre; creí, sin duda, que le rendía al amigo alguna penetrante y mortal estocada, y así, en dos saltos, yendo a arrojarme sobre él para favorecerle, casi mi discurrir acelerado me uviera de salir a la cara; pues tropeçando yo también, fui a parar con los ojos donde fue buena suerte no romperme los cascos; finalmente, caí sobre mi dulce y desseada carga, que este fue el mismo encuentro que atropelló a mi amigo. Levantóse y alcéme, y no obstante que desfecha una pierna y tan malherido como dixé, todavía, alegre me abracé de aquel vulto ignorado, el qual, poco después, llegado a mi posada y aposento, vi y vio don Francisco que era un cofre de azero, de cosa de tres quartas, obrado de atauxía ricamente, con lavores menudas, laços y enbutidillos de plata y oro, y tres cerradurillas de admirable artificio.

Todo esto nos causó maravilla, mas sin comparación, mayor al camarada, luego que entendió el modo por donde vino a mi poder. No víamos la hora de abrirle, y aunque quisimos reservar en su ser aquella hermosa pieça, como nos faltavan las llaves y sobravan la cudicia y desseos, al fin fue condenada a tormento de cuerda. Pero era a la sazón tanta la sangre que me salía del braço que, aunque me fatigava más la dilación del ver lo que venía en el cofre que el peligro presente, todavía, por no desangrarme, se suspendió el acuerdo.

XV

Tratando estavamos de mi cura y remedio, bien que con menos adereço del necesario, quando interrumpió nuestra obra un gran rumor y voces que discurría por el patio. Escuchamos atentos y presto conocimos que nos avían seguido. Y pareció ello así, porque aquel breve término que nos tardamos buscando el cofrecillo, se le dio algun curioso (soplones llaman a éstos en mi tierra) para prevenir nuestra fuga y sacarnos de rastro trayendo a la justicia.

Estavan las puertas del palacio (costumbre de tan grandes señores como el tío de mi dueño) abiertas hasta las dos de la mañana, y así, no hallando estorvo, entraron hasta el patio con linternas y luzes diferentes ministros, un tiniente y algunos escrivanos. Este fue el ruydo que atajó mi cura, y mayormente el oír assimismo que a voces dezía el cañuto advertido las siguientes palabras:

—Aquí, señor tiniente, entraron los dos reos, y que vienen heridos es cosa averiguada, este es el rastro, por aquí va la sangre, sígala vuestra merced que a la escalera guía, no es caso de

respetos, un ministro está muerto, y por el consiguiente el alguazil de la justicia en semejante passo.

Assí alentava aquel demonio la circumspección del juez; pero él anduvo tan cuerdo como remisso y atentado. Avía en palacio más de dozientos hombres, y sobre atropellar su inmunidad se perdieran todos; no admitió el tal consejo, caminó a lo seguro, puso en la calle y puertas muchas guardias y espías, y hecho esto, mandó avisar que estava allí a nuestro dueño; el qual, mandándole subir hasta su propia cama, y entendida la causa, los indicios y sangre, mientras con grandes cumplimientos y cortesías hinchó de viento la cabeça al tiniente, dio orden para que por differente quarto, con gentil dissimulo, nos sacassen del nuestro. Executóse assí, dexando yo primero encerrado el cofrecillo dentro de un baúl; y después, licenciando la casa, mandó buscarla toda. Abrióse mi aposento, viose la mucha sangre, y aunque no nos hallaron, las sospechas bastavan para hazernos secresto; mas avisado el mayordomo, dixo que todos aquellos bienes eran de la recámara. Y sin otros embargos, los señores ministros se quedaron en jolito; si bien no faltó quien, de los embidiosos de mi casa, les dixesse otro día nuestros nombres y señas, con que començaron al punto los pregones y edictos, y nuestro mayor encogimiento y reclusión.

Murió luego el esclavo corchete, y el alguazil, aunque estuvo en peligro, sanó, y yo juntamente; y en tal disposición, se trató de conciertos; y satisfaziendo con generosa mano nuestro dueño a las partes, cessó algun tanto el rigor y persecución de la justicia, bolviéndonos los dos, de un convento a do estavamos, a nuestra casa y aposento, y aunque para no salir dél en muchos días, alegres sumamente, por dar en ellos fin al encantamiento del cofre. No le avíamos visto desde la noche del fracaso, y assí, haziéndonos cada momento un año —tal nos parece el tiempo quando algún bien se espera—, abrimos mi baúl para romperle a él; pero fue en balde aquesta diligencia, porque era tan fuerte y de materia, según é referido, tan sólida y maciça, que dos maços de herrero no le hizieran pedaços; importava, en su empresa, menos fuerça que industria; fuera de que, también, no convenía se oyesse mucho estruendo en su expedición. Tuvimos por mejor el prestar paciencia hasta tener limas y botadotes con que poder desbaratar las chapas y los muelles. Pero en el interin que se buscavan éstos, entendida en Sevilla nuestra asistencia, començaron visitas, y trasplantado a nuestros aposentos el nombrado Corral de los naranjos, no quedó jaque en él, professado o novicio, que no viniessen a darnos gracias y parabienes.

A la sombra de aquellos nos atrevimos a salir por las calles, y no sólo de noche, a su antiguo requiebro don Francisco de Silva, mas en mitad del día, no sin pequeño escándalo; mas nuestra libertad era tan disoluta, que de los excessos y delictos hazíamos gala, y de los atrevimientos temerarios honor y valentía; siendo assí la verdad que la cierta y segura es respetara la justicia, rendirse a su obediencia, favorecerla y ampararla y honrar a sus ministros; pero según aquesto ¿qué puede disculpar mis torcidos caminos, sino la misma causa que me guiava a ellos, mi corta experiencia, mi desatada juventud y locura?

Hazíanse en aquesta ocasión ciertas ferias en un lugar no lexos de Sevilla, ignoro si le nombran Molaes, si bien sé que en él ay una torre fundada de tal modo, que qualquiera persona de no muy grandes fuerças arrimándose a ella la haze bambolear. Allí los campessinos y labradores tenían esto a milagro, mas yo, que tengo leydo que aquél no se dispone sin gran necesidad, no viendo cosa que le obligasse aora, más presumí, quando lo ví, que era algún artificio o travazón de las barras de yerro sobre que está pendiente.

Pero bolvamos a la feria, y al viage que don Francisco y yo hizimos a ella, tanto por gozar del concurso, y aun de la vista de Rufina, que con una su tía se puso en tal jornada, quanto por comprar con menos nota las limas y herramientas de que necesitavamos. Finalmente, a las nueve del día, nos plantamos en el dicho lugar, y a poca costa conseguimos el principal intento, y llenamos los ojos, el gusto y el desseo en la diversidad de tantas cosas que con

hermosa variedad alegraron el día. Andava don Francisco transformado en su amor y convertido en sombra de su dama, sin perderla de vista, dando los mismos bordos y paseos y valiéndose de ocasiones que, a hurto, dieron lugar de hablarse, y aun tocarse las manos, favor que enloquecía a mi cautivo amigo, no sin gran risa mía, por ver la estimación de sus extremos locos; porque como hasta entonces, por beneficio de los cielos, aún se estava cerril y libre mi cerviz, juzgava como necio por perdurable y verdadera semejante exsención y, al contrario, por notable vileza sus rendimientos y blanduras. Más ayudávame a esto y a esforçar mi opinión el tener aún entonces muy frescos y presentes —¡pluguiera a Dios que siempre los uviera guardado!— algunos documentos, enseñanças y avisos que para nuestro exemplo nos dexaron diversos escritores.

Avía leydo varias vezes, en muchos, los enredos y máquinas, las mentiras y engaños de las mugeres deste género, sus disimulos cautos, su doctrina amorosa, sus muestras falsas, sus lágrimas fingidas y alambicadas de los ojos, como si las tuvieran en las mangas; sus lisonjas y alagos hasta quitar las fuerças a Sansón, tresquilándole para después dexarle entre los filisteos. Aún no estava olvidado de lo que dize dellas el mismo Salomón: "Panal de miel — escribe— que trae en los labios la muger deshonesto, y su garganta más blanda y más suave que el deleznable aceite, y que con los que ceva es más rígido y agrio que el amargoso acívar; y su tajante lengua, cuchillo de dos filos; como, por consiguiente, sus miserables passos, tristes caminos y veredas confusas por donde al fin al fin nos guían y precipitan a la infelice muerte." Assí, de aquesta forma, avisa y amonesta la Sagrada Escritura a los que descuyda y desvanece la ardiente juventud, a los que encanta y entorpece el dulce canto destas crudas sirenas. Y assí, no es mucho que advertencias tan grandes, y el temor de mirarme entre sus duras garras me hiziesse aora aborrecer su compañía.

En tales pensamientos yva yo discurriendo, quando me sacó dellos un ruydo de pendencia travado cerca de mis espaldas. Guíe hazia aquella parte, dexando los discursos, y vi —no sé si se creará— con tanta admiración como embidia mía, cercado de veynte hombres un vejecillo más blanco que la nieve rodeándose entre ellos con espada y broquel, con más vigor, ánimo y bizarría que cuentan de Teseo con los fieros centauros y bodas de Tesalia. En el grande peligro, gran diligencia y brío es necessario siempre; pasmóme el caso, y el que mis ojos vían y su dificultad, según mi juicio, acrecentó decrepitud en el que le representava; mas antes que passe a su successo, y a lo que yo hize en él, quiero que, como la entendí, sepáis la causa de la empresa.

Parece ser que jugando en la feria algunos macarenos o caymanes con un pobre mancebo, yvan tres al moyno, y haziendo tal figura un moço labrador, más inocente y bueno que malicioso y zaño, todos quatro barajavan los naypes y el dinero sobre la mesa de un señor turroneo y a vista de otra gente, entre la qual era, vestido de pardillo, montera y capa hasta casi el enpeyne, el viejo de quien hablo, que, advertida la treta y la que señalando en los botones fomentava otro guro a los jugadores, no quiso permitir que se hiziesse delante dél tal sacrificio, antes intrépido y terrible echó la mano al naype interrumpiéndole, y luego, mirando al mancebete, le dixo con una ronca voz:

—Levántese vuarced, y por mi cuenta recoja y guarde el güeltre. Y vuarcedes —dando una mirada a los demás— conténtense por oy con lo que le an ganado, y esto sea sin más réplica.

Assí dixo, y no fue menester más arenga y razón, ni él sabía otra retórica, para que se alborotasse el bodegón, y mayormente viendo que el que le rebolvía con tan estraño término era un caduco viejo de más de sesenta años. No uvo entonces hombre de los presentes, que, advirtiendo uno y otro, no lo tuviesse por mentecato u loco; todos le juzgaron por muerto del puntapié primero. Ninguno de los fulleros y rufianes se estimó de mirarle a la cara, nadie le respondió con la boca, y todos sí con la mesa y los bancos, con el turrón y naypes; todo le cayó encima de repente y qual si fuera un desapoderado torvellino. Y assí, llevado dél, rodó

una pieza entre las varatijas, y aunque pretendió levantarse, estuvo un breve espacio tan embuelto entre ellas, que en quatro o cinco vezes nunca le fue possible. Mas, alça Dios tu ira, quando en efecto pudo, quando puesto en razón sacó la temeraria, arrancó de la cinta un broquete de corcho, no mayor que un sombrero, no ay furia, no ay toro de Xarama que assí se haga lugar y anchurosa rueda.

Acudieron a los fulleros otros, y yo, sin poder reprimirme, llamé a mi camarada, y juntos le tomamos en medio. Tenía ya tendido entre sus pies uno de los contrarios, otro con una herida víle que yva cayendo, y advertido el peligro, desseando que se salvasse tan valiente hombre, le hize que nos siguiesse; y aunque con gran trabajo, pero es flaco el varón a quien en la mayor difficultad no se aumenta el esfuerço, creciéndonos aqueste, a pesar quantos lo inpidían, le llevamos a la iglesia. Aquí se acrecentó el bullicio, acudió un alcalde a sacarle, mas levantándose una voz que publicava ser el viejo retraydo no menos que el famoso y sonado Afanador, no quedó hombre de Utrera ni de todo el contorno que no acudiesse a su defensa. Vencedora es de leyes la osadía, uviera de perderse el lugar si la justicia quisiera entonces executar la suya; mas atajólo el cura, que requiriendo y protestando las inmunidades de la iglesia, puso al alcalde más en término y le sacó della; y en el interin, por diferente parte, mientras duravan las contenciones y protestas, tuvimos puerta y venturoso escape.

No vía yo la hora en que abraçarme de aquellos flacos miembros, de aquella hercúlea senectud, y assí lo hize en llegando a unas viñas donde nos reparamos, nos conocimos y quedamos obligados y amigos. No quiso Afanador, temiendo le siguiessen, guiar a Utrera. Llevámosle a Sevilla, y aquella noche nos entramos en casa, de donde dentro de quatro días, sossegado el negocio, salió para la suya, y no muy bien dispuesto, pues no veynte después, supe su acabamiento, y aun le hize decir algunas missas. Este fue el fin de Afanador y el modo con que vino a mi noticia, que no quise escusar porque quede memoria de un tal hombre, tan valiente y honrado, que con ser labrador y pobre, y con muchos hijos y necesidades, nunca hizo en su vida cosa indigna, nunca en su vida, con tener tales espíritus y manos, las empleó en obras ruines.

Mas bolviendo a mi cuento, bien pienso que el letor tendrá tanto desseo de ver abrir el cofre como entonces le tendríamos nosotros de salir de su duda. Assí, en despidiéndose el huésped, començamos la empresa, prolixa por nuestra corta maña, y difícil por la unión y dureza con que estava ligado. Era mi impaciencia terrible viendo su resistencia, dávale dos mil bueltas, echávale de mí y bolví a abraçarme con él, y, finalmente, tanto le rodeé y tan menudamente le advertí que, sin pensar, hallé lo que buscava. Hallé que debaxo de una de las aldavas estava un muellecillo a manera de perno, puesto con tal destreça que casi no se echava de ver; apenas pues eché mano deste, quando saltó una gavetilla que con él se juntava, y en ella ví las llaves y medio abierto el cielo. Alborozóse don Francisco, y clavados los ojos uno y otro en la cubierta y tapa, como si dentro uviera la engañosa hermosura que Phisiques truxo del infierno, assí temíamos no se desvaneciesse como aquella nuestra cudicia y esperança. Mas ¿qué me diréis si esto nos sucediesse? Que si por dicha os hallárades entonces a la vista y semblante que pusimos los dos luego que abrimos el cofre, luego como miramos en él, con grande compostura, diez legajos de cartas, diez arrobas de nieve que nos elaron las entrañas, que nos entorpecieron los miembros, cierto que nos juzgara por dos hombres de mármol u por artificiosos mascarones de lienço; y aun lo encarezco poco, pues no tanto por relación y escrito, como con la misma experiencia, se puede encarecer nuestra afflictión y espanto.

Gran rato duró esta suspensión, ni sé si de afrentados u condolidos; mas al fin salimos della y yo, algo más consolado, empecé a abrir papeles amorosos y comencé a desparramar por la quadra sus diversos concetos, hasta que, ahondando más al fondo, topando, cosas más sólidas y duras bolvieron mi alma al cuerpo. Saque, muy bien enpapelada, una rica bujeta de marfil y ébano, cavos y guarniciones de oro, y della, quando esperava una preciosa joya, si no lo avéis por enojo, dos hermosos retratos, el uno de muger y el otro de hombre, ella linda y biçarra, y

él gallardo y gentil. Pero ni tanta loçanía escusó que uno y otro no fuessen por el ayre a parar a mi cama. Cresció mi furia y la desesperación del amigo, que ya sin poderlo sufrir, tendió una manta y de golpe bolcó sobre ella, de una vez, el cofrecillo; de quien, ¡o poderoso cielo!, no Júpiter en lluvia para gozar a Danae, no Baco en falsas uvas para engañar a Exiones, sino pedaços de oro, doblones de dos caras, diversos bultos embueltos con papeles; uno, cruz de diamantes, otro, ricas sortijas, y otros, con dos sartas de perlas, gargantillas de aljófar, pretadores, firmezas, bandas, manillas y una grande cadena. Valdrían a mi ver todas aquestas cosas dos mil ducados, y otros tantos y alguna cosa más lo que venía en dinero. Tal fue el lastre del pequeño navío, el maná que llovió su cielo, que salió de aquel abreviado Potosí, dexando a nuestros ojos, voluntad y desseo hartos, pero no satisfechos.

Recogimos al punto nuestro tesoro, y en acuerdo y consultas diferentes igualmente resolvimos, aunque a bulto, su partija y expedición. Esta dispuse yo con buen consejo, confirmándome en el viage de las Indias; y apressuróse aqueste en don Francisco y en mí, mediante las assechanças, malicias y chismes con que nuestros antiguos émulos nos ivan desacreditando y descomponiendo con su tío de don Gutierre, dueño y señor de mi compañero; el qual aora, no sin muchas lágrimas, se despidió de la hermosa Rufina. En cuya calle no quiero que se me olvide de advertiros las grandes dilijencias que entre los dos hizimos por entender la casa de donde salió el cofre, bien que en vano y sin fruto; porque la escuridad y turbación que me causó el sucesso de aquella noche, perturbó mi cuydado y no me dejó hazer mejor cuenta o discurso, tomar bastantes señas de la puerta; y ignorándose aquella y callando nosotros, fuerça era que avía de ser para siempre encubierto. Tuvo, con todo esso, diferente salida; entenderás en allegándola su tiempo.

XVI

En el interin, siendo ya coyuntura, tratamos nuestro avío, y acomodados con plaças muy honrosas a cerca de la persona misma del general, que entonces lo era aquel buen cavallero don Luis de Córdoba, hermano del marqués de Ayamonte, y por el consiguiente deudo cercano de nuestro gran mecenas, y a cuya intercesión nos admitió debaxo de su amparo, hizimos nuestro empleo; aviendo yo convertido en moneda mis alajas, excepto los vestidos y joyas, porque de aquesto me asseguraron hombres pláticos mejor ganancia en Indias. Cargué una caixa de mantos y medias de seda y, sin saber si errava o acertava, de cincuenta resmas de papel y cantidad de agujas. Burlava don Francisco de mi último empleo, mas él se halló después no poco arrepentido, porque no tienen número las vezes que hallan los hombres embuelta en miserables y despreciados trapos su buena dicha. Quedáronos, demás de lo advertido, más de dos mil ducados en doblones y pieças, que no osamos trocar ni descubrir a nadie, temiendo dar de ojos en alguna sospecha; temor discreto, pues ninguno se á echo de repente rico con justa causa, y mayormente viendo el riguroso açote que començava a descargar el cielo sobre nuestros amigos, las colunas y adlantes de la gran Germanía, Pero Vásquez, Geniz, Felices y el mulato; cuyas tristes tragedias, cierta representación de tales sujetos, o a lo menos, sus fines, escribiré a la buelta, si Dios fuere servido de traerme deste viage.

Para darle principio, remitimos al puerto nuestras caxas y ropa, con intento de hazer otro mayor empleo de lienços en Sanlúcar; y nosotros por la banda de tierra tomamos el camino, desseando escusar hasta el lugar de Coria las bueltas y rebueltas que da en aquel breve espacio Guadalquivir. Sería al ponerse el sol, un lunes de Quaresma, cuando salimos de la insigne Sevilla, anocheciéndonos casi a su vista, ya fuera de las calles y güertas de San Juan de Alfarche; donde començando a levantarse unos nublados, en breve término el cielo se cerró de campiña y de manera que, aunque llevávamos buena guía en el moço de mulas, si los relámpagos espesos no nos alumbraran con su luz temerosa, perdiéramos diversas vezes el

camino. Con aqueste trabajo proseguimos una legua, si bien quando pensamos que menguara, creció alentado de nuestra necia curiosidad.

Vimos a esta ora, no lexos de la senda, una pequeña lumbre, y desseando escapar del turbión que nos venía amenazando, creyendo fuese alguna casería, guiamos campo traviesso a ella; mas no avíamos andado muchos passos quando se nos desapareció la luz y quedamos a oscuras; con que tornamos juntamente las riendas al mismo punto que ella bolvió a mostrarse en diferente parte, y muy poco después, variando, en uno y otro lado; cosa que nos dexó algo suspensos. El moço dezía que sin duda eran caçadores de perdices, pero el tiempo, tan fuera de sazón, desvanecía su juicio; y don Francisco, echo a hallarse tesoros a poca costa, afirmava que podría ser aquel brillante resplandor alguno de los animalejos que crían en sí la piedra que llaman carbunco. Reyáme yo desta patraña, y aun de su parecer; y viendo, más atento, que la luz por instantes mudava puestos, mudava resplandores, porque ya unas vezes se aclarava y otras se amortiguava y estinguía, juzgando que la movía alguna persona, di mi voto y propuse que nos tornásemos al camino derecho; pero sin admitirle don Francisco, no sólo resistió mas, intrépido y resuelto a saber la aventura, se apeó y me obligó a lo mismo. Parte es de necedad querer escudriñar más de lo necessario; dávase al diablo el mojo con tal curiosidad, mas que quiso que no, trayendo de las riendas sus mulas, uvo de seguirnos, hasta que llegando muy cerca divisamos sin distinción un vulto y que, por el consiguiente, aviéndonos sentido, bolvió a encubrir la luz. Alargamos el passo, y don Francisco, no sin turbada voz, le preguntó quien era; mas ni tuvo respuesta, ni menos la tuvimos nosotros, que le repetimos lo mismo. Con que, alentados de aquello que pudiera desanimarnos más, por último consejo sacando las espadas, le embestimos.

Pero a esta ora, que casi nuestras armas se sentían sobre su cabeça, sacando de repente la luz, nos dexó encandilados y tan suspendidos, que por un breve espacio ni abrimos boca, ni levantamos pie ni mano; mas sossegándose aquella alteración y el ofuscamiento de nuestros ojos, con terrible temor vimos delante dellos lo que aun, acordándoseme, al presente me entorpece y eriça los cabellos. Digo que vimos un cadáver horrendo, tan descarnado y desemejable, que si las canas y ensortijadas trenças y la voz tremulante con que aora habló no testificara que era una arrugada vieja, creiéramos sin duda que era el demonio mismo que la traía por semejantes lugares engañada. Mirónos, en llegando, con semblante infernal, y entre un ronco bramido, dexándonos como piedras inmóviles, sacó del pecho las siguientes palabras:

—¿Quién, hombrecillos viles, os ha dado tan grande atrevimiento? ¿Quién alentó vuestros flacos espíritus moviéndolos a que assí interrumpiesen las obras de mis manos? Bolved, bolved, tornad a vuestro viage; que essa inocente edad, si os escapa de culpa, no assí os libraré de mi furor y ira, si más me replicáys y os detenéis en mi presencia.

Esto dixo aquella nueva Circe, y haziendo con las ropas un círculo ponposo, se dexó caer; y nosotros, mudos y temerosos, sin más tardança la obedecimos.

Desta suerte, mirándonos los unos a los otros, estrallando las piernas del gran temblor del cuerpo, bolvimos veynte passos atrás, término en quien se estinguíó nuestro miedo y de repente otro mejor discurso bolvió por nuestras honrras. Consideramos como las trataría a nuestras espaldas el moço de mulas viendo al presente tan grande cobardía, y con nuevo valor, encomendándonos al cielo, tornamos muy resueltos a experimentar la furia de aquella torpe vieja, ver en lo que entendía y, conviniendo, atarla pies y manos y dar con ella en poder de la justicia. Esta era nuestra cuenta, mas bien diferente la tomara de tal temeridad aquel vestiglo, si la divina voluntad se lo permitiera; porque apenas resolvimos lo dicho y dimos buelta a ejecutarlo, quando abriéndose, a nuestro parecer, la cueva y cárcel de los furiosos vientos, fueron tan repentinos los que bramando nos lo contradixeron que, sin poder contrastarlos de otra suerte, uvimos de arrojarnos en el suelo y caminar baxados la distancia

que avía hasta donde dexamos la muger; en cuyo lugar, aviéndose al momento desaparecido, hallamos una linterna sola y un asqueroso hedor de piedra zufre que nos atafagaba los sentidos; y con todo este estorvo, no dexamos de remirar en los contornos quanto alcançó la vista.

Tuvimos por escusado nuestro trabajo y juzgamos que el demonio se la avría llevado o encubierto, y haziéndonos mil cruces, casi arrepentidos de la empresa, nos quisimos bolver; pero a este punto, hallando don Francisco blanda y muelle la tierra, y de manera que parecía que la avían recavado, más advertido en ello, començó a rebolcarla, y a poco que ahondó, no sin harto cuydado, topó un pequeno vulto, y sacándole tan mala vez, por la terrible escuridad que lo estorvava, determinamos ser un hombre de cera, uno de los embustes asquerosos con que el padre de mentiras engaña y trae perdidas las mugeres de semejante género. Era el tamaño poco más de una cuarta, y estava echo un erizo de agujas y alfileres: quatro le atravessavan los riñones, dos por el coraçón, dos por las sienes, y uno más grueso y grande por medio de la mollera; tenía un güesso en la boca y dos carboncillos pequeños en vez de ojos, y lo demás del cuerpo rodeado de cuerdas de vigüela, cuyos laços diabólicos, nudos y enredos, ni la noche nos los dexó advertir, ni la ocasión y el tiempo considerar. Començava a llover espantosamente y a vezes, entre el agua, caían disformes piedras y graniços. Rogué, con tanto, se bolviesse a su puesto aquel enbuste, mas no le pareciendo justo a mi camarada, se le echó en la faltiguera del espada; y tomando las mulas, al subir en la suya, el peso y golpe de la guarnición, o la fuerça que puso, apretó de tal suerte contra el muslo la cera y alfileres, que le lastimaron muy mal; y con todo, sufrió el dolor y no mudó de parecer.

Con este buen principio començamos a andar, al mismo tiempo que también començó a enfurecerse un terrible y furioso ventisquero, dexándose caer tan impetuosamente que juzgamos se abrían abierto las cataratas de los cielos; y más ayrados los procelosos vientos, hazia qualquiera parte que bolvíamos les hallamos opuestos y contrarios. Y no obstante, atravessando el campo, llegamos al camino de Coria. Tomó entonces la delantera don Francisco, a cuya mula desde este punto le nacieron dos alas, tal fue su caminar y ligereza repentina; quisímosla seguir, pero siempre nos llevaba arrastrando; con que no fue possible durar mucho con ella; perdimos de vista al compañero, porque aunque le dimos voces para que se aguardasse, el rumor de las aguas y otra secreta causa le tapó los oýdos y le cegó los ojos. No dexaron de causarme algún recelo aquestas novedades, mas conociendo que ivan oliendo el rastro nuestras mulas, proseguí mi jornada, cierto de que su distinto natural nos bolvería a juntar dentro de breve espacio, como en efecto sucedió; pues antes de media hora, reconociendo casas y tapiería, mui alegres nos hallamos cerca de un buen lugar.

Aquí el moço de mulas, hablando entre los dientes y bolviendo la cabeça a unas partes y a otras, enpeçó a santiguarse, y yo a mirarle con igual suspensión; pero sacóme della con dezirme que nos avíamos perdido, porque el pueblo presente no era Coria. Tampoco era muy nuevo para mí semejante disgusto, y mayormente ocasionado de tan terrible noche; mas fuelo mucho el oýrle afirmar con grande admiración que no sabía como ni quando erráramos la senda; porque demás de ser passos contados, su esperiencia y cuydado hazían impossible, o por lo menos sobrenatural, semejante successo. Siempre avíamos venido con el río a mano yzquierda, y su margen y orilla junto a nosotros; jurava y aun creía que tal acaecimiento guardava en si otro mayor mysterio. Cresció éste, y nuestras impaciencias se subieron de punto luego que, en entrando en el lugar, no tan sólo supimos no ser Coria, pero nos hallamos, con un rodeo espantoso, en Castilleja de la cuesta, aviendo buelto atrás una legua muy grande. Pues no fue este accidente cosa considerable en comparación de los que restan; aun començava entonces el naufragio.

Apenas passamos por delante de nueve o diez casas quando, a la buelta de una calleja angosta que salía de la Real, oýmos entre vario rumor la voz de don Francisco y las herraduras de su nuevo pegasso. Guíamos hazia él, más alentados con su hallazgo; pero templósenos el gusto

con una súbita desgracia que casi le sobrevino a nuestros ojos, y fue esta que, como uviesse antes llegado al mismo puesto y con la velocidad y prissa que ya é dicho, sin poder repararse, según lo pretendió, para esperarnos, no haziendo caso la mula de la rienda, de la espuela ni el freno, mal de su grado, desapoderadamente se le arrojó por aquella calleja, que siendo sin salida y tiniendo por frontera una casa, uvo forçosamente de chocar con sus puertas, a las quales, aunque estaban cerradas, assí se abalançó como si las viera abiertas; y dando en ellas cabeçadas crueles, sin querer desviarse, qual si algún demonio informara sus miembros, no sólo impidió el apartarse don Francisco, sino que con bufidos, coces y pernadas alborotó la vezindad.

Sacaron luz de dos o tres ventanas, y de la misma casa, viendo el peligro de mi amigo, hizieron otro tanto; y además un buen hombre baxó a la puerta para favorecerle; pero uviera de costarle la vida, porque en sintiendo el animal furioso que la iva abriendo, intrépido se abalançó al çaguán, atropellándole y dexando a mi camarada tendido en los humbrales medio muerto; porque como le cogió entre las puertas y su desapoderamiento fue tan grande, no pudiendo valerse de sus fuerças, con el terrible encuentro le arrojó por las ancas; y assí, el grave golpe y la cayda de cerebro no fue mucho que le dexasse desmayado. No lo creí yo assí, antes pensé que avía caminado al otro mundo; apeéme al momento, y por muy presto que allegué a su socorro, ya le hallé rodeado de dos o tres mugeres y el dueño de la casa que, si bien maltratado, piadosamente acudió a levantarle; mas fue escusada diligencia, porque estava sin pulsos. Echóle agua en el rostro una de las mugeres que le tenía mejor que razonable, y viéndole mortal, dixo a voces que llamassen al cura; y yo, con harta pena de mi alma, temiendo que acabasse sin sacramentos, solicité lo propio. Pero advirtiendo que nadie se movía, y que el hombre se escusava y las dos mugeres se escondían y aun culpavan el aviso de estotra, algo estrañándolo, tomé en mi compañía un muchacho que me enseñasse a su posada, y fui bolando por él.

Halléle que se estava acostando, referíle el desastre, y no obstante, bolviéndose a vestir, sin ninguna tardança se dispuso a mi ruego. Salió a la calle, mas en reconociendo la guía que yo traía y la casa adonde le llevávamos, súbitamente reparó, y sin querer passar de allí, hizo alto. Dávale mi cuydado mucha prisa; mas él, desengañándome, me dio a entender que por cosa del mundo no podía entrar en cassa semejante. Abominé el escrúpulo ignorando el mysterio, y començé a afligirme y reprovárselo con diversas palabras; pero, advirtiendo mi razón, para salvar la suya me ordenó que, como se pudiesse mejor, sacásemos a don Francisco de donde estava y le llevássemos a su misma posada. Ofrecióme con esto todo alvergue y regalo; con que, satisfaziéndome, más alegre y contento le dí las gracias y lo puse por obra, poniéndonos entre yo y el criado el amigo a los hombros hasta depositarle en su aposento y cama.

XVII

A todo esto mi camarada estava sin sentido; desnudámosle, y mientras llamado un cirujano para que le cobrase, le aplicava varios y precissos remedios, apartándome el cura a un lado de la sala, quiso saber de mí quién éramos y adonde caminábamos y, lo más principal, qué causa nos avía traído a la casa en que cayó mi amigo. A esta final pregunta, conocido su cuydado, le satisfize luego con la ocasión que avéys oýdo, si bien entonces sólo era presumida de mí. Contéle, según ya é referido, el adelantarse don Francisco, el desatiento de su mula, el arrojarse en la calleja y consiguientemente, el entrarse en abriendo en la casa advertida. Díxele mi sospecha, la principal jornada, el caso horrendo de la echizera vieja, el avernos perdido en el camino, lo que el moço infería de semejante yerro, y finalmente otros barios misterios, echos por mi discurso, ya dando a estas desdichas más cuidadoso origen, y ia atribuyendo las muchas y temerossas circunstancias que sucedieron a la curiosidad de mi camarada, a su infernal hallazgo y al aberse resuelto a traerle consigo.

Con que, más admirado de lo que yo pensava, haziéndose mil cruces y arrugando la frente, quedó el buen cura pasmado por más de un quarto de ora, dando con tal extremo más nuebas causas a mis admiraciones y cuidados. Bien advertí, en mirándole, que tanta suspensión, fuera de nuestro quintero, tendría fundamentos más graves; y así, queriendo preguntárselos, él me salió al enquintero y absolvió de mis dudas en la siguiente forma.

Informóme primero como era comisario del Sancto Officio, cargo por quien savía particulares secretos de aquel pueblo, y que así, tenía por cierto que no acaso ni perdidos, como nosotros presumíamos, se encaminara a él nuestra benida, y singularmente a aquella cassa, que era muy sospechosa; mas que esperava en Dios que no abría sido en vano, ni para que quedase nuestra burla y trabajo sin su satisfacción, ni quien la avía traçado sin la pena y castigo merecido por aquella y otras semejantes maldades. Pidióme que le diesse el hombrezillo de cera, y io, sacándosele de la bolsa a mi amigo, que ya se yba alentando, se le entregué. Tomóle, y preguntándonos si bolviendo a encontrar a la endiablada bieja la conoceríamos, respondimos que sí, y no aguardando más, llamando gente, nos bolvió las espaldas y caminó en su busca.

Ya en el interin ablava don Francisco, y aun se sentía alibiado con un par de sangrías; díle razón de quanto me passava, y él a mí juntamente de otros misterios. Díxome el grande desacuerdo con que se avía sentido desde el momento en que se halló en la mula; pues no tan sólo perdió el cuydado della, mas la memoria de nuestra compañía, sin tratar de otra cossa que de picar apriessa y anhelar muy solícito por llegar al lugar y entrar en la casa donde fue su cayda. Con lo qual, cargando más indicios, acavé de entender que alguna infernal fuerça le avía biolentado y puesto en tales términos; y no mucho después confirmé mi sospecha, porque al cavo de media ora bi entrar el cura rodeado de jente, y en medio della la espantossa mujer, a quien apenas bimos en el aposento quando, eriçándosenos los cavellos, la conocimos, afirmándonos todos tres en que era ella misma.

Reciviéronse al punto nuestras declaraciones, y biéndose convencida tan presto, sin más rodeos confessó, y con el nuestro otros varios sucessos y delitos; mas aunque por entonces todo estuvo encubierto, sin embargo, antes que nos partiésemos supimos claramente quanto al caso tocava. Díxonos nuestro güesped que avía referido y confessado su salida y nuestro triste enquintero, y en conclusión, la causa principal que la llevó a aquel sitio. La qual era a hazer ciertos conjuros y enbelecocos encaminados a enechiçar a un moço que estava de viaje para Indias, y a istancia de una sobrina suya que pretendía atajarle y entretenerle. Entendimos que el galán era un pariente del cura que andava en los galeones, y la dama hija de aquel buen hombre, y la misma que echó el agua en el rostro a don Francisco. De manera que, forçado éste y traydo de la infernal biolencia del echiço que llevaba consigo, sintió el efecto proprio que si fuera el mismo ausente contra quien se dispusso. Tenía el cura larga noticia de los dichos amores, y así, aún menor advertencia que la nuestra bastara a acomularle más indicios y sospechas. Por las antiguas suyas aborrecía la casa y a los dueños, y esta fue la razón por que la noche antecedente, reussando entrar en ella, quisso antes traernos a la suya. Caymos al presente en la quenta unos y otros, y más que nunca maravillados y confussos, advertimos y experimentamos sus effetos.

Yo confieso que asta el presente casso, aunque diversas vezes muchos de aqueste género tenía hoýdos y vistos en muy graves autores, no los avía mirado con el crédito y atención que merecían; mas hoy pude decir que fue castigo de mi incredulidad tan costosa esperiencia. ¡O quán bastantemente dice el passado exemplo la frájl poquedad de nuestras furças, pues un breve temor, orijinado de sujeto tan dévil como es una mujer, pusso en tales aprietos nuestra temeridad y arrogancia! Assí, haziendo estos y otros discursos, y riendo la burla que padesció, mejor que yo, mi camarada, se entretenían los días que estuvo enfermo, si bien no llebaba su condición con mucho gusto mis matracas y triscas. Sentíase avergonçado, pareciéndole que ni aun todo el infierno era bastante a ofender su balor. Disputávamos esto, y él se estava en su ierro mientras yo en mi opinión; pero arrimábase a ella nuestro güesped el cura, el qual no

sólo era hombre despejado y cortés, mas muy docto y leído; y así, notando un día en mi amigo su demasiado pessar y corrimiento, y el poco esfuerzo de mis argumentos y razones, le pareció alentarlas. Y quiriendo con un mismo exemplar rendirle y consolarle, sentándose en la cama, le comenzó a dezir las palabras siguientes:

—Mucho, señor, me maravillo que vuestro claro juicio desprecie el crédito de verdad tan segura; mas porque os conozcáis y salgáis dessa duda os pienso referir un casso tan notable, que así por su progresso como por el baliente espíritu del éroe principal a quien le sucedió, beréis patentemente que vivís engañado, y quanto es poderoso a mayores efectos la más mínima sombra permitida del cielo y ministrada por el medio diabólico que bisteis y sentisteis. Escuchadme con gusto; que el quiento lo requiere y el buen intento con que procuro desvanecer vuestra melancolía y aprehensión no lo desmerece.

Destá suerte abló y fue atendido con gusto de los dos. Ofrecimos silencio, mejoramos asientos y abrimos los hoýdos, y todo bien dispuesto, el cura prosiguió así su prometida historia.

—Notoria y conocida á sido en todo el mundo, y más particularmente en la Europa, la fama y opinión del capitán don Alonso de Céspedes, cavallero del ávito de Santiago, morador del Orcajo y vezino de Zidáreal, tanto por el balor de su nobleça y sangre, quanto por sus açañas monstruossas y peregrinas fuerças. Éste es de quien se escriben acciones inauditas y memorables, ansí en Italia y Flandes como en Francia y Alemania, sirviendo a Carlos Quinto, y últimamente siguiendo sus vanderas con el gran don Fernando, duque de Alva. Lo menos que vio España deste ilustre portento fue tener con sus braços en su mayor concursso una furiosa rueda de molino; testigo es Guadiana desta verdad, pues hoy bive en su marjen aquel prodigio, mis ojos mismos an mirado la piedra y leído en ella que por memoria suya tiene en su reverso escrito: "Don Lope no pudo, y Céspedes la detuvo." Por cierto, echo increíble, que ni del bravo Alceo, ni de Milón Cretense se escribió semejante. Su tirar a la barra era con un grande peñasco; y más de alguna vez le sucedió, yendo camino, sacar a fuerça de sus hombros un carro muy cargado que estava empantanado, haziendo él solo lo que dificultavan quatro mulas. Rebentava un cavallo apretando las piernas; arrancava una reja de sus quicios, y desencuadernaba con un abraço tan solo los güessos y costillas del manchego más doble; hazía pedaços cinco erraduras juntas y, para no cansaros, lo más que ay que admirar, en diversas facciones él solo con su espada y rodela enbistió con esquadras, atropelló, rompió, quitó mil vidas de hombres, y puso en confusión los contrarios exércitos.

Quando después de tantas guerras se convinieron el prudente Filipo y Enrique Segundo, rey de Francia, yendo el duque de Alva a la confirmación de aquel tratado, llevó a París consigo a este cavallero. Hízose el casamiento de Isavel de la Paz, nuestra reina y señora, y en sus grandes alegrías y regozijos perdió la vida Enrrique, justando en un torneo con Mongomeri, cavallero escocés. En tal saçón quieren dezir algunos que, conmobido Céspedes del lamentable casso, siguió y previno al reo, atajando su fuga o intentándolo; de cuya causa induxo contra sí odios y enemistades, que al fin pararon en desafíos y muertes.

Dióse por más sentido el varón de Ampurde, travósse de palabras con Céspedes, y llegando a empeñarse, remitiéndolo al campo, salieron a él. Y estando batallando, y el francés mal erido y cerca de rendirse, acudiendo en su ayuda otros deudos y amigos, que vergonçosamente estaban en celada, pusieron en condición el vencimiento y, a no ser la de Céspedes, en muy grave peligro la persona del adversario. Sintió terriblemente don Alonso tan vil superchería, y apretando los puños, con su corage acostumbrado, no sólo se libró, mas los puso en huýda, matando crudamente al varón de Ampurde; y digo crudamente, porque aunque se le rindió y pidió de merced la vida, o tiempo para se confessar, no se lo concedió su indignación y cólera; antes, a puñaladas, dando salida al alma, puso su salvación en contingencia, y en opinión su buen crédito y fama.

Nunca la ira y el desseo de vengança executaron mejores obras; no obstante que éstas no han de tener lugar en los grandes espíritus; tales pasiones indignas son del corazón magnánimo, como anejas y propias la piedad y conmisericordia. Matar al que se rinde, más se puede dezir torpe vengança que gloriosa victoria; lo mismo es que matar desarmado al que no se defiende; porque quanto es cosa más feliz tener a discreción el enemigo, tanto es mayor la gloria si con él se usa de liberal clemencia. Assí que por vencer se deve trabajar, pero no por vengarse, que aquéllo es de varones fuertes, y estotro de mugeres flacas; y yo no sé por cierto quien es el que apetece y quiere mayor vengança que no vengarse del que puede tomarla. Dar libertad y vida al enemigo, pudiendo darle muerte y cautiverio, es la mayor victoria y el género más noble de vengança. Quede aora advertida la circunstancia desta muerte, y vengamos al caso principal, para el qual á sido ésta forçosa prevención.

Bolvió a su patria don Alonso de Céspedes, y quando después de infinitas hazañas, puesto su nombre entre los nueve de la fama, pudiera descansar en su casa y vivir con reposo, nuevos y más propinquos accidentes se le quitaron y alteraron a España, tornando a oír dentro de sus contornos los temerosos ecos de las armas moriscas. Rebeláronse contra su natural señor los moros de Granada, causando aquel desmán ya por desprecio, ya por mal entendido, prolixos daños, largas y memorables desventuras; viéronse en breve espacio llenos de confusión, atambores y caxas, bélicos instrumentos, banderas y soldados toda el Andalucía, Mancha y Castilla y lo mejor de apuestos reinos acudió al de Mondéjar, después al de los Vélez, y al señor don Juan de Austria; siendo no de los últimos el capitán Céspedes, que en aquella ocasión sirvió al Rey a su costa, no tan sólo con una luzida compañía de ciento y cincuenta hombres, mas juntamente con el valor temido de su valiente y prodigioso braço.

XVIII

Luego como llegó a Granada tuvo el lugar y aplauso que su persona merecía; y en tanto que los ministros superiores ventilaban con maduro consejo lo essencial de la empresa, alojado en la ciudad con otros cavalleros, entretenía el tiempo hasta su execución en ejercicios loables.

Venía pues de jugar a la pelota don Alonso con sus criados una tarde, quando al emparejar de cierta iglesia, saliendo della una muger tapada se le puso delante, y aviéndole mirado un breve término, como admirándose de su gentil presencia, le hizo una seña, y acercándose a él le pidió que la atendiese a solas. Obedeciola Céspedes, y apartándose a un lado y diziendo que hablasse, escucho de su boca estas breves palabras:

—Desde que entrasteis en Granada, como quiera que vuestros grandes echos están tan estendidos por todas partes, dos damas a quien sirvo, y que no los ignoran, dessean sumamente ver en original su verdadero dueño; assí, me an ordenado que en secreto os lo suplique de su parte, y viendo aora la ocasión no é querido perderla. Precissa obligación corre a vuestra nobleça; mugeres os esperan, no exércitos de moros, y pues sabéis tan bien acometer a aquestos como honrrar nuestro género, cierto podré bolver, de vuestro beneplácito, a quien me embía por él y os está aguardando.

—Assí podéis hazerlo —respondió el capitán—, que muy mal andaría quien no satisfiziesse vuestra demanda y el biçarro desseo dessas señoras. Ved donde tengo de yr, y guiá y seguiréos.

No le replicó más la encubierta muger; humillósele un poco y, dando muestras de su agradecimiento, començó a caminar unas calles arriba. Fue tarde este concierto, y assí, quando arribaron al Albaicín era noche cerrada. Entonces, llegando a San Cristóbal, parroquia de aquel barrio, dixo la guía al capitán que mandasse esperar a los criados, y él, sin ningún

recelo, lo dispuso y prosiguió adelante, dexándolos para que le aguardassen junto a las mismas gradas de la iglesia. Con lo que, siguiendo a la muger otro pequeño espacio, y pareciéndole que siempre caminaban a la redonda del mismo cimiterio, ella le enseñó unas ventanas, y él, por su orden, quedó allí, en tanto que avisava en su casa por diferente parte. Fuesse y dexóle solo, mas no lo estuvo mucho, porque sin passar media ora, abriendo las ventanas se assomaron en ellas dos mugeres que, con la luz que una traía en la mano, parecieron dos soles hermosísimos, cuyo bello semblante, aunque Céspedes era más inclinado a Marte que al tierno y ciego dios, le dexó suspendido. Díxole la una dellas:

—Por cierto, cavallero, que vos nos avéis puesto en grande obligación; bien se conforma con vuestra fama y nombre vuestra puntualidad y cortesía; sólo el tiempo y la ora ha de templar, en parte, este presente gusto, pues aunque hemos de oýros, avemos de carecer de lo que más desseamos, que es vuestra vista.

—La falta que dezís, aunque assí la conozco —respondió el capitán—, no á sido por mi culpa.

Vuestro aviso fue tarde, y assí, no pudo ser mi venida temprano; pero no os fatiguéis, que si me days licencia, yo buscaré la puerta y entraré adonde estáys, aunque lo contradiga todo el mundo.

—No confiamos menos de vuestra valentía —replicaron las damas—, mas no queremos ponerlos en aque-se peligro; tenemos muchas guardas, muchos argos, testigos que nos velan y miran, y sobre todo nuestra reputación, que es lo más importante.

—Pues si ay tantos estorvos por la puerta —bolvió a dezirlas Céspedes—, y este puesto juzgáis por más solo y oculto, arrojadme una cuerda y veréis quan en breve cumplo vuestro desseo.

—Es tan grande el que tenemos —respondieron las dos—, que a trueque de conseguirlo y veros más de cerca, admitiremos el partido, pues por aquí es seguro; pero ha de ser dándonos primero la palabra de usar desta licencia como requiere y pide tal confiança.

Prometióselo assí con muchos juramentos, si bien pocos se cumplen en la ocasión; y estando convenidos, atando al bastidor una muy fuerte cuerda, se la echaron abaxo; con la qual, sin tomar otro acuerdo, él, como un bolantín, subió allá arriba. Entró por la ventana, mas no lo uvo bien echo quando, cosa es que atemoriza, con un grande y furioso estampido se juntó la pared, y sin quedar señal de puertas ni ventanas, mugeres ni otra cosa, se halló metido en una larga y anchurosa quadra. Estava ésta vestida de presagios funestos, paños y bayetas oscuras, lo mismo todo el suelo, y en la mitad un túmulo, vassa de un ataúd, a quien también cubría un tapete negro; a la cabeça y pies tenía dos achas encendidas; con que unas cosas y otras representavan tristemente un trágico y fúnebre teatro. Realmente nadie podrá negarme cuánto lo era el presente, ni menos yo podré creer que el valor de aquel invencible hombre, por superior que fuesse, dexaría de alterarse mucho, ni el caso pedía menos; mas no ostante, aunque admirado, el generoso espíritu dio una vista a la sala, y pasmado y atónito, contemplándose entre quatro paredes, casi tragó la muerte; pues llano era que no querría la hambre perdonársela; pero su grande esfuerço primero presumió tentar qualquier recurso. Dispúsose a abrir puerta, o ya desladrillando el suelo con la daga, o ya rompiendo las paredes con ella; y aunque lo uno y lo otro tenía mil impossibles, su intrépido furor facilitó la obra; si bien, antes de empearla quiso ver por menudo lo que encerrava en si el ataúd.

Con este pensamiento se fue acercando a él; mas si en aqueste fortíssimo varon cupo algún tiempo temeroso recelo, sin duda alguna pienso que sería en el presente, y que se hallaría arrepentido de su intento; pues apenas començó a descubrir el trágico tapete de la tumba, quando dando tristes gemidos vio que yva poco a poco saliendo della un espantoso hombre, y

doile tales títulos no porque su persona fuesse monstruossa o desigual a los demás comunes, sino por el prodigio lastimoso que representavan en su cuerpo infinitas heridas, de las cuales venía acrevillado y roto, desde el pálido rostro a la punta del pie. Supenso quedó el animoso Céspedes viendo tan impensado y sangriento espectáculo; pero sin querer impedírselo, esperó a que se levantasse y el fin de su salida. No estuvo mucho tiempo en semejante duda, porque el horrendo güesped, en puniéndose en forma, bolviendo al capitán la encarniçada vista y notando su grande suspensión, con ronca y triste voz le dixo desta suerte:

—¿Qué miras, arrogante español? Abre mejor los ojos y conóceme, que aun tienes causa y obligación de hazerlo. Obras son de tus manos las que tienes delante; golpes son mis heridas de tu inhumanidad y rigor bárbaro. Yo soy, yo soy aquel francés varón de Ampurde, a quien impío y cruel diste en París la muerte. Allí te pedí entonces la vida de merced, y no quisiste dármele; confesión te pedí, y no me concediste término para hazerla. Grandemente irritaste la justicia divina; tales echos y acciones la están clamando siempre por vengança; mas mientras esta llega, librada en las moriscas lanças de las vezinas Alpujarras, no estemos assí los dos ociosos, vengamos tú y yo otra vez a los braços, quizá podrán los míos, despedaçados y sangrientos, executar aora lo que sanos y enteros no pudieron entonces.

Con esto, dando un terrible salto, le llevó de boleo, al mismo punto que apagándose las achas dexaron en lóbregas tinieblas el aposento, y el corazón magnánimo de don Alonso no sin algún horror de tan estraña y temerosa empresa. Flacos y débiles estavan los quebrantados miembros del herido, mas no assí le parecieron a Céspedes sus espantosas fuerças; pues con ser las suyas las mayores del mundo, assí se le postraron y envilescieron como si verdaderamente las ministrara un niño de dos años; mas ¡qué mucho, si es el poder humano tan limitado y corto y el sobrenatural tan disconforme!

No hay estatura y cuerpo giganteo, no ay ánimo invencible, no ay fuerte corazón tan temerario que no se muestre muy pequeño pusilánime y flaco quando se oponen desta suerte esfuerços prodigiosos y sobrenaturales. Y assí, bastantemente, ¡o don Francisco!, puede tal exemplar no sólo suplir y consolar vuestro corrimiento, mas hazeros creer que si no fue más grave su ocasión, fue porque no muriédes de su temor y espanto, cosa que raras vezes permite el cielo, menos que por secretos y grandes fines; pero lo más común es conformarse con la capacidad y fuerças del sugeto; qual es el ánimo, tales son los sucessos, nunca es mayor la carga que el hombro que la lleva. Mas demos conclusión a este estupendo caso, en quien dexamos a los dos en desigual contienda; bien que tan porfiada, que por más de tres oras la continuaron igualmente; pero no pudo ser tal el tesón de Céspedes, que al fin como mortal no se rindiesse entre los braços de aquel furioso espíritu; el qual dando con él un espantoso golpe, tendiéndole en el suelo, se desapareció, dexándole sin ningún sentido.

Avíanle asta esta sazón esperado sus criados a la puerta de San Cristóval, mas viendo su tardança y recelando algún siniestro caso, se resolvieron a buscarle por diferentes calles; pero siendo superflua semejante diligencia, oyendo aora un espantoso estruendo, y creyendo que algún rayo se desenquadrava de su esfera o que algún edificio se venía al suelo, atemorizados y confusos dexaron lo que hazían y corrieron a ampararse a la iglesia. Mas en aquel instante, viendo caer un vulto de lo alto en sus mismas gradas, no siendo tal fracaso para poder sufrirle, tan recios como yvan bolvieron hazia atrás y dudaron la empresa; pero eran quatro y no todos cobardes, y assí, el que quiso tenerse por más brioso, alentando a los otros los incitó a seguirle, y a que, llegando al temeroso vulto, hallassen que era, en vez de la fantasma imaginada, no menos que su mismo dueño, cosa que les dexó sin ningún discurso. Creyeron al principio que estava muerto, porque ni bullía pie ni mano, ni tenía pulsos; con que, dando principio a un doloroso llanto, tomándole a los hombros, dieron con él en su posada.

Alborotóse la ciudad y entendióse el suceso, y como nadie sabía el origen, todo le atribuyeron a la maldad y alevosía de los moriscos; creyeron y afirmaron que su traición le abría traído a tan mortales términos. Entre esta variedad de pareceres llegó el siguiente día, en quien, ayudado de medicinas y remedios, con general gusto de los presentes, abrió los ojos don Alonso, y sintiéndose bueno, como si de un profundo sueño despertara, se levantó del lecho, y hallándose en su casa rodeado de amigos y fuera del peligro en que se reputava, dio gracias a Dios, y a todos los circunstantes juntamente cuenta particular de sus acaecimientos.

Pero no passaron estos muy adelante, llegó la flecha quanto pudo alcançar el arco de la Parca, y dentro de seys días vio en sí cumplido aquel fatal anuncio; pues aviendo salido con su gente la buelta de Tablate, fue infelizmente muerto, como lo escribe Mármol, y no assí como quiera de una muerte ordinaria, sino despedaçado y molido con las piedras y galgas que le precipitavan de lo alto los moros rebelados de las Albuñuelas. Tales postrimerías tuvieron el valeroso Céspedes y sus monstruosas fuerças, indignas ciertamente de sus merecimientos; si bien ya uvo quien dixo que fueran desta suerte apresuradas por no acudirle, como pudiera, don Antonio de Luna; mas no es de aqueste cuento su calificación.

Recibid, don Francisco, mi buen desseo y admitid este exemplo siquiera para que sus escarmientos no os dexen otra vez intentar curiosidades semejantes.

Assí dio el buen cura conclusión a su historia; con que, interrumpiendo mi camarada y yo el guardado silencio, sumamente admirados de tan notables cosas, le rendimos las gracias y quedamos, en oyéndolas, menos curiosos que advertidos. Y vióse brevemente desta verdad más grave testimonio, pues antes de despedirnos dél, la sellamos los dos haziendo, llenos de muchas lágrimas, una general confesión de nuestros pecados. De manera (¡o investigables juycios de Dios!) que de adonde presumió nuestro escándalo el demonio, nació su burla y rabia, y el mayor enfrenamiento de nuestra vida.

Este principio tuvo la jornada de las Indias, ocasionado en el encuentro de aquella mugercilla, gracias a la incansable diligencia con que la venerable y santa Inquisición, opuesta a su maldad en nuestra España, estingue y desvanece semejante semilla.

Finalmente convalesció mi amigo, y despedidos de nuestro honrrado guésped bolvimos al viage.

XIX

En llegando a Sanlúcar cobramos y dispusimos nuestro empleo, y mientras el general venía y nos hazíamos a la vela, aviendo tomado posada en un mesón, començamos, conformes y en cumplimiento de la orden de nuestro confessor, a tratar con un docto y grave religioso dominico el remedio y salida conveniente en el caso del cofre. Tenía su efecto hartas dificultades, muchas joyas trocadas y casi todo lo demás mudada especie; pero ninguna se igualava con la que procedía de la ignorancia de su dueño, de los medios y traças que se podrían tomar para buscarle. Desta manera, dando y tomando sobre tan justo espidiente, se nos passaron algunos días; al cabo de los cuales, aviendo yo quedádome en la cama solo, y aun agravado de aquellos pensamientos, oí, no sin muy grande espanto y alteración de mi espíritu, como de rato en rato lloravan y gemían cerca de mi cabeça; cosa que, siendo repetida y advertida de mi diversas vezes, estando el suceso de la hechizera vertiendo sangre, sospechando otro igual, caussó en mi alma no pequeños recelos. Sentéme sobre el lecho, ensanché el coraçón y alargué las orejas, y con grande silencio bolví a entender aquel rumor confuso; torné a oyrle mejor, tanteé el aposento, y al fin, bien satisfecho, caí en que procedía de otro, pared en medio, y con quien alindavan unos flacos tabiques. Arrimé la cabeça, y

menos inquieto y con más distinción escuché aquella voz, que entre suspiros y ansias lastimosas repetía muchas veces estas razones. Dezía:

—¡Ay triste y sin ventura! ¡Infame deshonor de tu linage! ¿Cómo es posible que viendo sobre tí carga de tantos yerros, tan cierta perdición, tan justo desamparo, tienes ánimo y fuerças para tolerarte con vida? ¡Ay indigna ocasión de mis piadosas lágrimas! ¡Ay atrevidos ojos que tan incautamente os dexastes perder y me perdisteis! ¿A dónde bolveréis que os enxuguen? ¿A dónde miraréis que os consuelen? Todo vuestro alivio y remedio, toda mi esperança y descanso se á desvanecido y acabado; mas ¡ay sugeto vil de tantos males! ¿Cómo assí te acobardas y desconfías? Respira y buelve sobre tí, no desesperes; que el mismo Dios que permitió tu flaqueza y cayóda, ésse mismo podrá levantarte del cieno, y ésse mismo podrá trocar esta borrascosa tormenta en tranquilidad y seguro puerto. Aguárdale con humildad y verás de su inmensa bondad; espérale de su misericordia infinita, búscale en sus entrañas pías; confía y cree, que en ellas le hallarás.

Assí, mezclando sus sentidas razones con tiernos y profundos gemidos, solicitava aquella voz mi compassión y lágrimas, quando al venir mi amigo la interrumpió; y comunicándolo con él, acrescentó en entrambos el desseo de investigar la causa y conocer al dueño. Mas aunque lo advertimos y procuramos con cuydado, no tuvo efecto, ni por entonces conseguimos otras mejores señas que el ver que, a nuestra escusa, secreta y recatadamente, de en quando en quando, la propria güéspedes, abriendo con su llave, salía y entrava en el vezino aposento, y más principalmente a las oras de comer u cenar. Con que acabamos de entender que allí estava a su cargo el incógnito origen deste desvelo; de quien, no ostante su cuydado, salimos poco tiempo después en la siguiente forma.

Savida costumbre es de qualquiera lugar bien gobernado las visitas que en tales casas y estalages suele usar de ordinario la justicia, o ya por reprimir las estafas y robos que allí se emprenden, o ya para expurgarlas de gente sospechosa, mugeres y hombres de mal vivir. A este fin, o con tales pretestos, entraron una mañana en mi posada ciertos ministros, y no siendo muy bien agasajados de la güéspedes, hizieron, en satisfacción y vengança de su enojo, lo que en razón de officio estavan obligados. No es disforme el estilo de semejante gente. Trastornaron de arriba abajo todo el mesón, asta parar en el referido aposento. Avían primero entrado en el nuestro, pero como nos conocían y aun reputavan en más de lo que que quiçá balíamos, sin inquirir en él, pasaron al siguiente; y, viéndole cerrado, pidieron se les diese la llave. Reusólo al principio la güéspedes, apretó la justicia, y oyendo que afirmaba avérsele perdido, creciendo la sospecha, mandó descerrarle; pero entonces, mirando mal parado su pleyto, y fingiendo que ya la avía hallado, la truxo y se la dio; si bien primero, apartándose a un lado, abló con los ministros, mas sin ningún efecto en lo que les pedía, pues, sin más dilatarlo, abrieron y se arrojaron dentro, y nosotros tras dellos.

Miraron a unas partes y a otras, y no hallando la presa que buscavan, uno, más diligente, tiró de las cortinas de una cama, adonde, aunque mucho se les quiso encubrir, su biolencia y furor hizo patente, al fin, la persona que la ocupava. Descubrió en ella el más hermoso rostro de mujer que asta entonces mis ojos avían visto. Pudo ser que causase el inpensado hallazgo tal encarecimiento. Començó luego a llorar lastimosamente, y tapando la cara con las madejas rubias de un brocado precioso, tal era su cabello, con temerosa voz dixo assí a los libres ministros:

—Sola tan grande publicidad y afrenta faltava al colmo de mis graves desdichas; si bien, no sé que os la aya merecido, ni la causa por qué os toque este exceso, no aviéndola en mis cosas ni aun de corta sospecha. Ruégoos que me dexéis, pues el amparo de las mugeres de mi suerte tanto os pertenece por ser hombres como por officio y razón.

No pudo, siendo la suya tanta, ablandar los ministros; hombres en quien siempre falta la cortesía, la piedad y el decoro, y sobra al mismo peso la intemperancia, el robo, la torpeça, la rapiña y el vicio; de suerte que los mismos que devieran amparar los miserables, esos los despedaçan y confunden, porque deviendo ser aquestos lo más acrisolado y mejor de las repúblicas son, por nuestros pecados, la vascosidad y escrementos dellas.

Mas don Francisco y yo, que desde que vimos aquel hermoso rostro nos pareció no ser la vez primera, y la güéspedes, que por su parte afirmava que se la avía dexado su marido y que estava esperándole; y la belleza y gracia que mostrava la dama, facilitó su ruego y ablandó su rigor, opuniéndonos a lo contrario con respeto. Querían al principio que se vistiese y fuesse a dar cuenta de sí, en su compañía, al alcalde mayor; mas ella resistiendo y nosotros intercediendo, acabamos que los unos lo hiziesen, y los otros esperasen en su guarda otra orden. Executóssse assí, y en el ínterin, reconociendo yo por los extremos y lástimas de la dama quanto suspirava y temía el futuro riesgo, aconsejándome con su parecer y sentimiento, y animándola para que en fee de mi palabra me siguiesse, resolví brevemente el sacarla dél. Advertí a don Francisco, y haziéndola vestir, mientras él dando colación a las guardas las entretenía y descuydava, nos salimos los dos por una puerta falsa, llegando en breve espacio adonde quedó segura y menos afligida en cierta casa de mi conocimiento.

Di buelta a la posada, y hallándola rebuelta y mi camarada enfadado de que me atribuyesen la tal fuga, sobre calificar mi inocencia, hubiéramos de sacar las espadas y alborotar el bodegón. Acudieron soldados, creció el desasosiego, súpole el Duque, mandólo apaciguar, fuéronse los ministros y quedamos contentos. Y en conclusión, después de aver passado todas aquestas cosas, libres de aquel estorvo, resolvimos la protección fiel de aquella dama. Y siempre creyendo y sospechando que antes la avíamos visto, asegurada con juramentos y promesas en nuestro trato y su mejor decoro, regalada y servida de nuestras flacas fuerças, acariciada del hospedage en que la agasajamos, y ofreciéndola con muy sanas entrañas su remedio y nuestra ayuda, la convencimos y obligamos a que nos diesse cuenta de las desdichas que continuo llorava. Y assí, una siesta, después de aver comido, no pudiendo resistir más a nuestra importunación, començó a relatarlas, desenpeñándose con el razonamiento que se sigue.

Ya en el interin ablava don Francisco, y aun se sentía alibiado con un par de sangrías; díle razón de quanto me passava, y él a mí juntamente de otros misterios. Díxome el grande desacuerdo con que se avía sentido desde el momento en que se halló en la mula; pues no tan sólo perdió el cuydado della, mas la memoria de nuestra compañía, sin tratar de otra cossa que de picar apriessa y anhelar muy solícito por llegar al lugar y entrar en la casa donde fue su caýda. Con lo qual, cargando más indicios, acavé de entender que alguna infernal fuerça le avía biolentado y puesto en tales términos; y no mucho después confirmé mi sospecha, porque al cavo de media ora bi entrar el cura rodeado de jente, y en medio della la espantossa mujer, a quien apenas bimos en el aposento quando, eriçándosenos los cavellos, la conocimos, afirmándonos todos tres en que era ella misma.

Reciviéronse al punto nuestras declaraciones, y biéndose convencida tan presto, sin más rodeos confessó, y con el nuestro otros varios sucessos y delitos; mas aunque por entonces todo estuvo encubierto, sin embargo, antes que nos partiésemos supimos claramente quanto al caso tocava. Díxonos nuestro güesped que avía referido y confessado su salida y nuestro triste enqüentro, y en conclusión, la causa principal que la llevó a aquel sitio. La qual era a hazer ciertos conjuros y enbelecocos encaminados a enechiçar a un moço que estava de viaje para Indias, y a istancia de una sobrina suya que pretendía atajarle y entretenerle. Entendimos que el galán era un pariente del cura que andava en los galeones, y la dama hija de aquel buen hombre, y la misma que echó el agua en el rostro a don Francisco. De manera que, forçado éste y traýdo de la infernal biolencia del echiço que llevaba consigo, sintió el efecto proprio que si fuera el mismo ausente contra quien se dispusso. Tenía el cura larga noticia de los dichos amores, y así, aún menor advertencia que la nuestra bastara a acomularle más indicios

y sospechas. Por las antiguas tuyas aborrecía la casa y a los dueños, y esta fue la razón por que la noche antecedente, reussando entrar en ella, quisso antes traernos a la tuya. Caymos al presente en la quenta unos y otros, y más que nunca maravillados y confussos, advertimos y experimentamos sus effetos.

Yo confieso que asta el presente casso, aunque diversas vezes muchos de aqueste género tenía hoýdos y vistos en muy graves autores, no los avía mirado con el crédito y atención que merecían; mas hoy pude decir que fue castigo de mi incredulidad tan costosa esperiencia. ¡O quán bastantemente dice el passado exemplo la frágil poquedad de nuestras furças, pues un breve temor, orijinado de sujeto tan dévil como es una mujer, pusso en tales aprietos nuestra temeridad y arrogancia! Assí, haziendo estos y otros discursos, y riendo la burla que padesció, mejor que yo, mi camarada, se entretenían los días que estuvo enfermo, si bien no llebaba su condición con mucho gusto mis matracas y triscas. Sentíase avergonçado, pareciéndole que ni aun todo el infierno era bastante a ofender su balor. Disputávamos esto, y él se estava en su ierro mientras yo en mi opinión; pero arrimábase a ella nuestro güesped el cura, el qual no sólo era hombre despejado y cortés, mas muy docto y leído; y assí, notando un día en mi amigo su demasiado pessar y corrimiento, y el poco esfuerço de mis argumentos y razones, le pareció alentarlas. Y quiriendo con un mismo exemplar rendirle y consolarle, sentándose en la cama, le començó a dezir las palabras siguientes:

—Mucho, señor, me maravillo que vuestro claro juicio desprecie el crédito de verdad tan segura; mas porque os conozcáis y salgáis dessa duda os pienso referir un casso tan notable, que así por su progresso como por el baliente espíritu del éroe principal a quien le sucedió, beréis patentemente que vivís engañado, y quanto es poderoso a mayores efectos la más mínima sombra permitida del cielo y ministrada por el medio diabólico que bisteis y sentisteis. Escuchadme con gusto; que el quento lo requiere y el buen intento con que procuro desvanecer vuestra melancolía y aprehensión no lo desmerece.

Desta suerte abló y fue atendido con gusto de los dos. Ofrecímos silencio, mejoramos asientos y abrímos los hoýdos, y todo bien dispuesto, el cura prosiguió assí su prometida historia.

—Notoria y conocida á sido en todo el mundo, y más particularmente en la Europa, la fama y opinión del capitán don Alonso de Céspedes, cavallero del ávito de Santiago, morador del Orcajo y vezino de Zidáreal, tanto por el balor de su nobleça y sangre, quanto por sus açañas monstruossas y peregrinas fuerças. Éste es de quien se escriben acciones inauditas y memorables, ansí en Italia y Flandes como en Francia y Alemania, sirviendo a Carlos Quinto, y últimamente siguiendo sus vanderas con el gran don Fernando, duque de Alva. Lo menos que vio España deste illustre portento fue tener con sus braços en su mayor concursso una furiosa rueda de molino; testigo es Guadiana desta verdad, pues hoy bive en su margen aquel prodigio, mis ojos mismos an mirado la piedra y leído en ella que por memoria suya tiene en su reverso escrito: "Don Lope no pudo, y Céspedes la detuvo." Por cierto, echo increíble, que ni del bravo Alceo, ni de Milón Cretense se escribió semejante. Su tirar a la barra era con un grande peñasco; y más de alguna bez le sucedió, yendo camino, sacar a fuerça de sus hombros un carro muy cargado que estava empantanado, haziendo él solo lo que dificultavan quatro mulas. Rebentava un cavallo apretando las piernas; arrancava una reja de sus quicios, y desencuadernaba con un abraço tan solo los güessos y costillas del manchego más doble; hazía pedaços cinco erraduras juntas y, para no cansaros, lo más que ay que admirar, en diversas facciones él solo con su espada y rodela enbistió con esquadras, atropelló, rompió, quitó mil vidas de hombres, y pusso en confusión los contrarios exércitos.

Quando después de tantas guerras se convinieron el prudente Filipo y Enrique Segundo, rey de Francia, yendo el duque de Alva a la confirmación de aquel tratado, llevó a París consigo a este cavallero. Hízose el casamiento de Isavel de la Paz, nuestra reina y señora, y en sus grandes alegrías y regozijos perdió la vida Enrrique, justando en un torneo con Mongomeri,

cavallero escocés. En tal saçón quieren dezir algunos que, conmobido Céspedes del lamentable casso, siguió y previno al reo, atajando su fuga o intentándolo; de cuya causa induxo contra sí odios y enemistades, que al fin pararon en desafíos y muertes.

Dióse por más sentido el varón de Ampurde, travósse de palabras con Céspedes, y llegando a empeñarse, remitiéndolo al campo, salieron a él. Y estando batallando, y el francés mal erido y cerca de rendirse, acudiendo en su ayuda otros deudos y amigos, que vergonçosamente estaban en celada, pusieron en condición el vencimiento y, a no ser la de Céspedes, en muy grave peligro la persona del adversario. Sintió terriblemente don Alonso tan vil superchería, y apretando los puños, con su corage acostumbrado, no sólo se libró, mas los puso en huýda, matando crudamente al varón de Ampurde; y digo crudamente, porque aunque se le rindió y pidió de merced la vida, o tiempo para se confessar, no se lo concedió su indignación y cólera; antes, a puñaladas, dando salida al alma, puso su salvación en contingencia, y en opinión su buen crédito y fama.

Nunca la ira y el desseo de vengança executaron mejores obras; no obstante que éstas no han de tener lugar en los grandes espíritus; tales pasiones indignas son del coraçón magnánimo, como anejas y propias la piedad y conmisericordia. Matar al que se rinde, más se puede dezir torpe vengança que gloriosa victoria; lo mismo es que matar desarmado al que no se defiende; porque quanto es cosa más feliz tener a discreción el enemigo, tanto es mayor la gloria si con él se usa de liberal clemencia. Assí que por vencer se deve trabajar, pero no por vengarse, que aquéllo es de varones fuertes, y estotro de mugeres flacas; y yo no sé por cierto quien es el que apetece y quiere mayor vengança que no vengarse del que puede tomarla. Dar libertad y vida al enemigo, pudiendo darle muerte y cautiverio, es la mayor victoria y el género más noble de vengança. Quede aora advertida la circunstancia desta muerte, y vengamos al caso principal, para el qual á sido ésta forçosa prevención.

Bolvió a su patria don Alonso de Céspedes, y quando después de infinitas hazañas, puesto su nombre entre los nueve de la fama, pudiera descansar en su casa y vivir con reposo, nuevos y más propinquos accidentes se le quitaron y alteraron a España, tornando a oýr dentro de sus contornos los temerosos ecos de las armas moriscas. Rebeláronse contra su natural señor los moros de Granada, causando aquel desmán ya por desprecio, ya por mal entendido, prolixos daños, largas y memorables desventuras; viéronse en breve espacio llenos de confusión, atambores y caxas, bélicos instrumentos, banderas y soldados toda el Andalucía, Mancha y Castilla y lo mejor de apuestos reinos acudió al de Mondéjar, después al de los Vélez, y al señor don Juan de Austria; siendo no de los últimos el capitán Céspedes, que en aquella ocasión sirvió al Rey a su costa, no tan sólo con una luzida compañía de ciento y cincuenta hombres, mas juntamente con el valor temido de su valiente y prodigioso braço.

XX

—No os sea molesto, o amparadores míos, el encubriros y celaros mi patria, mi linaje y parientes; pues no son circunstancias forçosas al quiento de mis males. Suplícoos permitáis que solamente las que puedan dezirse satisfagan mi deuda.

Desta suerte començó, y prosiguió diciendo:

—En una de las grandes ciudades de aquesta Andaluzía nascí no á muchos años. Disculpen las esperiencias cortas, que miráis con los ojos, el excesso y flaqueça que ya está a vuestra sombra. Al punto que bí luz quedé sin madre, porque pereció de mi parto; presagio cierto de las presentes desventuras. No inducen a las cossas mortales más saçonado fruto principios tan contrarios y tristes. Assí, como tan presto me faltó tal arrimo, no fue mi educación la que

deviera; además que, tornando mi padre a tomar estado, dio madrastra a su hija, aversión conocida a mis flacos progresos, y mayormente luego que cargó de hijos, no ostante que en su hazienda el dote de mi madre, y por el consiguiente mi herencia, era lo más adelantado; causa de quien se originaron todas mis desdichas. Porque olvidados fácilmente los primeros empleos, abrió mi padre puerta a diversos disgustos, que entre mi padre y mi madrastra fueron creciendo al passo que su enojo y mi edad y discurso. Con que, aun sin tener diez años tube por bien que mi asistencia se dispussiese en un convento, adonde, esperando los convenientes para tomar estado, se me pasaron otros seis. Mas como ni la malicia humana perdona ni exonera tan exentos lugares, de quien deviera justamente redundar mi sosiego nació el principio de mis daños.

Digo pues que, aviéndome depositado allí mis padres, la misma guarda y la persona propia a cuyo cargo y enseñanza entregaron la mía, essa fue quien la puso en mayor contingencia. Tubo aquesta señora más mira al acrecentamiento de sus deudos que a mis educaciones. Y no ignorando el grande y rico dote que me esperaba, de tal suerte ordenó las cossas que, en breves días, con su resguardo y disimulo, me hallé prendada de un sobrino suyo. Llamávasse éste don Alonso, mancebo de veynte y quatro años, gentil hombre y gallardo; o a lo menos así le retrató mi corta providencia, mis pocos años y experiencia menor. Dispúosse su cevo con anzuelo tan delgado y sutil, que ni conocí sus peligros ni advertí mis daños asta aora que no tienen remedio. Hízose conmigo enconradiço una tarde en cierto locutorio, ablámonos al buelo y, según yo juzgué, parecióme que entrambos quedávamos igualmente cautivos; mas el tiempo á enseñado que me engañé como mujer, pues no fue assí recíproco nuestro amor y desseo.

Con todo, animó este incentibo mi ignorancia, de suerte que no tube por día, por gusto ni consuelo al que no acompañassen la presencia u billetes de mi amante.

Duró así mi afición tres o quatro años; en cuyo término tube de mi padre y madrastra, para que tomasse el ávito de monja, terribles persuaciones. Pero tiniendo yo tan buena maestra al lado, y por el consiguiente premissas claras de lo que les mobía, aconsejadamente les respondí siempre que lo haría si, con su beneplácito, me dexassen renunciar al convento mis derechos y hazienda. Savía bastantemente su tía de don Alonso, y aun yo lo comprehendía, que no me lo avían de permitir, y tubo igual efecto. Súpoles mal mi réplica, presumieron mis fines, y ia desesperados, me reduzieron a su cassa. Diré luego el intento, y aora las ansias y congojas que padescí, inposibilitada y ausente de mi amor; pero quando éste es verdadero no ay guarda, no ay recato que no se vença y atropelle. Nada teme el que perfectamente ama.

Fiéme de una esclava, y por su medio, con recaudos y papeles, se engañó mi esperanza, bien que alentada con tanta privación; el fuego deste género es como el de alquitrán, más crece y más se aumenta mientras más agua le echan, su mayor furia asiste en su opresión mayor y resistencia. Tenía yo deste rostro infeliz un fiel retrato, pedíle a don Alonso que truxese otro suyo, y trocando los dos pasamos uno y otro con más alivio; pero en mi casa no poco inportunada para que me casasse, y esto de aquellos mismos que antes me aconsejavan lo contrario. Porque, a más no poder, luego que penetraron mis intentos y desconfiaron de los suyos, desengañados de quedar con mi hazienda, quisieron por lo menos que mi estado se traçase de forma que al fin se aprovechase alguno de sus deudos y parientes; así lo disponía mi madrastra, presumiendo casarme con un su hermano.

Este concierto tan fuera de mi gusto dio a mis resoluciones más esfuerços. Tubo abiso mi amante, y io traça que, buscada y hallada de la necessidad, pudo ponerme en parte que le ablase una y diversas noches; bien que guardando a mis respetos el devido decoro, porque aunque don Alonso y mi amor solicitavan sus efectos, todavía, nunca tan ciega andube que expussiese la honra a tan evidente peligro. Pedíale yo que en secreto se casase conmigo, o me depositase por el juez de la iglesia, y si bien mi nobleza y dote le brindavan, el berme tan

sugeta, y por el consiguiente imposibilitada de poseerle sin muchos pleitos, gastos y contradicciones, le hazían dudarle y suspenderlo.

Apreté lo propuesto, y conociendo en él mayor tibieça que el negocio pedía, zelosa y afligida, atribuí lo dévil de su espíritu a la voluntad enagenada. Crey que no me amava según devía, y dándoselo a entender así, enojada y colérica, no sólo le privé de mi comunicación, pero le pedí mi retrato y papeles. Devía él saver quan arraygado y emprendido estava en mis entrañas el incendio amoroso de su verdadero original, y así, biendo la ocasión en las manos de añadir yesca al fuego y acrescentarle, muy a su salvo lo hizo; pues con obedecerme y volverme mis prendas, sin otra réplica ni mayor sentimiento, me acabó de perder, y su restitución, echa tan fácilmente, me dejó más encendida y abrasada.

En este íterin, para que yo del todo desesperase, se aumentaron por días las inportunaciones de los míos en quanto al referido casamiento; mas ya no era possible arrancar de mi pecho la antigua voluntad, empleada en un moço gallardo y confrontado con mi sangre, por sugetarme a un hombre de desiguales méritos y, principalmente, mal afecto a mis ojos. Dificultosamente se apetecen las obras executadas con violencia. Hize gran resistencia a al que ya me amenazava, mas tan a costa de malos tratamientos, que su exceso llegó a noticia de don Alonso y despertó nuestra afición dormida. Era común el daño, y assí, reconciliándonos y olvidando el enojo, quisimos que lo fuesse nuestra fortuna, y mayormente quando, errándolo todo, ciegamente mi padre quiso de echo que yo jurasse las escrituras; con que, asignada la ora de su forçosa execución, por muy breve que fue, se anticipó la mía a salir de su casa. Esso tienen los pecados y yerros, que, forjado el primero, unos se enlaçan de otros hasta formar una larga cadena.

Advertí a don Alonso, que alentado del evidente riesgo de perderme, y assí mesmo de que yo me ofrecí a sacar muchas joyas y aver, con que bastantemente o me pusiese en salvo o pudiesse, depositada, sustentarme y fomentar el pleyto, una noche antes de nuestra fuga, aviéndole ordenado ciertos puntos y señas, aunque tardó en cumplirlas, al fin vino a ocasión que pude por la puerta darle un cofre de azero, en quien, demás de unos retratos y papeles yvan en joyas y dineros más de quatro mil escudos. Tomóle, y la noche siguiente, bolviendo más temprano, tuvo nuestra intención dichoso efecto; y puesta en sus manos y elección, fue la suya embarcarme en el río de Sevilla hasta aqueste lugar. Pusímoslo por obra, y luego encontinente se començó el viage, juzgando que acertávamos en huyr a los primeros ímpetus, esperando casados a mejor coyuntura.

Con tanto, aunque temerosa, caminé más alegre que lo yva mi amante. Dávame esto cuydado, y acrecentávamelo el ver que no yva en todo el barco el cofrecillo de mis joyas; pero sin mostrar desconfiança, en un día natural llegamos a este puerto y a la posada en que me hallasteis. En quien, quiriendo don Alonso, sin otra prevención ni seguridad, atropellar mi honor, no se lo consintiendo sin bendiciones de la Iglesia, avergonçado de mi gran resistencia, presumió atribuyr a falta de mi fee y voluntad lo que sólo nacía de respetos honestos. No ignoré sus designios, mas viéndome en su libre albedrío, sujeta a su poder y rodeada de tan ciertos peligros, valíme de otra fuerça; remití a las razones y al ruego, valiente estímulo para hombres generosos, la templança de su ciego desseo y la satisfacción de mis verdades; y assí, con este intento, acompañadas de espesas lágrimas, le comencé a dezir las que se siguen:

—No sé, dueño querido, de qué suerte podrá mostrar mejor esta flaca muger el verdadero amor con que os adora, si ya por confirmarle, obligada dél sólo y por obedeceros, á faltado a sus padres, a su buena opinión y al crédito o descrédito de quantas cosas podían en esta vida serle de beneficio; todas las é pospuesto perdido y olvidado por seguir vuestro gusto. Y siendo aquesto assí, muy mal se compadesce que persona tan noble, en vez de la correspondencia que me deve por ello, quiera afrentarme con tan indigna paga. Además, que no es justo, ni aún sé como os parece, que oy sea vuestra dama y amiga la que ha de ser mañana vuestra muger y

esposa; en sugeto tan grave yo sé que no ignoráis si se permite mácula o mínima sospecha. Y si la honrra del marido y muger deve ser una misma, ¿cómo gustáis, quitándomela, estar sin ella un punto? ¿Y cómo tendréis después a vuestro lado la que se vio sin ella un instante solo? Ni es possible, señor, que, siendo vos quien soys, miréys con buenos ojos la que entró a vuestro tálamo por caminos tan libres. No ay otra puerta que haga sus laços lícitos, si no es el matrimonio; y dilatar aqueste, anticipando assí el cumplimiento de vuestra voluntad, sospechoso parece; tratad de efectuarlo según os lo merezco, y escusad el cansarme antes de ser mi esposo; breve es la dilación, conformáos con lo justo; y creed, don Alonso, que quien dezís que oy os mata con ella, quiere que para siempre se asegure con honra vuestra quietud y vida. Acuérdeos quien soy, y no aquello que puedo; como tuvisteis sufrimiento para esperar seys años, tenelde aora para esperar seys días. Y si ya todavía lo contrario mejor os pareciere, y en premio de mis buenos servicios presumiéredes dar puerto a vuestros gustos, echando a fondo mis honestos propósitos, antes quiero que me quiten la vida vuestras manos, que me dexen sin honra vuestros desseos. La espada traéis al lado, el incendio en el pecho, y a mí a vuestro alvedrío; o concludid con vos o feneced conmigo, y acabarán vuestros cuydados y los míos. Vos pretendéis atropellar mi voluntad, y yo que la resista es temor de burlarme; ved si andamos conformes. Séaos aqueste mi último desengaño; primero os pediré que me bolváis a casa de mis padres, y en recompensa dello os serviré contenta con quantas joyas, dineros y preseas os tengo ya entregado, que consienta otra cosa.

XXI

Llegavan mis razones al estado que é dicho, y passaran adelante si, oyendo aquellas últimas, no las interrumpiera don Alonso, respondiéndome por el camino más indigno y menos esperado de lo que yo pensava; ni aun escuchándole me atreviera a creer. Siempre mis pocos años, mucha ignorancia y ceguedad tuvieron a este hombre por bien nacido, porque, si bien sabían su cortedad de hazienda, aconsejados de mi amor suplían la falta della con el valor y crédito que acomulavan a su sangre; mas muy presto hizo patente la infame y vil que informava sus venas; presto se vio mi engaño, presto su villanía y mi ruyn empleo, justo y merecido castigo de mis desobediencias. Pues apenas acabó de entender la resistencia de mi resolución, y el noble espíritu con qué, haziéndole, de depositario y mayordomo, dueño absoluto de la riqueza y bienes que remití a sus manos, me contentava solamente con que me bolviese a mi patria, quando echando en olvido las persuaciones de su amor, los incentivos importunos de su torpe desseo, sólo bolvió la cara a los particulares intereses, a lo que, según mi estimación, era más acessorio: a lo tocante al dinero y las joyas. Diréis que a restituírmelo, o juzgaréis que a agradecer mi ánimo; pues no fue assí, que fue el suyo más baxo, más villano y soez. Negóme rasamente aver tal recibido, negó la entrega que en él hize del cofre, y passando adelante, sin respeto y decoro, me trató de falsa y engañosa, diome afrentosos títulos, y sin esperar otra réplica me bolvió las espaldas.

Quisiera entonces mi triste coraçón convertirse en lágrimas, como en sus ojos Argos; dar mil voces y gritos; pero la vergüença le detuvo, y por la misma causa no le seguí como a ladrón; templóme el ver que, aunque me llevaba la hazienda, me dexava la honrra; y más me consolara si, en cambio del dinero y las joyas, me dexara también diversas cartas y papeles, testigos ciertos de mi excesso y delicto, y dos retratos que, yendo assí en el cofre, hazían patente y pública la ingratitude y injuria de sus dueños. No dio tiempo a pedírselos, huyó de mi presencia, y mes y medio abrá que sin esperança le espero, entretenida y amparada de la piedad y lástima de aquella mesonera, que muchas vezes ayudó a llorar la dificultad de mi remedio; el qual, compadescido el cielo, se á servido al presente de remitirle a vuestras entrañas generosas, quando de mis desdichas y confussions me amenazaba la última.

Destá suerte, no sin muy tierno sentimiento, dio remate a su historia la hermosa dama; y por el consiguiente, origen bien notable a nuestra mayor admiración; principio, medio y fin al más arduo y entrincado negocio que entonces nos rodeava. Vimos con evidencia y claridad la prueba, la información y el verdadero dueño de mi hallazgo; y como ya tocados del brazo superior que assí lo encaminava, o por efecto de la reciente confesión que avíamos echo, o por el temor justo de embarcarnos con tan valiente escrúpulo en una tan arriesgada y peligrosa jornada o, finalmente, por nuestra buena sangre y natural, juntadas unas cosas con otras, y conformadas con nuestro particular desseo que, según dixé arriba, muchos días antes buscava corte y medio a la restitución, vencidos fácilmente deste nuevo successo, resolvimos el emprenderle agora; y assí, apurada de mis mayores ruegos, en diziéndonos la dama, harto contra su gusto, como era de Sevilla y su morada en cal de Catalanes, no aviendo circunstancia en que poder dudar, demás de que su rostro era muy cierto original de uno de los retratos, sin más espera, yo por una parte la hize patente el cofre, retrato y papeles referidos, y don Francisco por otra, las mas preciosas joyas que aún estavan en ser.

Pasmó con semejante acaecimiento la afligida señora; y como siempre en casos tan poco prevenidos acuden a la idea diversas objeciones y fantasías, y éstas, conforme a nuestra inclinación depravada, son ordinariamente las peores, creyó que, por robárselas, abríamos despachado a don Alonso en algún camino; y anhelando aun entonces las cenizas de su passado fuego, no sólo aquella imaginación la privó de sentido, mas aún estuvo en términos, según después nos lo contó, de abandonar su honrra y salir a la calle pidiendo a voces el castigo de nuestra presumida maldad; con que, si assí lo uviera executado, quedara nuestro buen zelo premiado harto al contrario de lo que merecía. Pero haziéndola saber menudamente quanto ya avéis oýdo, las palabras, las señas, el término, la ora, traído todo aquesto a su memoria, se vio libre de dudas y menos alterada. El gallardo despejo de nuestro ofrecimiento y restitución la acavó de satisfazer y confirmar en nuestro proceder; arrojándose a los pies de entrambos, y sin cessar de encarecer obra tan increíble, de nuevo se puso en nuestras manos, y de nuevo libró en nosotros su remedio.

Procurámoslo assi, entendida su última voluntad, que era recogerse a un convento; para lo qual, aunque dexamos a su dispossición quanto teníamos, ella anduvo tan noble, que se contentó con lo menos. Dimos cuenta al religioso dominico, y encaminados por su orden y traça, propósitos tan justos tuvieron efecto. Tomó la dama el ábito en un monasterio de Xerez, y nosotros, depositando el dote, las propinas y gastos para su profesión, y comprando para su regalo y avío una poca de renta, la dexamos alegre, dando al cielo las gracias de aver assí atajado su mayor perdición. ¡O quan dichosa y acertada elección haze la honesta dama que antes se acoge a tan divino asilo, cerrando en él las puertas a los grandes combates y peligros que la castidad corre con el trato y conversación de hombres y moços libres que, como ociosos y peor inclinados, por la mayor parte juzgan por vida malgastada la que no emplean desempedrando calles y solicitando y pervirtiendo su más precioso y virginal tesoro, el qual no todas vezes sale destes aprietos con el vencimiento y laureola que avéis oýdo! Por esto deve recibirse con tiempo tan saludable antídoto, mejor es que, aunque quèste dolor, se anticipe la clausura momentánea y temporal del cuerpo, que no se arriesgue la eterna cárcel y prisiones del alma.

Ya el tiempo abría camino en las procelosas ondas del Océano. Vino a Sanlúcar nuestro general don Luis de Córdova, y con el primer viento nos hizimos a la vela en su mismo galeón, mejor dijera, confusión abreviada, cárcel voluntariosa de locos ignorantes y cudiciosos. Mas en tanto que damos vista a las Canarias, passamos el temeroso golfo de las Yeguas, nombrado assí por las que en él se le perdieron a su mayor explorador, no escusso el oponerme a muchas objeciones que assí entonces como después acá an puesto algunos, menos piadosos que curiosos, al generoso efecto de nuestra restitución; y no ay duda, sino que como la malicia humana tiene tantos valedores quantos contrarios y émulos la virtud, más abrá parecídoles afectada y compuesta la que allí exercitamos, que verdadera y real y según

sucedió. Pareceráles que no se compadescen con nuestra edad y vida acciones tan heroycas, porque la impiedad de sus ánimos no les dexa ahondar más profundos cimientos; son los suyos de arena y, como deleznales, cotejan y regulan por sí mismos los efectos agenos; niegan los tales, a su modo, otra más soberana providencia.

Pero baxemos las cuerdas al discante, torçamos puntos a las clavijas y vengamos a exemplos. Suele ser este género de doctrina, ya lo é dicho otras vezes, mucho más eficaz para convencer y persuadir; y assí, no será fuera de propósito calificar el mío con un caso de la propria materia y, sin comparación, de mayor conseqüencia; el qual me refirió, en el progreso de aquesta embarcación, cierto capitán, hombre de largos años y esperiencia. Movióle a ello averle yo contado el de mi restitución; y presumiendo acreditarla con algunos soldados que la dificultaron, después de un corto preámbulo en que alabó el sucesso y abonó su verdad, para más allanarla, començó el suyo, diziéndole en la siguiente forma:

—No á treynta años que passó en Aragón el caso que sabréys al presente, que no sólo hará fácil el que ya avéis oýdo, mas aún sospecho que le á de dexar muy atrás en vuestra estimación. Ruégoos que le escuchéis atentos.

En cierto lugar pequeño de aquel Reyno vivía un hombre llano, cuyo caudal no passava de setenta ducados; éste pues tuvo modo para hazerlos moneda, y con ella se entabló en un tratillo donde, bautizando los vinos y revendiendo baratijas menudas, con falsos pesos y medidas, ganó tres mil y más en lo restante de su vida. Tuvo ésta fin, murió y entró en la herencia un hijo de veynte años, tan cuerdo y desseoso de salvarse, como el padre avía andado remisso; porque el cielo muchas vezes del peñasco más duro, del pedernal más tosco, saca las fuentes saludables y puras. Este moço virtuoso, tiniendo delante de los ojos la ruyna de aquella alma, guió mejor la suya, y quiriendo con entrañas piadosas descargar a su difunto padre, si bien era dificultoso de tal restitución, su grande charidad le abrió camino; mas ¡qué impossibles no atropella, qué dificultades no vence esta excelentíssima virtud!

Siguió pues las pisadas del padre, digo, en quanto al officio, pero con muy diferente proceder; porque si aquél vendía sus vinos y cosas comestibles con pesas y medidas diminutas y faltas, éste, al contrario, creciendo unas y otras más de la ordinaria tassa y peso, fue poco a poco satisfaziendo al pueblo por unos mismos filos; hasta que el discurso del tiempo, perdiendo siempre y nunca granjeando, le dexó sin hazienda y en la miseria y escaseza de sus principios. Por cierto obra admirable, y por sus requisitos y circunstancias (baxeza del sugeto, excusa y buena fee a la possession de la hazienda heredada y no adquirida, piedad y amor con el difunto padre) más que de hombre mortal, y juntamente, por la disposición discreta de la restitución, rigor notable en executarla, digna de eterno loor y de inmortales láminas.

Mas nunca Dios olvida a los que por su causa acometen tan eroycas empresas. Dióle doblado el galardón y premio. Tenía por costumbre este moço, ya en su prosperidad y ya en su pobreza voluntaria, acojer y alvergar en su casilla los mendigos y pasageros que hallava por las calles sin posada ni abrigo. Y acaso en tal empleo, cogiéndole una noche muy cerca del mesón, bio que, con estar lloviendo muy apriesa, despedían dél a un hombre de a caballo, diziéndole que no tenían posada; siendo lo cierto que si se la negaban era por parecerles que venía muy enfermo, y ello era así, sin duda. Mas lastimóle tanto a nuestro pobre moço que, no ostante que la estofa del güésped y su persona noble mostravan calidad diferente que las que él acogía ni pedía su estrecheça, con todo esso, alentado, le propuso su intento; y el forastero tanto al fin se bio apretado de sus ruegos, del aguacero y ora desacomodada, que lo uvo de acetar y seguirle a su casa; adonde, después de aver buscado de comer a la mula y aposentádola, no tiniendo más que una sola cama, ofreciéndosela con dos sávanas limpias, le hizo acostar en ella y le lavó los pies.

Venía, según tengo advertido, algo achacoso el güésped, y aquella noche, o por el gran cansancio del camino, o por estar calado de la enfadosa lluvia, le creció su dolencia tan apretadamente, que uvo de dexar suspendida la jornada. Mandó llamar un médico y, finalmente, sin reservarse gasto conveniente a su cura, servida y ordenada ésta, con entrañable amor y paciencia del virtuoso mançebo, y ia menguando y crecciendo con diferentes accidentes, en veynte días que le duró la enfermedad, le llegó el último y final de su vida; en quien, haziendo testamento y declarando ser un cavallero italiano y rico, que por su gusto y curiosidad andava viendo el mundo, dispuestas largamente las cosas de su alma, dio dineros para que le depositassen y dixessen missas, y concluyó nombrando por heredero absoluto de quanto en su casa avía metido, vestidos, mula, coxín, silla y portamanteo y otras alaxas, a su honrrado dueño, encargándole mucho que, en recompensa dello, tomase por su cuenta el despacho y avió de unas cartas, que para Italia dexava en su poder. Con esta última voluntad espiró, y enterrado su cuerpo, trató sin dilación el expidiente de su descargo; si bien juzgaron no pocos del lugar semejante gravámen por mayor que la herencia, pues de aver de embiar proprio con los despachos que quedavan, poco más poco menos, saldría comido por servido.

Pero dispúsolo de otra manera el cielo, porque al querer desembaraçar la maleta, entre el aforro della halló, pegados con engrudo, dozientos doblones, y haziéndole este cevo curioso explorador, remirando una y diversas vezes los vestidos y alajas, en las bueltas de las botas de camino descubrió otra mina, y entre la borra y fustes de la silla otra no menos rica. Serían por todos mil y quinientos ducados; con que, dentro de breve espacio, bolvió su casa al aumento y valor en que su padre la dexó; bien que mejor, sin duda, por ser aquesto adquirido y grangeado con su gran charidad, y aquello con robo y daño general del lugarcillo. Assí tan de contado tienen las obras deste género satisfacción y paga, y aun no paró en lo dicho la presente, porque Dios, como lo que por su amor se da a los pobres lo recibe emprestado, no sólo en esta vida buelve ciento por uno, pero para la eterna y perdurable ofrece la bienaventurança.

En fin, nuestro buen hombre, con persona fiel, remitió la carta. Diose en Italia, y su madre del muerto, que era una señora muy poderosa, después de aver llorádole, embió por su cuerpo, y más agradecida, en cumplimiento de las recomendaciones de su hijo, con los mismos que vinieron por él, le embió muchas joyas, muchas ricas preseas, con que oy á llegado a ser el más bien azendado de su tierra; y aunque cargado de hijos, no por ellos á floxado en el alvergue de los pobres, gastos y limosnas continuas, necessidades públicas y secretas de todo aquel contorno; antes parece siempre que andan él y los cielos en competencia, éstos a aumentarle los bienes, los ganados y frutos, y aquél a despenderlos en semejantes obras; pero fuerça es que ha de quedar vencido; porque aunque la charidad de los hombres sea muy pródiga, la largueça de Dios es infinita, tiene mucho que dar y siempre le queda el braço sano. Béis aquí el milagroso efecto de la restitución y las grandes bentajas que tiene aquesta, a la que avéis juzgado por imposible.

Dixo así el capitán, y concluyó su piadoso exemplar, no sin consuelo y admiración de quantos le escuchamos envidiosos, y algunos más de la caridad del tavernero que de su buena dicha y prósperas riqueças; porque a éstas sólo las acompaña en nuestra corta vida una felicidad, que es saver esponderlas, y en su distribución consiste su bienaventurança, quien ésta acierta abraça en sí de todas las virtudes la más suprema, que es la justicia, cuya excelencia pende de su distribución. Siembra buenas obras y cogerás el fruto dellas, consejo es de un gentil, así lo escribe Tulio; bien es que le sigamos, pues al contrario, bemos que el avariento escaso él mismo es el origen de su miseria y ruina; para ninguno es bueno y para sí es muy malo, efectos tristes son de su fortuna próspera, que así como ella es ciega, así quita la vista y embriaga a los que favorece. Pocos ricos beréis que no sean muy sobervios, y muchos vicios ay donde ay muchos tesoros; y pues los depravados y biciosos pueden goçar riqueças, no así deven llamarse ni aun tenerse por bienes los que poseen los tales; no es lícito ni justo que se les dé este nombre a los que, mientras mayores y más crecidos son, mucho más se apetecen,

mayor hambre y sed causan, siempre aumentan las ansias, el recelo y cuidado, y nunca menguan su deseo y agonía. Y así, el prudente y cuerdo no los á de adquirir más que para expenderlos, como despensero y mayordomo de aquel alto Señor, que los concede sólo a este glorioso fin, y para que imitando exemplos tan illustres como el que avéis hoydo se anime a merecer otra igual recompensa.

XXII

Justo es que bolvamos al viage, cuya navegación fue felicísima, como también lo fue la venta y la salida de nuestro empleo. Mas nada se igualó a la que tuve en el papel y agujas, escuso el escribirlo porque no se desacredite mi verdad. Uno y otro, lo tocante a mi parte, valió seys mil ducados, porque aún de los vestidos propios me deshize. Así, buelto en patacas el caudal y las joyas, esperamos mi camarada y yo el bolver a España, como en efecto se hizo, sin que en todo el camino nos sucediese cosa digna de ser contada. Sólo, a mí en Puertobelo, Cartagena y la Avana, luego como llegué, y después a la buelta, se me antojaron y supieron siempre, aquellas tan decantadas y peregrinas frutas, que escribe el docto Acosta y el Palentino y otros encarecieron, digo, los plátanos, guayavas, zapotes y guacates, antes a xirapliega y unguento blanco, que a los sabores dulces que refieren y escriben, y trocara contento quantas miré en las Indias por seys guindas de España, dos peras vergamotas, quatro ubas moscateles o un melón de Guádix.

En fin, llegamos a Sanlúcar, y antes de sacar nuestras caxas, salimos a prevenir posadas y a tomar la que tuvimos al principio. Mas para que se confirme la inconstancia con que varió conmigo la fortuna, pondré en estos discursos el trance que en la tierra nos tenía aparejado, porque con él templásemos las suertes venturosas que nos concedió en el agua. Fue pues que, apenas pusimos los pies en el mesón quando, como en los ayres, nos hallamos cercados de un tropel de corchetes y alguaciles, cuyas boces, espadas y alboroto aumentó el nuestro tanto como sus apellidos y protestas. Unos imploraban al Rey, otros al Duque, y todos se encaminavan a prendernos, y salieran con ello si tan vario lenguaje y su mal término no nos forçara a desplegar las blancas. Començamos con gran resolución a resistir su intento, pero fuera muriendo o por demás, si a la pendencia y ruido no acudieran más de treinta soldados de la armada, con cuya ayuda, por hallarnos muy cerca, tomamos el convento de Santo Domingo; de adonde aun creo nos sacaran, si creciendo el rumor y llegando aun más gente, no se metieran en medio diversos capitanes que, con su autoridad y ofreciéndose a entregarnos a la justicia, siendo casso de hacerlo, templaron el negocio; si bien su fundamento no era así como quiera de tan fácil salida. Justo es que la sepáis, antes que prosigamos en mi peligro.

Ya se os acordará del cuento de la dama, referido en Sanlúcar, y en el del desamparo y fuga en que la dejó su amante, don Alonso, al arbitrio y piedad de aquella mesonera. Es de entender aora que, la misma tarde que aquello sucedió, ciego de su pasión y arrepentido, y mucho más confiado de su secreto amor, se volvió a Sevilla, pareciéndole que la dama también, biéndose sola, le seguiría después y se reconciliaría con sus padres; mas haziendo la quènta sin la güéspedes, frustrada su esperança, dentro de quatro días, revelando la esclava, archivo desta historia, a su afligido padre quanto ya avéis hoydo, el galán fue preso, y tan apretado en la cárcel pública que, sin embargo de su nobleza, como quiera que los delitos eran indignos della, pues se le acomulavan el quebrantamiento de la casa, el rapto de la donzella y el hurto de las joyas, fue condenado, aun antes de dos meses, a tormento, y executado con rigor; castigo merecido, si no de los excessos contenidos, a lo menos de la ingratitud y villanía que usó con su dama.

Finalmente, el acervo dolor hizo patente el caso, publicó su vileza, la ocasión y el lugar donde la avía desamparado. Y con tanto, mientras con nuevos autos se procedía a sentencia, acudiendo su padre al referido puerto, y no hallando en el mesón que estava declarado otro rastro de su hija que el que la güéspedes y los ministros de justicia sospecharon de nosotros el día que quisieron llevarla ante el Corregidor; cierto de que, sin duda, se abría embarcado en nuestra compañía, previno a la justicia para que nos prendiessen a la buelta, como aora se pretendía. Bien que esto se impidió luego que supimos la causa; porque dando razón al religioso frayle del aprieto presente, como él avía sido el instrumento de nuestra buena obra, assí, ayudándonos a la calificación de su verdad, tomando consigo al padre de la dama, se fue a Xerez; donde, satisfecho y alegre en viéndose con su hija, no sólo dio por bien empleado quanto ella nos dio (pues siendo de su dote y legítima lo pudo hazer), empero nos quedó para siempre obligado y agradecido. Publicóse este caso y nuestro proceder, llegando a los oídos del Duque y a noticia de nuestro General y de toda la armada, se celebró con aplauso y estimación común; viendo nosotros, aun en aquesta vida, pagado, aunque en bosquejo, el galardón y premio de nuestra buena obra.

Professó doña Elvira (supe entonces su nombre), y desde aqueste punto, con visitas y cartas comunicándonos continuadamente, perpetuamos el fraternal amor, que nos dura hasta oy.

En este medio, don Alonso, que ya estava sentenciado a degollar, fue perdonado de su padre y salió de la cárcel con destierro al Peñón. Y don Francisco y yo, yéndonos a Sevilla, mientras los galeones invernaban, nos començamos a dar la buena vida; él prosiguió, y aun consiguio, los antiguos amores de Rufina, bien que con tantas costas como después diré; y yo, más reduzido, pareciéndome justo el acordarme de mis padres, les hize un mensagero, y en teniendo respuesta y aviso de su salud, partí con ellos, según mi obligación y sus muchos trabajos; acción por quien el cielo patentemente me libró de infinitos.

Casi se me ivan olvidando los que padecieron entonces mis quatro amigos viejos, Pero Vásquez, Geniz, Felizes y el mulato. Supe que del primero, quando llegué a Sevilla, avía echo justicia el Asistente, Marqués de Montesclaros; acomulándole lastimosos insultos, muerte, asisnios, robos y estafas sin medida. La novedad de aquestas me obliga a relatar algunas.

Era PeroVásquez valiente, temerario y sobervio, y sus supercherías traían cuydadosos a muchos. Entró una noche en cierta casa de gula y, aviendo cenado y echo de escote más de cien reales él y sus camaradas, uno dellos que venía de concierto, sobre afrentar la cuenta tuvo palabras con el güésped, hasta llegar a desmentirle. Fingió entonces averle pesado de su descompostura a Pero Vásquez, y quiriendo reprehender al actor, alabando el buen trato de la casa y bolviendo a sabiendas por el dueño, se encendió entre los dos amigos una mortal pendencia; en la qual, envistiéndose al punto, a las primeras idas y venidas, cayó el compañero echando de la garganta y boca espadañadas de sangre, y dando dentro de breve espacio tres boqueadas. Tal fue, según el parecer, el fin de la tasquera, después de la qual, no sin gran turbación, viéndose en tal peligro, cerró el pobre figón las puertas de su casa y començó al momento a despejar y poner en cobro las alajas y bienes para escapar mejor de la justicia.

No estavan más testigos de fuera que Pero Vásquez y los suyos, por ser la media noche y porque cautamente se avían esperado y detenido hasta aquella ora. Y assí, más a su salvo, viendo el alboroto de la gente, tomó a una parte al güésped y, concertando el daño venidero en duzientos ducados, se obligó a hazer callar con ellos a sus camaradas, y sobre todo a dar con el difunto cuerpo en Guadalquivir. Miró abiertos los cielos el que tal escuchava, diole al punto el dinero, y entre una y dos de la mañana, los unos tomaron al compañero a cuestras y los otros aseguraron las esquinas, dexando al güésped tan agradecido y consolado, que creyó le avían assí del todo redimido su hazienda. Pero Vásquez y sus amigos en llegando a la torre de la iglesia mayor partieron dulcemente los ópimos despojos, dando al hermano muerto, que

rebivió a esta sazón, un tercio más de parte, por lo bien que avía fingido y representado su figura y puéstose en la garganta artificiosamente una tripa de sangre, tramoya que inventó su malicia, y aprovechada a tiempo, como ya avéys oýdo, realçó de punto los quilates desta tragicomedia.

No fue la que se sigue de menor artificio. Tubo noticia de un mercader muy rico, que con fama y opinión de morisco se avía benido desde Valladolid a vivir a Sevilla. Supo su casa y tienda, y pensando otro embuste, con sus tres camaradas se fue una tarde a ella. Pidió, llevando consigo un sastre, que le mostrase paño para un vestido, y hizo sacar para ello diversas pieças de Baeça y Segovia, y andando entre unas y otras escudriñándolas, sin ser visto ni hoýdo, escondió en los dobleces de la que mejor le pareció una caja cerrada, y mandó volverlas a la percha, diziendo que no le agradava ninguna. Con esto dio la buelta a otras tiendas y, en conclusión, no tornó a la primera asta el siguiente día, en quien, muy de mañana, porque no ubiesse gente, bolvió a plantarse dentro y a rebolver los paños; y pidiendo unas pieças y desechando otras, nunca se satisfiço menos que con la misma que ocultava el secreto embeleco. De allí ordenó que començasen a medirle, y no paró hasta que dio en el doblez donde escondió la caja, que era bien plateada aunque de oja de lata. Tomóla el sacre fingiendo admiración y, alavando la echura, hizo muestras de abrirla; pero cayendo entonces de ocicos el cudicioso mercader, reprovando en él tanta curiosidad y juntamente el entremetimiento de su hazienda, y creyendo que la caja encerraba algún rico tesoro, se abalançó por ella, diziendo a Pero Vásquez que no la abriese ni tocase, porque estaban en ella cosas que importaban no berse. Mas como el cauto artífice sólo se esperaba a este punto, a que con raçones y afectos semejantes confessase ser suya, apenas las soltó de la boca quando descubrió la cajuela, hallando dentro bien diferente joya de la que presumía el mercader. Era ésta no menos que un Maomica de oro, digo, sobredorado, con la luna a sus pies, el Alcorán en la mano y otras diversas circunstancias que agravavan el casso. Quedó muerto el morisco y todos los circunstantes camaradas espantados y absortos; pasó la suspensión, y el autor de la máquina, levantando la voz, començó a maltratar al mercader, y entre agravios y injurias a dezir que se fuesse a llamar a la justicia. Aquí fue el lamentarse el triste arávido, el llorar y gemir, y aun el negar a pie juntillas la possession y saviduría de la caja, que poco antes avía su avaricia confesado. Echóse a los pies de Pero Vásquez, inprecó la intercesión y ruegos de los cautos amigos y, en conclusión, ofreció, sin pedírsele, satisfacer con larga mano su silencio y secreto. No venían a otra cosa, ni el cristiano nuevo estimó en una paja quatrocientos ducados que dio por su rescate.

Con lo qual, y otros semejantes insultos acomulados a sus graves delitos, y a una gran resistencia que hizo al propio Asistente, fue puesto a Pero Vásquez en manos del verdugo. Padesció por justicia, y Felices, no dos meses después, fue condenado a moneda de bellón. Xeniz mató a trayción al valiente mulato, y a él le sobrevino el mismo fin que el de sus compañeros, el mismo paradero y desventura, de quien nunca escaparon la malicia y el rovo. Y assí, no imagine ninguno que, porque muchas beces prebalezcan los malos en esta vida, se ayan al cavo de quedar sin castigo. Ley justa y santa es que sea remunerado con beneficios y mercedes el que siempre obró bien, como, por el contrario, conpellido y atormentado el que siempre hizo mal.

Mirad si aquestas cosas me harían abrir los ojos y asentar el pie llano. No sé si don Francisco igualaba mi intento, porque la ceguedad de sus amores le traýa remontado y los más días encubierto de mí. Cosa que sentía yo con voluntad de ermano, y mayormente viendo que el reprehenderle la ruina y perdición que con sus gastos esquisitos y grandes le encaminava muy aprieta Rufina, fuese parte a enfadarle y a que se deslabonase nuestra amistad y compañía, llegando aquesto a tanto que, quando menos esperaba, la dama con su tía, y él con quanto tenía se desaparecieron de Sevilla sin ablarne palabra.

Este fin tubo por aora aquel cordial amor y correspondencia que con tantos sacramentos, cláusulas y firmeças establecimos mi camarada y yo. Suceso que casi le estimé por imposible; mas ¿qué vínculo estrecho, qué religión, que obligación y juramento no romperá la fuerça de aquel indómito y furioso rapaz? Mal pueden governarse dos ciegos, cierta es su precipitación y caída. Quiero así disculpar a mi primero amigo, y consolar con tal excusa mi justo sentimiento. Confieso que me duró muy largos días, y que fue necessario que otro dolor más grave le sacase del pecho. Fue éste aquel infelicíssimo viaje del bun don Luis de Córdoba. La última jornada que hizo a las Indias, donde, favorecido, volví aora en su compañía; volví a hazer nuevo empleo y a salir dél, en ellas, con dichossa ganancia. Convertí sus efectos en barretillas de oro, enfadado del embaraço que me dieron los reales de a ocho mexicanos en el passado viage, y por la facilidad y poco bulto de tan rico metal.

XXIII

Acomodóse el tiempo, y estando ya embarcado para volver a España, un pequeño disgusto que tube en el galeón, era la capitana, me obligó a salir dél y, en forma de castigo, mandándolo don Luis, me pussieron en otro llamado San Cristóval. Accidente que él solo, inopinadamente, me dejó, por lo menos, lo más rico y precioso que se estima en el mundo. Presto lo entenderéis.

Dava mi General, juzgando los vientos favorables, gran priesa a la partida, y el piloto mayor, hombre de notable esperiencia, contradecía su efecto, opuniéndose con razones bastantes a tan gran parecer; mas no le aprovecharon, porque estava del cielo decretado su miserable fin. Cerróse de campiña don Luis, y el piloto, corrido y aun desdeñado de no verse creído, pidió licencia para saltar en tierra, y dándosela, hizo en ella su testamento, dispuso de su alma y, bolviendo a la nave, dicen que protestó el peligro en que yvan, y que como único y esperto marinero, enseñado del tiempo, temió adversas señales, opuestas conjunciones, y anunció nuestra pérdida.

Salimos pues de Cartagena, sin embargo de todo, y dentro de ocho días, o poco menos, vimos su cumplimiento, y en su tanto la más grave desdicha que hasta oy lloró España. Yvamos caminando en conserva, no sin éste y otros muchos recelos, quando sobre los baxos de la Serranilla, cerca de prima noche, nos salteó un uracán con furia tan diabólica, que en un instante todos los galeones nos perdimos de vista. Podré contar el successo del mío, el qual fue el que se sigue:

Escurecióse el cielo con horrendos nublados, y los ayres bramaron de repente, levantando las ondas sobre los dos castillos de popa y proa; también, al mismo passo que fue entrando la noche, creció un bravo sueste, y con tan espantosa y desacostumbrada violencia, que luego al punto temblamos y advertimos el último rigor y calamidad. Con este sobresalto començamos a usar de los remedios tristes que entonces se acostumbran; alijáronse pesos, las caxas, las haziendas y hasta la plata misma, quanto se halló sobre cubierta y en baxo de la puente todo lo vio la mar, todo lo amontonó en sus entrañas cavernosas; si bien mis barras de oro, con silencio profundo, acompañaron siempre, fueron alegre epíctima a mi afligido y turbado espíritu. Embravecíase a más andar aquel monstruo indomable, batallavan bramando los dos furiosos elementos, y pareció preciso que se les apartassen de delante todas aquellas cosas en que pudiesen hazer presa sus garras. Cortamos los mástiles de gavia y arrojáronse al agua las caxas de reserva, y viendo que ni esto bastava y que el ayre crecía y las olas se levantavan a las nuves, lançamos fuera, si no la artillería, la munición y parte de su avío.

Assí corriendo, en tan amargo término, nos embistió por proa un gran golpe de mar, que casi, al retirarse, nos arrassó el timón, y en breve tiempo quedamos sin gobierno, y la nao en través

la mayor parte de la noche. Pero aquel Dios inmensso, a quien llamávamos humildes y afligidos, dio aliento a nuestras fuerças, traça y arbitrio con que la nave governase y enpeçase a virar luego que fue de día. Mas en aqueste punto, serían entonces las seis de la mañana, nos sobrevino otro accidente nuevo y nunca hoýdo. Cercónos con espantoso orror un nublado tan negro, que de improviso nos dejó más a escuras que si fuera la mitad de la noche. No menos se juzgó la cerraçón y sombra de quien se entapiçó el ermoso cielo, y de suerte que tan sólo se bían los míseros celajes, las bislumbres orrendas que formaban al romper sus enqüentros las impelidas ondas, los relámpagos fieros con que se endían las nuves, dando espantosos truenos y estampidos. Y en tan grave conflicto, quando el rumor del viento, los bramidos del mar, el crujir de las jarcias, las boces del piloto, los gritos roncós de marineros y soldados, el trabucarse aqueste, el levantarse el otro, nos tenía a todos llenos de amargas lágrimas, confussos y sin ningún sentido, si alguno nos quedava, acabó aora de quitárnosle otro golpe infernal, que en un instante se llevó tras de sí el mástil del trinquete, la vela, verga y xarcias, y el de la cevadera, el castillo de proa, quatro soldados y un pobre pasajero; dio al traste con la puente y hizo dos mil pedaços el batel del galeón, y éste mismo se vio de la popa a la proa cubierto de las aguas por un muy largo espacio. Llamamos todos, dándonos por perdidos, con lastimosas ansias, a la Virgen santíssima, y como los que ya tenían la muerte entre los labios, en confuso rumor, nos començamos a confessar, tan turbados estávamos, los unos a los otros; y no desanimados con esta action piadosa, acudiendo a la bomba, mientras con furia y prisa procurávamos juntos dilatar nuestro fin, tres ráfagas de viento, gobernadas de un impestuoso torvellino, nos arrebataron con el mástil mayor lo restante y essencial de las xarcias, quebrantando, al caer, diez y siete hombres, que luego fueron echados a la mar; la qual, enfurecida, y más que nunca sobervia y porcelosa, quando desconfiados de la vida y sin ningún remedio abandonávamos el navío, por particular favor del cielo, bolvió atrás con nosotros. Y puedo dezir que milagrosamente, después de varios casos y sucessos notables, nos metió en Cartagena; adonde, sin comer ni dormir el tiempo que duró la tormenta, llegamos tan desfallecidos y acabados, que casi aun mirando la tan deseada tierra nos faltava el aliento para salir a ella, y aun pisándola luego, no creíamos nuestra buena fortuna, ni que estavamos libres del alterado Océano.

Allí paramos los que llegamos vivos algunos días, no estava el galeón para bolver al agua, mas no obstante, sabiendo yo que yva a España caravela de aviso de aquesta desventura, tal fue mi diligencia y solicitud que embarqué en ella y, abonançando, salí, y en treynta y quatro días gozé los campos de la antigua Vandalia. Entré en Sanlúcar con mi caudal entero, y todos los demás con bien diversas lástimas.

No tuvieron la ventura que el mío los restantes galeones; derrotados a unas partes y a otras se perdieron los más, muriendo en su naufragio aquel buen cavallero don Luis de Córdoba, y yo siguiera igual calamidad, si antes no permitiera el cielo que me mandara sacar, por lo que arriba dixé, al galeón San Cristóval. Renuncié para siempre tan arriesgado oficio, hize mis barras doblas, y sin mayor espera, tiniendo luego, como llegué a Sevilla, cartas de que mi padre estava muy al cabo, con un moço de mulas, él en una y yo en otra, tomé el viage de Córdoba, y por mis passos contados, arribé a Malagón al quinto día. Es lugar regalado, aunque en los precios venta; comí, y aviendo descansado, con harto frío proseguí la jornada, y por prisa que dimos, era muy bien de noche quando nos acercamos a las nombradas y conocidas ventas de Arazután.

Yvan floxas las mulas y sus amos sedientos, y para remediar esta necessidad hallamos, lo que a nadie suceda, sin morador el estalaje; pensé desesperar y el moço anduvo en término de ahorcarse; pero advertido que estava cerrado por de dentro, apeóse y llamó, mas no le respondieron. Víase por entre las reendrijas una confusa luz, y este pequeño indicio le engendró nuevo espíritu; dio a la venta un rodeo, y por el trascal, hallando un buen portillo, saltó y calóse en ella, abriéndome las puertas. Túvelo a buena dicha, y en dexando la silla, mientras el criado trastornava la lumbré, quité el portamanteo y descargué el coxín. En esto

andava mi obra, quando la interrumpió el ver, súbitamente, que muy desalentado salía huyendo de un aposento el moço, no es assí de creer su espantosa carrera. Turbóme el corazón, venía cayendo y levantando, y con terribles gritos bolviendo la cabeça hazia atrás, como si verdaderamente algún demonio le viniera siguiendo. Creílo por sin duda, y sin más dilación, desnudando la espada, acudí a su socorro; pero juzgando el pobre que yo yva a detenerle, tal fue su desatino y miedo, que atropelló conmigo y me echó a rodar; mas ni por esso se me fue de las garras; asíle y, que quiso que no quiso, se estuvo quedo, si bien no respondiendo a ninguna pregunta; sólo satisfizo a las mías señalando con las manos y el rostro el aposento dicho.

Con lo qual, sin más interrogarle, por ver el desengaño y salir deste encanto, no sin algún recelo, me arrojé por sus puertas, cosa que apenas hize, quando me hallé delante un bien notable y espantoso espectáculo. Estava tendido en aquel suelo, sobre un paño de cama, un cuerpo amortajado, que con la escasa luz de un candil tan mala vez determiné ser de hombre, y dixé tan mala vez, porque la ferocidad de su espantable rostro, buelto en blanco los temerosos ojos, la boca abierta y el pelo eneriçado, no me dieron lugar a mayor cala y cata; y con todo esto, saqué por conjeturas que era el triste ventero. Y ésta mi presunción me causó más horror y disculpó bastantemente la confusión del moço. Alentéme y llaméle, y assí juntos en compañía, uno tomó la luz y otro començó a desvalijar el aposento.

Hallamos colgados de unas perchas, y en otros apartados, longaniças, morcillas y solomos, vino, queso, azeitunas, pan y cevada; y inchendo las alforjas, los vientres de las mulas, las tripas de las botas, y diziendo dos responsos al alma del difunto, antes que nos tomassen cuenta, cerrando, nos salimos al campo; supliendo la desseada refacción con parte del despojo grangeado en tan breve guerra. Mas no sé si lo hizo el engullir de balde u otra secreta causa, que ello en toda la noche, aunque caminamos muy largo, dexó el sueño al criado, con lo cual uve yo de yr alerta, y viendo que la senda y camino se nos enmarañava por unos enzinares, considerando que ývamos a perdernos, se lo advertí a mi moço, con que dexando de dormir y mirando hazia el Norte, habló un pequeño rato con las siete cabrillas, y después, muy confiado, dixo, dando un bosteço:

—Déxese voarzá llevar, seo mi amo, que en derecha vamos a Toledo.

Assí lo hize, pero a él le engañó Baco y a mí su confiança; pues al cabo de aver andado rebentando casi toda la noche, al apuntar del día, no sin grande disgusto, me hallé sobre la misma venta de donde avíamos salido. Desta suerte escotamos los daños referidos, sin que nos valiesse el refrán tan válido en el mundo, de quien hurta al ladrón, & c., pues una vez que quise executarle por ganar sus perdones, me salió casi al doble, perdiendo una jornada de camino.

Con todo, disimuladamente, llegamos a la puerta a pedir de beber; y al dárnoslo, un tasajo de vaca, un pulpo en carne momia, digo, una mugercilla enquadernada de rayzes de enebros, con un barredor de horno por bolante en el rostro, y solloços y lágrimas sin número, nos començó a preguntar si avíamos encontrado unos ladrones que, aquella noche, la avían dejado in puribus. Mas haziéndonos de nuevas y fingiendo gran lástima, ella con roncas voces y disonantes aullidos prosiguió su desdicha.

Contónos que, aviendo muerto su marido el día de antes, mientras partió la triste a avisar a una aldea donde tenía su entierro, la escalaron la casa, la robaron el trigo, seys hermosos tocinos, dos caíces de cevada, diez anegas de harina, y en dineros cien reales; ved si estava la dueña bien acostumbrada a mentir y a fingir embelecós. Consolamos su llanto, y con mejor estrena bolvimos al viage, y sin estorvo alguno, comiendo aquel día en Toledo y aun, si va a dezir verdad, en el mismo mesón de adonde me escapé a los de Tembleque. Luego, en la siguiente noche, vi los deseados muros de mi patria y entré en ella y en la casa en que nací;

mas aora con siete mil escudos en dineros y galas, aviendo antes salido con dos reales y dos libros gramáticos, y mi buen camarada Figueroa, del qual ni entonces, ni muchos días después, supe nueva ninguna, ni si quedó en Torrijos por las costas, muriendo de la herida que le dio el viñadero.

Pero bolviendo al caso, no quiero cansaros al presente refiriendo el alboroto y gusto de mi corta familia; pues entendido está qual sería aqueste, y mayormente siendo ya publicada por España la trágica fortuna del armada, en cuya capitana sabía mi padre que yo andava embarcado. Hallé a éste, porque mis alegrías fueron siempre templadas, enfermo y tan fatigado que convino callarle mi venida, o a lo menos ýrsela descubriendo poco a poco. Tan presto sobreviene la muerte de un sobrado contento como de un dolor grande o disgusto imprevisto; tal es la fragilidad y miseria humana, sobre que nuestra soberbia y ceguedad funda torres de viento. Con todo, le alivió mi presencia, mas gozé de la suya muy breve término, aunque me fue de gran consuelo aver llegado a tiempo que recibiendo su bendición pudiese, entre el último abraço, cerrarle los paternales ojos.

En espirando se abrió su testamento, y en él, con harta admiración y contento mío, me hallé con más noble esplendor, predicamento y requisito del que nunca esperaba. Declaró en él su nombre, su calidad, y sangre, su natural y hazienda y la ocasión de su destierro y peregrinaciones, según oísteis en las ojas primeras deste libro. Con esta novedad, tan estimable para mí, después de aver cumplido con el entierro y honrras condignas a mi amor, con otro hermano algo menor que yo, muy gentil estudiante, me partí a la corte; visitando primero el origen, casa y solar de mis abuelos, que como está advertido, era en el mejor lugar de todo el Reyno; en quien, a pocos lances, entendimos que dél y de su hazienda se avían apoderado, no sin contradiciones, dos damas, a título de hijas naturales de mi padre y de aquella señora, ocasión de la muerte de su amigo y juntamente de los daños y pérdidas de su prolixa ausencia. Mas como la justicia, a maior cautela, previene siempre los futuros successos, aunque ellas con seis testigos, a su modo, averiguaron que mi padre era muerto algunos años antes en la batalla de Africa, no por esso las entregó los bienes y rayces, menos que con bastantes fianças de que en pareciendo poseedor más ligítimo, se los bolviessen con los frutos y rentas, como en efecto se hizo aora, bien que con largo pleyto. Concertamos lo tocante a los réditos, y no obstante, quedamos con un grueso caudal; truximos a mi madre a su casa, y con mayor descanso la dexamos, y passamos a Valladolid, en quien a esta sazón residía la corte.

Allí nos dimos a conocer mi hermano y yo con algunos parientes que yvan sirviendo al Rey, y aviéndonos agasajado, cada qual començó a pretender su acrecentamiento, según su profesión. Seguíamos los dos, armas y letras, y assí, mientras el uno aspiró a algún gobierno, el otro, que fui yo, se encaminó a adquirir una ventaja para Flandes. No era esta tan difícil empresa como la de mi hermano; porque demás que mis viages de Indias, passando plaça de servicios, aprovecharon, el gran favor de los deudos y amigos bastava entonces a allanar impossibles; porque venir solo a la corte, o sin aliento que anime su fortuna, lo mismo es que esperarse sin hombre en la provática piscina.

Y con todo, no obstante las ayudas que tuve, passaron muchos meses antes de efectuarse mi intento, y juntamente en su dilación, por mi persona notables y peregrinas aventuras; pero en particular es la una dellas mui digna de ponerse en la estampa; si bien quiero primero, con breve intercadencia, dar alivio a mi pluma, concluyendo este libro, para que en el segundo nueva fuerça y historia le den mejor principio.

LIBRO II

I

No ay cosa en este mundo que más pueda conrrromper a los hombres que la felicidad, ni que menos los haga acordarse de Dios que el deseo de descanso. Por lo qual an juzgado muchos sabios que en esta nuestra vida nos son más necessarias las adversidades que los sucessos prósperos; y aunque esta opinión disgusta los sentidos, es saludable medicina para el ánimo, porque las cosas prósperas le hazen adolecer, y las contrarias le socorren y sanan. Éstas muestran mejor nuestra paciencia y acrisolan y afinan nuestra prudencia y juicio, y aquéllas manifiestan nuestra soberbia y los más interiores y depravados vicios, y causan juntamente que descuydándose los hombres en los placeres y deleites, usen dellos y del tiempo que corre como si uviesse de ser perpetuo y no faltarles con tanta brevedad, y sin que los exemplos de otros semejantes a ellos, y llegados por la demasiada felicidad a estado miserable, los muevan a mudar de propósito. Éste pues es el ordinario efecto de las felicidades de esta vida, la qual, en el conceto de los bien entendidos, es comparada al vidrio.

Y yo quien, al presente, olvidado de mi adversa fortuna, de mis principios cortos, de mis necessidades y trabajos, caminos y prisiones, y por el consiguiente desvanecido con tantas buenas dichas, con el hazienda y deudos, en vez de dar al cielo las justas gracias, tomé el freno en la boca, y sin ninguna rienda me dexé despeñar de mis inclinaciones y deseos, y en empresas tan grandes y desiguales de mi capacidad, que estuve mui a pique de imitar a Faetón en su tan decantado precipitio.

Pero bolviendo aora a mi discurso, su misma consistencia dará más alma a este conceto oscuro, y mayor testimonio y claridad a su inteligencia verdadera.

Andava yo a este tiempo por Valladolid con licenciosas galas de soldado señalado y luzido, ya unas vezes pintado de diversas colores, y ya otras con los extremos dellas, plumas, guarniciones y bandas, y ya con más cadenas, cintillos y botones que muestra una fachada de platero. En breve espacio tuve muchos amigos, y aun valedores de maior jerarchia; pude, si me entendiera entonces, granjear para aora diferente lugar y el puesto que alcançaron otros menos dignos mediante patrocínios y favores, que en aquella era fueron los que dominaron las gentes; pero mis cortos años desbarataron mis más cuerdos disignios. Dificultoso es fabricarse buena suerte en la Corte, por grande industria que se ponga en su efecto, si un poderoso braço o muy grandes servicios no le hazen el cimiento. ¡Quántos bellos espíritus se han marchitado allí a falta deste sol! Son los tales como preciosas piedras que pierden de su valor y estima por no estar bien labradas.

Sobervio y loco con mi despejo y talle alcé la mano de otras inteligencias y ocupaciones; sólo se encaminava mi principal motivo al lucimiento, adorno y aparato del ábito y persona; con estas fantasías y desvanecimientos, según mi poco juicio, presumía, aunque sin perjuizio de tercero, título de galán entre los más gallardos. Confiesso mi peccado en quanto aqueste artículo; en todos los demás previne con recato mi conservación y quietud, siempre guardé en la memoria mis primeros principios; y assí, ni era arrogante ni soberbio, antes comedido y afable; largo, no siendo pródigo; advertido, no siendo muy curioso; hablava poco y escuchava atento; qualquier lugar o assiento me parecía a propósito, todos los lados me los hallava a pelo; ni diestro ni siniestro conocía, aborreciendo siempre tan enfadosa y cansada afectación; nunca fui porfiado, contradiciente, censurador ni crítico; y tal estilo guardé ordinariamente, y no me salió malo, sino muy provechoso, muy como procedido del enseñamiento y escuela de mis necessidades y trabajos.

En ninguna ocasión puede mostrar un hombre su capacidad y discurso como en las assistencias de la Corte, tanto por la infinita variedad de savandijas, sujetos exquisitos que la

componen y alimentan, como por los accidentes forçosos que nacen siempre de su confuso abismo. ¡O qué de tiempo es menester para desenredar sus marañas! ¡Cuánto cuydado y vigilancia para librarse dellas! ¡Qué de peligros y desvelos traen consigo sus honras! ¡Quántas calumnias por huyr de la embidia, y quántas cosas ásperas se encuentran, que sola la paciencia o la costumbre envejecida las sufre y disminuie! Pero la principal es aquella aniquilación de sus propios humores. Quien piensa conservarse y executar su voluntad enteramente no puede hazer grandes progressos en la Corte. Es una dura cárcel, en la qual, al entrar, es menester dexar las armas; quiero dezir, la libertad, el gusto y el reposo, sin tener otra acción que esperança u paciencia. El que cuidare sin aquestas conseguir sus intentos, milita en vano y se hallará sin fruto. Nunca, aunque siembre mucho, verá lograda su cosecha, si el importuno sufrimiento y dissimulación cavilosa no acompaña a sus obras.

Pero tornemos a las mías, las quales, en faltando al agasajo y adulación de los ministros, a la adoración y reverencia de sus deidades, eran oyr comedias, dar seis bordos al Prado, músicas en el río y matracas en el espolón. En tales exercicios casi se me passó el verano, quando, al entrar agosto, sus grandes calmas y carestía de vientos, sacándome de casa, me plantaron una tarde en el Prado. Llegué a la Madalena, rezé, y en su misma portada me salteó el principio de uno de los más notables casos que ha passado por mí en el discurso de mi vida. No tardará el letor en juzgar si con razón le é exagerado.

Estava el campo hecho una selva de carroças y coches que frisavan hasta con los umbrales de la Iglesia. Era fuerça que yo saliesse della, y era fuerça que me emboscasse por ellos; assí lo hize, no sin algún trabajo y peligro de ser atropellado; mas en aqueste medio, al querer desviarme de uno que venía de través, acercándome a los estribos de otro, di lugar, sin pensar, a que una de dos damas tapadas que en él ivan, sacando el braço y mano por debaxo del manto, me asiesse por la capa y suspendiesse, con tan dulce violencia, mi camino. No dexó de causarme la novedad cuydado y confusión; pero no pudo ésta compararse con la que se me recresció luego que, quitada la gorra, presumiendo ofrecerme a su servicio, atajó mi propósito el sonido apacible de su voz, que, con gracioso brío poniéndome en silencio, con grave admiración de mis sentidos, me començó a dezir las palabras siguientes:

—Más á de veinte días que é procurado tan venturoso y alegre encuentro; alegre por ser tan de mi gusto, y venturoso por las eternidades que á que le espero. Nuevo os parecerá semejante lenguaje, si bien, aunque suceda assí, podéis tambien creer que no lo á sido vuestra vista a mis ojos, ni a mis afectos tiernos vuestro conocimiento. Preciso es que el ignorar el mío á de dificultar su justo crédito; pero trocad vida y estilo, que yo os daré más altos testimonios. En vuestra mano está poner un firme clavo a la común fortuna de los dos, y della pende la confirmación de mi verdad y vuestra mejor dicha. Sumamente deseo declararme con vos; mas no me es lícito mientras la mudança que advierto no asegure mi espíritu y disculpe en su modo este terrible excesso. Suplicoos, señor mío, que hallen perdón en vos los que al presente hoiéredes, pues mi fee lo merece, y el efecto de mi mejor empleo no es dél indigno. Qualquiera diligencia encaminada a una empresa tan ardua tiene en su mismo efecto la disculpa y salida. No sé como comience, porque por una parte reúso el enojarme, y por otra considero que, si yo no lo advierto, ni an de verse menguadas mis ansias y congoxas, ni el sujeto a que aspiro ha de poner a sus defectos límite. Estos son, noble Píndaro, los que me contradizen y atemorizan; porque justo parece que un hombre que ha merecido mis rendimientos y ha de ser hoy el archivo secreto de mi alma, no sólo tenga el título, mas sea, si no perfecto, a lo menos tan bueno que su virtud y méritos escusen tales arrojamientos y libertades.

Aquí llegava la encubierta dama, dando espessos suspiros y haziendo en sus razones mil descansos y pausas, teniéndome con ellas y el laberinto oscuro de sus quimeras más encantado y loco que con cordura y juicio. Cien vezes sospeché que hazía burla de mí y que

eran bernardinias quantas me hablava; pero bien en breve salí de confusiones para meterme en otras de mayor consecuencia.

Presto salí de dudas y vi lo que nunca creyera, hoy, lo que ni aora escribo sin muy gran de vergüença, retratado en sus labios el vivo original de mis acciones, lo más intimo de las imperfecciones de mi vida. Avía, piénsolo yo, mi silencio y blandura dado entonces más esfuerzo a su plática; con que, dexados los circunloquios y rodeos que hasta allí tuvo, la prosiguió aun con más claridad y distinción que nunca imaginara. Dixo de aquesta suerte:

—Mi calidad y estado piden, señor, en su resguardo la misma confianza; y su conservación el recato y secreto que contradize en vos vuestra misma deshorden; porque llano parece que la tendrá mayor en las cosas ajenas quien, a mi parecer, vive tan desigual entre las suyas propias. A quien consume y pierde el tiempo inestimable en obras tan insulsas y fuera de su género, fuerza es que para tal empresa ayan primero de mirarle a las manos, a la mudança, digo, de su satisfacción. Hermosa es y agradable vuestra presencia, y si como ella me á robado el sentido, no me uviera templado su abstera condición, su variedad y extremos esquisitos, ya yo estuviera rendida a vuestros pies; pero menos acelerado que colérico os quisieran mis ojos, y aun vuestros mismos criados, que experimentan cada día la furia y el rigor de vuestras impaciencias. Pequeñas causas os irritan y encienden, y el hombre noble, quanto más ofendido y enojado, tanto más reportado y dócil deve mostrarse; demás, y esto es lo que me importa, que siempre aborrece amor ayrado imperio; es niño, y como tal, se gobierna mejor con suavidad y alago que con apremio y fuerza. Mas justo es que llegemos a diferentes puntos, dexo aparte otros muchos, si bien no es el menor el comer a deshora y fuera de su sazón y coiuntura; pero el postre es terrible. Muchos ay, Píndaro, loables ejercicios que aprovechados mal dañan más que aprovechan. Los libros, después de aver comido, según vos los tratáis, todos los entendidos los repruevan y escusan; y no obstante, os miro apadrinarlos con eterna asistencia; mas si es curiosidad, dalda por perniciosa; y si es estudio, el tiempo se condena. Lectión sobre comida se reputa a beneno, y mal podrá mirar por mi salud y vida quien haze de la suya tan poco caso. Esto es quanto a vos toca, que en mi favor no alego, dicho se está, quán mal se compadescen amor y letras; raras vezes se vieron Clio y Venus conformes. Mas dixé que quisiera passemos adelante.

También puede juzgarse loco desatino, si ya, por mi decoro, no le llamo soberbia, trocar al tiempo su natural concurso; casi en su cierto modo presume reprovar, el que tal intenta, la perfección de las mayores obras. Lo mismo os veo imitar quando, ordinariamente, vuestra deshorden haze un metamorfoses de las noches y días, cambiáys todas las oras, acostáissos al alva, despertáiss a la siesta y, viviendo al revés, bárbaramente confundís y turbáiss vuestras acciones mismas; tanto se ofende assí la salud más robusta, como se perjudican las pretensiones y negocios. En los humanos cuerpos

es malo y pernicioso el demasiado sueño, la sobrada vigilia, la mucha hambre y extremada hartura, y todo aquello que excediere de la mediocridad y convenencia.

Mas torçamos agora la clavija al discante, vengamos, Píndaro, a más estrechas cuentas. Fácil enmienda tienen las cosas referidas; quanto me avéys oýdo tiene bastante escusa, vuestra edad floreciente es su mayor descargo. Mas no sé de que suerte podrán tenerle otros defectos grandes; no sé como dezíroslos, pues aun su mayor crédito tengo por impossible, con ser dél los testigos no menos que mis ojos; mas ¿quién nunca pensara que en tan gallardo espíritu pudieran encubrirse tan indignas acciones?; pero ya fuerza es que nada se os limite. Dezidme pues, señor, de qué forma sabrá sufrir la que en vos se empleare que, faltando a su agrado, a su vista y paseo, consumáys las más oras de un brevíssimo día afeminadamente, laboroso en atavíos y adereços indignos de vuestra profesión, y aun del ser de hombre.

Píndaro, ¿no advertís que aquél a quien el cielo concedió tan buen talle le es superfluo y perdido tan esquisito arreo? Siempre mancebo cuerdo tuvo por mayor gala su aspecto varonil que esse inútil adorno, y sólo en la muger fue lícita y tratable semejante costumbre. ¿Possible es que no os ofende y cansa su molesto artificio? Si os le uvieran librado por penitencia, pienso que la tuviérades por pesada y terrible; y si no, respondedme, ¿quál puede ser más grave que se iguale o parezca a la atención continua, al eterno cuydado con que os contemplo tan fatigado siempre, y aun las vezes con yerros y tenazas, cintas y vigoteras para el copete y barva, y ya otras muchas con aguas aromáticas, gomas, colirios, untos, xavoncillos y sevos, unos para los dientes y otros para la tez, para el cabello y manos, y ya también con moldes para el cuello, rosas para las ligas, hormas para el çapato, olor para el vestido, ámbar para el colete, perfume a la camisa y anís para el aliento, y otros cuydados torpes, garuchas y tormentos crueles de vuestra juventud? Sin fruto es en los hombres mucha hermosura, y por la misma causa su afectación infame y condenada.

Y siendo assí todo esto, no es mucho que yo juzgue que quien tanto presume y trata de la suya sea igualmente de sí amante y confiado y, por el consiguiente, sin voluntad y amor, desconversable y tibio. Temo, lo que Dios no permita, si vos tal me saliédeses, un desdichado empleo; poca estabilidad para mis propias cosas, como para las vuestras menos perseverancia que secreto. Y assí, atenta a mi remedio y a la entrañable fee con que os adoro, é querido advertiros quanto se opone y contradize a mis deseos ardientes; possible puede ser que no me salgan vanos, tratando vos su enmienda. Píndaro, abraçad mi consejo; que yo me perderé y vos nunca os veréys arrepentido; pues soys varón, mostraldo en vuestras obras y assegurad assí mis temerosas ansias; no presumáis con tal estimación de vuestras muchas partes, y veréis contentos y escusados los mayores excessos y menguas de las mías; vivid con mas templança y encenderéis mi fuego; mis yerros doraréis si los vuestros se acaban; y en conclusión, señor, no seáis confiado, que al mismo punto me confiaré de vos con alguna disculpa, si es que la puede aver en muger de mi suerte.

II

Con aquesto cessó, dexándome aturdido, corrido y mudo tan estraño accidente, no por su novedad y arrojamiento, sino por ver que aquel diablo o muger uviesse tan al vivo retratado mis más indignas y secretas acciones. Hize sobre mi cuerpo infinitas cruces, eran verdades puras quantas su boca dixo, todas razones ciertas, saberlas impossible; y assí pensé, cuydando en esto, perder el juycio; si bien entonces disimulé mi afrenta, y con despejo alegre, renegando del relator curioso que tan bien dio el informe, y aun de mi infame abuso, pues todo lo honesto menosprecia quien se entorpece con tan viles delicias, la prometí la enmienda, creer que era muy hombre, no Adonis ni Narciso y otras galanterías; con que huyó la vergüença, y yo quedé más dueño de mis cinco sentidos y ella menos divina que mortal y tratable. Servíla de escudero, gasté en ello la tarde, no vi más que sus manos, ni por cosas que dixé pude penetrar la razón o arcaduz por donde se avía encaminado un tan intrínseco conocimiento como el mío; pero advirtiendo ella esta curiosidad y diligencia, queriendo que se desvaneciese, bolvió la oja, y astuta y cautamente pretendió persuadirme que todo lo passado era entretenimiento y jitanería; y jurando que nunca me avía visto, mandó al cochero que guiase a su casa. Mas no obstante, el mandarme también al despedirse que la atendiese allí el siguiente día confirmó mi cuydado, u a lo menos dio causa a que creyesse para el suyo más hondos fundamentos.

Partióse, y con gran prissa, porque desseava averiguar quien hizo relación de mis defectos, llegué a la posada, y rebolviéndola sin dexar piedra sobre piedra, aunque más lo inquirí, fue mi cansancio en balde; ni hermano ni criado confessó cosa a pelo, ni mis ojos ni ingenio, por más que se desoliñaron, dieron en el blanco seguro; pero con todo, yo mudé de consejo y me

traté como persona a quien, según creía, miraban y advertían con tanta nota; y como si me viera continuo delante de aquel vulto que me reprendió en el coche, así me mostré en el obedecerle prevenido.

Era mi casa, porque se quede dicho, una posada no lejos de San Pablo, y en ella unas quadras y alcovas con ventanas a la calle, y en forma de entresuelos, alojamiento mío y de mi hermano. De aquí, solo, salí al señalado puesto; pero aunque anticipé la ora, no logré mis desseos. Tuve por entendido que el infinito número de coches que baxó al Prado aquella tarde encubrió el mío; así lo imaginé, mas quando el día siguiente me sucedió lo mismo, caí de mi asno, persuadíme a la burla, y tuve por chacota y embuste quanto, por convenir tanto con mis necios cuydados, avía creído ser verdad.

Esto me consoló en alguna manera, porque realmente yo no podía olvidar el sentimiento que tenía de que tan aninfados adherentes anduviessen en público; y, por lo menos, el adivinar de aquella dama —por tal lo juzgué entonces— sirvió de que en mi juyzio se anullasen y estinguiesen para siempre autos tan indignos de hombres. Si bien me atreveré a juraros que no los deprendí en los galeones de la armada, no entre los jaques y jermanos valientes de Sevilla, sino entre los atildados amigos de la Corte, entre los vanos lindos y pisaverdes, estrago y ruina de la inesperta juventud; aquellos de quien puedo afirmar que, aun quando yo me uviera criado en gran reformación, su mala compañía me acarreará mayores perdiciones y daños. Bien sé que viendo estos renglones an de alegar los tales en su abono que me instruyeron y enseñaron lo mismo que se usava entonces y aun aora; mas yo diré con Séneca quán cierta viene a ser la asolación de la república el día que los vicios se bautizan con el nombre de costumbres y estilo, pues se sigue de aquesto que no se tenga por infame el vicioso.

Mas bolviendo a mi cuento, casi un mes se pasó después deste successo, término en quien, aunque le yva olvidando, no así las liciones y avisos de mi salud y vida, nunca reincidí sus defectos; sólo por no averme privado del reposo de las siestas (devió ser olvido, porque también no es aprobado) yva con sus progressos adelante.

III

Con semejantes pensamientos me eché a dormir una tarde de aquéstas, y en medio de mi sueño, quando menos cuydava, me privó dél y dellos un fácil golpe que, pareciéndome avía sido en mi casa, me hizo levantar en dos saltos con harta turbación. Púseme en pie y, con prisa, miré toda la quadra de arriba abaxo; pero no hallando causa de novedad, sospeché que era antojo y, creyéndolo así, quise, más sosegado, bolverme al lecho; mas en aquel istante, estando ya los ojos menos dormidos, con las escasas luzes de una media ventana que estava abierta, vi encima de la colcha un villete cerrado y ligado con una pedreçuela, por donde colegí que le avían acomodado así para, mediante el peso, poder mejor arrojarle desde la calle; si bien, para emprenderlo, se ofrecían dificultades imposibles que, sin pararme a investigar, las di de mano, por abrir el papel que contenía semejantes razones:

"Con justa causa abréis, señor, burládoos de mis veras; mas yo también confieso que pudistes hazerlo, pues quien falta al cumplimiento de su palabra, no es mucho se le niegue tal confianza; pero bien creo que, entendida la conveniencia y importancia desta breve esperiencia, quedará disculpada mi tardança. Quien mucho arriesga y tiene que perder, mucho lo dificulta y difiere, muchas cosas previene, diversas pruebas haze, diversos testimonios recibe, y de varios consejos se aconseja. Más á de un mes que estoy metida en este laberinto, y un siglo é peleado por salir libre dél; mas aunque no lo estoy, todavía vuestra mudança grande en término tan corto promete a mi esperança dichoso efecto, mejor seguridad a mis

temores, y a vuestro proceder mayor perseverancia. Fío que mi excesivo amor no será mal pagado, y que sabrá callar y obedecer en las cosas arduas quien se á mostrado tan dócil y enfrenado en las cosas difíciles. ¡O quiera el cielo que salga verdadera mi confianza, y que halle aora para tan grave empresa un ánimo constante que la execute y un secreto prudente que la prosiga! Esta noche hallaréis en los portales de San Pablo una silla de manos, entráos en ella y sin ningún recelo dexáos traer de quien estuviere en su guarda, librando en mí vuestra segura vuelta."

Esta confusa oscuridad contenía el villete, dudoso el dueño, incierto el portador y, por el mismo caso, más dudosa e incierta su aventura. Certificar os puedo que me tuvo indeterminable, porque, según dixo un filósofo, de ninguna muger se ha de fiar la vida; mas como nunca los acontecimientos tan notables se consiguen sin trabajo y peligro, dispuesto el ánimo para qualquier successo, sin consultarlo más, fui al puesto señalado, donde hallando la silla, dos esclavos boçales y un anciano escudero, aunque se me encubrió, atropellé por todo y me entregué en su arbitrio. Cerráronla en sentándome, y no dexando ventana ni resquicio por do entrase una mosca, caminaron conmigo un grande espacio, hasta que al cabo, sintiendo que paravan y abrían, me levanté, y tomando al escudero por la mano, en oscuras tinieblas, me fue guiando una escalera arriba que, por las bueltas y angostura, juzgué ser caracol; al fin del qual llegamos adonde dexándome sentado en una silla, despedido de mí, se bolvió por la misma parte.

No sé si mis recelos alargavan el tiempo, o si en efecto de verdad fueron dos largas oras las que esperé, sin otra novedad más de la que me causava la fragancia y olor del aposento, los bordados adornos que atentavan mis manos en sillas y paredes. Pero aviendo passado este prolijo término, oyendo abrir una pequeña puerta, alertando la vista, miré por ella entrar una reverenda muger, que con tocas de dueña y una luz en la mano, haziendo una profunda reverencia, la puso en un bufete y se bolvió a salir, tornando en breve espacio con varios dulces, confituras, conservas y aromáticos vinos, con los quales, mandándomelo assí, no bien importunado, hize colación, y después levantó los relieves, y dexóme como antes en tinieblas y aun mucho más pasmado, porque, como crecían los misterios, crecían juntamente también su singularidad y admiración. Pero ninguna se igualó a la que aora me sobrevino, viendo otra vez la dueña entrar acompañada de un resplendor hermoso, de un vulto de muger, cuyo gentil donayre ni me dexaron discernir los visos relumbrantes de sus preciosas ropas, ni las escasas luzes que de industria la dueña solo me concedía para distinguir las personas, y siempre me negava para notar la que, aun teniendo al lado, su respeto y beldad me obligava a temer y aun a dudar en mi mejor fortuna. Sentóse junto a mí en otra rica silla, y queriendo yo hablarla, con voz blanda y suave atajó mi vergüença, comenzando a dezirme estas mismas razones:

—Quien sabe como vos aventurar la vida tan fácilmente más justo fuera que yo le reputara por temerario que obediente galán, porque, si bien no ay cosa que assí atropelle impossibles grandiosos como el fuego de amor o la secreta causa que encierra en sí la hermosura de la muger para atraher y prender a los hombres, todavía, el que sin tal objeto se mueve y abalança mas puede reputarse por loco que por prudente y cuerdo. Pues es cierto, señor, que ni vos conocéis a quien avéis venido, ni menos la ocasión que os induce y provoca; antes es evidencia que ignoráis llanamente mi fealdad u belleza, y assí, claro parece que, faltando sujeto sobre que caiga amor, ni vos podéis negarme que venís sin ninguno, que soys menos amante que curioso, ni yo también, sin gran vergüença, puedo dexar de confessaros que estoy muy arrepentida de lo que aora é echo; porque, si bien disculpe a mis efectos locos la continua vista dessa vuestra presencia y el encendido amor en que me abraso siempre, ni con todo, si esto fuesse adelante sin igual recompensa, ni vos me estimaréis según merezco, ni yo me atreveré a mayor confianza. Tened pues, dueño mío, por bien este recato, y permitid que por aora, hasta que se conozca la voluntad que os falta, suplan y satisfagan los presentes favores a la curiosidad y trabajo que aquí os conduxo.

No hablo más, y por Dios que aunque me vi apeado de tan gran posesión, o por lo menos no tan puesta en las manos como yo presumía, que me confundieron sus razones, de suerte que no sé como tuve discurso que bastasse a convencerla; mas como no ignorava que tan alta ocasión no era assí de perder, y que por más que dissimule, mientras más se resiste la muger principal, más dessea y apetece lo mismo que con mayor esfuerço muestra aborrecer y despreciar, todavía no sé con que respetos me resolví a oponérmela, y con tal presunción comencé su respuesta de esta suerte:

—Quien se aventura sin esperança de galardón y premio donde, como dezís, es tan cierto el peligro, más descubre valor y ánimo resolutivo que precipitación y locura; éstas, señora, nacen de ignorancia y muchas vezes de desesperación o covardía; por el contrario aquéllos, pues proceden de un corazón magnánimo, de un generoso y costante espíritu, porque este solo es capaz de emprender cosas grandiosas, no los baxos y oscuros y sin obligaciones. Y assí, yo juzgo que si el decoro de las mías no os uviera movido, antes vuestro noble discurso reprimiera su gusto y templara su ardiente voluntad que la espusiera aora a mi corto alvedrío. Con que, según aquesto, o avéis de confessar que mis partes, tales qual ellas son, no os merecieron, u, por el consiguiente, que á sido muy errada vuestra misma elección. Y si la queréis defender, fuerça es que me ayáis de admitir con mayor confiança, sin que se os ponga por delante mi temeridad o precipitación, pues sería gran baxeza pensar que lo que mucho vale no aya de costar algo para alcançarse. Pero viniendo al caso, hasta el presente punto (aunque es daño menor padecer el castigo que averle merecido), si ya os determinasteis, no pienso que en mí á avido culpa o razón porque podáis miraros arrepentida; mas si lo estáis, señora, mejor podré quejarme de tal mudança que asegurarme de quien, aun al principio, pronostica como seran los medios y juntamente la infeliz variedad de sus contrarios fines. También es llano y cierto que no os conozco; yo lo confieso assí conforme lo dezís, pero también es cierto, y más digno de creerse, que si sola una mano y vuestra dulce plática tuvo poder para tenerme tantos días colgado de un cabello y esfuerço que bastó a reducirme a tan incierto asilo, mucho mayor efecto causará el todo en mí que tan pequeñas partes. Y mucho más se deve agradecer y estimar el que en lo poco supo aventurarse tanto, que despreciarlo aora por no satisfacerlo. Mas no ostante lo dicho, si el serme agradecido contradize otra causa, permitid a lo menos que no padezca yo su inmortal dilación, tiniéndome assí aora, sin comerla, la fruta entre las manos, y a los labios el agua, sin beberla. Confiéssos dulce dueño, que no sabré tener sufrimiento tan grande, y que corre gran riesgo mi cortesía.

Con aquesto, pidiéndola licencia, me puse en pie, quando ella, suspirando en silencio, hizo lo mismo, mas sin replicarme palabra; cosa que suspendió mi intento, y mayormente luego que largo espacio la advertí inmóvil y miré trasportada, y muy poco después, que en vez de licenciarme, dando un tierno gemido se recostava de repente en la silla. Turbóme el accidente, y sin saber si errava u acertava, puse en mi boca sus hermosas manos, y aquel tacto dulcíssimo, más sabroso y suave que en medio del estío la fresca y blanca nieve, alentó mis espíritus, refrigeró mis venas y encendió mis entrañas, de manera que, a un tiempo mismo, esperimenté dos contrarios efectos; y sin gozar la causa ni aver visto el objeto, me sentí elar y arder. Mas ¿qué temo el dezirlo?, me hallé rendido, casi ignorantemente, al cautiverio incierto de aquella oculta y animada belleza que estava en mi presencia, tan fuera de su juicio y sentido con la honesta batalla de su amor y vergüença, como yo receloso de que tan gran silencio, desmayo y turbación no fuesse origen de algun inconveniente.

Toquéla el rostro y alléselo mojado, ni sé si de sudor, ni si de lágrimas, y juntamente que, temblando su cuerpo, dava tristes señales de su fin. Creílo assí, y con mi desvarío di una voz a la criada, díxela lo que avía y, sin pensar, causé lo que no imaginara; porque la pobre dueña, gobernada de otra igual turbación, no reparando en cosa, llegó corriendo con la vela en las manos y hizo patente el más raro y hermoso simulacro que pudo delinear la fábrica de Apeles; y de la misma suerte que la tinieblas de la noche privan los ojos de su mayor potencia, y con la venida del Sol, trocándose aquella sombra oscura en luz resplandeciente,

buelve a su perfección, así aora, después de tal tristeza, alumbrado de tan dulce visión, me juzgué a media noche en el carro de Apolo.

Perdónense a mi pluma encarecimientos tan ipérboles, pues es cierto que aun yo creyera mayores desatinos, si a este punto, herida de la luz, no tornara en su acuerdo aquel bello portento que me tenía sin él, y mucho más quando, cubierto de un rubí el gracioso rostro, la vi mostrarse ayrada y de improviso embravecida con la dueña. Dio al traste con la luz, arrojó el candelero, y con voz temerosa, turbada la començó a reñir:

—¡Ay mísera de mí! —dixo, y vertió dos fuentes de cristal en vez de lágrimas—. ¿Qué as echo, incauta mugercilla? ¿Cómo así me as perdido y descubierto? ¿Essa es la confiança que de tí hize? ¿Essas las advertencias? ¡Ay ciega inadvertida, y quán amargamente, aun sin tener principio, as dado triste fin a mis intentos locos!

Aquí callando, deshaziéndose en llanto y haziéndosele un ñudo a la garganta, se bolvió a desmayar, y yo a mirarme en semejante término. Cogíla a tiento la cabeça y las manos, y humediciéndoselas con mis espessas lágrimas, acompañé por largo espacio su sentimiento; hasta que, aviéndose amansado, bolviendo sobre sí, con algunos gemidos se recobro del todo; y considerando sin remedio el sucesso, uvo, mal de su grado, de consolarse y templar sus enojos con mis muchas promessas, con los juramentos que la hize de guardar el secreto y, sobre todo, con los requisitos y cláusulas que la ofrecí, rendido, un eterno y perdurable amor.

Y no parezca a nadie facilidad la mía, pues no á nacido quien hasta aora aya puesto en razón los accidentes de Cupido; unas vezes se aviene con blanduras y alagos, con dilaciones y términos, y otras en un instante rompe, atropella, despedaça y confunde la más abstera y esenta voluntad.

Finalmente, dispuesta la principal parte de la obra, que es su principio, yo me vi alegre; y al cabo de veynte y quatro oras, por la orden que entre salí para San Pablo, tan cautivo, tan preso, como si dos mil años uviera posseído y gozado aquel dichoso empleo; y dexando la silla, acompañado del anciano escudero, llegué a mi casa, adonde, en despidiéndose, fui recibido de mi hermano con la admiracion y desseo que mi ausencia le podía aver causado. Con tanto, sin dar parte del caso, esperé nuevo aviso, haziéndoseme un año los pocos días que passé sin tenerle, y aun sin otro contento que el que me procedía de la contemplación de mis pensamientos, del refrescar en la memoria la felicidad de mis dichas, los internos favores que no escribe la pluma; porque tales extremos, por lo que tienen más de prácticos que de especulativos, anse de celar en el alma, y no entregarlos a la estampa y papel.

IV

Assí passava con tal elevación, tan ageno de lo que ser solía, que ni aun me conocía mi proprio hermano. Preguntava el origen de tan grande mudança, inquiría la ocasión de mi retiramiento, de mis tristezas y silencio; y aunque yo procurava encubrirla bien, no pudo ser muy largo tiempo, porque muchas vezes lo que más desseamos guardar más fácilmente se nos suele perder. Él, por entonces, aunque dissimuló, yo creo que sospechó la causa. Mas en el ínterin, al cabo de seis días, amaneció en mi cama otro villete semejante al passado, cosa que me dexó aún más cuydadoso que la primera vez, por faltar en ésta totalmente puerta, modo o camino con que facilitar aquel encanto, con que allanar la entrada del mensagero que le avía conduzido; porque ni para una mosca se la dexavamos de noche en mi aposento.

Esto, y el vergonçoso alarde que hizo de mis secretos, y el inviolable y grande con que se recatava, la estratagema de mi entrada y salida, la invención de la silla, esclavos y escudero, la

ostentación y adorno de su casa, las ricas colgaduras, los bordados tapetes, y sobre todo aquel hermoso rostro, sus juveniles años, su discreción madura, su profundo silencio, libertad para verme, seguridad para aguardarme, aniquilaban mis discursos y confundían sus imaginaciones; porque forçosamente, viendo la repugnancia y contradicción de tantas cosas, o avía de bolverse loco en su inquisición, o avía de persuadirme que tales sucessos se encaminaban por infernales y diabólicos medios. Y esta sospecha necia ya mi mucha afición la desacreditava y desvanecía. En conclusión, abrí y leí este villete, y su consistencia es la que se sigue:

"No está muy secreto y seguro lo que se fía de papeles. Bien veo esta verdad, soldado mío; mas echo menos tanto vuestra milicia que a trueque de ver hazañas tuyas, la atropellan y vencen los deseos. Falta, por culpa de mi estrella que lo endereça assí, tiempo y lugar acomodado para su execución, y aunque é querido sufrir y padecer tan larga intercadencia, no me á sido possible sin vuestro alivio. Escribidme, señor, consolad mis ausencias con palabras tan dulces y apacibles razones como os dixera aquésta, que sólo por vuestra fe á perdido y cegado, aunque no arrepentido; porque si bien lo que assí se posee y se alcançó tan presto pierde su valor, assí también lo que es tan defendido, con más fervor y aliento se desea y apetece mientras más se conoce y más se imposibilita, como a nosotros, su comunicación. Assí plega a los cielos suceda en vos lo mismo; porque como no puede aver muy verdadero amor sin temor de perderse, assí recelo y lloro que mi facilidad os le ha de aver templado. Mas ¡ay de mí!, que este cuydado y miedo en los principios se avía de prevenir, no al fin de la dolencia, quando las medicinas hazen tan corto efecto; pero no querrá Dios que sea mi suerte tan adversa y terrible, ni vos seréis, mi dueño, tan ingrato y cruel, ni yo tan infeliz; pues aunque raras vezes se acuerda el que posee que recibió de gracia lo que goza y adquiere, este argumento bárbaro no ha de frisar con Píndaro; porque el sujeto noble en más precia y estima los servicios ya echos que no los que consisten en esperança sola, y dar por buenas obras galardón tan injusto aun de los Citas fieros no se deve creer. También, amado mío, recelo sumamente que mis arrojamientos tengan fácil renombre en vuestra discreción; si tal me sucediere, suplícoos, mi señor, que les déis mejor título, y advertid que dos vezes se muestra pródigo y generoso el que sin largos términos o importunas arengas concede el beneficio, y una el que da rogado la merced que le piden. Mas, ¿dónde me lleváis, tristes temores míos? Suspended la corriente, pues ya an salido los dados de la mano. Píndaro, si no basta lo echo para que me seáis agradecido, no ay que esperar otro mejor remedio sino morir, callar y obedecer a la fortuna."

Tal fue el sangriento alarde que las fuerças de amor hizieron en aquel tierno pecho, tales las muestras y señales que dio mi hermosa dama dellas y de su abrasamiento en el papel que é escrito; el qual, si no me dexó más loco y ciego de lo que yo me estava, por lo menos conservó en mis entrañas su perdurable incendio. Considerava absorto mis cortas partes, y por el consiguiente, conociendo que aun siendo muy perfectas eran indignas de parecer delante de quien mostrava tan alta esclavitud, encogiendo los hombros y confundiéndome a mí mismo, magnificando las hazañas de amor, abrí puertas al alma porque no desmayasse con la incapacidad de tantas glorias. Pero en este concurso, no queriendo dilatar su precepto, advertido que por fin del villete me ordenava llevasse al puesto conocido su respuesta, obedeciendo, la escriví y lo puse por obra; y hallando allí emboçado al escudero, se la di y me bolví, porque no sospechasse que pretendía seguirle. Mas porque no ignoréis la menor circunstancia, escuchad el papel que se llevó en retorno:

"Poco sentís, señora, lo que suspiro y siento, pues quando muero por gozar el bien que recibí y anhelando espero, divertís su remedio con más desconfianças y temores que vinieron palabras en vuestra carta. Yo, dueño de mi alma, no tengo ya más vida, ni aun más gusto ni aliento para aliviar mis males que el conocer quán dichoso fui en poder conoceros. De mis sentidos todos ningún otro refugio me á quedado sino éste; todos, señora mía, me an negado su operación y fuerça; todos por confessaros y quereros me an dexado confuso; unos me

hazen más triste que contento, y otros más temeroso que arrepentido; y en tal conformidad, tengo tan grande guerra que, aunque es con mis efectos, huigo de mí y aun dellos, por nunca estar sin vos y en su compañía. Mas ¿dónde yré sin mí, que no me halle con vos? Y ¿adónde yré sin vos, que pueda estar con vida? Pues si me la sustentan mis eternos cuidados es solo por guiarme donde vuestra esperanza me conduce y alienta, y si nunca me dexan sus mortales desseos es también solamente por refrescar mejor a la memoria glorias que no merecen referirse ni ablastarse; si bien mi firme fee puede ser más capaz de recibirlas que de fomentar las sospechas y miedos que tan injustamente me matan y os afligen. Pero ya vuestras cosas tienen, querida prenda, tanta parte en mi pecho, que pueden dar la vida a la misma muerte; y así, ni el verme ausente mitigará su ardor, ni el poseerle siempre templará el desearle un instante solo; ni vuestras desconfianças me harán desconfiado, ni cobarde ni tibio vuestros temores; ni en bien o en mal, despreciado u amante, dexaré de de adoraros y obedeceros; porque así podrá mi alma vivir sin esse cuerpo como podrá mi cuerpo respirar sin vuestra alma."

Con el pequeño alivio destes y otros villetes consolarnos el tiempo que tardó nuestra vista, que no se dilató, pues nuevo aviso —siendo el Iris dichoso de mi tormenta— me hizo prevenir para la siguiente noche. Advirtiome por él el largo espacio que, para mejor comunicarnos, ofrecía cierta ocasión, y que así, convendría escusar a mi hermano del cuidado que tuvo la vez passada. Obedecí tan bien dispuesta orden, acreditando mis sospechas con tan singulares requisitos como cada día experimentava; si bien no era muy imposible que quien sabía mis íntimos secretos supiese, juntamente, que yo tenía hermano y el disgusto que padesció en mi primer salida.

Esperando la de oy estuve tan contento, que aun el más ignorante advirtiera mi inquietud y alborozo. Passó el coche de Apolo su carrera, y aunque sería en su acostumbrado término, con todo, si se lo preguntaran, juraran mis desseos que avía retrocedido por largas horas. Llegó en efecto el punto, la silla, esclavos y escudero emboçado, y en la parte asignada, no dexa tan alegre el mísero cautivo su cadena, el deliquente preso el calabozo, quanto yo entré y me dexé llevar regozijado a aquella alegre cárcel que me aguardava, a aquel hermoso alcaide que, en viéndome debaxo de sus llaves y en su jurisdicción, los grillos que me echó fueron sus dulces braços, y los estrechos nudos y laçadas suaves que estos dieron al cuello, las cadenas fortísimas con que mi libertad, mi cuerpo y alma vivieron presos sus venturosos plaços; no ay cautiverio tan seguro y terrible como es el voluntario.

Siempre los primeros embites del néctar amoroso se admiten con vergüença, se reciben con turbación y miedo; mas quando se continúan, quando en segundos términos se reiteran y brindan, tal ratificación es más estimable. El conocido trato destierra el vergonçoso encogimiento; así me sucedió aora con mi dama, a la qual hallé tan cariciosa, tan alegre, despejada y amante, quanto la vez passada tímida, grave, recatada y abstera. Pude mejor que entonces determinar sus partes, contemplar su belleza y biçarría, y pude juntamente hazer plato a mis ojos de quanto en esta vida pudo alcanzar merecimiento humano. Así, corriendo las horas por la posta, se nos passaron cinco días, al cabo de los quales, porque tan buena suerte tuviese sus azares, un successo impensado uviera de turbar nuestra tranquilidad.

Eran las onze de la noche, fines de Agosto, entradas del Otoño, tiempo en quien suelen congelarse las nubes, enmarañarse borrascas y turbiones súbitos y espantosos. Estávamos los dos tan agenos desto como embeleñados y sumergidos en nuestro ciego amor, quando rompió su profundo letargo un alboroto repentino, y tal, que verdaderamente parecía que desde el mismo centro se arrancaban los últimos cimientos de la casa. Todo era confusión y alboroto, todo bramidos; el viento, los graniços y el agua formavan tristemente una horrible y temerosa consonancia, que, como nos cogió descuidados, el presente delito aun le subió de punto. Mas no ay que encarecer nuestro grave conflicto, luego que en medio deste se nos recreció otro mayor, comenzando a oír unos temerosos golpes que davan a las puertas del quarto en que

dormíamos, tan presurosos y continuos, que juzgando mi dama que se la hazían pedaços, forçada de algun temor secreto, con acelerado espíritu, me dixo:

—¡Perdidos somos, Píndaro de mi vida!

Pero esta voz, tan triste que pudiera desmayar a Jasón, si bien me turbó más que la tormenta horrible con que el cielo se hundía, todavía me dexó con el ánimo que bastó a prevenir parte del daño que amenazava semejante accidente. Cogí todas mis ropas y vestidos dentro de los calçones, y en dos saltos, mientras mi dama partió a escuchar lo que ser podría, abrí con la llave que me dio un postiguillo que baxava por unos caracoles hasta una cochera; y hecho esto, con igual diligencia bolví adonde ella estava, resuelto a no salvarme sin librarla, y halléla que, en vez de ser espía del fracaso, estava con la dueña —que también dormía en el mismo quarto— sin juicio ni sentido lamentándose.

Pedíla se animasse y me siguiesse, y afectuosamente la rogué no causasse con su poco valor la perdición de entrambos; mas ella estava tan desmayada y sorda, que me dispuse a ser Eneas de tal Anquises. Comencé a executarlo, y quiriendo ponerla a los hombros, unas voces confusas y terribles que a la parte de afuera empeçaron a darse, interrumpió la obra y, en lugar de aumentarla, aseguró nuestra gran turbación. Conoció mi dueño que eran de sus criadas, y que de rato en rato, con suspiros y lágrimas, claramente se dexavan entender, repitiendo diversas vezes estas razones:

—Ella sin duda es muerta, sin duda alguna á caído sobre las dos el techo de la cámara. Ea, corred a mi señora y dezilda esta triste desdicha; levantadla al momento, mientras nosotros desquiciamos o rompemos la puerta.

Estas y otras palabras restituyeron en mi dama los perdidos espíritus, bolvieron el rosado matiz a su hermoso rostro. Mandóme que tornasse a cerrar el caracol y que me recogiesse entre las cortinas de su cama; hízelo assí, y abrió sin más tardança, fingiendo dissimuladamente que despertava al mismo punto (¡O fragilidad miserable de los gustos de amor!). Corrieron todas a besarla los pies, y ella, con más gusto y semblante que el caso la pedía, las recibió y agasajó; y en el ínterin, unas la contaron la furiosa tormenta, y otras dixerón su destroço, los daños y ruynas que avía echo en la casa, rompiendo las ventanas, deshaziendo los tejados, arrasando y echando por el suelo cancelos, atajos y tabiques. Y no fue encarecimiento todo lo dicho, nunca se vio en Castilla semejante borrasca; igualmente circundó la provincia por todas partes, tres rayos espantosos cayeron sobre Valladolid aquella noche.

Assí hablando, turbada y temerosa, discurría la femenil caterva, quando dando alaridos crueles, efecto de la nueva que se le avía llevado, vi, por entre los damascos y cortinas que me encubrían, entrar a suspenderla, con una ropa de terciopelo azul, una anciana muger; la qual, en viendo a mi querida, santiguándose apriessa y cessando en sus llantos, se arrojó sobre ella con los braços abiertos, y repitiendo los mismos laços, alagos y caricias, como muger sin juyzio —tanto puede el contento— inventava y hazía otros varios extremos. Era su madre, al fin; parentesco que supe bien sin querer mi dama ni imaginarle yo; porque, si va a dezir verdad, hasta aquella ora —como tenía diversas vezes entendido que su voluntad era encubrirseme— ni yo sabía su calidad y estado, ni si era casada o soltera, si plebeia o si noble, ni como me escribía, ni como me acechava, ni donde era su casa, ni tal fue mi cuydado, ni anhelé por ninguno que no fuesse su gusto, que no fuesse adorarla y obedecerla, pagando con tal resignación su grande amor. Porque, como éste era el centro principal de mis deseos, tiniéndola por mía, injusto fuera apetecer cosas tan acessorias, si bien no fueron pocas las que aora llegaron a mi noticia. Dio fin su madre al amoroso excesso, y tornando a admirarse, dixo:

—¡Ay hija de mi alma, y qué susto tan grande me á causado tu pesado sueño! Los cielos sean en tu guarda, querida, que assí an servídose de mejorar las oras. En un momento oy tu muerte y gozo de tu vida, y un mismo punto á sido para mí infelice y alegre. ¿Cómo te á ydo, consuelo de mis años, en tanta soledad y con tan gran borrasca? ¿Possible es que en medio de su curso reposavas? No lo quiero creer, antes sospecharé de tu virtud que te tenía elevada en el oratorio y suplicando a Dios que librasse a tu primo.

Tales y tan tiernas razones, bien agenas de nuestra ocupación, que assí se engañan los juycios humanos, repetía y duplicava la ansiosa madre, pagándole mi dama (no se si me lo afirme) en desigual retorno; porque su turbación, nacida tanto del peligro presente, quanto del ver abrir los secretos que me encubría, la tenía sin acuerdo; y mayormente (conocíselo yo, no obstante que la incomodidad que padecía, tan sin ropa ni abrigo, me tenía traspasado y aun ageno de tal curiosidad) quando el diablo, que nunca duerme, y la bachillería de una de las criadas por mostrar más su amor y mayor lisonja, dixo:

—¡Válgame Dios! ¿Y qué sería si aqueste torvellino y borrasca uviesse salteado en el monte al Conde, mi señor?

Mas aquí, atajándola, su madre de mi dama la mandó que callasse, y prosiguió, riéndola:

—¡Jesús, que necedad y disparate! ¿Y esso os dexáis dezir? ¿Tal cosa avía de averle sucedido? No se caça a estas oras; discreta soys; bien sabéis consolar. Dexad aquesa plática y idos a recoger, que ya que falta el Conde, yo supliré por él y acompañaré esta noche a mi hija.

Estas razones últimas me atravesaron las entrañas, porque, demás del inminente riesgo, ya mi estómago basqueava con la intensa humedad de los ladrillos. Pensó, en oyéndolas, divertir las mi dueño; mas por muchas que dixo y por más que rogó a la piadosa madre, no mudó su consejo; con que, no atreviéndose a apretarla, uvo de obedecerla, recelando que no cayesse en alguna sospecha. Todas las criadas, temiendo salir a ver relámpagos, ocuparon las sillas, todas se acorrucon unas con otras para passar la noche, y su madre y mi dama en nuestro alojamiento. Solo yo, miserable, en el suelo frío, desamparado y solo, padescí lo que no sabré encarecer lo restante della; ya con grandes dolores, ya sin poder siquiera descansar alentando, y ya por la vezindad, siendo partícipe de las muchas miserias de nuestra mortalidad, porque como la buena vieja salió calurosa de su cama y vino a ver la hija tan ahorrada y sin ropas, u el frescor de la noche o el susto del fracaso hizo en su cuerpo efectos indecibles.

En conclusión, llegó el fin dilatado de la más larga y prolixa noche que experimentaron mis ojos, con que madre y criadas dexaron el aposento y se fueron al suyo, con dos mil bendiciones o maldiciones más y de su hija; la qual, no sin muy gran pena, viéndome que ya no podía mover pierna ni braço, de donde estava escondido, como dieron lugar sus flacas fuerças, ella y la dueña, al cabo de siete oras, me sacaron a luz; y en tanto que con abrigo y ropa recobraron mis miembros su calor estinguido, no digo, por mi honra, en que pararon las bascas del estómago; sólo es fuerça dezir que crecieron sus alevosos vómitos de suerte que convino, para escusar otro mayor desastre, que nuestra compañía se dividiese, y yo, en anocheciendo, me bolviere a mi casa.

V

Llegué a ella temprano, pero tan desfigurado y macilento que cualquiera en mirándome conociera mi daño, si ya los peligrosos passos en que andava no le hiziesen creer otro mayor desmán. No sé si sospechó mi hermano algún grave desastre, si bien sé solamente que, en advirtiendo mi semblante y color, me apretó de manera que fue preciso dezirle algo de mi

sucesso para tratar la cura. Mas no obstante, como él me porfiase, ya dudando en lo uno, y ya dificultando en lo otro, como quiera que ya se avía soltado el primer punto, dando y tomando, se fue toda la media, digo, el secreto que tantos días se avía celado y encubierto en mi pecho. Y aunque para contarle despejé el aposento aun de los mismos átomos, alguno se quedó que, por mi gran desdicha, se lo sopló a mi dama.

A lo menos entonces, creí que hablaba con el diablo; porque el siguiente día, en medio de mi achaque, tuve por desayuno otro papel que hallé donde solía, dándome en el más que bastantemente a entender su disgusto, y aun las más intrínsecas razones con que quiso mi hermano ponderar el riesgo de mi empleo y persuadirme que le diese de mano. Esto último devió de acrescentar su yra y enojo, y assí, no contentándose con amenazas crueles, con injurias y oprobios, con el llamarme pérfido y alevoso, indigno de su amor, quebrantador de mi palabra, violador de su fee, en más de veynte días, aunque estuve muy malo, no se acordó de mí.

Mas como ella me tenía más presente de lo que yo cuydava, y el negocio aun no estava rompido por saberlo mi hermano, mitigada su cólera, que nunca es mas durable en los que bien se quieren, tornó a escribirme menos dura y más blanda, y juntamente, en lugar de la piedra con que venían ligados otros villetes, vino aora a mis manos un precioso joiel en forma de Agnus, orlado el cerco con veynte y seys diamantes, y de tan linda echura, artificio y primor, que pudiera ser joya de un gran príncipe. Ya yo avía, en el discurso de mi amor, recibido otros tales favores y regalos, pero ninguno fue del precio que éste, y assí quedó con el confirmada la paz, y más soldada la interrumpida tregua.

En tal estado andava el concurso amoroso de nuestros pleytos en la audiencia y tribunal de Cupido. Yo anhelando por bolver a enlaçarme, y mi dama sedienta por cumplir mis desseos, y uno y otro en continua esperança de la ocasión que siempre suspirávamos. No ay duda sino que esta devía de ser dificultosíssima, como lo confirmavan las estratagemas y intrincados caminos por donde se guiava, y las diversas vezes que, con encarecerla, avía mi dueño contrastado mi curiosidad. Dezíme ella que si yo le supiera ni arrostrara el peligro en que evidentemente me ponía, ni quiriéndola bien, permitiría que de su parte se atropellassen otros sin comparación mucho mayores; y que este miedo era una de las razones porque la hazían encubrírseme con tan grande cuydado; demás, que la essencial de todas era juzgar de mí que, en conociéndola y en sabiendo su casa y sus salidas, como amante las avía de inquirir, como celoso las avía de recatar y ponerme quiçá, sin poder reportarme, en otros excessos amorosos que, si ya no la vida, la quitassen la honra y opinión. Fuera de que también no presumía de mí que, siendo el fin mayor del humano deleite la jactancia de su participación, sería tan cuerdo que me privasse de sus mayores glorias; las quales, en llegando a este punto, me afirmava llorando que no sería en su mano dexar de convertirlas en muy mortales penas. Porque aunque en la conservación de mi vida consistía claramente la suya, a trueque de vengarse y no vivir infame, se la quitaría por quitármela; lo mucho pierde quien lo mucho no guarda. Assí, considerando aquesto y su grande justicia, me truxo siempre atento y advertido en obedecerla, y nunca desseoso de investigar secretos que la ofendiessen y me hiziessen indigno de su gracia; pero por demás es querer firme fortuna, igual baivén espera de su mano el que llegó a su cumbre tan aprisa; fuerça es que lo que sube o sale de su centro aya de bolver a él, porque muy pocos son los que se hizieron súbitamente ricos que muy en breve no se llorassen pobres.

Mas no á llegado el tiempo de jemir estos males. Digamos aora el que gozamos los presentes bienes, que duraron seys meses, en quien no solas las que ya é referido, mas otras muchas vezes me vi como solía con mi dueño; yo recibiendo tiernos regalos y caricias, y aun, según dixé, cosas de mucha estima, y él de mi mano y boca no más que el reiterarle las promessas y juramentos de mi secreto; porque por ninguna importunación y ruego mío quiso tomar un brinco o cosa semejante. Assí passé gran parte del invierno, embidiándome yo mi propia

dicha, y siempre en continuos temores de perderla; efectos tristes de nuestra natural incostancia.

Sería por la mitad de Enero, quando la escasa luz del Sol, el día que se muestra en Valladolid, conmueve y alborota la gente que sale a festejarle. Fuimos a gozar la ocasión mi hermano y yo y otros dos cavalleros, mas queriendo uno dellos dar antes en la calle de su dama quatro paseos, guiamos todos a acompañarle, interrumpiendo el intento principal. Echo esto, paramos a una esquina, que casi hazía frontera a unos grandes palacios, con cuyo ventanaje eran continuas las rejas y balcones de la dama de nuestro compañero, de manera que haziendo él su festejo, igualmente se podía presumir que los demás cortejávamos las ventanas vezinas, en quien aun pienso que, sin irnos ni venirnos, algunos de nosotros (como en los más avía más barreno que juycio), viendo mugeres moças, también con señas y visages las galantearíamos. Assí gastamos buen rato de la tarde infructuosamente, y fuera toda si, saliendo a este punto un coche de aquella casa grande, y en él unas mugeres, no ocasionaran con su pensada vista el caso que sabréis.

Era la una, según mis camaradas lo encarecieron, de estremada hermosura, y estando yo a esta sazón buelto de espaldas, queriendo que confirmase su opinión, me hizieron, dándome uno del codo y tirándome el otro de la capa, que la bolviese el rostro. Nunca pluguiera al cielo lo imaginara, porque apenas lo hize, quando, por mi desdicha, me hallé de repente salteado, y no menos que de los dulces ojos de mi secreto y resguardado amor, de mi querido y mas precioso empleo que era la dama que salía acompañada de una de sus criadas.

¡O poderoso Dios, y cuánto diera yo por hallarme al presente cien leguas de semejante encuentro, y mayormente luego que conocí que avía quedádose en mirándome muerta! Perdió al instante los colores de rosa, ofuscóse de turbación, cayéronsele de las manos el lençuelo y los guantes, y sin saber si errava u acertava, mandó al cochero que la bolviese a casa.

Ninguno uvo de los que estavan a mi lado que no advirtiese en tan grande alboroto, que no admirase su repentina buelta; cada uno la atribuyó según su voluntad, solo yo, triste, caí, por mi daño, en la cuenta. Juzgué que su disgusto procedía, no del averme visto, sino del sospechoso puesto, compañeros y acciones reprovadas; las quales, como después pareció, todas las presumió en su deshonor. Creyó que por mi orden se abría seguido la silla o escudero, descubierto la casa, revelado el secreto, y que assí las señas y figuras que hizieron mis amigos para que bolviese el rostro eran mis advertencias y jactancias; que no ay bien deleitable si no es comunicado. Quede esto anticipado, porque si bien fue cierta mi sospecha, no es aquí su lugar ni yo pude creer que tal imaginasse de mi verdad y amor; mas engañóme su justificación, y mi inocencia asseguró por entonces el presente cuydado; con que, buscando otros achaques y accidentes que podían aver originado el de mi dama, yo mismo me hize el cargo y descargo, yo mismo fui fiscal y juez, sentencié finalmente en mi favor, di por ninguna, según era razón, la culpa que aun no avía imaginado, y alegre y confiado bolví a mi pecho la perdida quietud.

Fuime con los amigos hazia el Prado, y en el camino, aun sin querer saberlo, entendí que mi dama era prenda y muger de cierto gran señor título y extranjero; supe también que no hazían vida juntos, y supe que por esto la llamavan en la Corte la bella mal casada. Con tales novedades divertí la primera, llegué a mi posada, cené con gusto y reposé contento, y mucho más luego que a la mañana confirmó mi quietud un papel de mi dueño, cuyo tenor es el que se sigue:

"Satisfecho estarás ya, señor mío, de aver visto en la calle, contra mi gusto, lo que tan en tu mano as tenido siempre en mi aposento y casa. Mas ya vino muy tarde el yerro cometido; imposible me es enojarme contigo, no á dexado mi amor parte en que pueda el alma recatar

su pasión. Contentaréme con que, ya que as querido saber mi casa y entender mis secretos, no ayas echo participantes dellos a quien, sacándolos en público, nos eche a perder.

"Tu daño y riesgo sentiré más entonces que el propio mío. Bien creo que no ignoras semejantes finezas, mas no lo querrá Dios, ni tu abrás andado tan mal aconsejado. Pero dexemos aora estos tristes temores, pues la fortuna favorece a los atrevidos. Querido Píndaro, dentro de quatro días avrá ocasión de verte, el cielo me es testigo que no anhela el desseo por otra cosa, ni mi aliento respira quando te tiene ausente; mas no se puede más, sufre y espera, pues tienes en mí quien en lo mismo te acompaña continuo."

Assí dezía el papel; pero yo bien quisiera que mi respuesta la desengañara antes del plazo. Mas viendo que no me davan orden, tuve paciencia y aguardé quatro días, al cabo de los quales, no dos oras de noche, con el contento y alegría que siempre, y aun pienso que mayor, fui recibido de mi mejor empleo, que a pocos lances, con lo que yo le dixé, mostró satisfacerse y desenojarse. Con tanto, no aviendo hasta entonces cenado juntos, quiso que lo hizésemos, favor que encarecí con notables extremos, y muy poco después el mandarme acostar.

Comencé, obedeciéndola, a despojarme de la capa y espada, y desnudárame del todo si un repentino caso no me lo suspendiera. ¡O cómo importan poco todas las prevenciones de los hombres quando el cielo se sirve de atropellar su intento! Un átomo, un cabello, guiado de aquella providencia, desbarata y confunde los más ciertos consejos; dígolo aora porque un liviano y pequeñuelo achaque desentabló y deshizo el riesgo mas seguro que nunca amenazó mi inocente cabeça.

Tenía por entretenimiento y gusto —no es muy nuevo entre damas— la mía en el regazo y manos un perrillo faldero, juguete tan hermoso, que le era compañía en la cama y la mesa. Andava a la sazón este por la sala y alcova, con el regocijo que suelen tales animalejos, saltando y travesando de unas partes a otras, hasta que, llegándose a un aposento, camarín de su ama y alojamiento de la dueña tercera, hallándose, aunque a oscuras, entreabierta la puerta, se entró por ella; mas bolviéndose al instante a salir huyendo, comenzó desde afuera a gruñir y a ladrar y hazer tales extremos, que verdaderamente parecía que con distinto superior me enseñava y dezía ser el cavallo de Sinón aquel retrete. Advertí luego en ello, y no obstante, más por curiosidad que por sospecha, dixé a mi dama que era bien se mirasse lo que ladrava el perro, y diziendo y haziendo, tomé una luz y caminé al intento; más por presto que lo hize, dando ella un rezio grito, se me puso delante, al mismo punto que saliendo tres hombres del aposento embistieron conmigo como furiosos leones. ¡O cuán amargo trago es el de la muerte, y cuán breves discursos se previenen en él! Túvela por certíssima, y viéndome sin espada y casi encima las enemigas armas, y cerca de mis manos a aquella mi cruel y alevosa homicida, solté la luz y me abracé con ella, y aunque se resistió, la obligué con mi fuerza a que fuesse el escudo de mi vida.

Desta suerte, bolviéndola a unas partes y a otras, como por no matarla reprimieron los tres sus primeros golpes, mientras assí se embaraçaron un punto solo, de dos ligeros saltos me puse dentro del camarín, dexando tendida en sus umbrales a mi fiera enemiga, que queriendo levantarse del suelo, aquella misma acción también me fue de ayuda; embaraçáronse con ella temiendo atropellarla unos y otros, y yo, en el ínterin, apechugando con la puerta, llamando a Dios y poniendo en hazerlo el extremo y corage último de mi esfuerço, con un duro tessón al fin le eché un cerrojo.

Todo lo dicho sucedió en un momento, y si bien me sentí herido en dos o tres lugares, como el peto guardava lo principal del cuerpo, no me desanimé, antes, aunque en tinieblas, comencé a arrimar a la puerta quanto encontrava a tiento y juzgava de peso o importancia, para dilatar algun tanto la miserable muerte que ya me amenazava, pues el romper la puerta, siendo los

golpes que para hazerlo davan espantosos y grandes, no podía durar mucho; mas ella era de madera tan fuerte y tan bien assentada, que largo espacio se cansaron en balde. Pero aora, conferido el negocio con mi sangriento dueño, y viendo que este estruendo redundava en su daño, mandó cessar en él por no ser descubierta, y que se procurassen desencaxar los quicios mañosamente.

No sabe tornar a su morada la vergüença que una vez se perdió. Quien tales arbitrios y consejos oía de aquella misma boca que tan poco antes avía escuchado regalados requiebros, ¿qué tal se sentiría? ¿Qué tales juycios fulminaría aora en su pecho de trayciones tan grandes y de inhumanidades tan sangrientas, mayormente considerándose sin culpa porque mereciese tal castigo? No ay duda sino que es la muger el sugeto más blando, más tratable y hermoso de todas las criaturas; parece que los cielos la criaron para alivio y recreo de nuestra humanidad; pero no obstante, encendiéndose en cólera y enojo, viene a tanta locura que intenta cosas que los tiranos más crueles no imaginaron. ¡O cuántos son los daños y los males que an visto sobre sí el mundo y los hombres por su causa! ¡y cuántos testimonios sagrados y profanos califican esta verdad aun desde sus principios! Y si no, adviértase quién tuvo más raras perfecciones, más noticias y ciencias que nuestro padre Adán, y del primer embite le venció la muger. Quién más robusto y fuerte que Sansón, y otra le arrebató las fuerças y quitó los cabellos. Quién más casto que Lot, y sus mismas hijas triunfaron con engaño de su honesto decoro. Quién más religioso que David, y Bersabé turbó su santidad. Quién más prudente y sabio que Salomón, y aqueste inútil género lo enloqueció y perdió tan tristemente. Pues ¿qué me quexo yo deste presente excesso? ¿Qué admiro, que exagero esta trayción inorme? ¿Ay por ventura alguna que escape de sus manos, que su maldad no emprenda, que su malicia no penetre, que su atrevimiento no execute, que su crueldad no consiga? En conclusión, no ay para que cansarme, pues en quanto quisiere obrar, la mujer hallará salida y despiciente. Líbrenos Dios de sus venganças y iras.

VI

Andava yo con tan mortales ansias como ya avéis oýdo trastornando todo aquel aposento, buscando assí a mi vida algún amparo, o por lo menos alguna resistencia que dilatase el fin y le entretuviesse; y assí, aora, metido en tal aprieto, tentando con las manos a unas partes y a otras, y guiado del cielo, quando menos cuydava, di con un escritorio o tocador de plata, el qual quiriendo levantar para también acomularle con las demás cosas a la puerta, apenas lo hize, quando, como en la escuridad qualquier lumbre se reconoce y ve más fácilmente, debaxo dél me deslumbró un resquicio, y tentando lo que era, hallé que, arrancando dos ladrillos y socavando el suelo hasta la bóveda, havia en ella un pequeño gujero, que no estando bien apretado con un pedaço de lienço que le servía de tapa, dava de sí, por aver luz debaxo, aquellos breves y confusos resplandores; y como si al espíritu afligen semejantes desdichas, qualquier sombra del bien le consuela y anima, assí aora me pareció, en viendo aquella luz, que el coraçón y el alma avían resucitado; tanto puede en el grande peligro un rastro de esperança.

Muchas vezes entre las cosas arduas y contrarias resplandece con maior claridad la providencia de la buena fortuna. Assí lo pareció al presente conmigo; quité el inconveniente, destapé el lençuelo y, inclinando los ojos, vi que correspondía a unos aposentos muy grandes, vi que los alumbravan dos velas encendidas encima de un bufete, y vi y oý, bien que sin distinción, que paseavan y parlavan en ellos algunos hombres. No pude conocerlos, ni el tiempo y turbación me concedieron tan atento cuydado, ni el súbito consejo que entonces acordé pedía más dilación; halló el peligro inopinadamente remedio a lo que la razón no pudo dársele.

Avía, según ya tengo dicho, dos ladrillos quitados, y un suelo destes es como media calça, en faltándola un punto toda se vapor él, en faltando un ladrillo todos se pueden arrancar; valíme de la daga y quité quatro o cinco, y por el consiguiente la tierra, hasta igualar las bovedillas. Son aquestas de yesso, y el ordinario modo con que en aquella tierra se fabrican los techos; y assí, quitado su mayor embaraço, a pocos golpes desmoroné la mitad de una bóveda, y como ya en el ínterin la puerta del retrete se iva rindiendo muy apriessa, sin esperarme más, tiniendo ya rompida suficiente salida, aunque estava muy alta y las voces que debaxo se davan y el peligro presente me confundían y turbavan algo, todavía, encomendándome a la Virgen, por entre viga y viga me dexé despeñar. Mucho importa en los tan arduos casos igual resolución, pues por aquesta tal vez avemos visto nacer de la necessidad la virtud y el remedio.

Caý de lado a los pies de una cama, y aunque mi cabeça dio en ella un terrible golpe, los colchones de encima repararon su más sangirenta ruina. Pero no fue esta sola mi mayor contingencia, porque aun no avía caýdo quando me vi rodeado de diversas espadas. Abraçose uno de los que las regian fuertemente conmigo, y fue con esto tan desigual mi última alteración, que ciego de la sangre y de la gran congoxa, aun casi en largo espacio no acabé de advertir ni conocer que quien me tenía asido era mi propio hermano, y sus criados y los míos los que me avían cercado. Turbóme y alentóme igualmente tan impensado encuentro, y el primer movimiento lo atribuyó a prodigio y milagro; hablé y llamé por sus nombres a unos y a otros, y con todo, la misma novedad que a mí me suspendía, embaraço también su conocimiento, demás que lo impossibilitava la mucha sangre con que venía bañado, ya de una herida que traýa en la cabeça, y ya de una estocada que me passava el rostro. Finalmente, entendido el peregrino successo, mi hermano quedó atónito, y yo, considerando que de esperar allí corría mi vida notorio riesgo, pues de un arcabuço podían desde arriba quitármela, siguiéndome mi hermano, salí de casa y atravesé la calle para encerrarme en otra, al mismo punto que, abriéndose las puertas de una cochera que estava pared en medio de mi casa, salían por ella tres hombres rodelados, que, con ímpetu y furia, siendo el cielo servido que no nos viessen, denodadamente se arrojaron por mi posada. Entraron en mi cuarto, y escudriñándole, enmascarados, y no hallándome, se bolvieron por donde avían venido; que, bien conjeturado, sin dilatarlo mucho, conocí claramente que era la misma parte por quien me metían en la silla los negros y escudero.

Rebentávame entonces el corazón dentro del pecho mirando tales cosas, y aunque desangrado y aturdido del golpe y la caýda, no obstante, si mi hermano no me lo resistiera cuerdamente, fuera escusado el dexar la vengança para otra coyuntura; mas echara un desastrado lance, porque, como después supimos de los criados que quedaron en casa, parece ser que acompañaron su atrevimiento y temeridad con tres pistolas.

Con tanto, aquella noche me alojé en la posada de un amigo, adonde fui curado, y adonde, sin poder sosegar, passé quatro o seys días, tan acossado y lleno de diversas congojas, que si no las templara el fin de mis amores infelices, pienso que hallara el alma en breve término franca y fácil salida por los golpes y heridas de mi cuerpo. Disculpe este dolor el abrassado amor con que era adorada de mí mi bella ingrata, pues para que se entienda su vigoroso esfuerzo y mi mucha terneza, aun aora, en medio de la sangre, en medio del peligro que ocasionó su mano, en vez de aborrecerla, procurava disculpar su rigor y desvanecer su maldad con lo aparente y verisímil en que fundó mi culpa y sus sospechas, si bien fueron aquestas con la inocencia de mi parte que avéis notado. Y assí, entiendo por cierto que no tan solamente ella me libró del peligro, más juntamente cegó el juicio y los ojos de mi dama para que errasse el modo y se desentablasse su injusta y alevosa vengança. Pues es bien llano que si la dispusiera al traerme en la silla, viniendo yo con tan mortal descuido, o ya en la calle, o ya dando conmigo en el río, o en algún despoblado, me pudieran a su salvo matar; mas ella no se atrevió, sin duda alguna, a fiar de dos viles esclavos. Temió algun contingente, o descubrirse el caso, y con esto, abraçose al consejo más secreto y seguro, como realmente lo era, acabarme en la cama,

en el primer sueño, y enterrarme después sin ruydo ni escándalo, adonde no fuesse hallado eternamente.

Pero dispúsole mejor la piedad divina, de quien dixo el profeta que entre las cosas mas perfetas y grandes que puede contemplar nuestra mortalidad, ninguna es en sus obras más ilustres y notable que su misericordia, pues quando esta se sirve de dilatar sobre sus criaturas, no ay fuerça poderosa, no ay invención humana, no ay astucia diabólica que llegue a su señal determinada; todo queda frustrado, todo desvanecido y sin effecto; mas ¿qué podrá offender a quién ella le ampara?

Bien patente quedó con aqueste successo la ocasión que en mi dama originó el principio de su amor y mi conocimiento, pues en viendo el gujero que caía a mi aposento y cama, estava claro su desencanto y sabido el camino por donde me venían los billetes, por donde se advertían mis acciones y se escuchaban mis pláticas. Cosa que algunas vezes, según ya he dicho, atribuyó mi confusión a echicería. En effeto, aquel breve resquicio, echo por su curiosidad o por otros respetos, puso mi persona en sus ojos, y la continuación de su vista, su ociosidad, su privación de gusto, y el corto que tenía con su esposo —quiza culpa de todo—, en su pecho y entrañas el apetito y torpe liviandad que ella calificava con título de amor; pero provado está que no merece tan honroso renombre, porque aunque diga Séneca que son muchos aquellos que amando matan y offenden a la cosa amada, imposible parece su decreto; no es creyble que adonde ay fiel amor aya injustas venganças, aya alevosías y traiciones.

Continuávanse aquéstas, y temiendo sus asechanças engañosas, no bien convalecido, aunque más consolado, traté con gran secreto ponerles tierra en medio, ausentándome. Era mi hermano deste mismo consejo, y assí, dexándole al despacho de nuestras pretensiones, con un solo criado lo executé y me puse en camino, y hallando un coche de retorno para Madrid, aunque estava occupado de dos señoras y una donzella y paje, si bien ya yva aborreciendo tan peligrosas compañías, por encubrirme más, y no pudiendo menos, uve de entrarme en él y seguir mi derrota.

VII

Como los cielos están en un continuo movimiento, assí las cosas humanas inferiores parece que los siguen rodando juntamente con ellos, pues vemos que nunca permanecen en un estado y ser. Testifica bien esto la variedad inmensa de mis successos, la incostancia notable del discurso y progresso de mi vida, que, escapándola, no sin favor de Dios, del passado peligro, si goço un corto espacio tranquilidad y gusto, fue, como siempre, para con nuevo aliento poder atropellar otros innumerables que la están esperando.

Cinco días gastó la tardança y flema con que caminava mi coche en llegar al puerto de Guadarrama, que con el nombre de Montes Carpetanos haze raya y divide las dos Castillas. Pero para subirle con más comodidad, tomamos, según es la costumbre, cavallerías de jamugas y sillas, unas para nosotros y otras para las tres mugeres que conmigo venían, las quales, digo, las dos señoras, eran madre y hija, aquélla de cinquenta años y ésta de quinze, mas muy bella y graciosa y, sobre todo, de estremados cabellos. Son estos la más hermosa parte de la muger, o ya porque primero ocurren a la vista granjeándola, o ya por ser vestido y ornamento del miembro principal, que es la cabeça. Y aunque aora otras menos escarmentadas que la mía pudieran precipitarse con tal cevo, todavía, las frescas cicatrices de sus heridas la tuvieron constante, y tan advertida, que aun con averse ofrecido en la jornada diversas ocasiones y lances no para desechar, ella y su dueño las divirtieron y despreciaron. Mas ni esto basta adonde ya una vez se dio entrada al amor, y mayormente fomentado con la

continuación del hablarme y verme, y la frecuencia de los muchos regalos que yo, más por mi cortesía que por otros intentos, vine haciendo a la dama y a su madre todo el viage. Pero demos conclusión al presente, que su ocasión vendrá en que aquél tenga fin.

Digo pues que, aviéndonos apeado del coche, que tomó otra vereda, nosotros, a cavallo, desde el Espinar proseguimos endereçando al puerto. Era, aunque a los primeros de Março, el sol tan apretante, la tarde tan sin viento, que en breve espacio de la calma y el polvo nos hallamos vencidos. Yvan sedientas las mugeres, y los hombres abrasados y muertos; y assí, dándonos priessa por mitigar la sed, hizimos alto en la venta que está al subir de la cuesta, y entrando en ella de tropel, como ývamos, pedimos más alegres agua y vino para refrigerarnos, a un hombre de pardillo que sesteava encima de un escaño. Parece ser que era aquél el ventero, la demás de su gente majava lino en unos trascalles; mas ni aquélla salió, ni éste se levantó, aunque oyó mi demanda; antes, dando un resuello y dos o tres bostechos, con la voz de un berraco, nos dixo:

—¡Por Dios, que traen gran prisa! O báyanse o esperen.

—No nos dexa la sed, ni el calor lo permite —le respondí, riéndome—, despachadnos, hermano, que no venimos para tan larga sorna.

—Hermano sea el de Judas —replicó el venterón— ¿y ia tan presto quería que uviésemos enparentado? ¡Voto al sol!, que estos ninfos muñecos de la corte piensan que en viendo al hombre con un gaván de paño, no ay más de ermanar y echar el vos redondo; pues juro a san... y callo, que no somos judíos ni advenediços.

—Ni yo imagino tal, amigo mío —bolví a dezirle, casi medio enojado—. Dexaos dessas quimeras y dadnos lo que os pido.

A esto me respondió si tráyamos plata, y yo, con mi paciencia, le enseñé un real de a quatro; con que, en viéndole al ojo, començó muy despacio a levantarse, dio en mal ora algunos espereços, y después, mirándose al capote, una a una fue limpiando de encima algunas pajas, cosa en que devió de estarse un quarto de hora, y tan poco a propósito como lo repugnava nuestra sed y cansancio; pero esta gente, más rústica y más bárbara que la de Terranova, ni tienen piedad ni compassión, ni del humano ser más que la sombra. Pues, ni aun paró en lo dicho su villanía, aun presumió irritarme por otros modos. Entró en un aposentillo, y al cabo de media hora, que devió de gastar en cercenar medidas y bautizar a Baco, saliendo con un jarro, bolvió a medirle en otro, con tan estraña flema, que ya, aunque tarde, acabé de entender que lo hazía adrede, burlándose de todos el malicioso villano. Pero no obstante, aun tuve sufrimiento, si bien solo le dixé:

—Hermano de mi vida, basta la burla un poco; despachadnos apriessa, que se nos passa el día.

Mas ¡qué eché de mi boca! Apenas oyo la palabra hermano, quando pagué el descuydo; y, sin mirarme a la cara, cogió el vino y medidas y me bolvió las espaldas, repitiendo entre dientes:

—¿Otra vez soy hermano? Pues juro a Dios que á de beber el lindo donde bevió mi mula. ¿Qué sentiría mi pecho viendo tan descarada desvergüença? Yo confieso que, aunque por no travarme con tal persona quise dissimularla, me venció la pasión y el disgusto, y aun la lástima de las que me miravan rabiando de sed. Arrojéme del macho, y ya sin sufrimiento, corrí tras del ventero con la espada en la mano; pero apenas miro reluzir la de Juanes, quando dexando el vino apretó hacia el corral. Mas siguióle mi cólera y, sin dexarle un punto, le obligó a que saltasse por las bardas; y hiziera yo lo mismo si las voces y gritos de su muger y unos pequeños niños, que se me echaron a los pies, no lo impidieran. Salí al fin a mi gente, y

dándola de beber, pagado el coste, bolvimos al camino, santiguándonos y maravillados del successo.

Esto passó en la venta, y dexándola atrás, començamos desde ella a subir el nombrado puerto. Pero es tan intratable, y su cumbre tan alta, que en una ora no pudimos vencerla; si bien, antes de azerlo, otro mayor inconveniente dificultó su empresa. Fue éste el que sabréis aora.

Serían las cinco de la tarde, casi al ponerse el sol, quando un tercio de legua de lo alto ývamos uno a uno, porque la senda no dava más lugar, subiendo en forma de processión la cuesta arriba, y yo muy desseoso de llegar a Guadarrama, por el buen ospedaje que me aguardava en ella, en casa de un amigo que governava entonces el Real de Manzanares. Mas podríase dezir, por la presente cuenta, que uno pensava el bayo y otro el que le ensilla. Bien diferente alvergue presumió prevenirme la contraria fortuna.

Haziendo iva yo con mi compañía semejantes discursos, quando, saliendo de detrás de una pena, a tiro de ballesta, se me pusieron delante a caballero dos hombres de no mala estatura. Traían entrambos dos chuços en las manos, si bien luego al principio creí que eran escopetas, y sin hablar palabra, en llegando más cerca, començaron juntos a disparar torvellinos de piedras. Milagro fue evidente que esta impensada lluvia no cogiesse a ninguno con su graniço; vi el peligro notorio, y aunque siempre quando es tan grande suele faltar consejo, con todo, le tomé y, sin mayor tardança, mande que se apeasse mi compañía. Y llevando los criados y yo las cavalgaduras por delante, haziendo escudos dellas, pudimos resistir el ventisquero, no obstante que ya uvo pelota que hizo bolar sin alas uno de los rocines. Los demás, bamboleando con los furiosos golpes, que quisieron que no, nos fueron amparando, hasta que emparejamos, no sin grande trabajo. Pero entonces, en viéndome a la iguala, conocí que era el uno de los salteadores el honrado ventero. Crescióme en su maldad el ánimo y esfuerço, y assí, rabiando por vengança, le embestí, aunque ya me esperaba con el chuço. El otro, en tanto, acometido de los criados, continuó su pedrisco; pero aunque me previno con un gran pelotaço, no interrumpió por esso el juntarme con el infame ventero.

Arrojóme un chuçaço, eché afuera la punta, y en aviendo ganádosela, de un salto le rompí un gеме de cabeça. Perdióse luego de ánimo, y dando grandes gritos puso su remedio en las plantas; corrió un buen trecho, y sintiéndose algo lexos de mí, saco una baretilla del tamaño de un palmo, y subiendo encima de una peña, levantó el bramo y començó a apellidar la justicia de la Santa Hermandad. Mirad si esta señora es servida de ministros honrados, a un ventero ladrón, salteador de caminos, le haze su quadrillero para que el mismo efecto que avía de castigar sus robos y maldades sea el pretesto y capa de éste y otros delitos. Pero baya con Dios y sea como mandare, que por lo menos no importó su reclamo por aora.

Avían los criados en el íterin corrido al compañero (¿quién duda que sería su semejante?), y assí, en bolviendo a mí, temiendo mas frajelos, siguió el trote tras dél por entre aquellos riscos; con lo qual, no poco fatigado, proseguí a Guadarrama, adonde con mi atribulada compañía, por el encuentro dicho, uvimos de arribar muy de noche. Tarde nos pareció nuestra llegada, pero aunque lo fuera más no perdiéramos cosa, porque, si no lo avéis a pesadumbre, el regalo y descanso que halló nuestra calamidad y molimiento fue un golpe de villanos que nos esperavan a la puerta. Los quales, en entrando, nos rodearon por todas partes, diciendo a voces que les rindiésemos las personas y espadas.

No era para burlarse la demanda, y como la passada nos traía recelosos, menos razón nos alterara. Temí y pensé que esta era la vengança del ventero, y no queriendo morir a sus rústicas manos sin defensa, apeándome, al punto la comencé a disponer con despejo y ánimo. Mas no lo uve intentado quando los cautelosos aldeanos levantaron el grito repitiendo:

—¡Favor al Rey! ¡Justicia, resistencia!

Con que, en un momento, no quedó a su bramido persona de diez años arriba que no acudiesse, ya con lanças y espadas, ya con palos y piedras. Bien cuydé que de esta hecha pagar a mi cabeça los pecados antiguos y modernos; pero con todo, sin passarme por la imaginación que fuessen diligencias de justicia, tomando de dos saltos la primera casa, assegurando las espaldas, me resolví a no venderlas tan barato.

A esta hora los gritos que se devan atronaban el cielo, y mis pobres mugeres, presas y maniatadas, eran despojo injusto de los ministros, mientras su criado y el mío, cayendo y levantando, dilatavan lo mismo. Encarniçóse la turbamulta en ellos, y aquel estorvo los hizo que afloxassen conmigo; y assí, hallando lugar, escabullí, corrí y bolé por aquellas calles, hasta que cerca de la plaça, viendo que de una casa grande salían algunas luzes, guié hazia ellas; mas tan desatinado, que primero atropellé dos hombres que me pudiesse detener; y al fin, quando lo hize, fue cayendo entre los pies del uno, que luego al punto se arrojó sobre mí y, pidiendo a los demás ayuda, en vez de dárme la y ampararme en su casa, me asió muy fuertemente y me dexó sin espada ni daga.

Quedé perplexo viendo seguirse assí, una tras de otra, tantas desgracias; realmente que, si dezirse puede en alguna manera, crey que todo el pueblo estava conjurado y lleno de demonios contra mí, y muchas vezes, para más persuadírme, me vino al pensamiento si era este caso vengança redundante de la echicera vieja de Castilleja. Finalmente, casi tuve por cierto que algun secreto encanto obrava en mí esta noche; creyéralo sin duda, tal me tenía el successo, si aquel agarrador cuyas uñas me asian, pidiendo aora que acercassen las luzes, no me sacara con su vista de semejante disparate y erronía; pues por lo menos en ella conocí que estava delante de la mía aquel amigo grande que, según ya advertí, governava el Real de Mançanares y avía de ser mi huésped aquella noche.

Pasmé en mirándole, y él, haziéndose cruces, acrescentó la admiración de los circunstantes, siendo mucho mayor quando, abraçándonos, advirtieron nuestra estrecha amistad. Hablámonos alegres, y sin más dilatarlo, le fui dando razón de quanto nos passava, assí en el puerto como allí y en la venta. Cosa que, aviendo oýdola, le dexó más atónito, y no porque la ignorase del todo, sino por la siniestra y contraria relación que le avían echo della. Era preciso que la supiesse yo, y assí me refirió como, aviendo llegado poco antes muy mal heridos el ventero y el otro, dieron ante él querella de nosotros, en la qual delataron que éramos tres rufianes que con otras tres moças, albergando en su venta y comiéndole medio lado, nos avíamos querido escapar sin escote; y que porque él y su colega salieron a rogarnos que pagásemos, les dexamos por muertos y les pusimos en semejante estado. Mirad si el señor venterón pudiera ser maestro de qualquier tropelía, u si acertara a disponer el caso más en derecho de su dedo el mismo Bártulo.

Ya no ay villanos en Castilla la Vieja, la freqüentación de cortesanos, digamos Caçoleros y Ballenatos, corrompió sus costumbres, trocó su original simplicidad en malicia ycautela; todo al fin lo previerte el vicio, el uso, el tiempo y la mala vezindad. Y assí, no es mucho aora que en Guadarrama hallase yo la suya tan contraria con semejante información, ni que tampoco su juez, irritado con ella y ageno de la verdad, avisado al presente de nuestra resistencia, saliesse a remediarla y a poner en efecto nuestra prisión. Si bien, el averla antes ordenado tan mal como avéys oýdo, mejor pudiéramos llamarla salteamiento; porque llegar de noche y de repente, en parte sospechosa, sin luces y sin vara de justicia, y sin dezir que nos tuviésemos a ella o al Rey, como es costumbre, más pareció ocasión cautelosa para que assí se acreminasse nuestra causa, que buen desseo de executar su officio. Advírtase esta traça, porque es muy ordinaria en los ruines ministros. Pero no tuvo aora efecto su maldad, contradíxola el cielo y libró a la inocencia; y adonde pensaron los villanos tener cierta vengança, tuvieron el castigo.

VIII

Estaba ya mi gente en la cárcel, mandó sacarla al punto el Governador y que la truxessen a su casa, y en su lugar, heridos y emplastados, quedassen el ventero y su amigo. Mas no ay consuelo que se iguale al que tuvieron las dos señoras, la donzella y criados en viéndose conmigo, porque, como ignoravan lo que me avía passado y el caso era capaz de mayores sospechas, temieron y lloraron que las traýan a dar algún tormento. Mas éste redundó sobre los que eran causa de sus lágrimas, pues el siguiente día, aviéndonos la noche regalado y agasajado grandiosamente, antes de la partida nos recibió los dichos, y vista su sustancia, sin darles largos términos, condenó a los dos presos a galeras y açotes.

Harto pedí, rogué e importuné para que no se pronunciase tan pesada sentencia, porque el hombre de bien deve pagar los males con buenas obras; mas mi piadoso intento paró en solo el deseo. Pedía el delito semejante rigor; por una parte los juramentos falsos le agravavan, y por otra, le hazía terrible y capital el avernos salido al camino. Considerando aquestas circunstancias, no quise que mis ruegos ni las importunidades de las damas torciessen la justicia y obligassen al Governador. Estimé summamente su entereça, porque el juez que admite ruegos u se dexa llevar dellos y de las dádivas, impossible es que se adorne de aquésta, o que por lo menos escape u de ingrato u de injusto; ingrato si no haze algo por el que le obligó, y injusto si lo haze contra justicia. En conclusión, por no hallarme presente a su execución, tracé luego el viage y, despedidos, llegamos a Madrid la misma tarde.

Eran las dos señoras de aquella villa, y sabían que avía de reparar allí, porque temiendo no siguiesse mis passos el sangriento desseo de mi dama, no me atreví a passar a una aldea en quien vivía mi madre, y en quien mucho peor podría encubrirse mi persona. Por esta causa, agradecidas a mi buen agasajo, aunque lo resistí con harta porfía, fue la suya maior para hospedarme en su misma casa. Uve en efecto de rendirme a su importunación y cortesía, si bien muy cuidadoso de la afición y exceso que la hermosa Julia —llamávase assí la dama moça— mostró en la solicitud de mi resolución.

Raras vezes venció tales porfías la ardiente juventud; mas en la mía prevalescí el temor del reciente fracaso, la memoria de otra igual desventura como la que tuve en la corte y, sobre todo, la noble confiança que su madre libró en mi proceder; razón que no admite contraste en ningun hombre de honra. Con este presupuesto firmíssimo, pude dezir que viví seis meses en una continua y permanente guerra. Yo era centinela de mis ojos, adalid de mis passos, guarda de mis sentidos, siempre huyendo el encuentro, siempre alguna celada, y mayormente que no me hallasse a solas la ocasión. Pero el ciego rapaz vio más que mi cuidado, y estuvo en poco que no atropellasse mi justa resistencia.

Dormíamos mi criado y yo en unos quartos baxos, Julia, su madre y criadas en los más altos. Fingióse enferma un día de fiesta, y mientras su madre y la familia estavan en la iglesia, mi sirviente en la plaça, cierra las puertas ella y arrójase por las de mi aposento con un faldellín solo y en mangas de camisa; y para assegurar mi rendimiento, tendidas por los ombros las más ricas madexas de oro fino que vio el Tajo en su arena, ni el Arauco en sus minas. Assí la vi casi sobre mi rostro, quando sus blandos passos quebrantaron el reposo del cuerpo y pusieron con tan hermosa vista en no pequeña turbación mi alma. Confieso que me quedé arrovado, y tanto más afligido quanto advertí más el peligro y vi que, según mi determinación, no podía escapar dél, menos que desengañando sus intentos; cosa que a vezes suele aumentarlos y crescerlos, si ya no precipita a mayores desórdenes. Hablóme Julia, sentándose en mi cama, y yo, dissimulando su pasión y la mía, alegre la escuche. Dixo:

—¿Que ay que dudar, soldado de mi vida, sino que ya en tu pecho se me abrán condenado estas acciones atrevidas, impropias ciertamente del natural honesto tan ageno a nosotras? Pero la misma causa, mientras me ofende más, más te deve obligar y mas se deve agradecer el

despreciarla. Tú, señor mío, la ocasionaste con tus ojos, y con tus desdenes y descuydos añidiste a sus llamas mayor incendio; ten compasión de mí, pues yo no la tengo por tí de mí, ni de mi honra.

No pudo, o no la dio lugar su llanto o su congoxa a passar adelante; comenzó tiernamente a derramar mil orientales perlas de sus ojos, y yo del pecho varios concetos y razones con que templar su fuego y divertir su pena. Estaban en mi idea tan fixas y presentes las engañosas ansias, los fingidos desmayos, afectados suspiros, lágrimas y embelecocos de mi cruel ausente, que fuera por demás, estando en mi entero juyzio, presumir enlaçarme de nuevo los encantos de Circe, quanto y más las palabras sin término de aquella rapacilla, a quien más incitava la poca resistencia que hazía a sus desseos, que el verdadero amor, que ni avía conocido ni aun experimentado. De otras partes y medios se engendra éste, primero echa profundas rayzes, forma cimientos hondos, que se advierta su fábrica. Desde que entré en el coche, miré y fui visto della, sin otra intermisión, advertí sus desseos; luego al punto me descubrió su facilidad y cuidado; no convenían a tan frescos escarmientos tan ligeros empleos. Assí aora, por no desesperarla, aunque la di a entender mi desengaño, todavía, con ambiguas razones dexé abierto un resquicio a su esperança, díxela:

—Julia mía, aunque mi buena dicha es la mayor que nunca tuvo hombre, pues, trocadas las suertes, lo que deviera hazer contigo el más bello y gallardo, esso mismo contemplo executado en mí por tu graciosa boca; todavía, gloria tan grande, y de que mi humilde pecho se conoce incapaz de merecerla, no puede dexar de templarse mucho, conociendo que lo mismo que tanto me ha obligado a servirte, esso mismo me ha de forçar a tenerte respeto. Justo es, señora, que pague quien tanto á recebido en moneda y valor que satisfaga tal deuda; conservarte con honrra, guardarte casta y limpia es lo que toca a mi fiel correspondencia; si otra cosa emprendiesse, de ingrato y torpe se me pudieran dar iguales títulos; esto es tenerte lástima, esto es tenerte amor. Séame lícito que no imite a Jassón ni a Tesseo en el hospedaje, y séate lícito que, como aora te contemplas ardiendo, te consideres juntamente gozada y mal correspondida, como se vieron Ariadna y Medea, pues todo te puede suceder y remediarse aora en tan frescos principios. No fíes en los gustos que te prometen éstos, porque el descubrimiento y amargor de sus fines es mayor y aun más cierto. Yo, señora, precisamente te é de dexar mañana, ausentándome; y tú, forçosamente, as de quedarte sola, más encendida, más ayrada y enojada conmigo; pues más quiero perder este contento momentáneo que tu gracia y amor. Este es mi último parecer, abráçate con él, u obligárasme a que dexe tu casa y mi comodidad porque tú no te olvides de tu honra.

Aquí llegava yo, quando escuchando Julia tan desigual salida a su propósito, pensó quedar sin vida; enmudeció por grande espacio, mas en passando el primer accidente, abalançándose desatinada sobre mi pecho, con nuevas réplicas, bolvió a poner su intento en contingencia, y mi perseverancia y temor en mayor peligro. Dixo:

—¿Qué es esto que te escucho, ingrato Píndaro? ¿Possible es que correspondes dessa suerte a un prodigio de amor tan peregrino? ¿Qué desdén, qué desprecio tan ageno de tu generosidad y cortesía es el que triste veo? ¿Cómo assí degeneras en lo que debes, si no a tu estado y ser, a tu edad floreciente? ¿Tan agena estoy della, tan largas canas peyno, tan poco apetecibles son mis años, y mi sugeto, tal qual es, merece ser estimado en tan poco? Mal conforma tu gentileza y brío con tan tibia respuesta, mal tu donayre y gracia con tu severidad. Si eres discreto y sabio, ¿por qué pones mi vida en tal desesperación? Si eres cortés y humano, ¿por qué no amas a quien te adora? No es esto, o noble Píndaro, lo que de ti esperava. Mira, señor, que muero si no me favoreces; fácil es el remedio, crueldad es el negármele. No temas, si algún secreto amor suspende tus favores, que jamás los rebele si fuere digna dellos, llano es que no querré afrentarme. Ea, bien mío, no te muestres tan áspero; si no bastan a moverte estas tiernas razones, estos suspiros abrasados, ablándente, a lo menos, estos ojos convertidos en fuentes, enternesca y derrita tu coraçón elado el fuego ardiente que está abrasando el mío.

Mas ¡ay de mí! ¿qué risco abrá tan duro que ya no uviera mostrado sentimiento? ¿qué bronce empedernido que no se uviera ya enternecido en esta fragua? ¿qué Caribe o que fiera que no se uviera ya domesticado? A los incultos bárvaros del mar no conocido pensara que pudieran mudar y reducir mis lágrimas; perdida soy, pues tú no las precias y estimas. Aparta, arroja desse espíritu dévil el yelo que te enfría, desháganlo las encendidas llamas que consumen mi pecho. Vesme aquí, señor mío, a tus pies rendida; mira que muero ardiendo por tu causa; la voz me falta ya y las fuerças se postran y debilitan. No puedo más; si en lo que te suplico no quieres, Píndaro, conformarte conmigo, oiga yo de tu boca una sola palabra que me consuele, y quizá templaré el impaciente fuego de quien me veo vencida.

Por cierto maravillosa y nunca oýda fuerça de un loco amor, de un torpe y desordenado desseo. Assí llorando, concluyó sus razones y suspendió las mías la enamorada Julia. Si bien, aunque me vi tan apretado —presente y fresca en mi alma la reciente desdicha, vertiendo aun sangre las injustas heridas de aquél mi indigno dueño, viva en mi entendimiento su memoria, y siempre temeroso de otro igual accidente, de otro empleo semejante—, forcé mi inclinación, opúseme de veras a su fiero apetito, morijeré sus llamas, templé su ardiente sangre, y con resolución más que de hombre, determiné del todo escusar el peligro.

Hize muestras, vistiéndome con prissa, de querer ausentarme y dexarla, como el casto Josef, mis ropas en despojo; quise sinificárselo, mas apenas lo intenté, apenas, sospechándolo ella, colérica y ayrada me presumió cerrar la boca con sus manos, quando dichosamente, llamando mi criado a la puerta, me sacó dellas y de tan grave riesgo. Mudó Julia la oja, y siendo fuerça interrumpir la plática, antes de abrirle se despidió, diziéndome:

—No te vayas, señor, que yo procuraré obedecerte y mitigar mis ansias.

Prometíselo assí, fuesse y dexóme atónito y aun descompuesto; y luego, con mi criado, sin otra dilación, comencé a disponer el irme con mi madre.

IX

Hurtar el cuerpo a ocasiones tan fuertes es el remedio que solo puede vencerlas; pero las dificultades y contingencias de los tiempos dan muchas vezes leyes a la naturaleza. Assí, aunque el hazer ausencia fuera muy conveniente, por otra parte, embaraços precisos la suspendieron muchos días. Escrivióme mi hermano que estava de camino y con el buen despacho de mi ventaja; uve, al fin, de esperarle; y en tanto, contemporizando con la dama, divertí sus desseos y aun mis peligros con passar las más oras y días fuera de casa.

Este retiramiento y mi mucho cuydado fue poco a poco, según mi parecer, templando su furor; mostrávalo assí Julia, con grande gloria mía, quando una noche éstas, viniendo recogíndome tarde (sería muy poco menos de la una), sólo con mi espada y broquel y atravessando desde la morería las principales calles de aquel gran lugarón (era mi posada a San Luis, y preciso el cruçar por la Puerta del Sol), pero aun con ser tan desora, la claridad hermosa de la luna dava bastante luz a las tinieblas, y assí, desde que medié la calle de las Carretas, pude divisar en la plaça dos bultos que parecían mugeres. Túvelo a novedad por la saçón y el puesto, y curiosamente, deseando acecharlas, me fui incorporando con las paredes hasta que, passo a passo, sin perderlas de vista, llegué hasta los cajones de las fruterías. Pero sintiéndome a este punto, y metiéndose entre ellos, se me desaparecieron. Acordóseme entonces el camino de Coria, y temiendo otro tal, quise acabar el mío; mas el mismo motivo que allí induzió a mi camarada don Francisco, venció aora mi cuydado y recelo, mayormente siendo el presente en lugar tan seguro, y aquél en un desierto; éste en el centro de Madrid, y aquél en escampado y una legua de Sevilla.

Di principio al buscarlas, y en su empresa rebolví los tablados y las mesas, no dexé piedra sobre piedra que no bolcasse en todo aquel quartel, mas fue escusado. Juzgué que se abrían encerrado en alguna casa, y sin más detenerme guié a la mía; pero acordándoseme entonces que no avía escudriñado los cajones, bolví a tentarlos todos por de dentro, y no saliendo vana esta diligencia, casi en el último sentí blandura y gente. Quiso callarse aquésta, y aun sufrir algunos conteraços, pensando que yo me cansaría; mas engañóse, porque si bien al cabo de un espacio començó a lastimarse y a llorar una muger, pidiéndome con encarecimiento que la dexasse, no lo acabó conmigo, antes me hizo que metiesse las manos y, no mucho cortés, topando unos andrajos en vez de saya, tirasse della y sacasse arrastrando a su pobre dueño, que era, si por bien lo tenéis, una gitana. Traía ésta desgreñado el cabello, y en las manos no sé qué baratijas, que luego al punto dexó caer a mis pies; pudiera investigarlas, pero el preguntarla qué hazía divirtió mi desseo. Al principio, con mentiras y enbustes, me entretuvo ronceando, mas en viendo que se las entendía, y que la amenaçava con la justicia, hincándose de inojos en el suelo y desviándose un poco del cajón, me pidió la escuchasse. Dixo:

—Pobreza, señor mío, y el tener a mi marido en un gran trabajo, me haze andar en tales passos; busco en ellos mi vida y el sustento de quatro criaturitas, esto los puede disculpar. Sabréis, señor, que tiene una donzella como un ángel, que es la que me acompaña, voluntad a cierto hombre; mas por más adquirirla y para obligarle mejor a que se case con ella, ignorante de lo poco que valen nuestros embelecocos y máquinas, me ha pedido remedio, y yo, engañándola, y por sacarle alguno que temple mis lacerías, se le é ofrecido; si bien, como é apuntado, ni se le puedo dar, ni sé otro echiço que el de mis tropelías y quimeras, con las quales la voy entretiniendo, ya con varios enredos, ya con varias salidas que á emprendido conmigo hasta esta encrucijada, en quien la é persuadido que consiste, a ciertos términos, el tomar punto fijo para la conclusión de sus deseos. Todo á sido embeleco, mi aventura es aquésta; por Dios y por quien sois os ruego que no me hagáis más daño que el que se me recresce de mi necessidad y desventura.

Calló con esto la embustera gitana, y yo, sin responderla, no teniendo por nuevas sus engañosas traças, passé adonde, aunque lo resistió muchíssimo, sacándola por fuerça, hizo patente el rostro la donzelleja amante. Quiso encubrirle con la toca, quitésela de encima, tapóse con las manos, porfié con las mías, y en fin, aunque más lo escusó, yo conocí, ¿a quien diréis? A Julia. No era el hallazgo menos, Julia, la hija de mi huésped, cansada de esperar y de sufrir mi tibia correspondencia, era quien pretendía por medios tan indignos granjearla. Turbóme tal successo, no tanto por el riesgo presente, quanto por verme en el amenaçado de otros mayores. Quando la muger se determina, no ay maldad que no intente, nunca piensa en el daño que puede redundarla; y assí, su resolver y executar es una misma cosa; mas quien tiene tan corta providencia, ¿cómo sabrá acertar en los medios y fines del intento? Afeéla con gran disgusto el suyo, quedó muda y sin réplica, toméla por la mano y, queriendo con ella bolver a reprender a la honrada gitana, su ausencia me escusó deste trabajo. Avía puéstose en cobro, y assí, sin detenerme, para darle en mis cosas, guié a Julia, no sin gran confusión, a su posada.

Hallé la puerta, aunque juntada, abierta; hize que la doncella entrasse, y yo quedéme a ver si algún curioso nos avía conocido; pero escuchando entonces que me llamaban con un baxo ceceo desde las ventanas más altas de mi casa, creiendo fuesse Julia, aunque me pareció muy breve la subida, alcé los ojos, y en su lugar vi un hombre que, diziéndome: "Poned aquesso en salvo", sin más ni más, arrojó sobre mí un grande lío de ropa.

Ya veréis si me alborotaría este caso, y mayormente oyendo al mismo punto, entre gran ruido y voces, que repetían mi nombre Julia y su madre. Apechugué al momento con las puertas, metí el lío en el çaguán, eché un fuerte cerrojo, y queriendo entrar en mi aposento a despertar el criado, llevando la espada por delante, en el cancel de afuera topé un bulto de persona. Aquí, dando una voz y saltando hazia atrás, esgrimiendo la punta, atendí a que oyendo aquel

rumor abriese mi moço y sacasse luz. Hízolo assí, y con ella, sin mayor dilación, miré un hombre que, echándose en el suelo, me pedía tuviese dél misericordia. Crescían en esto los gritos de las mugeres, y con tanto, mirándole primero si traía algunas armas, hallándole un puñal, se le quité, y con mis ligas le ate fuertemente las manos. ¡O cuánto se acovarda, cogido con el hurto, el más valiente Caco!

Dexé en su guarda a mi criado, y en breve espacio atranqué la escalera y encontré a Julia llorando junto a la misma quadra de su madre, y a ella que, con sus criadas encerrada por la parte de adentro se estava lamentando tristemente y repitiendo algunas lastimosas y afligidas razones. Mas ¿qué mucho, si se vía amenaçada de temerosa muerte? Este repentino cuydado creció mi turbación, y aun aumentó mis fuerças. Di atrás dos o tres passos, y tomando carrera, con el ímpetu y furia que alcançó mi corage, di un puntapié a la puerta, y quebrantando el aldava y pestillos, abriéndola, entré dentro, al propio instante que por las ventanas se iba otro hombre arrojando a la calle, con tal celeridad que, aunque quise prevenirle en la fuga, ya quando llegué como gentil grumete baxava por dos sábanas, que atadas a los marcos le sirvieron de escala y le pusieron en la calle; de donde en pocos brincos se desapareció de mis ojos.

Visto esto, bolví a Julia y a su madre, a las quales no hallé en el aposento; avían, con el temor, corrido al mío, en quien, hallando otra igual ocasión, se pensaron caer muertas. Baxé, y con mi presencia se sossegaron y assistieron a las demandas y respuestas que tuve con el preso, que a esta hora, assí en el talle como en el lenguaje y color, no me pudo negar el ser gitano. Confessó que también lo era su compañero, y obligado de que yo le ofrecí libertad, dixo, bien a pesar de Julia, la causa y coiuntura que hizo fácil su hurto. Contó como una gitana, muger y hermana de los dos, les avía induzido a él, advirtiéndoles de la suerte que traía engañada, con ciertos embustes amorosos, a una dama donzella, hija de la señora de aquella casa, y de quien salía algunas noches en su compañía, dexándola abierta, y que en tan buena hora podían ellos robarla seguramente, según lo presumieron y executaran si, como les prometió la gitana, uviera entretenídose sin dar la vuelta con tanta brevedad. Dixo también que, aviéndose él quedado en la calle, para coger los lios que arrojassee de arriba el compañero, sintiéndonos venir, y juzgando que éramos otra gente y que passaríamos adelante, se avía escondido en el çaguán, ocasionando con su ausencia el engaño en que cayó, tiniéndome por él y arrojándome el lío desde el balcón y quarto de su madre de Julia, cuyas puertas hallándose abiertas, y a ella y a sus criados reposando, asseguraron juntamente el buen successo, que trocó mi venida, desvaneciéndole.

Tal fue la relación del ladrón gitano, con la qual y otras diversas réplicas, cierta y assegurada la sospechosa madre en mis buenos respetos (quicá no assí estimados ni creýdos luego que aquella noche despertó y se halló sin su hija, y en su lugar el passado peligro), no sin verguença de averme offendido aun por el pensamiento, me abraçó tiernamente, y con maior afecto quando acabó de entender, porque pareció fuerça el dezírselo, más en particular quanto se me devía y avéis oýdo.

Pero dexando estas cosas, y a Julia y a su madre no poco disgustadas, si bien no perseveraron largo tiempo semejantes enojos, porque poco difieren unas mugeres de otras, yo, con su beneplácito, puse en salvo al gitano, haziéndolo no tanto por la palabra dada, pues en tales excessos no avía lugar su cumplimiento, quanto considerando que de entregarle a la justicia era preciso que, con su averiguación, se mesclasse la liviandad de Julia, sus pensamientos torpes y sus passos indignos; de todo lo qual podía redundar su perdición y afrenta. Advertí aquésta, cuerdamente, a su madre; y dentro de dos días, con achaque de que venía de la corte mi hermano con mis despachos, mandé al criado que buscasse posada, y con grandes cortesías, dexé la que tenía, y me passé a ella.

De prudente y prevenido es conocer el estado de los tiempos, y de ignorante no quitar los encuentros en que ya tropezaron otras veces. Retiréme, y con razón, de los ojos de Julia; puse distancia en medio, que aunque no fue de leguas, todavía, fue mayor que estar junto con ella de las puertas adentro de una casa. Terrible inconveniente, ocasión apretada, no admite el frágil natural de la muger lances tan a la mano; su resistencia es corta, y así á de ser mayor su recelo y cuidado. No sé cómo sanean —no es fuera de propósito— los padres de familias, y aun señores y títulos, el uso que oy está introducido, sirviéndose de escuderos galanes (gentiles hombres, los llaman en la corte). A estos tales fían lo mejor de sus honras y la más rica joya de sus alajas. Más autorizan canas que riços y copetes, más aseguran sesenta y setenta años que veinte y quatro y veinte. En tiempo de mis padres, para los escuderos de las damas, mayordomos y criados intrínsecos, más se buscavan Laincalbos y Rasuras que Jerineldos y Medoros. No es este juicio nacido de mi caudal pequeño, muchos los cuerdos son que lo han reprehendido; bien se dexa entender quan mal se compadescen mancebos arreados y dispuestos y damas moças dentro de unas paredes.

Finalmente, yo me salí de las de Julia, mas aunque pude hazerlo, no assí tan fácilmente pude salir de sus entrañas. Nunca, mientras estuve en Madrid, se passó día que no tuviesse papeles o recaudos, que si los admití y escuché, más fue por no desesperarla u exponerla a otro daño mayor (que la esperança es manjar de atribulados), que no por mi gusto y voluntad.

Pero en el ínterin llegó mi hermano, y con su venida tuvieron nuestras cosas diverso modo. Ofrecíanle al cabo de sus largas assistencias y pretensiones cierta plaça en las Indias; mas aunque su estudio y muchas letras merecían aquel fruto, todavía, la calamidad de aquellos siglos mesclava con lo lícito y justo condiciones indignas. Eran, las que a él se le ponían, un casamiento; y en cosa tan difícil y mala de acertar pudiera aver tales inconvenientes, que el premio redundasse en castigo y el honor en infamia. Assí, siendo la dama y deudos de Toledo, convino que, en secreto, fuessen mis mismos ojos a informarle. Partí para esto de Madrid, dexando a Julia, según su sentimiento, por muchos días en oscuras tinieblas.

X

Es Toledo, según lo dixé al principio, un magnífico y notable lugar, y el verle a la sazón de mi viage arruinado u solo, tan sin oficiales ni gente, tan falto de comercio, y tan ageno de aquellos ricos tratos, lustroso ornato y opulencia de sus ciudadanos y hijos, me causó melancolía terrible. Acordávame quán diferente en todo la hallaron mis niñezes, y no sabiendo aora a qué causa o razón atribuir una tan breve y increíble mudança, gasté no pocos ratos en comprenderla. Pudiera aquí escribirla como la alcancé entonces, y aun como después acá la entendí de hombres cuerdos; y no tan sólo aquésta, sino la que amenaza con ruina general el despueblo de España; mas no es compatible materia semejante con el presente assunto. Temo también que me culpen los críticos la introducción del estado político; no es éste de mi cargo, quien cuyda dél tratará su remedio, o llorará sus fines, si le dilata. Buelvo pues a mi historia, buelvo a los muchos passos que di en Toledo en el progresso y caso de mi venida, si bien no tuvo efecto por las siniestras partes que lo impidieron.

En su escutriño andava yo con cautela y aviso, quando una tarde, passando por la Cárcel Real, las voces de los míseros presos que pedían limosna me hizieron, para dársela, levantar la cabeça a unas rejas. Estavan esperándola en ellas quatro o cinco mancebos de tan mal pelo y ropa como de tal palacio se podían prometer; si bien el uno más roto y macilento, luego como lo miré, me causó mayor lástima. Repartí con los demás unos pocos de quartos, pero a éste, no sin secreta fuerça, le hize maior socorro. Quiso él agradecérmelo, mas apenas su voz llegó a mis oýdos, quando lo que el largo y enmarañado cabello de la barba, amarilla color y despreciado arreo me recatavan, hizo patente su sonido y pronunciaci3n, conociendo con

evidencia clara que quien tenía delante era don Francisco de Silva, el que en Sevilla me dexó y se fue con Rufina y, en fin, el mayor amigo y compañero de mis mocedades y locuras.

Dicha se está mi admiración, y aun sentimiento, luego que advertí tal desventura; porque ni yo pude resistir mis lágrimas, ni negarle aquel antiguo amor, ni el favor y ayuda devida a su amistad, ni menos la disculpa y abono que de la mía le avía apartado; pues siendo ésta fuerza de un ciego amor, de suyo traía consigo el descargo y perdón. Demás, que por ninguna causa se ha de menospreciar al afligido, pues quando a todos no fueran los trabajos tan contingentes y comunes, su provecho grangea el que al amigo favorece. Assí, aunque aora advertí que, aviendo conocídomo, se retirava con algún corrimiento, ni por esso dexé, con mucho más desseo, de entrar en la cárcel y buscarle por toda ella, hasta descansar en sus braços.

Llorava el preso, ni sé si de alegría, ni sé si de vergüença; para uno y otro le sobrava ocasión, como en mi pecho voluntad de saber la que a tan triste estado le avía traído. Toméle por la mano, y apartándonos del confuso bullicio a unos corredores, sentados en un poio, yo, con sinceridad, tiernos y piadosos alagos —que éstos y las palabras suaves son el mejor medicamento de los tristes—, me ofrecí a su remedio. Y él, después de alguna intermisión, que gastó en sus disculpas, satisfaciones vanas del averse ausentado sin despedírseme, aviendo antes oído los más nuevos discursos de mi vida, començó a darme cuenta de la suya desde la hora que faltó de Sevilla, diciendo assí las siguientes razones:

—Templança son, o caro amigo, de las prosperidades los trabajos; assí, no ignoro la conveniencia de los que aquí padezco, dexo aparte la causa de mis culpas, tanto porque no resvalasse en otras más sangrientas, quanto para morigerar con ellos la altivez y arrogancia que se me iba apegando de los sucessos prósperos de nuestra compañía. Quien ésta interrumpió fue la pasión de amor de que tenéis noticia, alimentada, para mi perdición, tanto del bello agrado de Rufina como de su facilidad y condición. Murió en Sevilla aquél su tío eclesiástico, faltóle tal arrimo, y con él el sustento. Cargas de obligaciones, respetos y decoros, y pocas fuerças devieron de moverla a valerse de las mías, si bien siempre mi afición loca juzgava que solamente amor la avía puesto en mis manos; mas engañéme al fin, y el tiempo dixo que fue solo interés; y amor fundado en éste no es más permaneciente que él es durable. Esta fue, en suma, la ocasión de mis males; pero justa cosa es que se os singularize, y ellos os sean patentes con mayor estensión.

Tres años á que resolvió Rufina el dexar a mi sombra su natural y patria. Pienso que gobernada más de curiosidad que de las causas dichas; si ya también el entregarse con menos nota a sus delicias y torpezas no le obligó a semejante salida. Quiso que aquesta fuesse, en primer lugar, a la insigne Granada, y antes entrar en Córdoba, aunque rodeava diez leguas. Venía con nosotros su tía, canonizada con el nombre de madre, muger de edad madura y de cautela grande, creo no fue mayor la de la decantada Celestina. Esta era el archivo mayor de sus secretos, y su gobierno y guía; y yo, aunque creía que era todo su gusto, no era más que el cuydoso mayordomo y suplemento de sus necessidades. En efeto, en Córdoba estuvimos veinte días, sin que uviessse ninguno en que mi dama no pisasse sus calles, viesse su peregrina iglesia, templos magníficos, alcáçares, palacios, puente, río, jardines y güertas. Juntávase a su natural inclinación, que era demasiadamente novelera, otro efecto mui más perjudicial para mí: deseo insaciable de ver y de ser vista, causa de quien entre los dos nacieron desde luego muchos disgustos. A los primeros no mostré tan en breve desconfiança, mas viendo que passavan de límite, y que con la ocasión que se les dava acudían a la caça sacres y xerifaltes, temiendo maior ruina, traté de quitarles el cevo y de que se prosiguiesse la jornada.

Pero dos noches antes, y una en que yo tan celoso como más abrasado reposava junto a la misma causa y origen de mi fuego, despertando a deshora y no hallando a mi lado a Rufina, se acrescentó su llama y creció mi sospecha. No obstante que aunque la novedad pudiera alborotarme y aun sacarme de juizio, no lo hizo; antes, reprimiendo mis ímpetus, con silencio

y recato, quise que fuesen mis ojos y oídos testigos y jueces de mi seguridad, o de la confirmación de sus recelos. Con este acuerdo me levanté muy quedo, y aunque estaba a oscuras, llevando sin pensar las manos por delante, esta advertida diligencia pudo librarme de un peligroso golpe. Avíanme puesto con cautelosa traça, junto a la puerta de la quadra, dos sillas encaramadas sutilmente para que, en encontrándolas, con el ruydo que hiziesen se avisasse su exceso, y yo quedasse siempre ignorante dél; mas no cayó en la trampa, y sin rumor alguno llegué hasta una sala, en cuyas rejias, que salían a la calle, hallé a mi dama con su bendita tía en gran conversación.

Saben los cielos quanto sentí y lloré mi desengaño, y mayormente quando por las demandas y respuesta de los interlocutores de la parte de afuera advertí y conocí la inconstancia y liviandad que tenía de las puertas adentro. Esta congoja temerosa alargó mis orejas, que entonces se dexaran cortar y aun trocar por las bestiales y grosseras de Midas; pero con todo, oyeron lo que bastó y sobró para bolverme loco. Dezía Rufina, hablando con su tía: "—¡Ay madre de mi alma! Vámonos de aquí presto; mirad, señora, no despierte mi esposo", ved si eran muy honrados los títulos con que me calificava, y proseguía, "tanto le temo como le quiero y amo; tan fresca está hoy la llaga que me causó su fuego como el primer día que me vi de su mano a la puerta de la iglesia. Por demás es cansaros ni cansarse el señor don Antonio; fuerça es que quien se reconoce tan amante y herida á de acudir primero a su remedio que no al ageno daño".

A estas razones la respondía su tía, dándome mil lançadas con sus réplicas: "—¡Jesús, loca bobilla! ¡Cuán mal ás entendido mis palabras! Y cómo, ¿soy acaso estrangera o soy tu misma sangre? ¿Y aconsejarte avía la que te truxo en sus entrañas cosa que redundasse en su deshonra? ¡Jesús, Jesús!, ¡y qué de impertinencias ás creído! No hija mía, no lo permita Dios, tengo muy en la mente tu noble padre y mi difunto dueño; no es lo que yo te dixese cosa tan torpe, favorecer cortés y agradecida a quien te á celebrado con grandes extremos como el señor don Antonio, recibir de sus manos una joya y brinquiño se puede hacer muy bien, sin incurrir en nota. Ni tú por esso serás menos honrada de lo que eres, ni tu marido don Francisco de Sylva podrá perder reputación alguna. El despejo y agrado de las damas de aora no deshaze su fama y opinión, ni el ser blandas y afables les quita su decoro, antes, en cierto modo, se le aumenta. Bueno fuera que estos pequeños ratos que ás gastado parlando con este cavallero uviessen de robarte el honor; no, mi querida, todo aquesto es palacio, a la corte con esso; assí eres tú para vivir en ella como yo para fraile. Ara bien, ara bien, aquesto se á de hazer porque lo quiero yo, que tu honra es la mía y queda por mi cuenta. Alargad essa mano don Antonio, que a buena fe que aunque más lo rehuse la rapaça se á de ver el diamante donde gustárades mejor tener la boca."

Con esto sentí que tomava la joya y a Rufina que, fingiendo escusarlo, al fin se la ponía en el dedo; cosa quesolenizaron aclamando vitoria assí la tía como el galán incógnito, con el qual acordaron bolverse a ver allí la siguiente noche. Assí banboleava mi mejor edificio, no alcancé otras particularidades, tornéme a la cama antes que me sintiessen, y rebentando con enojo y con celos, estos batallaron un rato con mi arraigado amor, y en efecto venció el que siempre. Resolvíme a callar por entonces, puniendo brevemente tierra en medio. Llegó Rufina, dissimulé dormido, y sin más esperar, el siguiente día, mientras las dos fueron a un Convento de Monjas donde tenían ciertas parientas, yo avié nuestra ropa, tomé un coche, y con él, dándolas a entender que por escusar el cansancio de la buelta lo hazía, sin sospechar mi intento, se dexaron traer; y con igual quietud salimos por la puente, y della entramos en el real camino de Granada, en quien las descubrí, bien que fingidos, ciertos avisos y temores que en nuestro daño prevenía la justicia. Con lo qual, dissimulando unos y otros, yo partí más alegre, juzgándome escapado de los cuernos del toro, y ellas no sin recelos de mi interior cuydado.

Tales fueron, amigo, los primeros passos de mi loca jornada, fatal anuncio de los presentes fines.

Llegamos a Granada, maravillosa población, única y singular por su templança y amenidad. Allí alquilé cerca de la Vitoria una graciosa casa, adornada de jardines y fuentes, bastante habitación, y precio moderado. En todo le ay con mil commodidades para passar la vida en aquella ciudad; assí faltassen ciertos respetos importunos, que la divierten y desnudan de la mayor nobleza del Andaluzía, pues a no estar aquéllos tan enseñoreados con imperio absoluto de sus delicias, no uviera en ella príncipe ni señor de quien Granada no se viera ilustrada y su morada aún más enriquecida; pero no puede aver cosa sin contrapeso. Assí, ni aquellas breves felicidades, con que me juzgué asegurado y fuera del peligro que se traçava en Córdoba, dexó de tenerlos muy grandes antes que passassen dos meses.

XI

Avíase ya comenzado a desmoronar el edificio de mi amor, y raras vezes dexan de executarse los amagos de semejantes ruinas. Eran mis fuerças cortas para que les sirviessen de puntales y arrimos, grandes los excessos y gastos con que, adrede, Rufina la hizo flaquear sin tiempo; su condición, liviana, ambulativa, contraria de la mía; su compañía no igual a mis desseos. Todo, con otras causas que entendí más secretas, se juntó en daño mío, todo fue poco a poco deslabonando y deshaziendo su afición, hasta romperla y quebrantarla de una vez.

Era cautelosa y astuta, y su maestra y tía sobre tan buen esmalte infundió grandes ciencias. Assí, consultando las dos el fondo de mi bolsa y las arcadas últimas de mi pobre caudal, antes de verlas determinaron otro empleo; si bien para emprenderle se les ofrecían muchas dificultades respeto de mis manos, pues llano era que, no estando éstas ni cortadas ni mancadas, se ponían en grave riesgo y discrímen. Este temor les truxo algunos días sin resolverse, assí lo crey entonces, bien que después, por lo que sucedió, entendí claramente que el dilatarlo fue para asegurarse de otro dueño. Querían antes de soltar el páxaro tener asido otro de mejor pluma. Efectuóse el caso, y para disponerle y ausentarse de mis ojos más a su salvo, hizieron que su nuevo galán me quitasse de enmedio.

Era la traça más segura el prenderme, y púsola por obra, concertándose con un alguacil, que dio conmigo en la chancillería. Fue el achaque y pretesto jurar que tenían soplo de que yo me venía huyendo de Sevilla por una muerte, y este embuste bastó a calificar el embargo y a dexarme con grillos. Pero con todo, aunque me dolió el golpe, mi más cierta inocencia consoló su disgusto. Vía que, según ella, no podía ser muy tarde la libertad. Avisé a mis amigos, y no olvidé a Rufina; la qual (mientras aquéllos, solícitos y diligentes, informaron a los alcaldes, buscaron medios y favores apretados), mostrando maravilloso fingimiento, con desmayos y lágrimas, me visitó al momento, quizá para mejor satisfacerse de mi prisión y disponer su fuga.

En efecto, mi abono fue tan grande que en la primera audiencia de otro día me mandaron soltar, ayudándome mucho la relación del alguacil, que, apremiado de los mismos alcaldes para que justificasse su razón, uvo al fin de dezir que dos gentiles hombres y personas de suerte le dieron el aviso, y que quando, después de averme preso, quiso bolver a ellos y tomarles sus dichos, no los avía hallado. Bien se vio la tramoya, pero aunque la conocieron los juezes, por no desacreditar al tal ministro (mirad que despidiente), dissimularon y me pusieron en la calle, pagando yo las costas.

¿No advertís estos puntos? Pues yo os prometo que son dignos de nota. Préndenme sin justicia, y en vez de hazerla del pérfido alguacil, condénanme en las costas. Por mi vida que

va el negocio bueno para que el cielo no se irrite y se ofenda. ¡O cuántas veces, Píndaro (dexo aparte mi causa), an visto y aun llorado mis ojos en estas cárceles iguales y mayores miserias! Cosa muy ordinaria es prender a un hombre sin más culpa o razón que el gusto del ministro. Hazen los tales mercadería del oficio, o ya por interés o por vengança, y esto es lo menos, porque también suelen prenderle para, en el ínterin, escalarle la casa o quitarle la honra, que a tanto alcança su tiranía y imperio. ¿Quién no suspira y llora oyendo semejantes maldades? ¿Y quién no se lastima, si considera que al propio tiempo, y mientras en la calle le están al desdichado u robando la casa u solicitando la muger, él queda echo aquí despojos de porteros y alcaldes, de grilleros, bastoneros y guardas, inmundos menestrales y artífices deste retrato vil de los infiernos, abortos de la tierra, vascosidad y ortura de las repúblicas? ¿Qué hará pues el mísero inocente entre aquesta canalla? ¿Qué sentirá quando se vea, sin culpa, desollado del uno y ofendido y afrentado del otro? Apenas planta el pobre los pies en estas cárceles, quando forçosamente incurrió en pechería de cinquenta tributos. El de la entrada se le pide entre puertas; echarle grillos le á de costar dinero; dar la patente es cosa irremissible. Éste pide el azeite, aquél la ranchería, éste el calabecaje y el otro la limpieza; aquí le hurtan la capa, allí dexa la bolsa, aquí pierde el sombrero, allí dexa las barbas; uno le escupe al rostro, otro le da matracas; aquél le injuria y aquéste le maltrata. ¡Ay del hombre infeliz que a tal estado llega, que sufre semejante borrasca, que padesce tan grave desventura! No espere, no, el remedio de la tierra; no libre, no, en sus descargos y inocencia la satisfacción de su vengança; porque si la intentare, acabará más presto, y si la pidiere, le tendrán por frenético; y si clamare su razón y justicia, aquéllos mismos que devieran hazérsela, essos le formarán una cabeça de processo.

No ay en tales trabajos sino tener paciencia, fingirse mudo y sordo, y abrir las faltriqueras; porque aunque esté sin culpa á de correr por estos torvellinos, y por muy bien que libre, si le absolvieren, repagará las costas; y si tuviere culpa, de suyo es el sacarlas; y si no la tuviere, por más está la prenda. ¡O justicia de Dios, tu braço imploro! Mas a mí, ¿qué me tocan estos excessos?, bolvamos a mi historia, y perdonad la digressión.

Digo pues, caro amigo, que apenas me vi en la calle, quando salí de dudas y acabé de entender el cauteloso origen de mis cadenas; pero aún antes me encaminé a mi casa, llegando a ella cerca de mediodía, y con tan buenas ganas de alimento el estómago como de ver mis ojos los graciosos y dulces de mi adorada prenda; más estava esperándome sustento más amargo, menos apetecible y sabrosa comida.

Miré en las puertas y ventanas otro del que solía, desacostumbrado y profundo silencio; ni con el gusto que yo pensava era Rufina mi centinela y norte, ni con el alegría de otras vezes sentí baxarme a abrir. Ya el coraçón fiel pronosticava, con estraño alboroto, su mayor desventura; pero ni aún con tales indicios me persuadí a creerla. Llamé con el aldava, dí, como no me respondían, desvariados golpes; mas repetí muy pocos para confirmar mis sospechas. Pensé, en tal ocasión, rebentar de corage, perdí el decoro a la paciencia y sufrimiento, dí voces como loco, alboroté la vecindad, busqué, inquirí, lloré y desconfié; pero todo fue en vano, pues al fin, mal que no quise, oy mi última sentencia. Quien me la declaró fue una muger vezina a mi posada. Ésta, llamándome a la suya, y compadescida de mis amargos sentimientos, me sacó de cuidados, para dexarme en nuevas confusiones. Díxome que la tarde passada se avían mudado mis baúles y ropa, y mi dama y su tía, dexándole a ella las llaves de la casa; y díxome también que un galán muy biçarro avía sido el manejo de aquesta circunstancia, quien truxo palanquines, quien assistió a los tercios, quien los acompañó, quien bolvió por Rufina, quien pagó su trabajo y dispuso las cosas.

Con esta luz, tiniéndola por grande, me despedí y corrí a hazer mis diligencias; las quales fueron tales que, antes de muchas horas, dí con los palanquines, acabando tan venturosamente de entender de su boca la segunda escena de mi tragedia triste. Confessaron al momento de plano, y aver puesto mi ropa, por mandado de aquél galán y de mis buenas señoras, en poder

del arriero de la corte, y adonde se partiera cargándola la tarde antes, y poco después ellas y su nuevo guardián, en muy gentiles mulas.

Este último aviso, no pudiendo escucharle, dio al traste indignamente con el respeto justo que debía a mi persona, mas ¿quién puede tenerle en tan amargos trances? ¿quién amando fue cuerdo? ¿quién viéndose engañado sufrió tales desprecios con tolerancia? Nunca tan apretado y afligido como ahora se vio mi corazón. Por una parte le acossaban tan ingratos desdenes, paga tan inferior a mis deseos y obras; y por otra, tan confirmados celos, sospechas tan seguras, viéndome tripulado y puesto en mi lugar su sustituto. No sé qual destas causas le fue más rigurosa, qual dio mayor esfuerzo a su resolución. Finalmente, abrasado y inducido, tanto del ciego amor quanto del apetito de vengança, perdido y loco, sin detenerme un punto, me puse en una mula y, acompañado de un mancebo, caminé esta derrota.

No os cuento mi viage, porque no es a propósito; sólo os puedo afirmar que vine de milagro, porque ni paré, ni comí, ni pegué los ojos casi en los quatro días primeros; y pienso viera el último, si el moço, lastimado de tanto afligimiento, no me hiziera, por fuerça, tomar algún reparo que alargasse mi muerte. Este duro tesón y diligencia me fue de gran provecho, pues no obstante que el cuerpo lo sintió, previno la ventaja que le llevaba aquel su ingrato dueño, y quando menos lo esperaba de mi contraria suerte y Rufina de su buena fortuna, al viento en popa con que caminava contenta me opuse una mañana al entrar en Toledo; adonde, apenas, quiriéndolo mi moço, me apeé a dar cevada en un mesón que alinda con el Cármen, quando lo primero que vi fue, en la sala frontera, a Rufina y su tía almorçando y, en cabecera de la mesa, su nuevo empleo.

Venía mi rostro, ya del ayre y del sol, y ya de las vigiliyas y abstinencias, tan consumido y otro que le desconociera el padre que me hizo; pero ni todo esto fue parte para que, en ojeándome, Rufina no cayesse en la cuenta. Dio muestras de su efecto, tembló de miedo y levantóse al punto, y apechugando con las puertas intentó cerrarlas, dexándome en el patio. Pero sirvió su frágil diligencia de poner en su punto mi enojo y cólera, y de augmentarla más, el oyr la refriega que entre ella y el galán traían sobre la execución. Él preguntava la inopinada causa que la movía a cerrar, y ella, sin referírsela, proseguía su propósito y apretava las puertas. El uno, presumiéndola, resistía con furor y arrogancia, y el otro, con suspiros y lágrimas, suspendía la salida. Pero a todo venció el arrimar mis ombros; abrí, y a su pesar entré con la espada en la mano. Y aunque para mi ofensa no hallé al contrario menos apercebido, ni esso pudo librarle de mis rabiosos golpes: a los segundos dí con él en el suelo y lugar, juntamente, a que se escapassen con vida Rufina y su maestra, si bien ésta ultima no salió sin retorno, llevó por paga de sus buenos consejos escrita mi racón de oreja a oreja, cosa que acrescentó sus lástimas y ocasionó mayores gritos.

Bolvióse con aquesto el mesón un caos de confusiones, començaron a dar voces los huéspedes, al mismo passo que de diversas quadras y aposentos ivan saliendo diversos passageros y caminantes; unos y otros llamavan la justicia, implorando su auxilio, y los más atentados, temiendo algún secresto, sacavan sus maletas, ensillavan sus mulas, davan prissa a los moços. Sólo yo, rompiendo por entre mil espadas, furioso, ciego, intrépido, proseguía mi vengança, desenpedrava patios y aposentos, buscando la ocasión de mis desdichas. En este intento bárbaro me cogió un alguacil, digo, la voz tremenda que suspendió mis iras, aquel noble respeto y afecto natural con que estamos unidos y subordinados, con que nos conservamos en igualdad y paz. Apenas oý retumbar con imperio un "tenéos a la justicia", quando me quedé inmóvil; pero recobróme el peligro. Sabía yo quan cerca tenía el Cármen, hízeme largo campo, tomé calle y iglesia, de adonde, aunque alegué su inmunidad, me sacaron y pusieron aquí.

Cargáronme al momento de grillos, y mientras se bolvió el alguacil a averiguar la causa, temiendo lo que al fin sucedió, y aconsejado de algunos presos viejos, dí poder a un buen

procurador, dineros y orden, para que provasse mi iglesia, cuyas censuras y la infelice nueva de la muerte de mi contrario llegó a un mismo tiempo a mi noticia. Supe, también, lo que más mal me estuvo, su calidad, apellido y naturaleza; ésta era de Córdoba, su linage muy noble, su hacienda grande, y su nombre don Antonio; razón que fácilmente me le hizo conocer, y no menos que por el principio y fundamento que en aquella ciudad tuvieron mis sospechas y celos. Bien se os acordará que se llamava assí el galán con quien hallé parlando a Rufina y su tía, la noche antes que saliesse de Córdoba. El qual, entonces, regido de su amor, es sin duda ninguna que nos siguió a Granada, y que en aquélla, sacándonos de rastro, prosiguió sus intentos, solicitó mi empleo, y se salió con él; pero con fin tan triste como ya avéis oído. Creyó el pobre mancebo que, según mi dama le affirmava, yo era su marido, y assí, temiendo mucho más el rigor de la ley, y séguito y poder de la justicia, para mejor guardarse y encubrirse en la confusa máchina de la Corte, quiso guiar a ella su viaje y, juntamente, su perdición y ruina. Pues es certíssimo que si se fuera a Córdoba, ni mi vengança tuviera igual efecto, ni mis passiones fuerça y atrevimiento para emprenderla entre los suyos. Mas ¿quién a las determinaciones de los cielos es bastante a oponerse?

Digo pues, noble Píndaro, que con tal novedad se apretó mi prisión de suerte que en más de mes y medio salí de un aposento, ví ni hablé a hombre humano, ni menos entendí el discurso y progresso de mis negocios; hasta que, no obstante que ya avían acudido los deudos del difunto en seguimiento de la causa, y que assí ellos como la tía de Rufina, con su herida en el rostro, solicitavan mi castigo, a fuerça de censuras, excomuniones y diligencias flaquearon las tuyas; digo, en quanto a mi encierro, que en quanto a lo demás, poderosos an sido a entretener mi restitución casi aquestos tres años, en quien tanto an valido sus enredos y estorvos que, aunque á sobrado término para poder tener tres sentencias conformes, hoy solamente me hallo con la primera, y mis necessidades tan por el cabo, que ya é desconfiado de verme libre.

Rufina y su engañosa tía estuvieron algunos meses presas, pero su buena cara y mucha liviandad, las abrieron las puertas y, con un leve destierro, se fueron de Toledo y me dexaron en paz, si es que la puede aver en tan continua guerra, entre tormentos tan disformes como padesce mi alma, sin más esperança de remedio que el que hoy la á prometido este dichoso encuentro, y la nueva alegría de quien se an revestido mis frágiles espíritus desde el momento que merecieron veros, bolviendo a vuestra gracia.

XII

Llorando tiernas lágrimas, y acompañado de las mías, dio assí don Francisco de Silva remate a la triste ocasión de sus prisiones y, por el consiguiente, principio a mi mayor cuidado. Llano es que, hallándole tan impossibilitado, avía de cargar de mis ombros la justa obligación de amistad tan antigua. Con este presupuesto, assegurándole que no me partiría de Toledo sin él, promessa bien difícil, le dexé consolado, contento, y con algún dinero; y advertido el notario, el procurador y el juez, me vi con todos el siguiente día. Vi el processo y la causa, tomé el pulso a las cosas, y de unas y otras alcancé cueradamente quan en los principios se estaban, quan sangrientos sus émulos, quan dispuestos a dexarle morir, con dilaciones cautelosas, en aquel cautiverio.

Desmenucé su intento, penetré sus caminos, y hallándolos en todo ásperos y confusos, resolví otra vereda, bien que más arriesgada, pero menos prolixa. Con tanto, di aviso a don Francisco, a quien el natural deseo de cobrar lo perdido hizo posibles mis temeridades, cierto y seguro lo más dificultoso. Tanteé bien la cárcel, y considerada y advertida singularmente, no descubrí por su gran fortaleza fuga más a propósito que sus mismas puertas. Eran aquestas tres, y dispuestas en la forma siguiente: Una con su portal y que sale a la calle, sin guardas ni porteros, esta es la primera; y a la segunda se sube una escalera, en quien reside el principal; y

poco más adentro está la última, pero cerrada siempre y a cargo de aquél mismo; entre estas dos ay un pequeño tránsito, al qual salen raras vezes los presos que no son de mucha confianza o de segura y cierta libertad. Entrava en este número, según el conceto del alcaide y ministros, mi camarada, tanto por la quietud y cortesía que lo avía grangeado, quanto por la sentencia que ya tenía de iglesia en su favor; y assí, notando aora la seguridad con que le permitían salir hasta allí, abracé la ocasión y resolví mis determinaciones, que, aunque terribles, nunca estas mudaron de consejo. Antes de la promessa deve mirar un hombre sus circunstancias, primero se á de determinar, y luego, si prometió, cumplir o morir en la demanda.

Sólo faltava ya para la nuestra su breve execución, no quise suspenderla, temí no se advirtiessen mis entradas y passos, no que se publicasse su secreto, porque dél ni aun a mi mismo criado hize partícipe. A éste, pues, el día señalado, le ordené que pagasse la posada, y con el coxín y la maleta esperasse a la noche junto a Santo Agustín. Era preciso que se emprendiesse el caso entre dos luzes, por el menos bullicio y por la menos gente que occupava entonces el portal de la cárcel, y, además, tener lugar seguro dónde acogernos y encerrarnos por tres o quatro días. A semejante fin eligí aquel convento, donde, aunque tenía conocidos y amigos, no los quise avisar hasta el tiempo crudo, cosa que estuvo en términos de costarme la vida.

Llegó en efeto la hora, prevenida de mí algún espacio antes; entré en el aposento de mi amigo, púsele un puñal en las manos, y yo con otro y mi espada en la cinta, començamos la obra encomendándonos a Dios. Acerquéme dissimuladamente a la puerta del patio, llamé y acudióme el portero, y abriendo como solía otras vezes, se entró juntamente conmigo don Francisco, y mientras nos abría la segunda puerta, alargando la plática de intento, yo me fui poco a poco arrimando a ella, y mi camarada se quedó en la primera, esperando que yo me atravessasse al salir de la segunda; entonces, fingiendo que quería destocarme el sombrero, obligué al buen portero a que hiziesse lo mismo, y en viéndole enbaraçado assí, cerré con él y le aparte de un embión del cerrojo y la puerta, dando lugar con esto a que don Francisco la ocupasse y de dos grandes saltos se pusiesse en la calle, dexando atrás la escalera y çaguán, y sobre todo a mí, asido fuertemente de las garras y manos del portero que, ya vista la burla, llamava a voces quien le truxesse ayuda.

No estava acordado tan mal nuestro concierto, mas la presente turbación confundió a mi amigo y le hizo olvidar con el suyo mi riesgo; razón que me obligó a lo que no llevaba imaginado, pues si él se detuviera, mediante su favor me dexara el portero, y no me pusiera en necesidad de darle dos heridas para que me soltasse. Con esto, no sin grave peligro, porque ya iva baxando alguna gente, seguí a don Francisco, digo, el rumor de sus pisadas, hasta que entre las luzes de diversas fruterías que ay en Santo Tomé se me perdió de vista. Nunca en las grandes prissas se guardó mejor orden, busqué, miré, corrí, pero no pude hallarle, y assí, sossegándome un poco, aunque con harta pena, uve de encaminarme al referido puesto. Mas antes de llegar me sucedió un caso graciosísimo, bien que al principio no le tuve por tal.

Estava atravessado por la calle donde iva un carro con dos bueyes, que casi la dexavan sin passo, y, no obstante, aun el corto que avía le ocupava harta gente; pero, con todo, me quise aventurar y no ser el postrero. Comencé a executar lo, mas en el mismo punto, adelantándoseme dos hombres de buen olor y ropa, sus lustrosos arreos y su anticipación me causaron respeto. Aguardé que passassen, y aún a que su necio pundonor me bolviesse impaciente, porque sin consideración de los que se esperavan, el uno con el otro, sobre qual sería el último, començaron una larga porfía, llenando el viento de cortesías superfluas, y de furor y rabia a quantos las hoýamos, y particularmente a mí, que, como venía huyendo, menor estorvo se me antojara un monte. Pero vengóme el cielo de sus escusados y toscos cumplimientos, pues al cabo de una hora que tardaron en ellos, vencido el menos cuerdo abaxó la cabeça y entró por el estrecho, a la misma sazón que uno de los dos bueyes, tocado

por ventura de la contera de la espada u de otra causa intrínseca, levantó el pie derecho y le assentó una coza, dada en tan lindo tiempo que el golpe y su caída se advirtió a un mismo punto. Tendióle, con aplauso de todos, en medio de aquel lodo, adonde muy bien encenagado le dexé, y discurrí passando con más tiento y con menor peligro. Ciertamente que aunque mi condición no es nada criminal, que me olgué en parte de aver visto librada entre los duros pies de aquel rudo animal la merecida pena deste presumido ignorante, la qual, si bien conosco que á sido impertinencia el escribirla, no se me á de negar cuánto mayor lo es siempre la que tales sujetos emprenden cada día; y assí, yo me é resuelto a sufrir esta enmienda, a trueque que ellos admitan su advertencia y aviso.

En conclusión, llegué a San Agustín, donde hallé a mi criado que me estava atendiendo, y adonde no sin mucho recelo esperé a don Francisco, mas como mi temor me assegurava poco, llorando su tardança y adivinando su pérdida, traté de resguardarme. Llamé a la portería, pero quando creí que tenía negociado mi retraymiento, en oyendo la causa me dispidió el portero como si fuera un turco. Y aunque le dí razón de los amigos y religiosos que en el convento avía, se cerró de campiña y me dexó a buenas noches. Mas ni en tan grande riesgo quedé perdido de ánimo, antes, despavilándome los ojos y viendo que en el mismo portal avía unas pequeñas vigas, discursando el remedio, salí a la plaça y juego de pelota, miré las vistas, y notando un pretil no fuera de propósito, arrimando a él una de las viguetas, gateando por ella, me puse en el tejado, y mi criado tras de mí.

Pocas cosas consultan el miedo u el peligro, assí fuimos por ellos, con harta turbación, quebrantando mil tejas, hasta llegar a una ventana, que, a pocos golpes, nos dio, rompida en partes, la entrada y puerta que nos negó el portero; mas no assí como quiera se ganó esta aventura sin trabajoso riesgo. Apenas entramos a una sala (parecía tránsito al dormitorio), quando con lanças de pendones, varapalos y latas nos rodearon quinze o veinte capillas, y dando gritos "al ladrón", "al ladrón", nos empeçaron a sacudir el polvo. Y esto con tanto brío que, primero que fuimos escuchados, pudieron nuestros güessos quejarse largamente de sus inadvertencias y rigores, y aun pagar de contado, aunque por diferente mano, el carcelaje y costas que devía don Francisco. Finalmente, llamando yo por sus nombres a los frayles que tenía conocidos, favorecido dellos, se aplacó la tormenta; si bien, sabido el caso que me traía en semejante forma, no assí como pensé admitieron mi guarda.

Juzgaron que, aviendo sido preso mi camarada, como yo presumía, diría luego, apretado, todo nuestro concierto y, por el consiguiente, se sabría mi assitencia, con que quedara expuesta a un notorio peligro. Parecióles obiarle, y sin más esperar, con gusto del perlado, nos vistieron dos hábitos; y con la misma priessa, acompañados de dos frailes y un moço de la casa, que llevaba el cojín y avía de ser mi guía hasta un zigarral y granja del convento, me sacaron de la ciudad por la puente de San Martín; al cabo de la qual, dexando la librea, sin ser de nadie vistos, los religiosos se bolvieron adentro, y yo y mi compañía, por entre la aspereza de fornidos peñascos, timbres con que corona su margen por allí el celebrado Tajo, proseguí mi jornada.

Desta suerte, si bien muy afligido por el successo incierto de mi compañero, caminé media hora, pero al fin della, porque no se menguassen mis desconsuelos, interrumpió el camino y acrescentó mi pena el començar la guía que llevávamos a temer su peligro y a dudar mi remedio. Paró, lleno de confusión el moço de los frailes, y con medrosas ansias me importunó y pidió le dexasse bolver. Díxome suspirando que él avía considerado aquel negocio y vía claramente que si, lo que Dios no quisiesse, me seguía la justicia y le hallava conmigo, pagaría sin duda su inocente persona las costas y aun la pena de lo que no avía comido ni bebido. Resolvióse con esto a no passar delante; diónos, según su turbación, las señas de la granja, y sin más esperar, bolvió por el camino más ligero que un corço, dexándome en el campo, desamparado y solo, al arbitrio de mi mala fortuna y de la escassa luz de las estrellas, que ya a esta hora enmarañadas de diversos ñublados fue fuerça que, en faltándonos,

perdiésemos la senda y, juntamente, la esperanza que nos traía alentados; anticipando así la pena y el castigo que ya me amenazaba.

Más parte tiene en el cruel tormento el tiempo que se espera u se está dilatando que sus efectos propios; pero aunque esto es verdad, todavía me dexó el sentimiento discurso y fuerças para no desmayarme. Anduve vacilando de unas partes a otras casi toda la noche, hasta que, rendido del cansancio y del sueño, pareciéndome que ya me avría alejado dos o tres leguas de la ciudad, me dexé caer al pie de una carrasca. Y haziendo mi criado otro tanto, sin poder soportarlo, nos dormimos. No obstante que apenas presumí cerrar los ojos, quando me despertó un gran rumor de gente de a cavallo, y juntamente la salida del sol, que al mismo instante yva resplandeciendo en su orizonte.

Turbóme tristemente el ver que allí me uviesse hallado el día, y sobre todo tan cerca del camino, que de mí a él no avía treinta passos; pero lo que más me afligió fue el mirar a Toledo dos tiros de arcabuz del puesto donde estávamos. Cruçavan por el campo a cavallo y a pie diversos pasajeros, y como el miedo del castigo trae consigo tan continuas sospechas, qualquiera dellos se me antojaba un alcalde de corte, las yervas y las plantas alguaciles y guardas, y ojos de Argos que buscaban mi muerte las ojas de los árboles. No osava resollar ni mover pie ni mano, antes, aunque era en la mitad de agosto, me convirtieron las presentes congoxas en los caránbalos elados de diziembre. A esta sazón, bolviendo la cabeça, vi no lexos de mí que blanqueaban unos hornos de cal, y así, guiando azia ellos, con el pecho en el suelo, hallando desocupado el uno, sin mejor advertencia me valí de su sombra arrojándome dentro; pero si bien mi criado y yo nos quitamos del riesgo de ser vistos, dimos en otro tal que, si milagrosamente el cielo no nos favoreciera, fuera imposible escapar de sus manos con la vida.

Sin exageración me atreveré a afirmar que fue aqueste el más terrible y lastimoso día que á passado por mí desde que nací, porque al paso que fueron poco a poco cobrando aliento los rayos del sol y el calor augmentándose, a esse mismo las paredes y suelo de aquella infernal gruta, que de su natural eran de un vivo fuego, començaron a arder y abrasarnos intensamente, de manera que sólo el triste fin que de tan cierto amenazaba los gaxnates por el fresco delito pudiera darnos fuerça para sufrir y tolerar su martyrio. Pues lo bueno era que, para ayuda de tan grande desdicha, se hallaban nuestros cuerpos con algún refrigerio. Desde que comimos el día antecedente no tuvo nuestra boca aun una gota de agua con que templar su incendio.

Lastimárase viendo tanta aflicción el más fiero pirata, pero ¿qué cosa ay tan difícil que no vença el temor? Éste nos entretuvo, bien que muriendo y reventando, casi hasta la noche, que yo salí y, dexando al criado, llegué al camino, y los primeros que passaron, en preguntando por la granja de los frailes, me la enseñaron a la vista, y tan vezina s del triste purgatorio en que avíamos estado que dél hasta sus bardas no podía aver medio quarto de legua. Tal fue nuestra ceguera o, por mejor dezir, miserable fortuna, que teniendo el remedio casi junto a nosotros, nos cegó los sentidos, para que así perdidos pagássemos en aquel breve infierno, con tan prolixa pena, parte de la mucha que entonces estarían padesciendo el alcaide y ministros por nuestro atrevimiento.

XIII

Con tan alegre aviso algo más alentados, guiamos al cercado, cuyas puertas hallamos tan cerradas como nuestra ventura. Estavan éstas de la casa muy lexos, y así tuvimos el llamar por escusado, mas no el meternos dentro saltando por las tapias. Aquí, al caer, no nos faltaron canbroneras, çarças y espinas, pero todo se atropelló y aun templó fácilmente con una ciruelas amacenas que nos hizieron brindis, de las quales, aunque ni frescas ni maduras, hinchimos

lindamente los vientres, y si bien no los sacaron de mal año, todavía, con su aliento, le tuvieron los pies para llegar al sitio deseado. Mas ni aún estaban acabadas nuestras desdichas, vimos la casa a oscuras, mudos y ensordecidos a nuestras voces y aldavadas los moradores, en conclusión, creímos que no los avía, y no fue poco poder ya entonces tener sufrimiento. Comencé a renegar de mi corta fortuna, y aunque no arrepentido de la buena obra hecha a mi camarada, todavía, tales dificultades y infortunios desde que la executé me tenían muy escandalizado.

Sentía con esto mi criado la presente aflicción, y deseando su remedio y el mío, dio una buelta a la casa, hallándola en silencio y, por el consiguiente, mui altas y fornidas las tapias del corral; fue su consejo que buscásemos modo para entrar en él, y que assí nos quitásemos del evidente riesgo en que allí estábamos. Ninguna medicina nos es grave u difícil si promete salud, parecióme acertada la que me aconsejaba y levantéme de un poyo en que me avía sentado para emprenderla luego; pero aún no avía puéstome en pie quando, abriendo una ventana que resguardada de su reja caía encima de mí, sin ver quien nos hablava, salió de ella una voz de la parte de adentro, y como si uviera oído nuestra determinación y concierto, se opuso a él diziendo:

—No importa que ayan echo los ladrones la cuenta sin la huéspedea, que ¡pardiez!, que esta vez se an de bolver en jolito; no está tan solo el campo como an imaginado; otro poco a otro cabo, hermanos vagamundos; una y no más, ¿veníades por el gallo?

Estávamos los dos a semejantes cosas, y mayormente a las últimas, pasmados escuchándolas, y viéndonos absortos prosiguió la misma voz:

—¿Qué esperan los tacaños? ¿Óyenlo y no se van? Pues por los santos ábitos que tengo, que con un par de balas yo les haga salir más apriessa que entraron.

Y con tanto, el dezir y el obrar casi todo fue a un tiempo; sacó el cañón de una escopeta larga, y el verla y su estampido llegó sobre nosotros en un punto. ¡O quan fiero vestigio que es la muerte! No vi la lumbrera del fogón quando me rendí por el suelo; sabe Dios que me juzgué con quatro o seis pelotas, mas aunque me tenté de arriba abaxo por una parte y otra, ni me hallé erida, ni el criado tanpoco. Crey que apuntaría por alto con sola la pólvora para espantarnos, y dando dello muchas gracias al cielo, levantándome en pie, con espantosos gritos le comencé a conjurar, diziéndole:

—Hombre o demonio, quienquiera que tú eres, ¿qué rabia te enfurece? ¿qué locura te irrita, que assí ciego y sin juicio tratas como a piratas salteadores a quien ni te á ofendido ni conoces? Tú no es possible que seas, como significaste, religioso, pues tales obras ni de un bárbaro bruto se pueden esperar, cuánto y más de quien dizes.

—¿Y las que vosotros —respondió aquella voz— me veníades a hazer son acaso mejores? Pues no entendáis que á de ser lo de la otra noche, que ni me an de engañar vuestras razones, ni vuestros fingimientos me an de bolver al vómito.

—¿Qué fingimiento y vómito son éstos? —volví a decirle con arto desconsuelo—. Atendednos hermano por vuestra vida, y sabréis de la nuestra, que no es la que pensáis, ni estas personas las que avéis presumido. Con orden y mandato de vuestro superior emos venido aquí anoche, tarde salimos del convento, reportaos y escuchadme.

Hízolo y, prosiguiendo, le conté todo el caso, la fuga de la guía, el perder el camino, las señas que nos dieron, y otras circunstancias que juzgué convenientes para que se assegurasse, como en efecto sucedió, cayendo al fin en la cuenta y su yerro quando pudiéramos nosotros estar en la otra vida, si fuera verdadero el temeroso amago del arcabuz. Avíanle aquel día avisado sus

frayles, y aun remitido, creyendo que ya estaríamos con él, diversas cosas para nuestro regalo; pero nuestra tardanza y su gran desatiento barajó su advertencia y confundió el negocio, ajuntándose a esto cierta pesada burla que aún estava muy fresca en su experiencia, y así, temiendo otra igual de nosotros, no fue mucho que aora nos recibiese con tan ruin agasajo, si bien, ya satisfecho, abriéndonos la puerta procuró se enmendasse con mayores excessos.

Pidiónos perdón arrepentido el hermano lego, cosa que yo le concedí de muy buena gana, y como después de la tormenta no parecen las ondas del mar tan desapacibles y furiosas, así abraçándome de sus mugrientos hábitos, reputé por un ángel al que poco antes llamé demonio. No ay trabajo tan grave que en esta vida no tenga algún consuelo.

Cenamos largamente, según necesitávamos, y en el ínterin, alegres, nos fue contando el fraile, en descargo de su precipitación, este breve suceso.

Díxonos que avría cinco o seis noches que, estándose acostando, le suspendió un rumor que oyera muy cerca de las puertas, y que, quiriendo ver lo que era, determinó salir a la ventana, desde la qual reconoció dos hombres, el uno tendido en el umbral y el otro sustentándole; y que éste, mostrando gran congoxa, hablava al compañero y, animándole, dezía:

—No os aflijáis, amigo, que pues la sangre se os va ya restañando no á de ser tanto el daño como hemos presumido.

Y luego que, tras desto, le respondía el herido:

—¡Ay! Alonso. ¿No veis que esso no es restañarse, sino que ya no tienen mis venas más que poder verter? ¡Triste de mí, que muero sin confessarme! Más siento tal desdicha que mis propias heridas.

—Pues no os desconsoléis —le repetía el primero—, que si yo no me engaño nos á traýdo el cielo donde tendréis remedio. Por infalible tengo que ésta es la granja de los frayles, y siendo assí, no ay duda sino que alguno avrá que os confiesse y ayude.

Aquí dixo mi lego que llegava su plática quando, compadescido oyendo aquel trabajo, sin esperar a que los hombres le llamasen, baxó corriendo a abrirles y les recogió muy piadoso. Venía el uno entrapajada la cabeça, lleno de sangre el rostro, y casi desfallecido y desmaiado. Éste pues, en conociendo los religiosos hábitos, se echó a sus pies, besándoselos y repitiendo: "—¡Confesión!" Mas como él era lego, desengañándole en quanto aquel artículo, en todo lo demás que tocó a su regalo le acudió agasajándole. Ofrecióle su cama, hízole un par de güevos, confortóle, alentándole, con presupuesto que el siguiente día le prometió traerle médico y confessor, luego en amaneciendo. Con tal oferta dezía que los avía quietado y obligado a esperar con mayor reposo, durmiendo con alguno lo que restava de la noche.

Después de la qual, despertando solícito para cumplir lo que estava a su cargo, quiriendo hazerlo y mirando por los hombres, ni halló rastro del herido, ni barruntos ni sombra del compañero; cosa que, tiniendo por sueño, le hizo quedar pasmado un grande espacio, pero que, presumiendo algún daño, baxó al punto a la puerta, y tocando el pestillo y viéndole bien cerrado, creció su admiración y començó a llamarlos, no persuadiéndose que estando allí encerrados podían aver salídose por otra parte.

Assí nos refirió que avía estado gran rato sin caer en la cuenta, casi ya sospechando que fuesse algún encanto, hasta que, discurriendo en su busca de unas partes a otras, vio desde el corredor que señoreava los corrales que, por do menos entendía, se le avían escapado. Eran las paredes de aquellos de cinco o seis tapias, y por su altura tenía por impossible semejante salida, mas todo puede facilitarse con la industria: estavan en el corral unas horcas de parra y,

valiéndose dellas, les aprovecharon de escalas. Mas ni con tales muestras acabava de entender donde se endereçavan, porque ninguna prenda, de muchas que pudieran robarle, faltava de la casa.

Mas en esta sazón, y quando sus confusiones y discursos le tenían agotado, vio patente a los ojos el desengaño y claridad que tanto deseava; vio con mucho dolor de sus entrañas que, poco a poco, salía del gallinero arrastrando una larga bayeta un pequenuelo vulto, que si bien al principio no conoció lo que era, dentro de breve término, despavilando más la vista, halló que el enlutado era su triste gallo, que si pudiera hablar, en vez del canto alegre con que recibe al día relatara en endechas la miserable historia de su viudez y soledad. Avíanle los engañosos güéspedes dexádole sin cinquenta gallinas. Tantas afirmava el buen lego que eran sus compañeras, y aun el cuitado gallo, en su modo, aprovava el referido número, porque en las espaldas del capuz trayendo un epitafio, contava el frayle que dezía desta suerte:

"Si el que pierde una muger
se cubre de luto triste,
con más razón hoy le viste
quien perdió cinquenta ayer."

Esta graciosa burla quiso que abonasse su yerro y disculpasse su inadvertencia nuestro huésped, el qual, regocijándonos aquella noche con ella y otros cuentos, luego que se passó y vino el día, trató que por su medio tuviésemos avío, y assí, yendo y viniendo de Toledo a su granja, bolvió con mulas y mancebo de a pie, en cuya compañía, despidiéndonos dél, en siendo anohecido, començamos el viage. Y volteando por más seguridad a la cumbre del monte, muy cerca de la Sisla, Convento de Jerónimos, salimos al camino real y endereçamos al de Ocaña, donde dos horas antes que amaneciese, tanto como esto solicitamos las espuelas, entramos por sus puertas.

XIV

Parece que corrían tras de mí y azia qualquiera parte que se encaminavan mis passos, los acaecimientos peregrinos y grandes de que ya juzgo enfadado al lector, o por lo menos muy dudoso en su verdad y crédito; mas siempre los successos notables traen consigo iguales objeciones. Muchas cosas suceden a los hombres que antes de sus efectos les parecieron impossibles, otras convierte en fácil uso la fortuna; ninguna en este mundo se deve tener por summamente incontrastable, aunque no ignoro que lo menos difícil siempre lo reputamos por más seguro. Si los varios progressos de mi vida fueran tan ordinarios y casuales que les faltara lo nuevo y admirable que en otras no miramos, ni yo tenía para que referirla, ni para que apetecer y desear su noticia el curioso lector. Sírvale pues aqueste advertimiento de sonda que asseguere en la navegación de mis jornadas, la certeza y verdad de su relación; sin que tan varios casos pierdan su autoridad por sacarlos en público para su exemplo y diversión.

Al fin, echa esta salva, entramos, como dixé, en Ocaña al ponerse la luna, cuya ausencia, aun siendo las tres de la mañana, dexó el lugar con más obscura sombra; pero ni aquesto pudo excusar que no fuésemos vistos desde una alta ventana, por la qual, al atravesar una calleja angosta, yo, que yva el último, fui llamado con una fácil seña. A los principios mal pude discurrir si era hombre o muger, mas en prosiguiendo la voz, su blandura y sonido confirmó lo postrero. Díxome:

—¡A, cavallero! Suplicoos que paréis y me digáis si sois de aquesta villa.

Aquí, reparando la mula, la respondí que no; con que, mostrando más contento, me volvió a repetir:

—Pues de nuevo os suplico que ya que el cielo me á hecho tan dichosa, guiando a este puesto cosa tan conveniente para mi vida y honra, que os sirváis de atenderme.

Cessó y obedecíla, y mandando al criado que passasse adelante, ella se entró al momento y yo quedé esperándola un espacio muy corto; después del qual, bolviendo otra vez a salir a la ventana, con dezirme: "Obligación es de hombres suplir nuestras flaquezas", fue poco a poco descolgando una cuerda y della bien asido cierto pequeño vulto, que en llegando a mis manos tenté que era una cesta cubierta y reboçada con un cendal de tafetán. Pero no presumiendo entonces descubrirla, alçando el rostro para entender la orden que me davan, los grandes golpes con que sentí cerrar apriessa la ventana y, consiguientemente, los gritos de hombres y las voces de frágiles mugeres que claramente llegaron a mis oídos, interrumpió mi intento y apressuró los talones, con los quales apretando a la mula, sin esperar a más, escarmentadode mi corta fortuna, me escurrí de la calle, y alexándome della quanto más pude y supe, no suspendí la rienda hasta la otra salida del lugar, que junto con mi gente me entre en la última posada.

Aquí pues, en tomando aposento, pidiendo luz y quedándome solo, descubrí mi aventura, si bien en vez del rico cofrecillo que me topé en Sevilla, hallé aora una criatura, según mi parecer recién nacida, cosa que me tuvo pasmado una gran pieça, y más el aparato, adorno y atavío de sus envolturicas y aderentes. No siempre avía la suerte de encontrarme con tesoros y minas, si bien no tuve esta en tan poco que, porque le faltasse de aquello, dexasse al punto de buscarle el remedio de que necessitava. No se podía disponer aqieste sin dar a alguno cuenta para que le guiasse, demás que aunque quisiera rescatarlo no me fuera possible, por las voces y llanto con que el pequeño infante hizo patente aora nuestro secreto. Assí, valiéndome de la piedad y lástima de su género, tomé a la güéspedesa por instrumento que le facilitasse, y con ser a desora, halló en ella tanta acogida mi justa pretensión, que sin maior consulta se levantó del lecho, y animada con mis ofrecimientos y promessas, buscó y truxo muger que dentro de mi quadra paladeasse y diesse de mamar a la criatura.

En el ínterin, por sossegar el pecho, desbalijé la cesta, vi con cuydado quanto dentro venía, que aunque todo era ropa concerniente al sujeto, brincos, juguetes, dijés y cosas deste modo, ni a estas cortas alajas les faltó estimación, ya tanto por su curiosidad, olor y buen asseo, como por la abundancia, nobleza y calidad de sus especies; pero muy mucho más y sin comparación por un papel cerrado que venía al fin de todo; el qual, abriéndole, no solamente en él vi escritos los siguientes renglones, más juntamente una rica sortija, cuya piedra, siendo un fino diamante, dio más luz a la quadra que la vela que me estava alumbrando. Quedé admirado viendo cosa tan bella, pero ni esta suspensión escusó mi advertencia; noté que en torno della venían catorze letras esculpidas, que juntas unas y otras formavan esta breve razón: AUN SOI MAS FIRME. Bien conocí que era conceto del amor, aludiendo a la dureza firme del precioso diamante, mas sin querer cansarme en otra intelligencia, passe a la del papel, que dezía desta suerte:

"Este niño infelice desde su nacimiento va sin bautismo, hazelde más dichoso dándosele al momento con el nombre de Enrique, y ruegos mucho no le desamparéis hasta dexarle con el remedio que se espera de la piedad cristiana, pues para mejor facilitarle, el valor dessa joia suplirá su estrechez; pero sobre todo os suplico que os sirváis de esperar en qualquiera posada de esta villa solamente dos días, que yo os haré buscar sin que passe este término, y por quien, en hallándoos, podréis dél confiar lo mismo que os confío, y dexar para siempre obligada a una muger menos venturosa que agradecida y noble. Dios os ampare y guíe."

Tales razones contenía el billete que digo; con que, argüiendo dél y del hermoso anillo la calidad del dueño, con más gusto y afecto determiné ayudarle; pero ante todas cosas, viendo desfallecida la criatura, temiendo su peligro, luego en amaneciendo le hize dar agua de bautismo; y sin más dilación, yo mismo, sin fiarlo de nadie, fuy a una cercana aldea, y guiándome el cielo hallé y truxe conmigo una ama muy conforme a mi gusto, a quien con recato y secreto entregué el niño, y por cuenta y razón sus vestidos y arreos, la paga de seis meses y otros muchos regalos, con que bolvió contenta y advertida donde avía de escribirme para que le fuesse pagando y acudiendo, y yo quedé esperando los dos días que me pedía el villete, si bien en todos ellos fue por demás y de ningún efecto mi asistencia y cuidado, causa por quien estava algo dudoso en lo cierto del caso, pues casi presumí que me avían engañado echando a mis espaldas aquella carga. Mas no obstante, dispuesto a no faltarle, deseché esta sospecha, y como la del successo incierto de mi perdido amigo don Francisco solicitava mi partida, no quise suspenderla por más tiempo; y assí, creyendo que avía de hallar nuevas dél en Madrid o en casa de mi madre, me encaminé hazia ella, encargando primero a mi buena güéspeda que si por dicha alguno me buscasse, le dixesse el lugar donde me avía de hallar. Y con tanto, no queriendo ausentarme sin ver antes a mi nuevo ayjado, tomando bien la madrugada, guié al aldea con un corto rodeo, y mirándole ya más alentado, summamente contento, me despedí dél y su ama, bolviendo a mi jornada y al camino derecho a poco más de las ocho del día.

Destá suerte, por suplir la tardança y llegar a Madrid aquella noche, apreté los ijares de la mula, y fue con tantas ganas, que en breve espacio me dexé atrás a quantos ivan por el mismo viage, y aun alcancé y previne algunos que avían salido antes que yo hora y media. Eran éstos dos hombres de a cavallo, el uno con hábito ecclesiástico, y de galán el otro, y que aunque caminavan con harta diligencia, en saludándolos y advirtiéndolos la mía y que se conformava con su propio desseo, queriendo no dexarme, y yo no reusando su compañía, juntos alegremente proseguimos el començado intento. Llegamos a almorçar a Aranjuez, y en el ínterin, siendo ya grande siesta, acordamos passarla en aquel paraíso.

¡O si fuera mi musa aora la del divino Garcilasso! Dixe poco, la del mismo Mantuano, cierto que nunca se quedara en silencio entre aquestos discursos la descripción fiel de tan raro sujeto, de aquel famoso, único y singular jardín, portento de la Europa, obra insigne y magnífica del generoso ingenio, prudencia y traça del segundo Filipo. Mas ni mi humilde estilo basta a tan grave assunto, ni pienso que aya alguno que pueda cabalmente y segun él merece atreverse a su empresa. Con tal desconfiança no hize más que admirarla, y respetivamente callando engrandecerla. Lo mismo hizieron mis nuevos camaradas, y como la familiaridad del camino ablanda el trato y halla docilidad aun en los más absteros, fácilmente nos agasajamos y convenimos, travando varias pláticas con que divertir el cansancio y entretener la fiesta; y assí, dexando para más dulce lira nuestros buenos deseos, començamos, políticos, a gobernar el mundo, sus estados, sus fuerças, ya confiriendo unas y ya encareciendo y reprovando otras; mas como siempre adonde ay hombres moços paran sus conversaciones en successos de amor, sin embargo y respeto del hábito ecclesiástico que teníamos delante, yo enpecé a maltratar al rapacillo ciego, y el compañero a defenderle con abundancia de razones retóricas.

Alegávase por mi parte y para reforçar mi opinión la inconstancia y liviandad de las mugeres, sus trayciones y engaños, como tan escarmentado de sus efectos; mas él, por el contrario, presumió confundirme trayendo de Porcias, de Penélopes, de Lucrecias y Tisbes diferentes exemplos, a que, después de otras respuestas, yo, para convencerle y desengañarle, pidiendo el beneplácito del que nos escuchava, en breve espacio, resumí todo el cuento que me passó en la corte, y luego el de Rufina, según tenéis noticia. Mas quando imaginé que con tales fracasos estarían los oyentes rendidos y atajados, el seglar, sonriéndose, salió más obstinado con dezir que cada uno contava de la feria como le yva en ella; y su amigo, tomándose la mano y atajando mis réplicas, con una breve arenga se opuso a su defensa desta suerte, dixo:

—Aunque no es de mi ámbito semejante materia, todavía, por no dexaros persuadido a que es vuestra opinión común y general, como tenéis juzgado, abré yo de salir de mi ordinario término. Bien pudiera traeros a la mía con argumentos fáciles, con razones tan claras como pide el intento; mas porque los exemplos concluyen y persuaden mejor que silogismos, quiero que estos os vençan, quiero que, con licencia de mi compañero, uno que entre los dos está vertiendo sangre merezca el lauro de vuestro rendimiento. Tan frescos han de ser los instrumentos y armas deste certámen, tan fuertes y poderosas sus razones, que no sólo confío teneros presto de mi bando con ellas, mas que me avéis de confessar que son injustas las que avéis alegado contra el amor fiel, valor, perseverancia y firmeza de las mugeres.

Assí encareció el eclesiástico el prometido cuento con que creyó rendirme; aunque antes de empeçarle aguardó el beneplácito del que le acompañava, que era un bizarro y gallardo mancebo. Confirieron entre los dos un rato; divió de ser dificultar el uno y hazer fácil el otro y sin inconveniente el cumplir su promessa. Avíales dado yo cuenta de alguna parte de mis cosas, sabían que era muy estrangero de su tierra y que, por consiguiente, ni las personas ni el secreto corrían detrimento o peligro, y por tanto, resolviendo sus dudas, no con pequeño gusto mío dio el principio siguiente a su amorosa historia:

—Cerca deste contorno ay un grande lugar, tan ilustre por su origen antiguo como famoso y rico por su nobleza, abundancia y fertilidad, terreno y otros diversos requisitos que le hazen uno de los nombrados y mejores del Reyno. Déste pues es natural Anselmo, cavallero mancebo de excelente sugeto, ya por sus partes naturales, ya por las adquiridas con sus grandes estudios; finalmente, dexo aparte su sangre, es uno de los hombres que en este nuestro siglo merece dignamente el generoso título de docto.

Aquí, oyendo tal razón, juzgándola a blasfemia, sin poderla sufrir, arqueé entrambas cejas; acción con que atajándose el curso de su cuento, uvo antes de proseguirle de salvarla más cuerdo, diziendo assí en la siguiente forma:

—Mucho os parecerá que me é adelantado en honra de mi amigo, si ya no presumís que el hazer tal barato de tan alto tributo á sido porque ignoro su mayor excelencia; y assí, justo parece que no quedéis dudoso en lo que avéis oýdo, y que yo os desengañe haziendoos entender que sé lo que me é dicho. Universal en las materias, general en las ciencias, vario en toda doctrina deve ser el varón a quien se diere semejante renombre, pues no es capaz de aqueste el que a tan cortos límites como son los que incluye una facultad sola pretende reducirle. Docto será a mi juicio quien, como Anselmo, sabe un *utrum* de Theologo, y quien en declarar lugares de Escritura muestra que está leído y versado en los santos, y el que en las concurrencias y sucessos del mundo no ignora sus historias, sus estados políticos; el que en censurar una lengua habla con propiedad y noticia; el que quando se trata la inteligencia de algun canon, ley regia o municipal, no está encogido y mudo, y en los secretos naturales dize sus efectos y causas, y quien si el astrónomo platica de influencias, el geómetra de lineas, el aritmético de números, sus consonantes el poeta, sus tiempos y compases el músico, muestra generalmente que sabe de los astros, que entiende de architectura, que conoce unidades, que alcanza consonancias y medida y, en fin, que ni aun se fue por alto bemol ni bequadrado. Tales ingenios merecen tales títulos, éstos solos deven ser embidiados de los hombres, y assí llamarse doctos. É hablado según siento y, respetivamente, según la estimación y conceto que se tiene de Anselmo.

Assí de aquesta suerte discurría el orador en los elogios de su amigo, quando bolvió a atajarle el compañero haziéndole que prosiguiesse el caso; sospecho que corrido, porque mostró en su rostro tocarle parte de tan grande alabança; mas ni por esso faltó a su exornación; concluyóla, y bolvió a relatar desta suerte su historia, diziendo:

—Pues ni tan altas partes, dignas por cierto de mejor fortuna, pudieron resistir la violencia de una passion de amor, veneno inremediable que ni admite remedio, ni le es antídoto la más fina atriaca; pero ¿qué medicina, qué ciencia, qué experiencia se opuso con efecto a esta enfermedad? Ella es quien más aflige el espíritu humano, debilita las fuerças, oscurece el ingenio, priva la libertad, entorpece el sentido; es un fuego escondido, una agradable llama, una ponçoña suave, una dulce retama, un alegre tormento y una gustosa infamia; y finalmente, este mal amoroso siempre tuvo de los noscivos y ásperos el primero lugar en nuestros cuerpos y almas; porque en tomando possession de sus fuerças, mientras el sugeto es más noble, más discreto y prudente, haze mayor operación; y es de la calidad del umor corrompido de la calentura, que siendo su principio el tierno corazón, dexa incurables los otros miembros ínfimos y sensibles.

En tal estado se halló el gallardo Anselmo luego que en un festín vio, sin pensar, la hermosura de Estela, donzella de admirables virtudes, a quien, abandonando sus loables estudios, dio aora en su doliente pecho el lugar que antes avían ocupado tan diferentes ejercicios. Era esta dama, si no tan noble en sangre como Anselmo, más poderosa y rica de temporales bienes, no menos arreada de peregrinas partes y requisitos; cosas con que bastantemente se igualavan entrambos. Y assí, creciendo a un punto sus conformes desseos, fácilmente se entendieron los ojos y se hablaron las almas. Tenía Estela padre tan solamente; pero aqueste, como rico, sobervio, poco tratable por no menesteroso, áspero por lo inculto y, en conclusión, notado y conocido por su terrible condición, por su avaricia y grossería; mas estos impossibles fueron atropellados brevemente de Anselmo, el tiempo largo fue mediando el contraste, y no obstante el gran recato que avía sobre la dama, no faltó a la ocasión de poder conformarse.

XV

—Estavan ya, por la continuación de la amorosa vista, en diferentes lances reyterada, casi rendidos estos dos corazones; bien que el de Estela, como más encogido y vergonçoso, andava menos pródigo de lo que merecían sus desseos; pero ofreciéndoseles suficiente ocasión en cierta fiesta, hallándose muy juntos, sin escándalo u nota, Anselmo dixo su amorosa pasión a quien, aunque la atendió recatada, ni la admitió muy fácilmente, ni la despidió desdeñosa.

Primeros brindis son siempre de virginal concepto la ambigüedad de las palabras; señales ciertas son de su secreto incendio sus equibocaciones y desvíos. Entendiólo el amante y, no desconfiando, prosiguió sus intentos y habló desta suerte:

—¡O cuántas vezes, hermosísima Estela, considerando mi desdicha y vuestro merecer, é temblado el llegar a tanto atrevimiento! Pero ni mi dolor, que está ya incomportable, ni vuestra gran clausura y recogimiento, que siempre me an negado el lugar oportuno, me an permitido mayores dilaciones, ni menos que en esta coyuntura dexe perder el tiempo que el cielo me concede. Yo confieso, señora, que tan alto favor deviera averse antes grangeado por mí con papeles y cartas, con servicios de mayor consequencia; mas ni de vos an sido recibidos con gusto, ni de mí violentados, por no daros enojo. Assí é buscado (sabe Dios con qué miedo) sazón igual para que en ella pueda, mejor que en el papel, certificaros mi pasión, y juntamente, con el acento tierno de sus razones fieles, abrasados suspiros y lastimosas ansias, parte del mar furioso en que se anega el alma, si vos no la ayudáis, si no la ampara vuestro piadoso brazo. Tengo, Estela, por cierto, tanto confío de aquesse noble espíritu, que llegando a entender estas amargas quejas, hará que en ellas reparéis más piadosa, hará que en vuestro pecho se conozca algo del bien y el mal que se anida en el mío; puesto que su encendido ardor le tiene de tal forma, que no ha de saber daros en el vivo exterior tan eficaces muestras, que no sean desiguales a las que internamente le consumen y acaban.

Assí el vencido Anselmo pronunciava turbado semejantes palabras, acompañándolas con tantas lágrimas y profundos gemidos, que fueron testimonio de la verdad del alma; con que teniendo la que le escuchava alguna compasión (quiza encubriendo otras mayores llamas), disimulada y cuerda, respondió en este modo:

—Pienso, señor Anselmo, que si estáis olvidado de vuestra discreción tanto como de lo que se deve a mi decoro honesto, no tengo duda sino que también abréis mucho estrañado mi desdeñosa presunción, y aun puede ser que la ayáis atribuydo a algún vicio, pues esso suele ser lo que más se aplica a la virtud. Y haráos pensar aquesto el ver que aunque por tantos días y con tan largo amor, con tan varios mensajes y con tan grande extremo avéis solicitado mi voluntad, no la avéis conseguido. La verdad es, Anselmo, que esto no es de culparme, pues deviendo seguir la senda más segura, ni como principal muger podía hazer otra cosa, ni como recatada donzella abraçarla u quererla; pero también es justo que se entienda y conozca que si no é recebido vuestros papeles, ni vuestras pretensiones admitido, no tampoco é reprovado aquéllos como ni condenado también estotros. Y esta neutralidad no deve imaginarse que nazca del desprecio u desdén de vuestras muchas partes, que esso sería locura, sino del tener por certíssimo que aplaudiendo su empresa forçosamente crecería vuestro mal y la dificultad del remedio, en el qual impossible es su fin, si no me engaño, por el camino que vos le gobernáis. Yo hasta aora no sé quien es amor, no me puedo quejar de su soberbio imperio; la primera esperiencia está en mí por hazer, y assí vivo advertida que, quando llegue aquesta, ni olvidaré el respeto que mi honestidad pide, ni soltaré las riendas a su pasión de suerte que ponga mi honra al canto del tablero. Y con este temor, porque no prevariquen propósitos tan justos, y porque no los contraste y atropelle mi amor y vuestro exceso, pongo venda en mis ojos, candado en mis oídos, que impidan su veneno, que interrumpen su canto, que atajen sus echiços; quiriendo más assí ser descortés y grossera, que en los fines hallarme arrepentida. Mas no obstante lo dicho, quiero que no tampoco me tengáis por ingrata. Salvad mi honra y viva siempre aquesta, que siendo tales vuestros intentos nobles, yo entonces gustaré de perder el nombre de cruel y desdeñosa porque vos le ganéis de honesto y virtuoso. Siendo tan buen galán, yo seré agradecida; hazedlo assí, señor, sea linde entre los dos mi honor seguro y vuestra verdad firme.

Aun passara adelante la hermosa dama si, llegando sus criadas, no la atajaran y hizieran que Anselmo con disimulación, metiéndose entre la mucha gente, se despidiesse della, y si bien no del todo satisfecho y alegre, por lo menos mucho más alentado a proseguir sus passos, como en efecto lo hizo, siendo correspondidos hasta los justos términos de Estela, ya con los ojos dulces y agradecidos, ya con favores dignos de su perseverancia. Assí continuaron los dos su amorosa porfía muchos y largos días, bien pudiera afirmar que fueron años; y aunque en diversos lances reytaron sus pláticas y esforçaron su incendio, ni con todo se satisfazía de aquel tan solo objeto el afligido amante. Este desasosiego le traía las más noches desvelado a la contemplación de las paredes archivo venturoso de su querida prenda. Pero una dellas, que no con más alivio Estela, por ver si le vería, estava a una ventana que caía a las espaldas de su casa, siendo advertido della con el resplandor de la luna, al mismo tiempo que, aviendo él conocídola, quería aventurarse hablándola, más diligente que sufrida, sin perder la ocasión, le atajó y dixo semejantes razones:

—Paréceme, señor, que quien anda a tal ora por partes tan ocultas y sospechosas tiene su vida en menos de lo que yo la estimo, pues no quisiera veros con el menor peligro, aunque perdiera y arrestara mis mayores consuelos; demás, que tengo quien me recata y guarda de suerte que sería muy possible que, descubriéndonos, yo arriesgasse mi honra y vos vuestra salud.

—Hermoso dueño mío —respondió Anselmo—, no imaginéis que llevo aquí con tan poco recato; mis ojos me aseguran, el silencio, y la ora puede desvanecer vuestros temores; fuera de que ni tengo quien me siga, ni carezco de amigos; y quando por su desdicha uviessse algún curioso que pensasse oponérseme, tan bien sabré arriesgar mi vida en vuestro servicio, como

perderla porque vuestro decoro nunca se disminuya por mi causa. Pero si todavía fuese tal mi desgracia que me privasse del vivir en semejante empresa, creed, señora, que me tendré por satisfecho, y que sólo podré sentir mi muerte porque es fuerza que en ella quede imperfecto mi verdadero amor, y vos menos servida de lo que piden sus ardientes desseos.

Aquí cessando el tierno enamorado, afición y piedad començaron en el pecho de Estela a fomentar su fuego, y sin poder sufrirle, sin algún dissimulo, dixo, mexcladas de profundos suspiros, estas palabras:

—¡Ay, Anselmo querido! Ruégoos, señor, que no me traygáis a la memoria cosas tan tristes; nunca, aunque assí os hablé, juzgué en los dos tan miserable suerte, ni el cielo justo se mostrará contrario a nuestro intento; sólo os suplico aora que con sinceridad, si desseáis vuestra vida y la mía, os declaréis conmigo. Dezidme, sin rodeos, a qué fin se encamina vuestra larga porfía; porque también os digo que si ésta no se abraça con lo que mi honra pide, vos os cansáis en balde, y yo vivo engañada; mas si con ella se conforma y pretende lo que merece mi lealtad y firmeza, para que lo empeçado se concluya, admitiéndome por legítima esposa, desde luego tendréis tanta parte en mi alma que, sin respeto del que a mi padre devo, y del empleo que me va disponiendo en un sobrino suyo, y sin temor de sus enojos, iras, y de su furiosa condición y de su más terrible proceder, me pondré en vuestras manos y os obedeceré como a señor, como a marido y padre, y estaré aparejada a seguiros hasta morir a vuestro lado con igualdad de ánimo. Mas si, como imagino, vuestro propósito es repugnante a este mío, pídoos que me dexéis desde hoy en mi quietud honesta, para que assí con ella pueda mejor vivir segura y satisfecha entre mis iguales.

Nunca presumió Anselmo aun tener tanta dicha, propia condición de discretos confiar menos mientras merecen más; y assí, sumamente contento, y aun receloso del apuntado primo, la respondió sin dilación:

—Querida Estela, pues de tal soys servida, no ay para qué alargarme en mi encarecimiento, no ay para qué exajerar mi gusto, referir mi alegría. Digo, señora mía, que aunque me reconozco indigno de favor semejante, desde luego le aceto, y desde luego, en prendas de mi fee, si antes de aora no tuviéades mi alma, os la entregara al punto con la más singular y firme voluntad que se vio entre los hombres; mas pues vos soys su dueño, pues en vos sólo vive, tenelda aprisionada, ponelda una .S. y clavo, hasta que con efecto muestren sus obras más cierto testimonio, y con instrumentos y testigo dignos de confiança, o por los medios que mejor eligiérades, quede ratificada mi palabra y assegurada vuestra noble promessa.

Con aquesto acabaron sus pláticas, quedando muy de acuerdo en la resolución menos difícil que facilitasse el nuevo estado, y juntamente la resistencia de su padre y la oposición del pariente, con quien ya andava en venta; razón que fuertemente, por ser Anselmo pobre, imposibilitava en su modo el negocio. Porque pedir a Estela por esposa a su padre, tratarlo con sus deudos, echar los rogadores u aprovecharse de iguales diligencias, a entrambos a dos les pareció escusado, juzgando por certíssimo que antes darían al traste con su amorosa máquina que la conseguirían por tal medio y camino. Por esta causa passaron a otros atajos y veredas más cortas; consultaron, guiaron y emprendieron la última.

No fue tan secreta esta plática ni su resolución como Estela creía. Tenía una dueña por aya, a quien reconocía por madre desde sus tiernos años; cuidava ésta de su persona y guarda más que si verdaderamente fuera su hija, mereciendo este afecto la grande confiança que della hazía su padre. Dormía en su aposento; despertó y echóla menos, y levantándose alterada, buscándola con silencio y cautela, llegó a la ventana y atendió, no sin terrible sentimiento, a las determinaciones y conciertos que avéis oýdo. Los quales concluídos, queriendo Estela bolverse a la cama, dando de repente en el laço y conociendo a su aya, lloró y gimió el verse descubierta, y mucho más las reprehensiones y amenazas con que reprovó sus progressos.

Pero como ya aquellos avían echado firmísimas raíces, ni alagos ni temores bastaron a interrumpirlos o menguarlos un punto; antes, mientras más quiso disuadirselos, crecieron en su pecho y la dexaron vitoriosa; porque, finalmente, tales razones dixo, tales argumentos produjo, tantos exemplos traxo, tantas lágrimas vertió, tan grande fue su fuerza, respondiéndole, alegando, contradiziendo y confirmando que, en conclusión, persuadiendo a su aya, la obligó a que viniese en su mismo propósito y no se le opusiese en sus execuciones. Amávala y queríala con más amor que madre, temió que no se arrojasse, desdeñada, en otro más sangriento inconveniente; obedeció su gusto, porque tan fácilmente como suelen ayrarse, se conforman y convienen mugeres; discurren poco y aondan menos para la dirección de sus consejos; y assí, de adonde Estela creyó su perdición y mayor ruyna, resultó su bonança y más seguro puerto, pues con ayuda semejante mejoró su partido. Y dando aviso a Anselmo, mandándole venir la siguiente noche a una rexa baja que salía del jardín a una secreta calle, en presencia del aya y de un criado de su querido amante, le dio la mano y él la recibió por esposa, quedando con tan estrecho ñudo, con vínculo tan fuerte, enlaçadas sus almas en más perfecto y ligítimo amor.

XVI

Bien pudieran tan dichosos principios guiar los medios y assegurar los fines, mas siempre la bonança es amenaza cierta de tormenta; pero al presente, ignorantes los dos de otro nuevo infortunio, sólo tratan del desseado efecto de su dulce pasión.

Buscaron en el ínterin muchas y diversas traças y diversos remedios para templar sus llamas; mas como todas no les salían a pelo, tomando unos y reprovando otros, gastaron largos días sin elegir ninguno, entretenidos con la amorosa plática que, de noche y a deshora, más los apresurava y encendía que no les divertía y reportava.

Tenía Estela un primo hermano llamado Claudio, moço de gentil talle, rico y, sobre todo aquesto, mucho más su amartelado que requería parentesco tan grande; pero no obstante, juzgábase, por conveniencias y respetos de hazienda, más por marido que por galán y amante. Assí le reputavan en el pueblo, en su casa, y aun en la misma de la graciosa dama, y esto aun se apretava aora con mayores esfuerços. Venían en ello los parientes y deudos, no lo negava el padre, antes se la tenía ofrecida, aun sin saber su voluntad; pero escusávala ella, ya con su tierna edad, ya con otras disculpas que pudieron dilatarla dos años. Mas ya en la presente concurrencia casi se vio perdida y en términos, por tan continuo aprieto y importunación, de declarar el justo impedimento; pero costárale la vida, no era su padre hombre de tales burlas.

Assí, el temor de su terrible furia la tuvo a raya, padeciendo, sobre su resistencia, muy malos tratamientos, clausuras y rigores increíbles; mas templávanse éstos con la agradable vista, breve consuelo y plática de que gozava con su amante las más noches; y mayormente aora que, hallándose cercada de tanto afligimiento, el mismo riesgo y aprieto en que se vía animó sus desseos, hasta determinarse a que, haziendo una escala, gozasse Anselmo la prenda que era suya y andava vacilando y en contingencia de perderse. Efectuóse assí, y por una ventana inaccesible por su altura no dudó el ciego amante de ir previniendo la temerosa empresa; pero aún no avía llegado su sazón, otros nuevos trabajos se pusieron en medio que la impossibilitaron y aun pervirtieron, como presto veréis.

En este ínterin, el enamorado pariente solicitava de manera su pretensión que, no contento con las persuasiones y diligencias referidas, hizo que su misma madre, y tía de Estela, le hablasse y procurasse cautamente entender sus consejos, y el último de adonde nacía su larga dilación. Púsolo assí por obra, mas aunque la propuso con razones discretas, muchas con que a ella le pareció que concluía, y juntamente, con el gentil despejo de su hijo, su biçarría, sus

partes, sus mayores riquezas, sus bienes de fortuna (causas con quien bien podía prometer a su posteridad perpetuas honras), la dama, que antes se dexara morir que faltar a su Anselmo, en vez de cuerdamente, como otras vezes, divertir sus intentos, cansada ya de tanto importunar, y aun juzgando que al ausente ofendía no declarándose, precipitadamente, sin reparar en cosa y con no acostumbrado atrevimiento, la respondió las palabras siguientes:

—Maravillada estoy, señora tía, de que ayáis sido tan fácil en disponer de mi persona, como arrojada y liberal en prometerla sin entender su gusto; mas no importa, que con quedar aora advertido con mi desengaño vuestro descuydo, se tomará la enmienda. Tened, señora, desde hoy por muy sabido que aunque mi padre y vos inventéis más tormentos, más crueles martyrios que escribieron del inhumano Fálaris, y todos juntos se executen en mí, los passaré primero que obligarme a seguirus. Resuelta estoy a padecer mil muertes antes que dar la mano a quien en sangre y parentesco me es una misma cosa. Tengo por muy creído que casamientos tales, unión tan poco lícita, si ya no es detestable, suelen muy ordinario tener trágicos fines, lastimosos y míseros sucessos; no é de esponerme a ellos por vuestra voluntad; sola una causa suele facilitarlos, y essa falta en nosotros. Mi primo tiene bastantíssima hazienda y yo no estoy sin dote, pues ¿en qué forma, o a título de qué pedís dispensación? Impossible parece que, según nuestro estado y medianía, se nos conceda, menos que con alguna relación muy siniestra, que no he de consentir aunque pierda la vida. Esta es, señora, mi resolución última, mi final parecer; en lo justo y honesto deven los hijos obediencia a sus padres, no en las cosas que traen tales inconvenientes. La ofensa de los cielos y un paradero triste y inremediable es lo que aora rehuso. No me mueve otra cosa, a Claudio estimo como a mi sangre propria, como a primo le quiero, mas no como a marido; no esperéis con aquesto más claro desengaño, ruégoos, amada tía, que, pues ya le sabéis, no apretéis más la cuerda si no gustáis que, para mal de todos, se quiebre y despedace con el arco.

Assí habló y concluyó, dexando a quien la oía espantada y confusa. Nunca pensó la tía escuchar de su boca tan absoluta réplica. Pasmó, y sin saber lo que avía sucedídola, ni al vado ni a la puente estuvo largo espacio; pero al fin, haziendo más hondo fundamento a sus razones libres, callando, se despidió de Estela. Fué a su padre, y con la misma turbación le contó lo passado y, añadiendo algunas circunstancias, irritó más sus iras, llenóle de sospechas y temores y como, según su condición, menos preámbulos bastavan a sacarle a barrera, sin más tardança, colérico y furioso, se entró bramando al aposento de su hija; la qual en viéndole venir, conociendo su enojo, para templarle assí, bañados de lágrimas los ojos, se echó a sus pies, y en ellos atendió a las terribles y sangrientas palabras, que desta suerte le començó a dezir:

—¿Cómo assí, ingrata y desobediente hija mía, te ás atrevido con tanta libertad a negar a estas canas el decoro y reverencia que por tantas razones deviera siempre estar permanente en tu memoria? ¿Cómo assí se á borrado della y tu entendimiento aquel dominio, aquel imperio grande y absoluto que se les permitía a los padres en los tiempos antiguos sobre el estado y ser de nuestros hijos? Pues no sólo nos era entonces concedido suplir, con empeñarles, qualquier necessidad, mas permitido el venderlos y aun matarlos en semejantes ocasiones. ¡O con cuánto rigor te castigarían aquellos ínclitos y varones romanos, si resucitaran aora a ser testigos de tu desobediencia y libertad! Pues no imagines, ¡o liviana y atrevida rapaça!, que si se prosiguere essa terca porfía faltará en estas venas igual valor y sangre, mayor resolución para verter y derramar la que tienes mía, bolviendo a renovar assí en aquestos siglos, para mejor exemplo de tan ingratos hijos, aquellas justas leyes que están oy tan confundidas y olvidadas. Trata de resolverte siguiendo mi elección, o espera en breve término ver sobre tu cabeça el cumplimiento de aquestas amenazas.

Con aquesto, sin querer escucharla, bien que sin hazer mella alguna en la dama (tan fuera estava de ofender a su amante), la bolvió las espaldas. Salió y habló a su hermana, advirtiéndola que assegurasse a su hijo Claudio que, sin duda, tendría cumplido efecto su

amoroso desseo. Hízolo assí, y no obstante que el disgusto y contradición de Estela turbó sus alegrías, no por esso desconfió del buen successo.

Començó desde este punto a recatarla y asistirle con mayor diligencia, guardávala de día, rondávala de noche, ni sé si amartelado o si, receloso, creyó que tanta resistencia tenía secreta alguna grave causa. Tales cuydados descubrieron los ardientes de Anselmo; imposible es que largo tiempo se le encubra a un celoso la ocasión de su pena. Avían ya en esta coyuntura determinado los amantes el acuerdo que dixe, pospuniendo para ello grandes y temerosos inconvenientes. Era forçoso al començar la empresa tiempo muy oportuno, asistencia secreta, guarda dentro de casa, centinela en la calle y, finalmente, ánimo resuelto para subir hasta las mismas naves por una escala. Estava ésta dispuesta, bien advertida Estela, buelta un Argos su aya, Anselmo ya en el puesto, la ora media noche, la oscuridad mui grande, el silencio profundo y, con todo, mientras un su criado, archivo fiel de los amores, atava fuertemente y afirmava las cuerdas, él solo discurriendo y assegurando las esquinas asistía vigilante a qualquiera successo. Parecíale que sus mismos desseos se avían de atropellar y impedir su remate, andava como en asquas, no sossegava de unas partes a otras. Mas porque raras vezes desacredita la fortuna los anuncios y presagios del pecho, no permitió que aora saliessen en vacío los recelos de Anselmo.

Apenas con las frágiles fuerças de su Estela se avía subido y fixado en lo alto brevemente la escala, quando sintió que por la propria calle venía rumor de gente; no dexó de turbarse, porque no assí tan presto, sin mucha detención, estruendo y embaraço, se podía desarmar o encubrir el artificio; y assí, no consintiéndolo, dexando en su guarda al criado, guió al cantón de la calleja angosta, al proprio instante que un hombre bien dispuesto yva entrando por ella. Opúsose al encuentro, y quiriendo impedirselo, mudando la voz, con mucha cortesía le pidió se bolviesse; mas no era el personage sugeto de tan cortos espíritus, desemboçóse oyendo tal demanda, y aperciviendo la espada y el broquel, dando hazia atrás un passo, respondió lo siguiente:

—Ninguno con título más justo puede ocupar la calle que yo piso, ni aun el passo que queréis defenderme; hazéos a un lado, o mi espada sabrá abrirse camino para mí y para ella.

No avían estas palabras pronunciádose quando, mal de su grado, Anselmo conoció que era su dueño Claudio, primo de Estela. Ningún desastre pudiera encaminarle su destino que más caro le fuesse, porque, no obstante que su pretensión no ignorada le tenía indignadíssimo, el ser sangre y pariente tan cercano de su dama le templava y aun forçava a respeto. Pero con todo, reconociendo aora que tiniéndoselo quedavan sus amores aventurados u casi descubiertos, ésta, como causa más fuerte, venció a los demás decoros. Vio que al fin estava el caso en términos que no podía, sin arriesgar más daño, escusar la refriega; determinóse, y sacando la espada, con singular destreza floreado la punta, se fue en gentil compás desviando del puesto y recibiendo del valiente contrario (y mucho más viendo su retirada) terribles golpes y espessas cuchilladas, que reparava y rebatía con despejo admirable. Desta manera el uno defendiéndose y el otro apresurándose, fueron sacando pies, hasta que ya alexándose, quando Anselmo juzgó que podría su criado aver recogido y guardado la escala, tomando diferente postura se reparó y dixo a Claudio assí:

—Bueno está, cavallero; cese vuestro rigor, baxad la espada, que assaz bastantemente queda bien conocido el valor desse braço. Passad por do mandáredes, que yo no é pretendido defenderos la calle, sino para admirar con mi propria esperiencia lo bien que avéis sabido franquearla, según de vuestras manos se publica.

Razones eran éstas que pudieran templarle; mas como estava el moço picado y aun herido de celosas sospechas, no le satisfacieron; antes, la cortesía y blandura tan fuera de propósito le causó mayor recelo; y assí, con éste, sin querer admitirlas, le respondió:

—Mientras no me dixeredes quién soys y a lo que allí asistíades no curéis de otra cosa que defenderos.

—Descomedido andáis —le replicó Anselmo—, pues os da atrevimiento lo mismo que devierades agradecerme; pero poco me importa, que muy presto veréis si era bueno el consejo.

Menos se curó Claudio de aquestas amenazas, apretó con más furia, y obligando a que Anselmo guardasse más el pecho que recatasse el rostro, en siendo descubierta fue conocido dél, si bien en breve espacio se miró arrepentido; perdió la tierra que antes avía ganado y, desastradamente, de una dura estocada, el amor y la vida. Pero no fue esto tan presto que primero, al estruendo, no acudiesse la ronda, los corchetes y el alguacil mayor, en cuyos braços diziendo, en vez de pedir los sacramentos, quien era su homicida, se le arrancó el alma. Bien creyó nuestro amante, aunque engañándose, que no era conocido, y assí, aunque pessaroso de tan triste successo, por más dissimularle, guió a su casa, en quien halló al criado que le estava atendiendo. Mas en el ínterin, dexando la justicia y ministros, por la vezindad y cercanía, el cuerpo del difunto en casa de su tío, caminaron aprissa a buscar la del reo.

Es en aquel lugar Anselmo muy amado y bien quisto, y por aquesta causa o por otra permitida del cielo, llamando antes de cercarle la casa, quiçá de industria o quiçá por descuydo, dieron fácil escape a su peligro, porque apenas llegaron a sus oýdos los golpes, quando desengañado de su primero parecer se persuadió al contrario; juzgó que le avían visto y seguido, u lo que realmente fue, que Claudio, conociéndole, diera tales avisos; y con tanto, mientras aquellos echavan por el suelo las puertas, saltando Anselmo por las tapias de un güerto, los dexó a buenas noches y se puso en casa de un amigo en suficiente cobro, y antes de amanecer, con secreto inviolable, en un cierto convento, del qual, aunque le visitaron y desembolvieron diversas vezes los alguaziles y su governador, se salieron ayunos.

Pero justo será que bolvamos los ojos al alboroto grande de que se llenó todo el pueblo con tan triste fracasso, y mayormente la morada de Estela luego que por ella metieron al ya difunto Claudio. Pensó su padre de la dama, que le tenía por yerno, rebentar de congoxa; mientras ella, recogida en su quarto, considerando el daño general que tan en breve y por tantos atajos y caminos avía salteado todas sus cosas, no ay lengua, no ay estilo que baste a ponderar sus lastimosas quejas. Representáronsele entre ellas, con la muerte del primo, que al fin era su sangre y aunque no tan amado, no tan acervamente avorrecido, el ausencia forçosa de su querido dueño, los peligros y riesgos que, assí presente como estrangero y peregrino, le amenazavan; uno y otro suspirava y gemía, quando aprovando la ocasión infelice y quando reprovando la determinación del amante. Unas vezes le culpa y otras le disculpa y escusa; ya le es fiscal y ya le es avogado; por reo le condena y por inocente le absuelve; y assí, metida en tantas desventuras, muchas vezes ratificó sus lágrimas, muchas salió de juyzio, infamando sus ojos, injuriando a su alma, a aquellos por causa de sus males, y a estotra por fácil al rendirse.

Mas a esta ora, entendiendo su padre el llanto que ella hazía tan admirado de semejante novedad como del caso lastimoso, confirió cautamente que, según lo passado, tales desigualdades no conformavan bien con la aversión que a Claudio avía mostrado; reconvino unas y otras, y al cabo, sacó dellas que quien tan poco antes, y con tan grave excesso resistió ser esposa del que aora llorava, sin duda era inducida de misterios más hondos. Y desde aqueste punto, si bien remotamente ignoró el fundamento, anduvo siempre más sospechoso y recatado; y no obstante, por ver si rastreava, aun quiso, caviloso, informarse de la aya de su hija en sus procedimientos, en sus más íntimos y menores discursos. Mas ya veréis qué tal sería el informe; pudieran, siguiéndose por él, canonicarla, y assí, ya por aquéste y ya por el predicamento de la fiel criada, quedó, si no como antes satisfecho, por lo menos no con tantos temores y cuydados.

XVII

Ninguno en el lugar, por más que se atendió a desembolver las piedras, ni por más que la ociosa curiosidad procuró investigarla, pudo dar con la causa, gracias al cuidado de Anselmo y al gran secreto con que su dama y él la prosiguieron y fomentaron. Assí, fueron muy disformes y varios los motivos que dieron al fin triste de Claudio. Era aqueste mancebo comunmente tenido por sobervio, y aunque adornaban otras muy buenas partes su persona, todavía, el defecto primero le grangeó grande aborrecimiento, y Dios nos libre de un tan cierto peligro, no ay daño que se iguale al del aborrecimiento y odio público. Muy al contrario se reputava Anselmo, la general estimación de estudioso, de cuerdo, de afable, de apacible, de humilde y cortesano, hablava en su descargo por las calles y plaças; todos en voz y en grito pregonavan su abono, todos en secreto y en público afirmavan, conformes, que alguna libertad indigna de sufrirse obligó la desgracia del difunto y forçó a executarla a un sugeto tan noble; esto es ver cumplido el refrán: cobra buena fama y duerme descuydado.

Gran voz es la del pueblo, terrible y temerosa su sentencia y decreto; dígolo, porque con ella se templó poco a poco el rigor de la justicia y las diligencias y acechanças con que por varias vías los parciales, los amigos del muerto, buscavan y afligían al retirado Anselmo; el qual, en más de un mes, ni salió de un rincón, ni tuvo noticia de su persona deudo ni conocido. Todos sus criados estavan presos, y aun el mismo que le llevó la escala con cadenas y grillos padescía igual desdicha; porque como vio Anselmo que, según la declaración que infirió del difunto, sólo por tal indicio se podía proceder, confiado en su buen ánimo, le mandó que atendiese antes de hazerse reo.

Gran voz es la del pueblo, terrible y temerosa su sentencia y decreto; dígolo, porque con ella se templó poco a poco el rigor de la justicia y las diligencias y acechanças con que por varias vías los parciales, los amigos del muerto, buscavan y afligían al retirado Anselmo; el qual, en más de un mes, ni salió de un rincón, ni tuvo noticia de su persona deudo ni conocido. Todos sus criados estavan presos, y aun el mismo que le llevó la escala con cadenas y grillos padescía igual desdicha; porque como vio Anselmo que, según la declaración que infirió del difunto, sólo por tal indicio se podía proceder, confiado en su buen ánimo, le mandó que atendiese antes de hazerse reo.

Mas aora, no aviendo prueba para tenerlos presos, fueron sueltos sus compañeros y éste; cosa que llegó a su noticia por medio de los frayles, no con pequeño gusto, porque en su libertad tenía él librados el descanso y alivio de sus penalidades; y como la mayor era no saber de su querida Estela, ni menos en la forma que avría tomado el sangriento desastre, temeroso, cuydó que la tendría indignada, y el desseo de salir de semejante duda le hizo atropellar su evidente peligro, llamar al fiel criado y poner en sus manos, cordura y diligencia, el medio principal del saber informarse, buscar sazón y aprovecharse della. Y no contento, para mejor valerse de sus nuevas y avisos, pospuniéndolo todo, se salió de sagrado y se plantó en la casa y amparo de un su amigo; confiança, por cierto, llena de graves riesgos; pero ¿quál no atropella, facilita y deshaze la causa poderosa de quien era regido?

En esta coyuntura, como a los coraçones de los amantes dizen que siempre informan unos mismos efectos, la hermosa Estela, menos pereçosa y negligente, entendiendo de su aya la libertad de los criados, llenó de varias máquinas y traças el espíritu, y eligió una por donde se consiguiesse su lo propósito y pudiesse saber de su querido ausente. Para este fin, escribiendo un villete se le entregó a la secretaria de su amor, la qual, puniéndolo a recaudo y fingiendo una novena y devoción a que avía de salir algunos días, apercebida dél, con recato prudente, passava siempre, a la yda y la buelta, por la casa de Anselmo, por ver si su fortuna le encontrava tal vez con el criado dicho; orden tan bien dispuesta que, al fin, por su camino se

consiguió el desseo, dando con lo buscado al quarto día. Viéronse y conociéronse los dos exploradores, y como bien espertos y dotrinados en su officio, entendidos los ánimos, ella pasó derecha hasta el templo adonde yva, y él, haziendo lo mismo, se puso en lance que recogió el villete, sin nota y advertencia de los ojos y espías que siempre los rodeavan; y sin poder hablarse, el uno prosiguió en sus ipocresías, y el otro, muy alegre, esperando la noche, fue y ofreció a su amo las primicias dichosas de su tercería. No encarezco al presente las locuras de Anselmo por no alargar la historia, entendido se está de su perfecto amor qué tal sería su extremo. Abrió el papel, juzgando siglos largos los puntos que tardava, y besándole primero mil vezes, temblándole la mano y el corazón dentro del pecho, rompió la nema, y en él leyó las siguientes razones:

"Poco amor tiene quien el peligro de su cuerpo antepone al contento del alma. Anselmo, si vuestras palabras amorosas, confirmadas con tantos juramentos y promessas, fueran fieles, nunca hoy Estela llorara vuestro olvido, ni a sus quejas y lágrimas uviera dado causa quien más la era obligada; mas no es mucho que aviendo ya empuñado vuestras manos a bañarse en la sangre de mi infelice primo, quieran aora, quedando encarniçadas, quitar la vida a esta triste donzella, si bien con armas más crueles que vuestra aguda espada; pues si aquella pudo matar en un instante a Claudio, no assí vuestra memoria, fiero cuchillo de mis cansados días, podrá de un golpe hazer igual destroço, y esto no por piedad, sino por más tormento, que el que se passa en breve no es tan duro y cruel como el que se dilata. Si darme tales penas tenéis por cosa justa, sepa yo, señor mío, que es esse vuestro gusto, pues el solo entenderlo me hará que los reciba con más constante espíritu que vos me avéis amado; y con esta victoria moriré satisfecha. Mas si a tantas desdichas an quedado esperanças de acabarse, y vuestra esposa Estela no se arrancó del todo desse pecho, ruégoos, Anselmo, que siquiera escriviéndola luego os acordéis della y de mí. Duélaos, querido dueño, su soledad y desventura; lastímenvos las persecuciones que padece, los malos tratamientos y rigores, por quereros y amaros; en continua desgracia de su padre, aborrecida de sus deudos, guardada y reprimida de sus propios criados, murmurada del pueblo, assombrada de un muerto por su causa, y olvidada de un vivo por su ofensa. El cielo os guarde y consuele a esta triste."

Bien muestra este papel en sus efectos varios quantas ventajas tiene a las demás passiones a que el humano ser está sugeto, la violencia de amor, pues se puede decir que los dolientes de tal enfermedad, si bien en carne humana, viven casi en cierta manera fuera del mismo ser en que fueron criados, sin uso verdadero de sus sentidos, sin libre operación de sus potencias, sin discurso y razón y, finalmente, separados y ajenos del resplandor y claridad que la deidad suprema informa a sus criaturas. Claro y visto se está cuánto autoriza esta verdad el desvarío de Estela, cuánto la califica presumir el amante que un pequeño contento se aya de anteponer a la vida y sosiego de la cosa amada. Bien se ve esto si es locura o prudencia, y si dezirle a uno afrentosas injurias se compadesce con estarle adorando. Creer por una parte que Anselmo la á olvidado, y por otra pedirle que la escriba; llamarle matador sangriento, infiel y perjuro; y luego amado esposo, dueño y señor querido. Clamar misericordia quando se está ofendiendo, rogar quando se está desconfiando y, finalmente, amar y aborrecer, injuriar y adorar, despreciar y pedir, olvidos y memorias, misericordias, impiedades, desconfianzas y finezas, cosas tan enemigas y contrarias como impossibles de asistir a un sugeto. ¿Quién será el ignorante que las ignore? ¿Quién será el torpe y ciego que no las vea?

¿Quién el que no las califique y condene por desatinos? Pues advertid aora que, no obstante todo esto —¿quién lo podrá creer?—, es infalible y llano que en tales desvaríos, principalmente, está y consiste la más fuerte señal, la provança más firme, la confessión más clara de un fuerte, puro y sencillo amor. Todo su ser, verdad, constancia, esfuerço, pende destos contrarios; de tales esperanças y temores, descuydos y cuydados, seguridades y inconstancias, desconfianças y finezas, discreción y locura; y assí se puede ver amante verdadero sin tales requisitos, como el sol sin sus rayos y la noche sin tinieblas y sombras. ¡Mísero y desdichado de aquél que asentó plaça en tan orate compañía, debaxo de bandera de

tan contrarios y disformes colores! Pues, a bien escapar, al cabo se hallará o muy cercado de semejantes aflicciones, como padecese Estela, o de tan tristes confusiones como a Anselmo ofuscaron luego que uvo leído las quejas, sentimientos y lástimas de su prenda querida.

Es sin duda, es certísimo, que si las persuaciones del criado no le tuvieran, y el peligro y respeto de la casa de su amigo no le estorvaran, que sin más dilación se pusiera en la calle, se pusiera, no digo yo en tan notorio riesgo, mas en las mismas manos de sus émulos, a trueque de obedecer a su dama y dar satisfacción a sus injustas quejas. Pero suplió al fin, en la imposibilidad de sus desseos, el discurso amoroso del papel que se sigue, respuesta del primero y descargo mayor de su verdad y fee.

"¿Possible es, archivo y fiel secreto de mi alma, que tanto os aya atropellado y pervertido nuestra común desdicha, que assí os tenga privada del discursar discreto con que tan varias vezes aconsejastes mi salud y reprimisteis, por no arriesgarla, nuestros mayores gustos? ¿Possible es, mi señora, que al fin de tantos años de experiencia viva con tal descrédito a questo vuestro esclavo, que dudéis en su fee, que ayáis imaginado menguas en su verdad, engaños en su amor, olvido en su memoria y, lo que yo más lloro, creído que pudo aver en él manos para ofenderos, primeros movimientos para enojaros? "Cierto, Estela querida, que si por mi pasión no juzgasse la vuestra, que este solo entender me quitara mil vidas; mas lo que en mí culpáis os descarga y escusa, y una misma dolencia, una enfermedad misma, como me tiene a mí loco y frenético, no es mucho que os tenga a vos afligida y turbada, y no es mucho que os tenga también ciega para no conocer que el exponer la vida y el perderla, como vos ordenáis, en el presente caso, arrastra tras de sí el perderos a vos, que soys mi propria vida, y el perder vos la vuestra, que consiste en la mía. Y por el consiguiente, si esto es verdad, considerad aora si, pretendiendo Claudio privarnos deste bien, quitarnos con una herida sola dos vidas tan conformes, sacar de un cuerpo dos almas tan unidas, fuera justo no ponerme en defensa, fuera lícito que ésta que permite el común y natural derecho, no me la concediesse vuestro amoroso afecto, si no por mi provecho, a lo menos por la mayor quietud y tranquilidad de vuestras cosas. El desvarío y arrojamiento de las tuyas precipitaron y aun echaron a Claudio sobre mi misma espada; su sobervia le hirió, no mi desseo; partidos le hize que antes pudieran reputarse a covardía que a ánimo y, con todo, aun precediendo yo su opinión a mi honra, no pude reportarle. Precisa fuerça fue valerme de la mía. Sed hoy nuestro juez y ved, Estela, quién fue el actor y reo, y luego, juntamente, si, estando en tal estado, estimaréis en más a vuestro esposo sin honra y con la vida, que con lo uno y lo otro, aunque a tan grande costa. Clara está la elección en muger tan prudente; vivo y honrado tenéis a vuestro Anselmo, y tan amante tierno como el primero día, porque antes tendrá fin la máquina del mundo, paz la guerra continua de sus quatro elementos, que falte en mis entrañas la llama desse fuego, en mi pecho esse espíritu con que alienta y respira, y en mi memoria y alma la más dulce presencia, obligación, fidelidad, palabra y mano, que deve Anselmo a su mejor Estela."

Assí, humedeciendo este papel con más lágrimas tristes que rasguños de tinta, escribió el abrasado moço a su más rico empleo, a cuyo poder llegó el siguiente día por el mismo camino que vino antes el suyo. Quedó la dama, en viéndole, alegre y satisfecha, y aun no sé si corrida de sus indignas quejas y sentimientos. Prosiguió aquel consuelo, y en todo lo restante de la novena de su aya, no dexando perder ora de aquella estratagema, con villetes recíprocos, divirtieron y engañaron los dos su larga ausencia, dispusieron los medios de su comunicación, y continuándola el criado, yendo y viniendo a prima noche, tomava los papeles y atava en una cinta que le arrojaba Estela los de su dueño.

En tales obras consumieron seis meses, término en quien tomaron los negocios mejor disposición. Echóse fama que Anselmo estava en Aragón, y aquel respeto estimó la justicia y morijeró la cólera de sus contrarios; pero lo que más templó su desseo de vengança fue el ir esparciendo poco a poco sus amigos y aficionados (exceptando el origen, porque éste ninguno le sabía) la ocasión esencial que dio la muerte a Claudio, su descomedimiento, su arrogancia y sobervia. La cortesía, blandura y paz con que le rogó Anselmo, los partidos que le hizo, sus indignas respuestas y, finalmente, su defensa forçosa. Esto, con el crédito grangeado por el discurso de su vida, fue provança bastante para la inocencia del ausente, para su descargo y excusa; ninguno uvo en el pueblo que assí no la juzgasse, y se lastimase juntamente de sus peregrinaciones y trabajos.

Tan general abono, tan general satisfacción como ésta, parece que allanava qualquier dificultad, y assí, quiriendo aprovecharse della, habló el amante a su güésped y amigo, advirtióle, como el que entonces lo acordava —digo, con aconsejado descuydo y disimulo—, que muy acaso procurasse tentar si, para su perdón, podría ser expediente el casamiento con la prima de Claudio. Era aqueste remedio el puerto más seguro de sus naufragios, y aún algo más invencible que antes que se causassen, todavía, faltar aora la oposición del muerto facilitava más su mejor acierto. Dezía entonces Anselmo a su amigo, por deslumbrarle más, que no obstante que él se hallava prendado de otro amor muy antiguo, antepondría a su gusto esta nueva elección por quietarse y quietarla.

Juzgólo assí su güésped, y aprovando el consejo, tomó a su cargo la disposición del tratarlo; pero mientras, valiéndose de medios valentísimos, fue venciendo contrarios, Anselmo avisó a Estela; y advertida de lo que avía de hazer, si bien desconfiada, esperó el quando llegassen las noticiasdel caso a los oýdos de su padre, que no tardó gran tiempo.

Propúsole el concierto un grave religioso, y juntamente algunos de sus mismos parientes, y como la calidad del reo era tan aventajada quanto mayor su aborrecimiento y pasión, quiriendo salvar ésta sin ofensa de aquélla, remitió con palabras generales y equívocas la determinación de su respuesta a la consulta y parecer de los demás deudos, de la madre del muerto y voluntad y consentimiento de su hija. Mas no obstante, él quedó indignadíssimo, y acabó con aquesto de persuadirse a que no fueron vanas sus antiguas sospechas. Creyó aora del todo que esta secreta causa quitó la vida a Claudio, y que la inobediencia de la dama en tomarle por dueño avía procedido deste ignorado amor. Assí entendiéndolo, con una infernal furia, casi estuvo resuelto a matarla antes de permitirlo. Pero difiriendo su enojo hasta mayor provança, libró lo principal y verisímil della en la resolución negada u aceptada de su hija.

Mas como ya ella estava sobre el caso, y avía cuerdamente notado y colegido quán mal lo recibía, temiendo algun desmán, tomó mejor consejo. Apenas se lo propuso el padre quando, si bien él procuró darla a entender, fingido, que lo tendría por justo, libremente arrojada le afeó tal empleo, y con mayor cautela le advirtió claramente que antes se dexaría morir que ponerse en poder del que mató a su primo. Con lo qual, revencida su astucia, quedó engañado el caviloso viejo de aquel flaco sugeto a quien pensó engañar. Dio gran crédito y abraços estrechísimos a Estela, hizo desde aquel punto más firme fiança de su persona, alçó la mano de su recato y guarda, sossegó el coraçón y, en tal conformidad, respondió a los terceros desesperándolos de las tratadas bodas.

Mas no assí se perdieron los amantes de ánimo en la desconfiança de su remedio, antes, gozando la ocaasión (vista la tranquilidad y quietud del sospechoso padre, el seguro descuydo con que ya descansavan sus recelos y miedos), se aprovecharon della, y por la misma parte, calle, ventana y ora que primero intentaron, Anselmo subió alegre mediante la referida escala, y Estela vio en sus braços sus más altos empleos. Quedó entonces la dama, entre su afición y vergüença, desecha en dulces lágrimas, y sin hazer otra mudança que mirar a su esposo, passó a los ojos toda la fuerça de su alma, dando assí por su objeto puertas al coraçón porque

gozasse lo que con tales ansias avía desseado y apetecido. Pero en aquestos éstasis, tomándole las manos su querido galán, besándolas mil vezes, este nuevo favor quebrantó su silencio y, con mayor esfuerzo, la comenzó a dezir:

—¿Quién creerá, señora de mi vida, que presencia por mí tan deseada sea de tan alta fuerza que prive al cuerpo y al espíritu de sus acciones naturales, según aora siento contemplando vuestra gran hermosura? Señal bien cierta es ésta del poderoso efecto con que soy gobernado; mas aunque mi contraria fortuna á impedido mostraros hasta hoy cuánto aquél puede en mí y cuánto é padescido por vuestra causa, creed bien mío, que su menor pasión á sido de más pena que la muerte, y que con ella, gran tiempo á, la uviera puesto fin, si la esperanza que é tenido de llegar a este punto no uviera sustentado mi vida, para recibir hoy la venturosa paga de sus trabajos y aflicciones. Pero ya lícito y justo es, hermosíssima Estela, que, sin más renovar nuestros passados males, demos orden aora en la seguridad de los presentes bienes, gobernando sus cosas con tan sanos consejos, que ni nuestros contrarios los puedan prevenir, ni perderlas nosotros en sus execuciones. Lo bien dispuesto destas remito a vuestro gusto, y lo que toca a mí, que será obedeceros, fiádmelo, señora, que como esclavo vuestro, ni huiré de la prisión dichosa en que me veo cautivo, ni faltaré a vuestras órdenes mientras tuviere aliento.

Aquí, bolviéndose a abraçar aun más estrechamente, Estela, con entrañable amor, le respondió, diziéndole:

—Querido esposo mío, ¿qué prisión puede aver donde el cautivo y preso es de más calidad que el que llama su dueño? Dexáos desse atributo, si no queréis que os pague con iguales renombres, y no sé si en su mayor verdad os llevaré ventaja, pues ya mi firme amor me tiene en tal estado, que se olvida de mí por buscarme en vos mismo, y en tanto extremo vivo, que por quereros vengo a aborrecer a mi sangre, y obedeciendo a vos, quito a mi proprio padre lo que os ofresco y rindo, y no curando de sus respetos justos, atropello los míos y antepongo a mi honra vuestra noble confianza; tanta es la que é librado en su promessa y fee, que primero creeré que faltan todas las cosas, que ella se disminuya o falte a esta muger; de quien, tened por cierto, que si vivís amante, soys muy correspondido, y si ya padescistis atendiendo a su gusto, no á suspirado menos por acudir al vuestro, y que nunca fue otro su amor y pensamiento que el que a vos os gobierna y a ella la supedita, si bien jamás podremos mitigar sus ardores, reprimir su furor, templar sus crueles llamas, menos que con la unión, con el onesto vínculo que por tantos caminos se nos á dilatado.

A estas razones últimas entró la dueña, y sonriéndose de oýrlas, mirando la perplexidad de los amantes, les comenzó a dezir:

—Pues ¿qué medio esperáis para poner los dos en perfección igual esas partes divisas? Si tiniendo tal tiempo le consumís en disuadir su gloria, quien le tiene y le pierde, tarde o nunca le cobra.

Assí dixo, y sin mayor tardança, tomándoles las manos, ratificando en su presencia los juramentos antevistos, capitularon los conciertos y cláusulas deste casamiento clandestino; y cerrando su cámara, dexó lo demás del discurso presente a la discreción y advertencia con que, en conforme amor, pusieron dulce límite a sus antiguos y encendidos desseos.

Destá suerte gastaron los dos tiernos amantes gran parte de la noche, hasta que, reconociendo la venida del día, uvieron de poner treguas a su descanso, despidiéndose con protestación de reiterar el mismo trance siempre que la fortuna lo permitiesse, o concediesse sazón más a propósito para poder sin miedo descubrir estas bodas. Assí pues, por el mismo lugar, recato y ora, continuaron sus vistas término de dos meses.

Mas en el ínterin, sustanciado el processo de ausencia por el governador, visto que los conciertos y caminos de paz se resfriavan, y que ni Anselmo se presentava u parecía, no pudo dilatar la primera sentencia. Condenóle por ella, harto contra su gusto, a cortar la cabeça en rebeldía, aviendo antes llamádole a edictos y pregones, y procedido, no sin murmuración de los contrarios, con larga remisión en otras muchas diligencias jurídicas.

Con esta novedad, se refrescaron los passados rigores; dezáse públicamente que estava en su casa el delinçiente, y no faltaron testigos y personas de no buena intención (que en un lugar tan grande nunca falta de todo), que afirmassen averle encontrado, conocido y seguido diversas noches en diversos parages. Y assí, despiertos los ministros y irritados los émulos, buscaron su posada y la de otros amigos y, en conclusión, tanto se desvelaron que, al fin, dieron con el secreto asilo del que le receptava en la suya; mas quiso la venturosa suerte que esto fuesse en sazón que le hallaron ausente.

Gozava a la misma ora de los braços de Estela; pero no obstante, como el soplo y aviso era de buena data, tomando las esquinas y bocas de las calles, creyeron que podían esperarle seguramente, y emprenderle quando viniessse a recogerse. Assí, tan bien traçada, tenían armada a nuestro enamorado, sus contrarios, la trampa; mas ¡quién entonces les refiriera a ellos en quán diversos laços reposava! ¡quién les dixera como podrían hallarle en casa del más fuerte y mortal enemigo!, o, por mejor obrar, ¡quién, al presente, diera razón a Anselmo del mal recibimiento que le atendía en la morada de su mayor amigo! Llegó, en efecto, el punto acostumbrado, y despedido de su adorada esposa, sin sospecha u recelo, baxó la escala, recogióla el criado que siempre le asistía, y juntos caminaron la buelta de su alvergue. Pero ordinariamente son frustrados de la prudencia y discreción las cautelas y engaños. Traía Anselmo la barva sobre el hombro, nunca, por más que durmió la justicia, se reputó quieto; antes, aviçorando siempre, mudava calles, las derrotas y tumbos, y no contento, por más asegurarse, antes de llegar a su casa, quedándose él con la escala entre unos soportales, embiava delante su explorador que descubriessse el campo. También tenía de noche por costumbre abaxarse hasta el suelo, poner en él la oreja y taparse la otra con la mano, traça con quien, recogido el sentido, penetrava y oía con gran ventaja y a muy largas distancias el más pequeño ruido. Assí, aora, con tan cierta esperiencia, executándola, aguardava al criado, al qual le sucedió al contrario, porque apenas le divisaron los corchetes, juzgando que era Anselmo, le dexaron llegar hasta tocar la puerta, en donde, saliendo de repente, con espadas y luzes, le rodearon y luego le prendieron.

XIX

Aquí llegava el amoroso cuento quando le interrumpieron, entrando donde estávamos, los moços de las mulas; dixeron que era tiempo de ponernos en ellas, y por ser la jornada hasta Madrid muy larga, harto contra mi gusto lo uvimos de hazer. Prometió concluirle su dueño en el discurso del camino, y assí, cerca de las tres de la tarde, alentados de un viento fresquecico, bolvimos juntos al començado viage; por el qual, no sin mucha calor, anduvimos una ora, yo desseosíssimo de oír el fin del caso, y mis dos camaradas no sé si dilatándomele; quiçá la resta dél era más de descubrirse; pero no les valiera con mi curiosidad, si el suceso que aora me esperaba no lo acabara de estorvar y suspender.

Venían pues, a esta misma sazón, por un ancho camino que cruçava el que nosotros ývamos, un tropel de villanos trayendo en medio un hombre en un macho de albarda. Luego en viendo la forma presumimos que le llevavan preso, picamos a las mulas, y emparejando los unos con los otros, ellos nos saludaron y passaron delante, y nosotros verificamos nuestras sospechas, bien que no assí pude yo hazerlo libremente, porque apenas miré el rostro del preso quando con gran lástima mía, conocí en él al infelice don Francisco de Silva. Paré las riendas y,

perdido el color, sin poder encubrirlo, claramente entendieron mi alteración los nuevos compañeros. De los cuales queriendo despedirme para seguir la miserable suerte de mi amigo, tantas y tales fueron sus razones y réplicas, que no pude escusarme de contarles la causa.

Apartéles a un lado del camino, y en breve suma les referí nuestra amistad antigua, la historia de Rufina, la prisión de Toledo, su libertad, el quebrantar la cárcel, el perernos entrambos, mi viaje a Ocaña y, juntamente, como después, aviendo sucedíome en su entrada un notable fracasso que me detuvo en ella dos o tres días, tenía aora por cierto que avía sido ordenada del cielo semejante tardança para que a tal sazón, guiado por el mismo, ayudasse a mi afligido amigo y escusasse su muerte, la qual tendría sin duda en llegando a Toledo.

Assí les informé, y bolviendo a abraçarles, llamando a mi criado, quise torcer la rienda; mas avía ya echo mi relación en sus nobles espíritus harto diferente efecto del que yo imaginava. Mandóme reparar el honrado eclesiástico, y echándome los braços, lastimado del cuento, me dio a entender cuánto pudiera fiar de su valiente mano, si el ábito y las ordenes no lo contradixeran; pero que su precisa falta supliría largamente su compañía y amigo, el qual era varón tan esforçado, que aunque por su peligro desseara estorvárselo, no se lo suplicava porque, segun su aliento, sabía muy bien que sería por demás.

Esto me habló, quando su camarada con obras y palabras calificó su testimonio; púsoseme a mi lado, y con tanto, acordando que el compañero con los moços de mulas bolviesse a esperarnos dentro de Aranjuez, encomendándonos a Dios, los dos y mi criado proseguimos contentos y alentados la derrota que llevaba la gente. A la qual alcançamos dentro de un quarto de ora, y para no alterarla, fingiendo que antes avíamos perdido aquel camino y que el clérigo que vieron con nosotros, yendo por otra parte, nos le vino a enseñar, les dexamos quietos y alabando piadosos la charidad y buena obra que se nos avía echo. Assí travamos plática, y de una y otra, quedándose algo atrás, uno de los villanos nos començó a contar, sin preguntárselo, la ocasión de su viage.

Díxomos que aviendo llegado a su lugar, que era una aldea a dos leguas de allí, ciertas requisitorias de Toledo con avisos y señas del hombre que llevaban, y con noticia grande de un muy grave delito, heridas de un portero, fuga y quebrantamiento de su cárcel, fuera tan sazónada la suerte de su alcalde que, sin pensar en ello, le cogió bien descuydado en el mesón; y que al presente le remitía con ellos, cierto de que, en llegando, no tan sólo serían bien pagados, pero él, más en particular, galardonado por la gran talla que con pregones públicos avía la justicia prometido para quien le prendiesse.

Esto nos refirió el villano con mucho regozijo, mientras mi amigo y yo, advirtiéndolo todo, visto que eran seys guardas las que le acompañavan, las quatro con espada, las dos con escopeta, sin perernos de ánimo, si bien el riesgo era notorio, acordamos su salida mejor con más sano consejo. A grandes y arriesgadas empresas grande constancia y determinación se requiere. Resolvimos el caso, y enterado cada uno en lo que le tocava, antes de dar sospecha con nuestra detención, haziendo muestras de que nos despedíamos, mi camarada y el criado rompieron por en medio, y al passar, alargando las manos, asieron por los cañones de las dos escopetas que llevaban al hombro, y apretando los puños y las espuelas a las mulas a un mismo tiempo, arrancándoselas con presteza notable, les dexaron sin ellas. No estava yo dormiendo, porque aun sin ver el successo ya andava por el campo con la espada en la mano, mas no fue necessario ensangrentarla mucho. Apenas la turba de pardillo miró en poder ageno las dos armas de fuego quando, juzgándose por blanco de sus pelotas, corrieron como gamos, desapareciéndose por entre unos barbechos.

Traía yo, desde que salí de Toledo, para desconocerme y deslumbrar el rostro, un gran parche en un ojo y otros varios disfraces, y assí, no es mucho que hasta aora no uviesse caído en mí don Francisco de Silva; mas quando quité el tapón a la ventana izquierda, quando me quedé

sin vigotes, moños y cabellera, quando tendí por aquel prado semejantes çurrapos y quedé en mi figura, no ay pluma, no ay retórica que encarezca su espanto, no ay palabras que basten a significar su admiración y agradecimiento. Bien quisiera abraçarme al momento, y yo no le negara yguales agasajos, si unas fuertes esposas y una cadena gruessa no le tuvieran impedido sus acciones y manos. También, no era el sitio ni el tiempo convenientes para escuchar lástimas dilatadas, ni aun para defferrarle, según lo pretendí. Picamos velozmente, y sin tomar descanso, atravessando valles, cerros y varios montes, sin más certeza que nuestro buen distinto, dimos en el mar de Antígona. Es éste una laguna que ay junto a Aranjuez, adonde, no sin grandes rodeos, llegamos a maytines. Allí, con mi criado avisamos al clérigo, advirtiéndole el puesto en que quedávamos y las erramientas que se avían de traer. Y executando aquesto, nos embreñamos riveras de Xarama, tomando por asilo sus más incultos y enmarañados bosques.

Aquí, cortando con la daga unas cuerdas con que venía apretada la cadena al alvarda, la desasimos y pusimos nuestro preso en el suelo, y a pocos golpes con dos lindos guijarros también le hizimos que prestasse el candado, saltó la chapa, y hallando el ramal solo, quedaron los pies libres sin arropea ni eslavón. Mas no assí fue tan fácil el desposorio de las manos, tuvimos por preciso el esperar al día y la venida de nuestra gente; pero en el íterin, haziendo de cabrestos y jáquimas travas para las mulas, las dexamos pacer. Y yo, por no dormirme y caer sin los ojos en algún laberinto, no queriendo que don Francisco hasta estar desherrado me contasse su pérdida, pedí al nuevo compañero que, en su lugar, prosiguiesse la historia que començó su amigo. Avía yo notado que quando el otro lo contava, en dudando algún punto, era dél advertido; y assí, no pudiéndome ahora alegar ignorancia para evadirse de mis ruegos, tan obligado dellos como del término oportuno de la prolixa noche, por más entretenerla y divertir el sueño, dando atención los dos, y yo en particular primeramente breve razón a don Francisco de lo que estava referido, él discurrió en la resta, y tomando el cuento donde le dexó su amigo, dixo pues desta forma:

—No assí tan fácilmente prendieron los ministros, como atrás se apuntó, al criado de Anselmo; temióse a los principios de otro daño mayor, y con tal pensamiento, primero que rindiesse las armas y se dexasse asir, uvo muy grandes voces, estruendo suficiente para avisar con él a otro menos advertido que lo estava su dueño. El qual, apenas lo escuchó quando, dando en la cuenta, sin curar de la escala, haziendo alas los pies, la dexó y corrió hasta el fin del lugar; diligencia tan buena que, por presto que acudió la justicia, viendo errado su lance, le dexó sin la presa; si bien en su retorno hallando la escala, mal que no quiso, se contentó con ella. Con este indicio y el toparle a deshora, uvo el criado de dormir en la cárcel, mas como no declaró cosa de algún perjuizio, dentro de pocos días le pusieron en salvo.

En el íterin Anselmo, acogido a un convento, considerándose tan perseguido y acossado, hizo llamar sus deudos, y juntos todos confirieron el caso, siendo de parecer que se hiziesse de Corte. No estavan ya las cosas para más dilatarlo, y era este acuerdo el último remedio, y por el consiguiente, bastantíssima causa para poder guiarlo desta suerte el gran poder y fuerza de sus contrarios y el dinero y riqueza con que atropellavan el pleito y supeditavan la justicia. Assí quedó assentado, y que Anselmo se fuesse a presentar al Consejo de Órdenes, por ser aquel distrito de su jurisdicción.

Avisó al punto a Estela, y aunque la costó muchas lágrimas, uvo de dar licencia, consolándose con la esperanza cierta de que por tales medios su esposo grangearía libertad y quietud. Y con tanto, dispuestas otras cosas, dexando al fiel criado para la continuación de su correspondencia, partió a Valladolid, y allí se presentó en la cárcel de la Corte.

Oyéronle en consejo, citó a sus enemigos, y como quanto alegavan ellos era la cofesión del muerto y el averse ausentado él, siendo aquéstos indicios solamente y Anselmo cavallero, no assí como pensaron se dispuso el negocio; luego se dio a entender a la primera vista menor

rigor y más facilidad. Mas tan buen expediente, y este correr con vientos favorables y las velas inchadas su suceso, parece que en alguna manera se le templó una impensada nueva, aviso tal, que le entristeció aora lo que en otra ocasión le diera mucho gusto. Supo por cartas de su Estela que se hallava preñada con dos faltas, y con dos mil temores de que su padre no entendiese su exceso y la diesse un bocado, como podía esperarse de su furiosa condición. Assí lo creía Anselmo, y con terribles ansias arrepentido, aunque tenía su pleito en tan buen término, de averse puesto en él en semejante coiuntura, procuró consolarla y entretenerla en su breve despacho, al qual, sin perdonar estudio, gasto, desvelo y diligencia, començó a dar más prisa con más solicitud y con mayores veras.

Las congoxas y lástimas que cercavan aora a la afligida dama no son para escribirse; entendidas están quales serían, mayormente hallándose tan sola, ausente de su esposo, y en la presencia y ojos de un hombre tan feroz y arrebatado como su padre. Pero con todo, su misma absteridad y aspereza intratable fue en parte provechosa a su gran desconsuelo; porque, no obstante que al fin la amava como a su única heredera, su natural circunspección celaba esta afición de tal manera que los más de los días se passava sin verla. Assí, valiéndose de tanta sequedad, y fingiéndose enferma y en la cama en los meses mayores, pudo encubrir el daño y llegar hasta el último, en quien también Anselmo, purgados los indicios con ocho meses de cárcel y prisión, salió a la calle, y sin parar un punto, por llegar más ligero, corrió siempre la posta. Pero los males, quando siguen a un hombre, buelan con muchas alas y se adelantan de ordinario al remedio.

XX

Llegó pues, mientras su amante caminava, el fatal punto y ora tan temido de Estela, y aunque fue venturosa en que su padre ya estuviesse acostado, no assí lo anduvo en los demás progressos. Parió cerca de media noche, con la ayuda y aliento de su aya, un infante; y si bien quedó tan quebrantada como lo requerían sus pocos años y flacas fuerças, no por esso faltó al avío necessario, parte del qual ya estava prevenido, aunque su mayor pena era salir de un cuydado tan grave y temeroso como tenía entre manos; y assí, determínada a anteponer su vida al tierno amor del hijo, yendo y viniendo a las ventanas de la calle, atendió con su criada hasta las tres de la mañana que, teniendo a buena suerte el ver passar dos hombres de a cavallo, con varonil ánimo llamó al postrero, y preguntándole si era forastero y él respondiendo a su propósito, se le entregó metido en una cesta, advirtiéndole el modo de portarse en su disposición y, juntamente, dándole para ella una rica sortija, prenda de su querido esposo.

En este passo, sin poder reportarse, vertió con mil suspiros y solloços espesas lágrimas el valiente mancebo; cosa que en mí causó novedad harto grande y sospecha y admiración mucho mayor. Mas ninguna igualó a la que yo experimenté y conocí en mí mismo, viendo tan sin pensar descubiertos y hallados los encubiertos padres y encantado secreto del niño que dexava criando en el aldea; pero con todo, disimulé y callé con indecible gozo, hasta saber el fin, que ya yva proseguendo desta suerte:

No ay felicidad tan perfecta en quien no falte algun desrumbadero; parece que hasta aora, aunque no sin baybenes y desvíos, avía favorecido la fortuna los notables discursos de amor tan verdadero; mas poco satisfecha de su perseverancia, bolvió a medirle con su inconstancia natural, y atropelló de un golpe quanto su poderoso braço avía por tantos días encunbrado y suvido. De ninguna fortuna se deve menos fiar que de la próspera, porque entre sus alagos y desdichas no se interpone nunca más que un tumbo de rueda. Apenas se vio Estela fuera de tan mortal desasossiego, libre y desembaraçada del passado peligro, quando se halló cercada

de otro no menos importante y terrible, del último y mayor que en esta vida la pudo suceder; así pagó a la suerte aquel pequeño alivio.

Siempre en los casos arduos y pressurosos se atropella por desórdenes grandes; no era possible que uviessen faltado éstas en negocio tan triste como un parto secreto, y mayormente con remedios tan cortos, primitivo el sujeto, tiernas y flacas fuerças, sin partera y socorro más que el de una muger llena de turbación y confusiones. Éstas, sin duda, crecieron de manera que llegaron a noticia del padre. Grandes serían, pues le quebrantaron el sueño y le hizieron andar lo restante hasta el día, buelto perdida centinela de su casa; y como con más facilidad en el silencio de la noche se escucha y se previene qualquier breve rumor, oyó todo el passado, y no sin falta de recelos, levantándose, abrió unos quartos baxos cuyas rejas caían a la misma calleja, y cautamente, en una, esperó el fin y consiguió su intento. Vio passar los hombres de a cavallo que ya dixen; oyó la voz de su hija que los llamava, parte de sus razones y, en conclusión, el descender la cesta y el entregarse della al que dexó advertido. Y con tanto, creyendo, si no el sucedido daño, otro de igual afrenta y contrapeso, rebentando de cólera y apressurado de su insufrible condición, subió al instante al aposento de la dama, y dando con toda su potencia un espantoso golpe en la puerta, como ésta no tenía más que una sola aldava, quebrantando el pestillo, a un tiempo mismo abrió y entró, y cayó su hija desmayada en el suelo. No así la sobrevino a la animosa criada; corrió y metióse, sin cegarla el presente temor, en un fuerte retrete, donde caía la ventana por do hablaban a Anselmo, y cerrando al momento con valor más que de embra, ayudó a los cerrojos con sus hombros, para más resistencia.

No curó por entonces el irritado viejo de envestir con la puerta; cuyó que de una suerte u de otra estava bien segura su sangrienta vengança; más creció este desseo luego que, advertido y mirado quanto en la quadra avía, en un rincón, el más secreto della, dio con los pares, dio con las reliquias miserables de su infeliz tragedia. Con lo qual, mal y tarde, advirtió su desdicha, acabó de entender quan poco le avían servido y aprovechado sus recatos y guardas, sus cautelas y espías. Lloró, bien que en silencio, rabiosas lágrimas, nascidas de su afrenta, y acomulando a sus airados ímpetus las causas desta injuria, la inobediencia de su hija, su torpeça y deshonra, ciego y precipitado con tales incentivos, se resolvió a matarla.

No discurren la pasión y la ira más atentamente; con más facilidad se embriagan los hombres del enojo y la cólera que del vino más fuerte, y si aqueste accidente cae sobre naturaleza melancólica es, sin comparación, más tenaz y protervo. Assí, aunque la desgraciada Estela se le arrojó a los pies y quiso disculparse, ni halló piedad, ni rastro de razón en su sobervio espíritu. Mandóla con tremenda severidad que le siguiesse, y ya casi mortal la miserable dama, con tardos y temerosos passos, levantando y cayendo, baxó hasta unas tristes bóvedas, adonde, viendo ya tan vezina la horrenda y fiera cara de la muerte, bolviendo sus lacrimosos ojos a los piadosos cielos, imploró su favor, y temiendo al fin, como mortal, aquel amargo trago, pidió de nuevo a su offendido padre que, pues quería sin oýrle satisfacer sus iras con la muerte del cuerpo, no assí diesse lugar a la eterna de su alma. Suplicóle con entrañable afecto que antes le permitiesse confessar sus peccados.

Quando las cosas se emprenden con justicia y razón igualmente suele seguir el efecto al desseo; mas quando no son lícitas, casi ordinariamente se yerran y confunden en sus execuciones. Permittiólo assí el cielo, pues quiso aora que su padre de Estela, contra todo discurso y providencia humana, concediesse su ruego. Fio el secreto de su resolución a un antiguo criado, echura de sus manos y mañas y muy conforme con su voluntad y condición terrible. Reposavan entonces dos que también dormían dentro de casa, llamó tan sólo a aquéste, y diziéndole que le avía dado a su hija un accidente repentino, le mandó que llamasse, por más presto y vezino, al cura mismo, que vivía en la parrochia. Púsolo por la obra sin detenerse un punto, y fue en sazón tan oportuna que, aun con no ser de día, le halló

que ya estava vistiéndose para otra diligencia. Pero juzgando aquella por más grave y urgente, siguió tras de la guía hasta en casa de Estela.

Cerráronle, en entrando, con presteza las puertas, y hallando al viejo, que assistía en el portal, aviendo saludádole, él le asió por la mano, y sin más circunloquios le llevó azia la bóveda adonde, en allegando, solamente le dixo que confessasse brevemente a la persona que allí dentro hallaría. No pudo menos de alborotarse el cura con razón semejante; porque si bien es hombre de valor y esperiencia, el caso, tan ageno de su intento y cuydado, le avía forçosamente de causar novedad. Y llano es y evidente quanto crecería aquesta luego que, desgreñada, pálida y macilenta, a la luz de una vela, conoció muy llorosa a la infelice dama.

Inclinó Estela, en viéndole, a sus pies las rodillas, y con turbada voz, sin tratar de confessarse (tal la tenía el successo), breve y sumariamente le dio cuenta de todo; díxole sus amores, su desposorio y parto y, últimamente, para tan triste passo le pidió favor; quedando el que la oyó, que por lo menos era (dexamos a una parte persona noble de piedad y de honra) íntimo y caro amigo de su querido Anselmo, más suspenso y turbado que el caso requería. En esta confusión estaban uno y otro sin saber resolverse, quando oyendo la dama que alternativamente davan algunos golpes en otro soterraño vezino, fácilmente escuchando, conoció que cabavan; y cayendo en la cuenta, acabó de entender que hazían su sepultura y quán apriessa caminavan sus cosas. Y no pudiendo resistir aquel trance, perdidos los alientos, buelta a su confessor, le dixo:

—Veis allí, padre mío, están ya dispuniendo el mísero y funeral sepulcro deste cuerpo; ved si tal desconsuelo, si crueldad tan sangrienta podrá dificultar y aun turbar aora el último y mayor beneficio de mi alma. Ésta, aunque amarga, epíctima segura, este medicamento saludable que, mediante mis lágrimas, mi razón y mis ruegos, me concedió el mismo que me engendró y dio el ser, que al presente me quita por tan disformes y violentos caminos.

¡O quán fiero espectáculo es la muerte! Pero sin duda alguna es más espantoso quando es acareada como vemos aora; muchos con los primeros ímpetus la apetecen y abraçan, pero deliberadamente muy pocos o ninguno. Estaba ya entre aquestos cuydados el buen cura —que quiero que sepáis que es el mismo que nos á acompañado y el que en Aranjuez dio principio a esta historia— tan compadescido y lastimado del presente successo, como dispuesto y resuelto a oponerse en su contra o aventurar la vida. Y assí, confirmando su valeroso intento barbaridad tan inhumana, mirando bien la puerta y divisando en ella por la parte de adentro una muy rezia aldava, habló a la triste Estela, y informándola en su determinación, díxola que, animosa, en viéndole salir de la bóveda afuera, cerrasse al punto, y lo demás librasse en las manos de Dios y en su buena fortuna. Y con tanto, sin esperar respuesta, bolviendo el rostro donde estava su padre, que era en los umbrales mismos, le pidió que mandasse cessar aquellos golpes temerosos, si quería que su hija pudiesse confessarse. Parecióle la demanda muy justa, y assí, quiriendo disponerla, apenas desamparó el umbral quando, en dos grandes saltos, desamparó el cura la bóveda, y la afligida Estela, aunque estava sin pulsos, cerró sus puertas con igual brevedad.

Mas ¿a qué infernal furia, a qué tigre de Ircania podré yo comparar la indignación del viejo? Luego que vio la burla pensó morir de pena, arrancó de la espada, mas por presto que envistió con el cura, ya él, como la yedra al muro, se avía enredado entre sus braços y ombros. Con todo aquesto, peligrara sin duda, porque muy fácilmente saliendo aora el criado le matara o hiriera; pero de otra manera lo hizo el piadoso cielo.

Oyéronse a este punto grandísimos y espantosos baibenes en la puerta de la calle; cada golpe que davan estremecía la casa como si la moviera un terremoto, y no se oyá ni entendía mas que un ciego rumor de alaridos y voces; todo era confusión, todo era gritos, hasta que en medio dellos mostró su grande imperio la voz de la justicia, conjuro poderoso para romper y

abrir las puertas de Plutón, quanto y más las de un particular ciudadano. Obedecieronle sus criados al punto, y en quitando el cerrojo, se inchó el patio y la casa de innumerable gente, del gobernador y sus ministros. Partieron éstos la refriega del clérigo, y mientras se informavan de la afligida dama descuydados del padre, él, viendo ya perdidos sus ravisos intentos, quiso executar en la dueña que se le avía encerrado la vengança que no podía en la hija. Subió en un instante las escaleras arriba, y en llegando al retrete, a pocos puntapiés dexó abierta la puerta, mas hallándole solo, faltó muy poco para desesperarse.

No assí con tal descuydo avía portádose la discreta criada, apenas con su peligro cierto conoció el desdichado fin que amenazava a Estela, quando con ánimo invencible (empresa al fin de una muger resuelta), valiéndose de aquella misma cuerda con que avían descolgado la criatura, dichosamente se dexó derrumbar hasta tomar la calle, y con igual presteza buscando a la justicia, le refirió el suceso y el remedio eficaz de que necesitava; ocasionando con tan prudente aviso su llegada a tan fortuito tiempo como ya avéis oýdo.

XXI

En semejante estado se hallavan estas cosas quando, sin parar noche y día, entró Anselmo en su patria, en quien, no tomando sosiego hasta poder andar libre por ella, no quiso dilatar la presentación de sus despachos. Fuesse al punto en persona a disponer su diligencia con el gobernador, llegando a su posada aun no siendo las siete de la mañana. Pero no obstante, hallándola muy sola y con mayor silencio que requería la ora, quiriendo entrar a preguntar la causa, las primeras personas que se le pusieron delante en un recibimiento fueron el aya de su querida esposa y un alguacil que la asistía por guarda. Fuerça era que esta impensada vista le avía de hazer estremecer las carnes; temblóle el corazón dentro del pecho, y las palabras entre la lengua y los labios, no bien articuladas, se bolvieron al cuerpo.

Igual temor turbó a la afligida dueña, si bien más alentada, después de un breve espacio, interrumpió el silencio, lloró, y con sus suspiros tristes le dio sin dilación razón de todo el caso. Díxole el grande riesgo en que estuvo, su venturoso escape y, juntamente, quanto se avía dispuesto para el remedio de su más cara prenda.

Mas como aun éste estava tan dudoso e incierto, y el verdadero amante siempre recela más que asegura el peligro, representándosele aora quantos su tierno amor y el espantoso caso pudieron ofrecerle, juzgando ya delante de sus ojos muerta de crueles heridas a su esposa, no pudiendo sufrir dolor tan penetrante, dando furiosos gritos se arrojó por el suelo. Venció por grande espacio la pasión de su ánimo al varonil sugeto, quedando desta suerte descubierto y patente el secreto amoroso que con tanto cuydado y por tan largo término avía estado callado.

Mas passado aquel ímpetu, recobrándose, consideró que no assí, con gemidos mugeriles y lágrimas, se avía de restaurar la salud de su Estela. Encendióse en furor, y qual si fuera loco, corrió a buscar la muerte en su justa vengança; mas apenas con este desacuerdo anduvo algunos passos, quando encontró con un tropel de gente, con el gobernador y sus ministros que, dexando primero con guardas muy bien preso al padre de su dama, venían con ella misma, trayéndola cerrada en una silla, para depositarla en un convento.

Hízose desta suerte, y dissimulando su dolor el afligido Anselmo, bien que ya más alegre con ver tan recobrado el bien mayor que tuvo por perdido, fue en esta coiuntura conocido de todos; pero él, más en particular, echó los braços y dio agradecido oýdo al valeroso cura, a quien él y su esposa devían tales efectos y de quien al presente (sabiendo por estenso quanto passava) no se quiso apartar hasta que con su consejo y cuerdo parecer se encaminasse la salida mejor de sus negocios, como al fin se dispuso; porque considerando los deudos de la

dama el término forçoso a que se avían sus cosas reducido, solicitados del buen clérigo, rogados del governador y importunados casi de todo el pueblo, tuvieron por cordura conformarse gustosos y con agradecimiento general en lo que en breve espacio se avía de executar aunque no quisiessen, porque es muy gran prudencia y discreción acomodarse con los tiempos.

Assí determinados, hablando juntos al padre de la dama, tanto al fin le apretaron y tantos fueron los respetos y causas que la pusieron por delante, que uvo, a más no poder, de rendirse a la carga, a todos sus parientes, a todo un lugar, a su amor paternal —que Estela era su hija—, y sobre todo a la disposición del cielo, que por tan varios modos y caminos mostrava ser aquella su voluntad. En conclusión, el día siguiente, siendo el governador y su muger padrinos de su boda, Estela y Anselmo vieron el premio y galardón de sus grandes trabajos, a los quales aún no quisieron dar el último reposo, sin atender primero a la pérdida triste de su hijo.

Supo luego el amante la forma de su entrega y lo que en un papel se contenía, y en consecuencia dél, en compañía del cura, buscó quantos mesones y casas de posadas avía en el lugar, hasta que desconfiando del buen sucesso, y tiniendo por cierto que la persona se cansó de esperar, o la criatura tierna murió vencida de las incomodidades de aquella amarga noche, queriendo desconsolados bolverse, por no faltar a alguna diligencia, aunque les parecía cosa imposible que allí, por ser tan lexos, se uviessen apeado, todavía, passaron al último estalage que ay en los arrabales, y sin pensar, hallaron en él bastantes nuevas de lo que procuravan. Supieron de la güéspedes el agasajo que allí tuvo el infante, el cuydado de su incógnita guarda y, juntamente, lo que después de aver atendido los días señalados la dexó dicho, para que lo advirtiesse quando assí le buscassen.

Aquí, dando un tierno suspiro, con nuevo afecto bolviéndose hazia mí, prosiguió:

—Esta noticia pues es la que aora, ¡o noble amigo!, nos lleva presurosos en seguimiento de aquel piadoso hombre, tanto por conocerle y dar a su gallardo proceder las devidas gracias, quanto para traer, mediante su favor, a la afligida Estela aquellos dulces y primeros despojos de sus entrañas.

Assí dio alegre fin a su amorosa historia el gallardo mancebo, al mismo tiempo que, con la luz del día, vinieron juntamente los dos moços y el honrado ecclesiástico; en cuya presencia, no queriendo tener más suspendidas sus congoxosas ansias, cierto de su verdad y sin ninguna duda, quitándome los guantes descubrí el rico anillo, y sacando del pecho el papel de la dama, uno y otro se lo puse en las manos, diziéndoles:

—Vuestra jornada á tenido más breve conclusión que sospechávades; dad las gracias a Dios que queríades ofrecerme, pues con su divina providencia nos juntó a todos en ocasión tan oportuna, quizá para que yo, con el favor de vuestra ayuda, dando libertad a mi compañero, tuviesse el galardón desta buena obra; y vosotros, con entregaros la prenda que buscáis, la satisfacción y premio de la vuestra.

Estas palabras dixé, quando pasmados y encogidos del súbito contento, el uno y otro se abraçaron conmigo, y no sabiendo qué cortesías hazerme, mientras quitaron los criados, con ciertas herramientas que traían, a don Francisco las esposas, yo les dí larga cuenta de la aldea, señas y requisitos que con el ama dexava concertado para en semejante accidente. Pedíle alcura que, de mi parte, bolviesse el rico anillo a la gallarda Estela, y no queriendo él admitirlo de ninguna manera, en las demandas y respuestas que sobre ello tuvimos, uvo de declararse el gentil mancebo, y no menos que por el sugeto principal y éroe deste sucesso; bolvimos a abraçarnos entonces aun más estrechamente, y quedando assí todos conocidos y amigos, ellos, no viendo ya la ora para bolverse a Ocaña, pidiéndonos licencia, se despidieron, y don

Francisco y yo, esperando a la noche, acompañados de los moços, campo traviesso dimos buelta a Madrid. Era forçoso ir con aquel recato por el peligro cierto que uno y otro corríamos, y assí, sin camino ni senda, regidos por el norte, nos governamos como diestros pilotos.

Desta suerte anduvimos dos oras, entretenido yo en escuchar mi camarada, y ella en irme contando la ciega confusión que le apartó de mí la noche toledana. Dixo que, como no sabía la ciudad, quando menos cuydó se avía hallado metido en una calleja sin salida, adonde, oyendo el gran rumor de los que yvan en nuestro siguimiento, turbado y temeroso, se valió de una casa cuya gente, que eran quatro pobres mugeres, pidiéndolas su amparo, compadescidas se lo dieron guardándole dos días, al cabo de los quales, huyendo del camino real y despedido dellas, atravessó la Sagra, hasta que, muy cerca de Pinto, en una corta aldea, por las señas fue preso en el mesón y puesto en el estado de que yo le libré. En tal conversación ývamos divertidos, quando reconociendo un pequeño lugar, ya cerca de las diez, guiamos hazia él para saber que derrota llevávamos.

XXII

Deleitoso nos es escribir cosas dignas de leerse, y saber juntamente cosas no indignas de escribirse. Por no faltar a la empresa que sigo, que es deleitar y divertir a los letores, no escuso en los progressos varios de mi vida parte ni circunstancia que pueda darles gusto, que no la saque a plaça, aunque sea muy mediana, consiguiendo con esto el primer requisito deste nuestro conceto. Assí permita el cielo no se pierda mi pluma, como otras muchas vezes é advertido, en el aprovación de su verdad, y más si por sus cosas, como acontece siempre, quieren medir algunos los agenos sucessos, si presumen sumar los acaecimientos ordinarios y propios con los admirables y peregrinos de otros varones. Bien sé, según ya é dicho, que muchos casos antes de suceder, por su espantosa empresa, se tuvieron de los hombres por impossibles, y casi viéndolos executados no los creyeron. Y assí, consolaréme de que los accidentes de mi varia fortuna padescan igual pena, o la misma que otros más importantes an padescido, y no por esso dexaré de escribir los demás que me restan, aunque, como en el que agora se sigue, se arriesgue el crédito de su dificultad.

Pero advertido aquesto, digo que entramos en aquel lugarcillo con pensamiento de informarnos del parage en que estávamos. Serían entonces tres oras después de anochecido, tiempo en quien del trabajo del día reposava el fatigado villanage. Todas sus cosas rodeava Morfeo con un tácito y profundo silencio; solo las desabridas voces de mastines y perros repetían, entre las iras de Diana, la miserable muerte de Anteón. Estos hazían su oficio, en tanto que las mulas, menudeando las plantas, olieron la cebada y se arrojaron con regozijo y brío por las vezinas calles de la aldea, en la qual, apenas se vio la de mi camarada, que por ser con albarda venía en ella mi criado, quando con resonante aliento, mirando a las estrellas, començó a dar espantosos bramidos o, por hablar en su lenguaje, desabridos rebuznos. Tendráse esto por burla, no assí uvo implorado el favor de la luna, como escribe de si transformado Apuleyo, quando por secretos misterios, que sabréis adelante, la respondió a una voz todo el bestiamen del lugar. Replicó el quadrúpeo, y sin embargo de las coces y palos que descargava en ella mi moço, hizo que a consonancia, repitiendo de establos, de cavalleriças y corrales, se inchiessse el ayre de su disforme música, y la pequeña aldea de rumor y alboroto.

Con todo esso, sin caer en la cuenta, llegué a llamar a la primera casa; hize varias preguntas, satisfize mis dudas, y no mal informado, quise que prosiguiésemos nuestro viage. Bolví para esto donde estava mi gente, a la qual, bien sin pensar, la hallé metida en una graciosa confusión. Avíaseles, mientras yo hize mi informe, entrado debaxo de un portal la mula

cantadora, y arrojado, porque quería estorvárselo, por entre las orejas al que yva encima. Estava, quando llegué, buelta un fiero león, ya tirando con las hermanas herraduras puñaladas al techo, y ya con bocados y coces haziéndose ancha rueda. A este infernal rumor abrieron de la casa vezina una ventana baxa, por adonde, asomándose un hombre, viendo lo que passava, tan mala vez descubrió la cabeça y abló no sé qué cosas, quando la mula por natural distinto bolvió a solfear en su enfadoso canto, mostrándonos los dientes y riéndose, o ya por dicha trincando de nosotros, o ya notificando en el bestial ydioma a su perdido dueño su venida y hallazgo; y pareció ello assí, pues apenas el aldeano y ella de rabo de ojo se miraron las caras, quando se conocieron, ésta por súbdita, y aquél por su señor. Alborotóse el rústico, y con voces y grita llamó apriessa sus moços. Dixo:

—¡A Bartolo! ¡A Domingo! Acudid a la puerta, abrí al momento, que aquí está nuestra mula, y los grandes tacaños que nos saltaron y quitaron el preso.

Assí garló el villano, y assí por nuestro mal, tarde y turbadamente dimos en el secreto, dimos en que era aquél el lugar donde prendieron a mi amigo, y el presente portal la casa de la mula, su amo el que gritava, y nosotros la caça que avía caído en la red para pagar mejor el passado delito. ¡O poderoso Dios, y cuán valiente estímulo es el miedo! ¡qué gigante tan grande, qué fantasma tan fea! Aun no avíamos oído semejantes razones y ya estábamos convertidos en mármoles elados; un sudor abundante discurrió igualmente por los miembros de todos, y un mismo pensamiento, diligencia y cuidado, sin más comunicarnos los unos a los otros, movió en un punto nuestra voluntad y desseo.

Corrimos sin concierto y camino hasta salir al campo, y nuestro desaliento improviso animó al villanage. No avíamos caminado cien passos y ya se hundían todas las campanas de la iglesia, cuyo triste rebato acabó de entorpecernos y afligirnos; y aun nuestras propias mulas correspondían con desigual pereça al amargo conflicto. Mas no me admiro dellas, costumbre es de su mala ralea salir assí de qualquiera lugar; si ya también aora, para que no sintiesen las espuelas, les ayudó el creer que se les defraudavan algunos piensos. Con estas ansias, dexando a un lado las más trilladas sendas, viendo algo cerca una espessa arboleda, guiamos a ella para ampararnos de su sombra, y hallamos que eran guindaleras y almendros, y un viñedo espacioso, por quien nos emboscamos con alguna esperanza; si bien ya a esta sazón hería en nuestras orejas y coraçones el rumor y algaçara con que se yvan juntando los aldeanos y concitando los unos a los otros al futuro combate. Mas no imaginamos acetarle; su gran desigualdad disculpó nuestra fuga, la que aligeramos quanto nos fue possible, no sólo abriendo sin piedad los hijares de las mulas, mas juntamente, llevando en sus caderas gentiles bardascaços de los moços de a pie.

Assí fuimos andando a vista de los bárbaros una legua mortal, mas en los fines della, divisando un castillo, y en torno dél un lugarón cercado, tuvimos a gran dicha tan impensado encuentro. Pero templósenos este gusto muy presto, porque al estruendo que los quatro traíamos, saliendo de una choça dos viñaderos, se nos pusieron con los chuços delante y presumieron, levantando las voces, sobre el aver entrado por su jurisdicción otra contienda; mas bien apriessa nos desembaraçáramos de aquesta, si el tiempo que gastáramos en ello no uvieran de ganarle los que venían siguiéndonos. Assí, por tanto, quisimos atajarla con razones corteses, aunque ni nos aprovecharan si otro menos grossero, levantándose aora de detrás de unas cepas, no les pusiera en orden, diziéndoles:

—Para qué detenéis aquessos hombres, dexaldos que se acojan, pues les basta la pesadumbre con que vienen huyendo sin que también queráis acrescentársela.

—¡Válgame el cielo! —dixe entre mí oyendo tales cosas—. Sin duda alguna que mi proprio peccado, o algún demonio, va previniendo y avisando delante de nosotros nuestra fuga y desdicha.

Pero en esto, prosiguiendo en su plática, me sacó de sospecha, hablando como de antes con sus dos compañeros.

—¿No veis —les dize— que vienen advertidos de algunos caminantes y que por eso se desvían de Torrejón, para no caer assí en las manos de las dos compañías que están allí alojadas? Ellos hazen muy bien, dexaldos yr en paz, que a fee mía que se escapan de buena, pues por lo menos, en llegando al exido, les avían de dexar sin las señoras mulas.

—Pues en verdad —respondió más reportado uno de los primeros—, que en pago de la mala obra que hemos querido hazerles, que les é de guiar y sacar del peligro.

—Executaldo assí, por vida vuestra —replicó el compañero—, que el bien nunca se pierde, y el mal siempre se paga con el doble.

Con aquesto, en cessando, les agradecemos su intento, y prometimos por el trabajo que tomava larga satisfacción; con que, más alentado, se nos puso delante y comencó a saltar como una cabra por diferentes trochas y rodeos. Este término breve que assí nos detuvimos fue de grande importancia para nuestros contrarios, los quales ya, a esta ora, casi llegavan a ser reconocidos; pero cruçando nuestra guía entre unos valladares, sin saber lo que hazía, nos embreñó de suerte que totalmente nos perdieron de rastro. Mas lo que mejor dispuso nuestra fortuna fue lo que en este punto sucedió a los villanos.

XXIII

Avíanos antes contado el viñadero como dos compañías de soldados que passavan al puerto de Cartajena, llegando a Torrejón, por vía de concierto se avían alojado en el cercano exido; adonde no tan solo los regalaron con la cena y comida, mas juntamente con prometerles carruaje, demás del que ellos se buscavan haziendo estorsiones y agravios a muchos pasajeros; para este fin dezía que andavan esparcidos por el campo sargentos y oficiales, sobre quien al presente, ignorantes de lo que allí passava, dieron por nuestra dicha los que venían siguiendo nuestro alcance. Tales milagros son propios de la noche, efectos son de la oscuridad y tinieblas; porque, assí como aquellos creyeron lo que menos devían, assí también, los desmandados soldados presumieron, en viendo su confusión y tropa, que eran acometidos de algunas gavillas de los moçuelos del lugar en que estaban, y por lo menos, primero que unos y otros cayeron en la cuenta, quedaron, según después supimos, muy bien descalabrados. Y en el ínterin nosotros, pagado y despedido nuestro adalid, nos pusimos en cobro y, antes de amanecer, dentro en Madrid y en la posada de mi hermano.

Desta forma permitieron los cielos que nos viésemos libres de un tan grande peligro, y realmente que él fue uno de los mayores que yo tuve en mi vida. Otro tanto juzgó por si don Francisco de Silva, y aun con mayor recato, pues sin podérselo estorvar tuvo por acertado salirse de Castilla por entonces. Tenía sus padres en Portugal, y assí, por esta causa como por aviarse y prevenirse con mayores espensas, informado primero de mi viaje a Flandes, nos abraçamos y despedimos con protesta de vernos en aquellos países; para los quales, mientras él hizo el suyo, dispuse mi camino dentro de breves días; término en quien, porque el lector no piense que se á olvidado la voluntad de Julia, tuve della, de su madre y criadas diversos agasajos y visitas.

Començaron de nuevo sus mensajes y cartas, subió de punto su importunación y ruego, con que, no tan solamente se refrescaron los incendios passados, crecidos en mi ausencia más que disminuídos, pero juntamente, temiendo fomentarlos, alijeraron mi jornada. En conclusión, no

sin muy tiernas lágrimas, quedó desesperada; veréis en su ocasión el fin y paradero de tan furioso amor.

Mas yo entretanto, acompañado de mi hermano y militares galas, fui a recibir la bendición materna, y con ella me partí a Barcelona, con solo mi criado. Teníamos antes avisos ciertos de que salían de allí las galeras de Génova, y por aprovecharme de tan buena coyuntura, caminé noche y día, visité a Monserrate, y con feliz suceso, llegué poco antes que se hiziesen a la vela; causa por que no pude, según lo desseava, ver y considerar aquella memorable ciudad, fundación del cartaginés Amilcar, si ya no damos crédito a los trabajos de Ércules y a la tradición de su barca nona. En fin, con viento próspero salimos de la playa, dimos vista a Palamós y Colibre, y haziéndonos a la mar, descaeciendo un tanto, fuimos a dar en Ibiça y su puerto.

Aquí el general o cabo de esta esquadra, cuyo nombre no digo por algunos respetos, tuvo aviso que estaban quatro leguas de allí, dentro de la Formentera, siete galeotas de cossarios de Argel; y con grande alborozo, mandando prevenirnos, çarpó bolando porque por pies no se le fuessen. Assí, por no ser descubiertos, pegados con la tierra, caminamos la buelta del contrario, y aviendo llegado cerca de anohecer al cabo que se llama las Salinas, junto a la ciudad de Ibiça, embió una fragata con ocho marineros, para que con las escuras sombras de la noche llegassen a la isla y reconociesen con secreto si estaban en su despalmador los enemigos. Dispúsose esto al punto, y dentro en breve espacio, tornando adonde estávamos, confirmaron la nueva; con que, bolviendo el general a proseguir la empresa, partió para ellos con intención gallarda de que los avía de hallar sobre los ferros.

Navegavan nuestras galeras muy en orden, y aviendo dádose la que avían de guardar, seguros de la presa, listas las armas y todos muy alegres; quando menos pensamos, todo aqueste contento se nos desvaneció y se trocó en disgusto. Ývamos en este tiempo bogando fuertemente aquellas quatro leguas que ay de Ibiça a la isla, pero en el mismo término nos cargó, de improviso, una tormenta de poniente maestral, y con tan gruesa mar que, aunque lo procuramos, no fue possible volvernós al abrigo, ni yr en conserva ni en conveniente forma. Desconcertámonos, y en breve espacio, divisas unas de otras, cada qual siguió su derrota buscando algún reparo.

Assí, de aquesta suerte, sola la capitana entró en el puerto, donde halló las galeotas muy descuydadas y tendidas las tiendas. Pero en viendo a la nuestra y que entrava tocando arma con los fanales encendidos, las abatieron luego, y aunque con turbación, temiendo más peligro, çarparon ferros y salieron huyendo, y echando las tres dellas por la vía de levante, se cubrieron del borrascoso mar al amparo de la isla; y las otras, corriendo al cabo de poniente, proejando y contrastando con las ondas y el viento, passaron por las proas de tres de las galeras que, con igual peligro, yvan acercándose al puerto, y aviendo dado y aun recebido con el artillería algunas cargas, nunca nos fue a propósito el investir las, porque el ayrado mar y fortuna desecha nos lo impidió y aun puso en los últimos términos. Huieron, y no obstante les siguieron las nuestras, mas no pudo ser mucho, porque a cosa de dos leguas de distancia, creciendo la tormenta, se perdieron y dieron a la costa las enemigas, representando a nuestra vista el mísero naufragio que fue fatal anuncio del que nos esperaba.

En este medio, hallándonos sin guía y no sabiendo lo que de nuestra capitana y las quatro restantes uiesse sucedido, si bien ya estaban juntas, con gran fuerça de remos quisimos supeditar el mar y bolver a buscarlas hazia el puerto; mas aunque con indecible trabajo llegamos cerca dél, fue en bano el fatigarnos, porque se nos opuso el temporal, y con bramidos fieros, el viento, el agua y las escuras sombras que sobre todo acrescentavan nuestro miedo, subieron de punto la horrenda tempestad. Nunca vieron mis ojos tan espantosa noche; fácil y más gustosa se me antojó en su comparación la que en Valladolid me puso tan a pique.

¡O cuántas veces, viéndome en tal mortal peligro, injurié mi osadía y culpé mi codicia temeraria!

El interés y la honra, deseos de gloria u de adquirir tesoros, ponen siempre a los hombres en semejantes desventuras. ¡O si lo menos desto emprendiésemos por lo más importante! No aseguramos los eternos honores y riquezas con tan fáciles medios y caminos como la fe nos dize, y anhelamos sedientos, atropellando montes y surcando las inconstantes y procelosas ondas confiados de una tabla sutil, por los perecederos y momentáneos. Bien pudiera la pérdida infelice de don Luis de Córdoba, el peligro de entonces y las protestas que hize, aver más reprimido mis curiosos espíritus; pero muy raros son los que después de la tormenta se acuerdan de sus males.

Yva en esta sazón al peso de la noche aumentándose la que nos acosava; y assí, a más no poder, uvimos de dar fondo, contrastando lo restante hasta el día por no chocar en tierra. Pero al amanecer y quando con la luz esperávamos algún alivio o refrigerio, cerrando el cielo, por nuestros peccados, a las plegarias que le hazíamos las piadosas orejas, permitió que perdiésemos esta breve esperanza y que el furioso viento, quebrantando las gúmenas que tenían quatro ferros, diesse al través con lastimosa ruina con una de nuestras tres galeras, sin escaparse della un hombre solo, si bien eran trezientos entre soldados, marineros y forçados los que la acompañavan.

Quedamos con tan triste espectáculo todos desanimados y prometiéndonos con tan dura arrenaja otro desastre igual. Cada qual comenzó a disponerse, y a cosa de las diez se nos dobló el cuydado viendo conforme fin en nuestra compañera, aunque de aquesta se escaparon cien hombres. Ya no quedava entre las uñas de aquel bravo león más que mi pobre leño; turbados y afligidos los que lo governavan, llorando unos, dando gritos los otros; éste se confessava, y si aquél no podía por la priessa y número, públicamente a voces refería los delitos que en otro tiempo no dixera con tormentos crueles.

En esta parte vi y escuché increíbles delirios, mas ¿quién es tan constante, quién tan considerado y circunspecto que a la disforme cara de la muerte no confiesse que es de carne y de sangre? A este propósito no se me hizieron tan detestables, aunque lo fueron mucho, las presentes desdichas, ni el acordarme lo que en otra borrasca escribe a este propósito fray Juan de los Santos, dominico, en su Etiopía Oriental, libro primero, capítulo diez y nueve. Dize pues, este autor, que en medio del naufragio que padecía su nao camino de la India, se les apareció aquella clara luz a quien los mareantes dan nombre de San Thelmo (si bien ay quien afirma que es exalación sola), y que viendo el milagro se arrodillaron todos, y particularmente un valiente soldado, que con serlo y muy cuerdo y prudente, no pudo reprimirse; antes vencido del temeroso riesgo, cuenta que, ainojado en el suelo, con suspiros y lágrimas, dándose recios golpes en los pechos, repetía muchas vezes estas mismas palabras: "Adóroos, mi señor San Pedro González Thelmo; vos me salvad en este peligro por vuestra misericordia", y que reprehendiéndole él y otro su compañero, advirtiéndole que tal adoración sólo se devía a Dios y no a los santos, y que por tanto orasse de otra forma, les avía respondido otra mayor locura, diziendo: "Mi Dios será aora quien deste peligro me librare."

Assí confunde y corta aun en el más robusto y fornido roble la afilada segur, la tixera sutil de la sangrienta Átropos; y assí no es de admirar que, viendo tan de cerca el verdugo y garrote, uviesse entre nosotros semejantes miserias. Mientras llegava la última, yo y mi criado nos pusimos en camisa, pero tan desmayados, ya del no aver dormido ni reposado un punto en tan prolixa noche, como de los golpes del mar y el temor de la muerte, que casi no me hallava con fuerças para siquiera dilatarla, y mayormente aora, quando rindiéndose a su furia, vio el mar en sus espaldas, abierta por mil partes, nuestra galera.

Tenía yo prevenido un mediano barril, y assí, abraçándome con él y llamando a la Virgen, desde las ruynas de la popa, donde me avía quedado, me dexé arrebatat de las primeras ondas, las quales, con ímpetu terrible, me arrojaron en tierra; y quando después de un breve espacio, puestos los pies en ella, creí estar en su profundo abismo, abriendo los lacrimosos ojos, con más ventura que los que me rodeavan, entre diversos cuerpos que dexaron la vida, me hallé con ella, aunque molido y quebrantado.

Dí gracias a los cielos por tan feliz successo, si bien fue templado, que hasta hoy lloro y suspiro el contrapeso grande con que le conseguí. Pereció mi buen criado, no me dexó el naufragio una sola camisa, perdí quanto traía, que no era poco, y sólo escapé dello el anillo de Estela y unas dos letras para Milán y Génova, porque éstas y otros muchos papeles venían al cuello en una oja de lata, y aquél traía en el dedo desde que Anselmo no quiso recibirle.

La maior parte de la gente que venía en mi galera se guareció en la isla, bien que los más desnudos o heridos de los golpes del mar, refriega de la noche, raxas y astillas que estaban en la costa; y no obstante estos males, temiendo otros mayores, començamos, conformes, a prevenir nuestra conservación y su defensa. Era forçoso que, aviendo dado al traste las galeotas que dixe, y a dos leguas de allí, no podía dexar de aver muchos turcos en tierra; assí lo confirmaron más de ochenta christianos de los cautivos y forçados que dellas se escaparon y se vinieron a nosotros, y con tan buena ayuda nos animamos algo, y maniatamos al momento a los que avían también librádose en las nuestras, porque en viendo la suya no se fuessen y aunassen con los otros; y luego, aunque tan acabados, traspasados de frío, sangrientos y desnudos, hizimos dos trincheras, fortificándonos con la mucha madera que el mar nos embiava y con las picas, mosquetes y alabardas que arrojó su rressaca.

Assí pasamos la noche de aquel día, sin más sustento que aflicciones y lágrimas, procedido del miserable estado que llorávamos; y aviendo buscado entre las reliquias del naufragio alguna munición, recogida a una parte, de mi acuerdo y consejo pusimos guarda y embiamos seys soldados a que también la hiziessen en un grande barranco, por donde podían venir también los turcos y acometernos descuydados. Mas no lo permitió el cielo; pues aunque sucedió según yo sospechava, cerca de media noche, disparando un mosquete, nos dieron el aviso, y siendo assí sentidos no osaron emprendernos. Pero a la madrugada, bolviendo a su porfía, retirando los seys, passaron el barranco casi trescientos turcos; los quales, con escopetas y arcos, vinieron acercándose con muy gentil denuedo. Entonces, arbolando nosotros las pocas picas y alabardas que avía, hizimos cuerpo al reparo de nuestras dos trincheras, si bien dozientos passos antes, juzgando ser más número del que les atendía, hizieron alto, dándonos fuertes cargas de arcabucería y flechas. Pero en este rebato, y quando por nuestra gran flaqueza, debilidad de espíritus, pocas armas y gente, todos suspirávamos ya el último y mayor, pues era cosa llana que, resolviéndose los turcos, nos perdiéramos en su primer embite, inspirado del cielo, viendo tan cerca el daño y violentado de un secreto furor fuera de mi costumbre, con valor más que de hombre, salí de las trincheras y, rebolviéndome al braço un capotillo de dos haldas, arrancando la espada, intrépido corrí hazia donde pararon, y diziendo a voces: "¡Los perros huyen! ¡A ellos compañeros!", no fue menester más, antes, con este exemplo incitados los míos, siguiéndome, embistieron al mismo punto que, advirtiendo los turcos nuestra resolución, bolvieron las espaldas.

Assí los dimos caça hasta el barranco dicho, en quien, tornando a repararse, hizieron de nuevo alto, y repitiendo cargas de flechas y arcabuces, su vanguardia dio tiempo para que, a su calor y abrigo, pasasse la retaguardia, y ésta, en estando en cobro, executó lo mismo hasta passar la otra, en que anduvieron, según mi corto juyzio, tan cuerdos y advertidos como soldados pláticos. Y después, con el barranco de por medio, se travó escaramuça, con gran pérdida nuestra, assí por ser tan pocos en la sustancia y número, como por no tener bastantes arcabuces y municiones, porque quien se hallava con ellos no tenía cuerda o pólvora, y si algún rastro avía, era mojada y de ningún efecto; y con todo, duró dos oras grandes nuestro

tessón y el suyo. Al fin los retiramos, con muerte de unos pocos, a la parte donde estaban sus perdidas galeotas.

XXIV

No es la desgracia grande mientras en muchos males no viene dilatada, pues raras veces dexan de encadenarse, siguiendo unos a otros hasta acabar la vida y el remate del hombre. Y assí, según aquesto, bien puedo referir que fue la nuestra de las más superiores y no de las medianas, pues a red barredera y por tan varios modos acomuló desdichas, desastres y miserias sobre tanta aflicción sin descansar un punto, hasta que, en conclusión, nos dexó sin remedio. Estava éste al presente librado, y con razón, en el poco sustento, pólvora y municiones que avíamos recogido con trabajo increíble; parecía verisímil que en tanto que duravan pudiéramos resistir los contrarios y tratar de nuestra conservación, esperando el socorro del general y las demás galeras, que aunque al presente tardó más de lo justo (si bien se hallavan cerca y ya juntas con él), todavía, su esperança nos animava mucho; mas sucediendo aora, por el discuydo de un soldado, otro nuevo fracaso, claramente con él tuvimos por segura la muerte o, a bien librar, amargo cautiverio.

Yva en esta coiuntura nuestra gente recibiendo la pólvora, y como la priessa no era poca, uno que presumió mostrarse más solícito, inadvertidamente, cayéndosele la cuerda, emprendió los barriles, y ellos, con infernal furor y espantoso estampido, no sólo quanto avía a la redonda — biscocho, carne, vino, mechas y balas—, pero más de veynte hombres, sin otros diez u doze que quedaron de suerte que, si no era nombrándose a sí mismos, nadie los conocía. Tal fue el efecto triste de aquel fiero elemento, y tal nuestro desmayo luego que sucedió, que les fuera muy fácil, si acudieran los turcos, maniatarnos a todos y acabar su empresa; mas no permitió Dios que ellos ni los forçados diessen entonces en la cuenta, si bien no tardó mucho el remate de toda.

Parece ser que el fuego de la pólvora y su estruendo terrible sirvió de aviso y almenaras para que el general sintiese nuestros daños en el puerto en que estava; y assí, algo más condolido, no obstante que la mar andava por los cielos, hizo a fuerça de braços passar una barquilla a la otra parte de la isla, en quien, por ser opuesto al temporal terrible, avía mejor bonança; y metiéndose en ella con ocho cavalleros y personas de cuenta, vino adonde miró su lastimoso teatro, la ruyna de su gente, las orillas del mar llenas de cuerpos muertos, rompidas las galeras, sus despojos desechos, y los que quedavan, que eran trescientos hombres, traspasados, desnudos, hambrientos, miserables y sin defensa ni aparejo para poder hazerla. Con que, no dilatándolo, lleno de confusión, trató al punto el remedio que se podía tener en tanta desventura, y apartándose a un lado para tomar consejo, él y los que le davan fueron de parecer que, en siendo anochecido, en gentil orden atravesássemos la isla hasta el vezino puerto; pero no quiso el cielo que esto se executasse.

Aun no se avía resuelto quando, para estorvarlo y proseguir nuestra perdición, se descubrieron por un cabo las tres galeotas gruesas que la noche passada escaparon del puerto huyendo el rostro a las demás y a nuestra capitana. Estas pues, según dixé, aviendo echado al levante de la isla, siendo della abrigados, repararon allí, hasta que algunos de los turcos del naufragio, yendo hazia aquella parte, les contaron su desdicha y la nuestra; con lo qual, tierra a tierra viniendo a acrecentárnosla, en puniéndose a tiro, començaron aora a cañonear nuestras trincheras y a matarnos la gente. Y, no parando en esto, acudiendo a otra banda los turcos de la isla, nos cogieron en medio, mientras nuestros esclavos mismos, que estavan maniatados, advertida su dicha, valiéndose del lance y aprovechándose para su libertad de nuestro acosamiento, con los dientes y manos unos a otros se quitaron los laços, y arremetiendo de tropel a nosotros, a pedradas y a palos, hizieron su dever por cobrar lo perdido. De manera

que en este duro trance, en un momento solo, nos vimos salteados por la frente, por el lado y espaldas, y consiguientemente, por fuerza reducidos a una infame acogida.

Ya é dicho como estávamos sin municiones ni armas, y assí, no es mucho que, cediendo a tan sobradas fuerças, nuestra infeliz fortuna nos rindiesse y obligasse al último refugio. Fuímonos retirando, dándonos ánimo y abriéndonos camino los cautivos christianos que avían huýdo de las perdidas galeotas; eran aquestos más pláticos y espertos en los baxíos de la isla, y puestos los primeros, por entre unos peñascos nos començaron a guiar, no sin gran peligro; porque como el mar rebentava tan furioso, y el escarceo y las hondas hallavan resistencia, rompiendo allí, inexorablemente anegaron algunos.

No escribo en este passo más particularidades, no obstante que pudiera y las uvo terribles, pues aun el mismo general casi se vio perdido. Entró en el mar vestido, que fue grave inadvertencia, mas ya tal vez con riesgo de mi vida —bien lo puedo dezir, y él no mostró negarlo—, puse en salvo la suya, siendo, después de Dios, mis pobres braços, aunque desfallecidos, el más seguro apoyo de su salud. Llegóse al fin al puerto y a las quatro galeras, donde, sobre acogerse, no nos faltaron nuevas calamidades y desventuras. Venía la gente medrosa y fatigada, transida de hambre y toda sin aliento, y como tal, en viendo los esquifes y bateles, se abalançó a ellos sin término o respeto, y de tal suerte que, sin aprovechar la autoridad del general, ni aun grandes cuchilladas y heridas que se davan, tanto cargó de golpe que se hundieron los dos con más de cinquenta hombres; y fuera mayor el daño a no ser socorridos con priessa, demás que otros nadaron hasta llegar a las galeras.

En el ínterin, los turcos vitoriosos, más por causa del tormentoso mar y nuestra dura suerte que por su esfuerço propio, recogieron ufanos nuestros esclavos libres, y embarcados en breve, sin esperar un punto a que nos rehiziésemos, se alargaron al mar, dando la vuelta a Argel; y luego, el día siguiente, algo más animosos, hizimos nosotros a Génova otro tanto; si bien primero, quiriéndolo el general assí, recorrimos más armados la isla. Cobramos la artillería de las galeras perdidas y, juntamente, cosa de ochenta turcos, que quedaron escondidos en las desiertas breñas, por no averlos podido embarcar a todos en las suyas. Este fue el triste fin desta infeliz tragedia; perdimos tres galeras y ochocientas personas, y los contrarios quatro, con no menos descuento. Cobraron libertad sus cautivos christianos, y los nuestros gozaron de iguales privilegios; y en conclusión, los unos y los otros llevamos que llorar para más de seys días.

Éstos, o pocos más, sin otro inconveniente, tardamos en llegar a Génova. Avían venido conmigo, en mi galera, los más de los infieles que cautivamos en la isla, y valióles no poco, porque como los daños recibidos por su parte eran tan frescos (dexo a una parte la aversión natural), muchos de los soldados les maltrataran mucho, si yo no lo impidiera con razones y ruegos. La charidad christiana los más fieros caribes la han de experimentar y conocer; esta virtud piadosa justo es que siempre resplandezca en nosotros y nos distinga de las demás naciones bárbaras. La que usé con los turcos les fue incentivo para que se me aficionassen, y particularmente uno, a quien no sé con que secreta fuerça yo también me inclinó desde el punto y la ora que le vi en mi presencia. Era la suya gentil y despejada, su edad de veynte y siete años, su trage biçarríssimo, y su trato u cortesía, aunque en lenguaje estraño, más del riñón de España que del origen rústico que yo le presumía. Assí, por estas causas desseando tenerle, como por los servicios que le hize y otros respetos singulares el capitán me estava aficionado, con poca diligencia conseguí aquel desseo, y con tanto, mudándole el vestido, alegre y satisfecho me encaminé a Milán, atravesando antes las ásperas montañas de Liguria, en cuyas faldas está la hermosa Génova, de quien salí a quatro de setiembre, andando con mi moro y un mancebo de a pie el mismo día ocho leguas, si bien una o dos antes de llegar al alvergue me sucedió lo que sabréis aora.

Y va yo descuydado, y quando menos podía esperarle siento un grande rumor, y pareciéndome ser tropel de cavallos, buelvo el rostro, y por la misma senda veo venir hazia mí, corriendo a toda furia en quatro muy ligeros, quatro gentiles hombres que, emparejándose conmigo y reparando un poco, uno dellos, con turbado semblante, juzgando por mi ábito que yo era español, en el mismo lenguaje me dixo desta suerte:

—Cavallero, vuestro buen natural os acredita con mejor confiança; suplícoos que, como tal, hagáis que unos soldados que nos vienen siguiendo no tengan en vos señas ni aviso de nosotros.

Esto me dixo, y yo se lo ofrecí con igual cortesía, y luego, despidiéndose, bolvieron a su curso con igual diligencia, dexándome confuso y aun no poco alterado del sobresalto que me dieron; pero en perdiéndolos de vista, proseguí mi jornada casi otra media legua, al cabo de la qual, en una encrucijada de diversos caminos, los tres por las espaldas y seys por ambos lados, en un momento me cercaron nueve hombres con sus armas y lanças en forma de cavallos ligeros. Causáreme este encuentro pesadumbre terrible, si no viniera prevenido, y assí, con gran quietud, atendí a sus preguntas, y entendiendo que todas se endereçavan a informarse de los que yvan uiendo, haziéndome de nuevas, dissimuladamente, desmentí su camino, persuadiéndoles que nadie yva delante, con que, quedándose los seys, todavía los restantes passaron juntamente conmigo a mejor enterarse en unas hosterías, donde los unos y los otros nos alvergamos aquella noche.

Temía yo que allí no lo supiesen y me cogiessen en mentira, mas Dios lo dispuso de otra suerte, y sin tener más rastro, pidieron de cenar; pero tomando por mi cuenta semejante cuydado, con algo más de lo que para mí se previno, les convidé, y contentos acetando la oferta, nos regalamos y brindamos alegremente. Anelavan ya entonces mis curiosos desseos por saber la ocasión de la fuga de aquellos y el furor con que estotros les yvan en su alcance; y assí, en viéndolos calientes del licor, y agradecidos al que lo avía gastado, se la pedí y rogué con palabras corteses; a que correspondiendo, sin largos circunloquios, levantadas las mesas, el uno en no mal español la fue diziendo en la siguiente forma:

—No es el caso que me pedís secreto, sino tan público y notorio en la ciudad de Génova, de quien somos ministros, que podré relatarle muy sin inconveniente de agraviar a ninguno; mas advertido aquesto, sabréis que anoche passó el successo que os cuento en casa de Alexandro Fregoso, gentilhombre de aquesta señoría. Tiénese allí grande conversación, vario entretenimiento y, sobre todo, juego de gran quantía, en que an dexado algunos lo mejor de su hazienda y otros ganándola, si bien hasta hoy no se á visto que tales grangerías ayan adelantado el caudal de sus dueños, siempre se desliça y travasa la bolsa del taur por el mismo arcaduz que la dispuso el colmo. Aquí pues, entre sus muchos feligreses, no eran los más tardíos Oracio Milanés, cavallero lombardo, y Fabricio Lercaro, hijo de Senibaldo, ciudadano riquíssimo. Parece ser que éste, más con su grande crédito que con presencia de dineros, ganó en diversas ocasiones y a diversas personas sumas en número, que cobró de contado, y con que satisfizo sus pérdidas con igual recompensa. Mas como el dado y naype no siempre dize con favorables pintas, una que las tuvo en su contra perdió Fabricio y ganó el Milanés ocho mil escudos en confiança de su palabra. Quedó el primero de satisfacerle dentro de quatro días; pero avía sido Oracio más puntual y breve en pagar a Fabricio en otras ocasiones, y assí, con poco gusto le concedió aquel término, y aun otros dos mayores que le pidió después con fingidos achaques; mas ni en los unos ni en los otros tuvo efecto la paga. Cansóse Oracio al fin más escusas; y Fabricio, sintiéndose apretado, mandó dezirle con un amigo suyo que o tuviesse paciencia hasta que su padre le pusiesse en estado en que poder pagarle, u que al presente se contentasse, por lo menos, con lo más que como hijo de familia avía juntádola, que eran tres mil ducados.

Este recado oyó con tanta pesadumbre y desconfianza el Milanés, que desde luego en ella se conoció su indignación y el triste paradero que tendrían estas cosas; no admitió la resulta, y resolvióse en responder que de todo el dinero no perdería una blanca. No hizo desta bravata mucho caso Fabricio, hallábase en su patria, muy emparentado y seguido; al revés el contrario, forastero y muy solo, aunque no tanto como él le imaginava. Passáronse después más de otros treinta días, en quien, medio reconciliados y avenidos, dando y tomando en ello, tuvieron otros lances, sin dexar de acudir, como solían, al juego y a la conversación; si bien el asistirle Oracio más era para prevenir su negocio con profunda disimulación que por la esperanza de otro mejor efecto. Y pareció ello assí, pues anoche a las nueve, no aviendo antes podido cogerle en escampado, viendo que de un bufete donde estava jugando Lercaro, con no sé que necesidad se levantava y baxava al zaguán, siguiéndole el contrario, cautamente, apenas igualó con Fabricio, quando, acudiéndole otros tres emboçados que tenía apercebidos, mandándole callar, le pusieron tres pistolas al pecho, y sacando al momento un meno artificioso, Oracio se le echó a la garganta y le cerró con un sutil secreto. Y diziéndole que entregaría la llave luego que le llevassen los ocho mil escudos a Sarrabal, lugar primero de Milán, le dexó ya casi medio ahogado, y se puso en cobro.

Mas antes que pasemos de aquí, no me parece excesso presumir advertiros esta invención diabólica, pues no siendo conocida ni sabida en España, fuerça es que la avréis de ignorar. Es pues el meno —llámanle assí en Italia, pero no assí en Alemania, adonde le an inventado— una argolla de bronce cercada de espessas puntas de diamante agudíssimas, de anchor de quatro dedos, y forjada con tan estraño temple y de tan fuerte massa, que no ay lima tan dura que la pueda mellar, quanto y más romper, demás que si lo intentan, apenas le tocan con alguna quando, en vez de cortarla, saltan chispas de fuego como de un pedernal, que abrasan y fatigan al mísero paciente con igual daño que el que le causa la argolla; la qual es obra, aunque diabólica y terrible, muy común en Alemania. Y por robusto y recio que sea el que la tiene encima, raras vezes llega a vivir treynta oras, porque el aprieto es tan estrecho y grande que no le da lugar para tragar un pisto; y assí, desalentado en tormento tan duro, faltando el aliento, el sueño y el reposo, o pagan lo que deven, aunque vendan sus hijos, o perecen rabiando; porque tratar de abrirle tiénese de ordinario por impossible empresa, si no es con su llave; la qual después de echada cubre de tal manera el güeco y abertura, que no dará con ella, menos que por milagro, otro del que le sabe y forjó el laberinto.

Pero avéis de advertir, ya que estáis bien informado déste, que el que se vale dél o usa semejante cautela, tiene pena de muerte, perdimiento de bienes y otros graves castigos, que siempre se executan irremisiblemente. Mas no obstante, Oracio, como veis, atropelló por todos; y Fabricio Lercano, bolviendo desmayado a la sala, hizo patente su desdicha a los que allí se hallavan, que en viéndole quedaron tan turbados como lastimados y tristes por el mal remedio que nadie podía darle. Pero como el más breve y seguro era la referida paga, sin detención alguna partieron a una quinta donde estava su padre y, para conseguirla, le dieron larga cuenta de quanto avía passado y el peligro notorio en que quedava su hijo; mas ni esto hizo operación en él más que si fuera estraño, ni menos los apretados ruegos con que los unos y los otros le suplicaron que se compadeciesse dél; antes, con gran desabrimiento, si bien es el más rico y adinerado personage de la república, les despidió diziéndoles que primero dexaría morir mil vezes a Fabricio que acudir con su hazienda a tan infame y afrentoso rescate.

Con este despiciente, desconfiados de su salud, bolvieron con la nueva al miserable moço, que rodeado de parientes y amigos, con lastimosas ansias atendió a la cruel sentencia de su padre, y se dio por difunto.

En el ínterin, sabido por la justicia y el gobierno semejante delito, aun con ser a desora, mandaron dar pregón, con señaladas tallas assí para el que abriese el intrincado meno como para quien diesse presa la persona del reo. Juntáronse en un punto docientos oficiales, mas aunque lo intentaron, provaron y advirtieron, todos bolvieron mudos, todos con notable disgusto desconfiaron del remedio; sólo un tudesco artífice hizo más cala y cata, abrió por grande espacio el sentido y los ojos, dio bueltas a la argolla, tocó todas sus puntas, sus más sutiles lineas, y, al cabo, no hizo nada. Tenían los circunstantes libradas sus esperanças últimas en la ciencia deste hombre, y assí, luego como le vieron encogerse y despedirse, començaron llorosos las miserables obsequias del infeliz mancebo.

Este gran sentimiento parece que de nuevo dio ánimo al tudesco, y con estar ya en la puerta de la calle, tornó a subir y entrar, y aun a desoliñar con más prolixa cuenta el infernal enredo. Trasudava el paciente viendo su fin tan cerca, su enemigo tan lexos, y a su padre tan duro; no diera por su vida un puñado de arena. Pero en tan gran naufragio y quando menos lo imaginava, vio la luz de San Thelmo, el fin de sus tormentas, por las dichosas manos del ingenioso artífice; el qual, reconociendo aora por la parte de abaxo a raíz de una punta un agujero tan breve que aun no se divisava, advirtió que era perno que no alcançava bien, pues no se redoblava, y lleno de alegría, pidiendo apriessa un delgado punçón, metiendo allí la punta y dando un golpe hazia arriba, aunque lastimando a Fabricio, hizo saltar la muesca, y con general aplauso y regozijo le dexó sin argolla. Diéronsele en albricias quatrocientos ducados; cebo por quien nosotros, pretendiendo ganar el que está prometido por la prisión de Oracio, y sabiendo ser ésta su jornada, le venimos siguiendo, según abréis ya visto.

Con tal razón, cessando, dio remate a su cuento; el qual, aunque de poca diversión, quise sacar en público, tanto porque se adviertan quantos y quales son los inconvenientes y afrentas que trae consigo el juego, como porque el lector discreto dé su juicio y sentencia sobre la malignidad destes sugetos, sobre la mayoría de aquestas tres maldades; porque yo, con mi talento corto, no me atrevo a afirmar si fue más grave el rigor y crueldad del viejo Sinibaldo, o la que usó el ofendido Milanés con su hijo, o, finalmente, la indigna causa que dio al uno y al otro el paciente Fabricio. Mas justo es que vuelva a mis progressos.

Otro día, aviendo despedídonos, proseguí la jornada a Milán, caminando por entre aquel jardín de Lombardía, ya sobre las riberas y emanentes del caudaloso Po, y ya por varias quintas, güertas y caserías, hasta llegar a la ciudad que es llave del imperio de Europa; adonde, aunque mi buen desseo apetecía curioso una larga asistencia, ciertos inconvenientes me la imposibilitaron. Tuve allí nuevas, por cartas de mi hermano, que me dieron gran pena. Avisávame en ellas como la hermosa Julia, de quien tenéis noticia, luego que salí de Madrid se avía desaparecido de su casa, y que públicamente se afirmava y dezía que yva en mi seguimiento. Con que, sin detenerme un punto, temiendo ya en mis hombros su temerosa carga, ube de anteponer este miedo a mi gusto, y sin ver Milán, no obstante que mi cautivo yva muy indispuerto y el invierno se empeçava a sentir, me encaminé hazia Flandes, cuyos baxos países, portentoso teatro de los más grandes echos que han visto nuestros siglos, pisé contento dentro de pocos días, y por cierto accidente la ciudad de Malinas, lugar en quien, respeto de un amigo español que ya estava esperándome, fue mi primero asilo y el descanso y alivio de mi prolixa viage. Parece ser que la dolencia de mi esclavo sólo esperaba esto, pues apenas me reparé dos días quando ella, poco a poco, se le agravó de suerte que a él convino rendirse y hazer cama, y a mí el curarle con espacio y cuidado. Esta ocasión me detuvo más de lo que quisiera sin passar a Bruselas; pero en el ínterin, fui entreteniendo el tiempo con ver y contemplar las cosas más notables desta grandiosa población.

Está Malinas por todas partes rodeada del Ducado de Brabante, en un sitio ameníssimo de alegre y claro cielo, vientos puros y saludables, circundada de murallas fortíssimas, profundos fosos alimentados del caudaloso Dilia, cuyas aguas corren por medio della con gran comodidad de sus habitantes. Las casas son magníficas, las plaças grandes, y anchurosas las

calles. Tiene suntuosos templos, monasterios y iglesias, y particularmente las de Nuestra Señora y la de San Rumoldo, su avogado y patrón, son de esquisita fábrica. Ay en la última una enlevada torre, cuya altura es tan grande que se descubren della diez millas de campaña, infinitos villages y las dos ciudades de Bruselas y Anveres. También reside aquí aquel grave Consejo, casi supremo en Flandes a sus diez y siete provincias, y la asistencia déste la haze más populosa, más freqüentada y rica, de más noble esplendor, palacios y edificios; no obstante que en muchas partes éstos, quando yo estuve allí, aún no estava reparado y suplido, según su antiguo lustre, el lastimoso y memorable estrago de aquel horrible incendio que padesció esta ciudad el año 1546; pues aun con aver precedido un espacio tan largo y no ser sus moradores de los menos políticos, se vían aora muchas de sus reliquias, y por ellas, no tan sólo cuánto devió de ser el esplendor antiguo, mas juntamente quán sin comparación la desventura que la truxo a estos términos. Bien creo que ni en memoria de hombres, ni en libros, ni en historias se oyó ni vio fracaso semejante ni, por el consiguiente, más digno de saberse; y assí, por esta causa, prosiguiendo el estilo que llevo en mis discursos, de advertir y deleitar con varias digresiones, siempre que la materia las permite, me á parecido hazer notoria aquésta, mientras la enfermedad de mi cautivo no nos aprieta más para bolver a ella. El caso es el siguiente:

Parece ser que el año referido avía en Malinas, en una de las mayores torres de sus fuertes murallas, no lexos de la puerta de Necherpolian, una gran cantidad de barriles de pólvora, que ay quien afirma que eran más de ochocientos, juntos allí por orden de la reyna María para ciertos efectos, si bien no tan a recaudo como era necessario, pues aunque el edificio de la torre era de cantería, y por de dentro de muy seguras bóvedas, por la parte exterior tenía algunas aberturas, como siempre se ven en fábricas antiguas. Vivía pues dentro désta una pobre muger, a quien, por serlo tanto, la avía echo limosna la ciudad de darle allí aposento. Pero ella, al cabo de algún tiempo, movida de algún ángel, considerava su peligro, y el grande en que estava la pólvora por causa de las grietas que é dicho, pues por ellas inopinadamente podía entrar alguna centella y ocasionar su ruyna y mayor desdicha. Assí, con tal recelo, dio muchas vezes para el reparo dél a la justicia y regimiento diversos memoriales; mas como el sugeto que los dava era menesteroso, no se hizo caso dellos; con que la pobre vieja tomó mejor acuerdo y, sin cansarse más, se mudó a otra casilla.

El mismo día que ella anduvo en aquesto, y mientras cargada con su ropa desembaraçó la torre, siendo las quatro de la tarde, començó a rebolverse el cielo, y con nublados gruesos, vientos, truenos y relámpagos a dar indicios de una grande tormenta, la qual yendo aumentándose como cerró la noche, duró en su peso hasta más de las once, ora en quien, con un fiero estampido, cayó un rayo furioso, lleno de tan perverso hedor, que dexó atosigadas todas las vezindades y contornos. Y entrando entonces por los resquicios de la torre el fuego de un relámpago, assí emprendió en la pólvora, que con ser de disforme grandeza su edificio, su altura excelsa, y sus cimientos de extraña pesadumbre, su restringido fuego la levantó desde ellos como si fuera un muy ligero corcho, y con tan gran violencia fue elevada en unas partes y otras que, antes de caer en tierra, rebentó en mil pedaços y sus disformes piedras bolaron con tan gran ímpetu como sale una bala de un cañón de batir.

Toda la multitud de piedras y sillares dio en primer lance sobre las casas más vezinas, y dellas derribó con miserable estrago un espantoso número —quinientas dicen los que más las moderan—, sin otros muchos soberbios edificios que quedaron cascados y en inminente riesgo. No uvo vidriera en los templos y casas que no se hiziesse pieças; hasta las puertas y ventanas con solo el ayre compelido se rompieron y abrieron, y en los texados, frisos y chapiteles aun no quedaron sanos los ladrillos y tejas; y quantos cofres, baúles, escritorios, caxas, armarios y alacenas avía en todo el circuito, se descerrajaron y partieron por medio; y lo uno y lo otro con tanta brevedad y diligencia, que casi no se percibió el ruydo quando se vio su efecto. Murieron dentro de las murallas quinientas personas, y las heridas fueron más de dos mil, y finalmente no uvo cosa en la villa que no sintiesse parte desta desdicha, y lo que

es más de admirar, a muchos que estaban acostados y que infelizmente quisieron ser curiosos, levantándose a ver la causa de ella, las mismas piedras que ya venían bolando y gobernadas del ímpetu del fuego les arrevataban las cabeças, las piernas u los braços, y a otros los dexava echos polvos. Unos, con el ambiente solo, caían sin sentido en el suelo, y otros eran llevados por el ayre a muy distantes partes. En esta casa el marido llorava la muerte de los hijos y muger, y en aquella, al contrario, la del esposo y padre; de manera que en toda la ciudad no avía otra cosa que lágrimas y espanto, ignorando los más, sin ánimo ni aliento, el principio y medio de la calamidad y desventura que estaban padeciendo. Con esto, uvo infinitos que pensaron era venido al mundo aquel tremendo, último y temeroso juicio.

Sucedieron en tan pequeño espacio casos extraordinarios. Un muchacho venía de la plaça con una luz en las manos, y uno de los sillares, como si sentara al moço en él muy de propósito, lo llevó gran trecho sin hazerle más daño que perder el sentido, y assí lo hallaron desmayado sobre la piedra el siguiente día.

En una casa donde vendían cerveça, estando dos segadores jugando al naipe y apresurando brindis, mientras baxó la güéspedes a una bóveda a sacarles cerveça, quando subió al rumor, los halló que sentados y con las cartas en las manos se avían quedado muertos. Otra muger, yendo a cerrar un aposento de su su casa, la fuerça de los vientos la arrancó la cabeça y dio con ella un tiro de ballesta. A otra hallaron magullados los sesos, y viéndola preñada, abriéndola la sacaron una criatura viva, que en tal calamidad fue más dichosa, pues en recibiendo agua de bautismo, espiró y boló al cielo.

Pero en fracasos tan notables, el que más se notó fue el ver que una triste muger con quien estava en mal estado cierto ministro de justicia, se hallasse en carnes y colgada de un árbol en el campo, pendiente al ayre de sus mismos cabellos, y los intestinos y tripas de fuera y arrastrando con espectáculo horrendo y asqueroso.

Muchas personas quemadas de la pólvora quedaron tan desfiguradas, tan fieras y espantosas, que aun sus más familiares y allegados no los reconocían. Ocho días tardaron en sacar cuerpos muertos de las ruynas y edificios caydos, y en el tercero déstos pareció un hombre vivo en el güeco que hizieron dos paredes juntándose al caer en el suelo. Éste, con tiernas lágrimas, preguntava si era aquel día el último y postrero, y si ya venía Christo al juicio universal.

Todo lo referido passó en un breve istante, y lo restante de la noche hasta el alva quedó el cielo muy claro, limpio y sereno el ayre. Andando con aquesto los magistrados y justicias con achas encendidas de unas partes a otras, socorriendo y minorando el general conflicto, sacáronse los muertos sin que los más pudiesen conocersse, y juntos los enterraron en el cimiterio de San Pedro, porque estava algunos tan inchados y ediendos que causava su detención nueva calamidad y pesadumbre. Tal fue la plaga que esta ciudad sintió, que de todo el Ducado de Bravante venían a verla como cosa espantosa y que avía sido blanco y terrero de un açote tan grave. Parece que con él quiso mostrar el cielo el que por sus maldades, rebelión y heregías ya les amenaçava a estas grandes provincias.

Y no paró en lo dicho la relación que escrivo, porque aun creció el estrago en los arrabales vezinos. Aquí murieron mil y quinientas almas, unas boladas de la pólvora, y otras sepultadas entre trecientas casas que también se arruynaron. El foso profundíssimo que rodea la ciudad, casi a docientos passos distante de la torre, no sólo se secó, aun con tener una gran pica de agua, sino que, llenándose de tierra, quedó igual con el campo; y el muro, al mismo término, por una banda y otra padesció su naufragio, quedó sentido, quebrantado y abierto. Sacó los peces y desde el agua los arrojó en el prado; y arrancando los árboles desde su nacimiento los llevó largo espacio donde hizo nuevas selvas, nuevas montañas, acinas y rimeros, que parecían los Alpes. Abrasó el fruto y oja de quantos se miraron dentro de media legua; y

aunque parezca duro de creer, es cosa averiguada que los árboles que solamente perdieron oja y fruto, con ser agosto, brotaron nuevas flores, nuevas ojas y frutas, que algunas maduraron en este mismo otoño.

La persona que esto me refirió, por más calificarlo, me acompañó y llevó a la iglesia de San Pedro, donde, como ya dixé, sepultaron a los que perecieron aquella amarga noche; y allí me enseñó dos versos numerales que la ciudad mandó esculpir y hazer; en quien, concisamente, para memoria del siglo venidero, quedó bien manifiesta y declarada la verdad deste caso, y juntamente su lamentable ruyna. Y assí, si algún curioso peregrinare aquellas tierras, viéndolos, fácilmente confirmará mi crédito, y si uviere tenídoles, saldrá también de dudas.

XXVI

Las historias y libros, particularmente el que voy escribiendo, admiten con razón aquestas variedades, y tal es mi principal motivo; demás que también esta disposición trae consigo a las vezes enseñanza y dotrina; por lo qual no es indigna de perdón mi tardança, digo, la que é tenido en bolver a mi historia, por referir la trágica y funesta desta ilustre ciudad. Cierto ella fue espantable, y como investigaron diversos escritores y yo tengo apuntado, presagio verdadero de las innumerables desventuras que dentro de diez años començaron, con larga duración para aquellos países.

Ya dixé arriba algo de la ocasión que me tenía en Malinas, aunque gran parte della fue la dolencia grande que afligió a mi cautivo; la qual, por el presente, o ya agravándose por verse en tal estado (pues no sé yo quien vive con salud si está sin libertad), o ya inducida por otra causa superior y secreta, creció por puntos y oras hasta hazerse temer, y tanto, que él juzgó que moría, y yo creí lo mismo con harta pena. Avíame, según tengo advertido, aficionado mucho a su agradable persona, y assí, en esta sazón, no sólo por perderle sentía su enfermedad, mas juntamente por ver perder su alma, antes de aver podido darle en su salvación algunos toques. Desayudava en parte esta tan justa empresa el contrario lenguaje, pues en casi veynte días que le truxe conmigo, nunca me fue possible hazerle que aprendiesse algo del español, mas ni tan gran dificultad bastó a desanimarme; antes, después que presumí el peligro, no perdí ocasión en que, según podía, no lo procurasse atraer a mi mejor consejo, valiéndome para ello de soldados amigos y algunas personas religiosas que sabían bien su lengua; no obstante que, surtiendo muy contrarios efectos, jamás el turco respondió a mi propósito mas que con suspirar y llorar tristemente, hasta que una mañana, quando menos yo lo pensava, y aun quando más desesperado del successo tenía resuelto alçar la mano dél, haziéndome llamar a su aposento, me llenó de improviso de otra nueva esperanza. Díxome, aunque por señas, que me quedasse a solas, porque tenía que hablarme, y yo, entonces, creí que delirava, pues no reconocía que, ignorando su lengua, era cosa impossible el entenderle; y con aquesta duda mandé llamar a quien nos fuesse intérprete; pero advertido dél, en muy claro español me respondió que no era necessario. Quedé pasmado oyendo tal milagro, y verdaderamente lo tuviera por tal si él no me desengañara, como veréis muy presto. Caí en la cuenta y en su gran disimulo, y acumulando causas a mi curiosidad, me prometí de todas una grande salida; y assí, haziendo primero despejar el aposento, sentándome, escuché en muy gallardo estilo, ladino castellano y harto mejor que el mío, el razonamiento que empeçó desta suerte:

—Por muchas causas, o dueño y señor mío, te é querido llamar en este duro trance, en quien ya sólo es tiempo de confessar verdades, y mayormente pendiendo de una dellas el principal remedio de mi alma, que todo lo demás es accessorio y de muy poco efecto; pero porque en el divino acatamiento sean de alguno mis propias confusiones y ocasión de algun mérito mi terrible vergüença, no escuso, si bien cercado della, el declararte los íntimos secretos de mi

pecho; no para que su maldad te desobligue, sino para que, como acertado médico, apliques a sus llagas remedio conveniente. Tú, como cavallero christiano, trata de su cura, y yo, como tu cautivo y obediente, la resigno en tus manos; haz della y haz de mí lo que por bien tuvieres, confío que será lo mejor; pero escúchame aora.

Este preámbulo tan concertado y bien dispuesto me dexó absorto, y mucho más el discurso de su historia, que assí fue proseguendo:

—A doze leguas de la imperial Toledo, digníssima cabeça de los Reynos de España, está un lugar de aquel arçobispado, donde nació el que ves, no, según as pensado y te dixere al principio, en el Peloponeso y de padres infieles, sino ilustres y nobles y, como allá dezimos, Christianos muy ranciosos; mas como entre las flores y plantas más hermosas tal vez se empina el cardo montaraz, assí, para su ofensa, nació este monstruo de su más limpia sangre, y es aquesta verdad tan infalible y cierta que no puedo alegar razón que me disculpe, pues ni a mí faltó el paternal cuydado, criança y disciplina en mis primeros años, ni hasta los diez y ocho, que salí de su abrigo, me dexaron gastar el tiempo ociosamente ni menos que en exercicios loables, letras y estudios, según mi suficiencia.

Estos buenos principios torció mi inclinación depravada y nosciva, dio al traste con su empresa, y con pequeña causa, desamparándola, me hizo dexar mi casa y, sonsacando a otro moçuelo algo menor que yo, salí a ver el mundo en su compañía, o a comprobar, según yo dezía, sus maravillas grandes y portentosas obras, opulencia de reynos y estrangeras provincias, que avía visto y leído en diversas historias. Assí se concertaron las primeras pisadas de mi desobediencia; falté a la obligación que devía a mis padres, a sus necessidades y trabajos, cuyo remedio y fin juzgavan ellos que serían mis estudios; cerré a su amor los ojos, y abrí, desenfrenado, franca entrada en mi alma a todos los peccados, vicios y libertades que, con su fuerça grande, al cabo me arrojaron en el estado que miráis y al presente suspiro.

Conocidos y vistos los principios del hombre, fácil nos es conjeturar sus fines; tal es la inclinación qual siempre fue el sugeto; y tal qual éste, su lenguaje y su plática; y con su plática se conforman sus obras, y con sus obras se concierta la vida, y, de ordinario, con la vida la muerte. Mas no permita Dios que en mí se vean cumplidas estas palabras últimas; espero en su bondad que, pues por tan estraños y secretos caminos me ha traído a morir a tierra de christianos, no será el paradero y fin de mi carrera como pronosticaron sus aviessos principios.

Digo pues, dueño mío, que salí de mi patria, y yo y mi camarada con tan poco dinero como discurso y juicio; y assí, mal sustentados, llegamos de mañana a Torrijos. Guardávase de peste aquél y los demás lugares; no nos dieron entrada, ni nosotros llevávamos el acostumbrado testimonio, y assí uvimos de callar y bolver al camino; pero un caso harto impensado suspendió aqueste intento, y aun me puso en peligro de perderme. Halló mi compañero en medio de aquel campo una pequeña choça, y metiéndose en ella, dentro de breve espacio salió con una espada; no parecía persona en todo su contorno, túvelo a buena dicha, y aplicándola luego para los gastos del camino, yo, que era más dispuesto, me la puse en la cinta; mas presto, a mi pesar, me dexaron sin ella. No avíamos andado medio quarto de legua, quando por el rastro nos alcançó su dueño, y como con mis frágiles braços y esperiencia peleó juntamente su verdad y justicia, no sólo nos rindió, mas con la misma espada me dio una grande herida en la cabeça, y aun pienso me acabara si a las voces que dimos mi amigo y yo no acudieran corriendo cinco o seis carreteros que me quitaron de sus manos y, advirtiendo la sangre, le agarraron y bolvieron al pueblo, y a los dos juntamente; donde, por no cansaros con tan pueriles cosas, y porque mi grave enfermedad no dexa que me alargue, un alcalde ordinario conoció de la causa y me mandó curar en casa de un vezino; mas en el ínterin, temiéndose mi amigo que también le dexassen por las costas, no sin algunas lágrimas y abraços se despidió de mí. Esto á ocho años, y nunca más supe dél, si bien, aunque

estuve en peligro, sané dentro de quinze días, y fui en sus busca y seguimiento a la ciudad de Sevilla, para la cual era nuestra jornada.

Aquí llegava el mísero cautivo, quando, sin poder más reportarme, visto tan claramente y conocido lo que tenía delante de mis ojos, advertida su plática, advertidos los passados progressos y principios de mi historia, los sucessos y casos de mi primer viage, llorando tiernamente, no sin espanto suyo, interrumpiéndole, abracé en mi cautivo, en el disimulado turco que yo estava escuchando, al primer compañero que tuve en esta vida, al condiscípulo de la escuela y estudio, y aquél que, si traéis a la memoria, en el principio deste libro dexé herido y curándose donde él á referido. Tales, tan peregrinos y notables, son los acaecimientos de los hombres, y por el consiguiente, tan digna de respeto y justa admiración la causa superior que los gobierna. Di a su divino autor con profunda humildad reconocidas gracias, juzgando este dichoso encuentro por uno de los mayores beneficios que tuve de su mano, tanto por la reducción de aquella oveja, quanto por ver que se servía de endereçarla por mi medio; y bolviendo con nuevo regozijo a abraçar a Figueroa, me le di a conocer, colmando con novedad tan increíble igualmente su pecho de espanto y confusión, de vergüença y consuelo.

Pasmó en oyendo mis razones, y con silencio mudo, fixando los ojos en el suelo, dixo callando, con solamente lágrimas, mucho más en su abono que lo pudiera hazer con infinitas razones y palabras. Assí, con larga intermisión, le dexé que templasse y fuesse poco a poco despidiendo del pecho la súbita congoxa que le tenía turbado. Después de la qual, confortándole yo con entrañable afecto, y dándole ánimo con más tiernas caricias, y aun breve cuenta de mis acaecimientos, bolví a su término los perdidos espíritus, y a más firme esperança y seguro puerto su empacho, su temor y desconfiança. Y con tanto, ratificado nuestro passado amor con otro estrecho laço, nuestra antigua amistad con la afición y fee que suele perpetuarse quando desde pequeños se comienza y prosigue, como quiera que para el remedio de su alma no convenía encubrir lo essencial de su cuento, aunque con débil voz, algo más alentado, le bolvió a referir en la siguiente forma:

—Supuesto, amado Píndaro, que a mí me importa y a tí no es enojo este discurso triste, no lo pienso escusar; si bien mucho quisiera que antes de proseguirle disculpasse igualmente mi mal conocimiento lo mismo que en el tuyo puede ayudar al mío. Como te libra a tí mi trage y lengua bárbara, haga lo propio en mí el poco o ningún tiempo que aquí te é conversado, el verte aora tan gallardo y tan hombre y el averte dexado tan muchacho y rapaz quando nos apartamos en Torrijos, tú para continuar tan buenas dichas, y yo para despeñarme en Sevilla, como sabrás aora.

Allí pues, caro amigo, te esperé muchos días, si bien el gran trabajo que tenía en conservarme, para más bien hazerlo, me obligó a procurar mejor modo de vida. Supe que un cavallero, tratando de casarse, buscava pages y dava ricas libreas, y aunque muy maltratado, mi talle y modo le pareció a propósito; recibíome en su casa, y en corto término yo me vi reparado. No pasó una semana sin concluir la boda, truxo mi amo a su esposa, que era una hermosa dama, y assí, con muchas fiestas, largos y alegres días regozijó la familia este su nuevo estado. Llamávase él don Carlos y su muger Luciana, él discreto y galán, y ella bella y virtuosa, y uno y otro muy ricos; con que, en tan cuerda unión, fuerça era que viviessen una vida dichosa; tal lo era ciertamente, y con razón pudiera embidiarse en Sevilla aquel feliz y hermoso ayuntamiento, si la instable fortuna, natural enemiga de los buenos, no bolviera su suerte, trocando la mayor tranquilidad y buena dicha en el más triste estado que padescieron hombres. Desta calamidad fui yo no poca parte, y assí, aunque algo acessoria al principal motivo que me obliga a contarla, todavía, porque lo sepas todo y se avergüence mi alma refiriendo sus males, podrás tener paciencia y escucharla.

Truxo Luciana consigo, entre otras muchas, una criada, a quien, por la experiencia de su amor y servicio, estimava en extremo, y aun dava un poco más de libertad que a sus compañeras, con lo qual acaeció lo que a mugeres suele, que con el regalo demasiado, favor y libertad, se olvidan de su honra. Aficionóse a mí, y yo también puse en ella los ojos, y como es tan difícil que de unas puertas adentro, por gran recato que aya, dexen de executarse estos hurtos amorosos, qual el ladrón de casa, fácilmente los puse donde nuestros desseos torpemente anelavan; mas no perseveraron en semejantes desórdenes. Fuimos sentidos presto, y casi cogidos, como dizen, las manos en la massa, por la honesta señora; pero aun en tal desgracia nos favoreció la suerte. Estava entonces en el campo don Carlos, y su ausencia dio término para que mitigasse su alteración Luciana; quiso al principio entregarnos llamando al marido, pero pensando en ello, temiendo que con furioso ímpetu nos matasse, y luego la inquietud que le redundaría, determinó seguir otro consejo. Mandóme que al momento saliesse de Sevilla, y según después supe, con secreto y sin ruido pagó la triste criada lo que entrambos devíamos, y tal favor la hizo que en más de un mes, coloreando el achaque con cierta enfermedad, no salió de una cama. Y puesto caso que, por su atrevimiento y deshonestidad, deviera aborrecerla, no obstante, piadosa y compassiva, recelando que del desampararla nacería su mayor perdición, la regaló y curó, y aun la bolvió a su gracia. Mas ni esto fue bastante para amansar la rabia y el desseo de vengança que por el justo castigo, interrupción de sus deleites y aver echado tierra sobre nuestras maldades, se apoderó de su criada.

Estava yo en el ínterin tan ciego y abressado de mis locos amores, que no sólo no obedecí el mandato ni salí de Sevilla, mas, beviendo los vientos, por todos los caminos que me fueron posibles procurava tener noticias de mi dama; y assí ella, que no menos que yo anhelava a las mías, luego en convalesciendo, tuvo mejor acierto, supo de mi persona, y no faltando modos para escribirme, ni medios y terceros para comunicarme, yo la vi muchas vezes por una alta ventana, y ella, que no ignorava mis pocas fuerças, a trueque de que yo perseverasse en la ciudad, se quitava el sustento, vendía las mismas tocas, para dármele.

XXVII

Desta suerte proseguí muchos días en su imposible empresa, porque, con lo passado, el recato y cuydado de Luciana le puso tanto estorvo que le dificultó, y aun hizo inexpugnable. Jamás un punto la apartó de sus ojos, ni en casa de sus padres, que los tenía en Sevilla, la dexava salir, ni aun a missa, sin ella; con que precisamente fue creciendo su llama, y por el consiguiente su irreparable enojo. Ya no de proseguir mi amor, sino de vengarse de su ama tratava Lucrecia (era aqueste su nombre, harto distinto de su primer origen).

Más ciego es en la muger, más terrible y fogoso el apetito de vengança que su propia lascivia; lo que no hiziere ayrado este frágil sugeto, mal he dicho, este espantoso monstruo, no intentará ni hará la más hambrienta tigre. Bien es verdad que nunca concedí en su horrendo propósito, si bien tanpoco le escusé y desvié como estava obligado; lo cierto es que, aunque oí su amenaza, nunca pensé que Lucrecia la pusiera en efecto; mas engañóme entonces mi corta experiencia, pues, sin bastar mis ruegos y persuasiones, ella se resolvió a determinarla y me encubrió el secreto muchos días. Esperó coyuntura, y estando su señora fuera en cierta visita, don Carlos en su estudio, no quiso perder tiempo; entróse a él, y cogiéndole solo, le dixo que tenía que hablarle, y añadiendo ser cosa de importancia, cerrando el aposento, él la escuchó admirado, y ella le començó a dezir estas mismas palabras:

—Dos condiciones solas quiero, señor, que me prometas antes de descubrir mi pecho. Una ha de ser que has de guardar secreto sin nunca publicar el autor deste aviso, pues no será razón que por premio de mi lealtad y zelo de tu honra en algún tiempo alguien me dé la muerte; y la

otra ha de ser el no correr con furia ni precipitación, sino mañosamente, hasta ver con los ojos lo que te advierto aora.

No pudo menos de turbarse don Carlos, ofreció así cumplirlas, y rebentando por salir de tal duda, la mandó proseguir, y ella comenzó de nuevo a hazer preámbulos, ya sobre disculparse en darle un tal enojo, ya en el aver tardado en descubrir la causa, y ya sobre calificar su lealtad y esperiencia, su servicio y amor, su diligencia y promptitud y, principalmente, la verdadera fee con que a Luciana amava, no tanto por su merecimiento, quanto por ver con tan larga asistencia lo mucho que él la estimava y quería. Aquí, haziendo una pausa, después della pasó adelante y dixo:

—Ver pues, señor mío, tu entrañable afición tan mal correspondida, tu decoro y honor tan poco respetado, mueve oy a mi lealtad, mueve mi lengua para poder dezirte que te ofende y afrenta Luciana. Sabe Dios que antes desto son infinitas las vezes que la é reprehendido, y muchas más las que, por fruto de mi amonestación, é sacado palabras injuriosas, obras indignas y malos tratamientos de su boca y sus manos, y aun hasta amenaçarme con la muerte cruel no ha reparado. Yo temo que esta se me apareja ya si tú no me socorres remitiéndome en casa de mis padres, o no pones remedio en las cosas de entrambos. Un vil criado tuyo á violado tu lecho, no es más ilustre y alto su infame y torpe empleo; los dos viven tan ciegos en su amor y tu injuria, que si tienes paciencia y te gobiernas con cordura, verás y tocarás provado su delito. No quiero que en quanto a esto fíes de mis palabras, aunque si abres los ojos, si callas y no das muestra de tu recelo, yo asseguro que muy presto, mirándoles al rostro, conozcas su maldad, y qual es el criado que te ofende.

Cessó en diziendo esto la inadvertida moça, y no menos terrible le fue al triste don Carlos escuchar sus razones que si en dos mil pedaços le arrancaran el alma; amava aun más que a ella a su inocente esposa; tenía —como en efecto lo era— por muy honesta y santa; juzgava por imposible cosa semejante provança. Mas entendiendo quan fácilmente podía desengañarse, algo más alentado, dissimuló su pena, advirtió a Lucrecia que sobre aquel sucesso no hablasse a otra persona, y mandándole bolver a su labor, se quedó solo, pensando en su desdicha y en quien sería el criado cómplice de su traición.

Tenía, entre los demás, uno muy gentil hombre, de rostro muy hermoso y de costumbres mucho mas, y, por aquesta causa, su más favorecido; y así, su esposa, entendiendo que le agradava en ello, siempre se servía dél, siempre le regalava y cuydava en su avío. Ningún negocio, ninguna diligencia o mensaje y recaudo mandava Luciana a otro, todo corría, con pura y sencilla voluntad, por las manos de aquéste. De aquí nació el presumir don Carlos que aquél devía de ser; pero su gran fidelidad, experimentada dél por muchos años, porque le avía criado desde los primeros que tuvo, le hazía prevaricar y dudar en el crédito; mas con todo, deliberó de andar muy sobreaviso y ver si podría desengañarse por sí mismo, sin usar de otros medios. Y con aquesta advertencia, como quiera que ya sus propios celos le yvan trastocando las cosas, lo negro haziendo blanco y lo hermoso muy feo, parecióle que aquél andava más pomposo y lucido, y siendo assi verdad que el ser limpio y biçarro le procedía de una natural loçanía, la atribuyó a mal fin. Y fuera desto, atendiendo el criado sólo a servirle bien, viéndole tan solícito, tan cuydadoso y diligente, tan continuo en su presencia, y tan asistente a agradar a su esposa y a granjearle a él, todo le fue incentibo para crescer su sospecha, todo, mirado con presupuesto falso, aumentava sus celos; y en admitiéndose éstos, o su amarga ponçoña, siempre sucede así. Qualquier acción de la ignorante dama, aunque fuesse de las más ordinarias y comunes, interponiéndose el criado, era el retrato vivo de la trayción que presumía en entrambos; y en conclusión, de tal forma el demonio dispuso sus descuydos, que sin tener Luciana cuydado alguno en lo que sanamente y con bondad hazía, y sin pensar el page la ofensa de su dueño y los rabiosos ojos con que eran remirados sus más gratos servicios, incurrieron en la culpa que nunca cometieron, y en el castigo cruel que no avían merecido.

Finalmente don Carlos tubo por cierto el daño, y resuelto a vengarse, habló primero a Lucrecia, quiso saber primero si se atrevía a hazelle ver con efecto lo que con palabras le avía descubierto y prometido; y ella, más obstinada, ofreció el cumplimiento con gran facilidad. Ynformóle del modo, díxole que fingiesse que, como otras vezes, se yva a caçar al campo, y que bolviendo solo cerca de media noche, la hiziesse cierta seña, con la qual le abriría, y que yéndose luego al aposento de su esposa, la cogería segura con su atrevido adúltero.

Assí fue su concierto, y sin más dilatarlo, pareciéndole bien al desdichado cavallero, con quantos criados podían embaraçárselo, salió al siguiente día, con voz de que yva a caça. Assí lo presumió su honesta compañera, y bien agena del mal que la esperaba, antes de anochecer reconoció la casa, mandó cerrar las puertas, y con su gente se recogió temprano. Era de parecer que la muger honrada, ausente su marido, se ha de tratar como güerfana y viuda. Pero antes desto, por la ventana acostumbrada, yo me vi con Lucrecia, de quien, sin muy largos rodeos, como el guardar secreto con quien se quiere bien es cosa tan difícil, mirándome algo melancólico y triste, no tan sólo, pensando assí alegrarme, escuché muy alegres consuelos de su boca, cierta y breve esperança de bolver a gozarnos, mas juntamente su trayción y vengança. Bien pienso que creyó que yo le daría albricias, o que de puro gusto saltaría como loco; mas fue otro efecto el que sintió mi alma; los cielos saben que en mi vida suspiré ni lloré causa que me afligiesse tanto.

Mucho amava a Lucrecia, y mucho más la quise a los principios, que las intercadencias tiemplan y enfrían sus llamas, mas ni por esso me atreví a tolerar un tan gran maleficio. Dissimulé y callé, y despidiéndome lo más presto que pude, hize una cruz al puesto, y con resolución de abandonallo todo, provecho y afición, sustento y voluntad, escribiendo a don Carlos un papel, sellado y bien cerrado se le di al mismo page que inocente culpavan. Mas quiso mi ventura, y aun la contraria suya, que no supiesse yo con tanta distinción como era necessario la máquina traçada; ni sabía si era ella persona essencial, ni el tiempo y modo, ni otra circunstancia del caso; y assí, tan solamente avisé por mayor a don Carlos lo que sabréis después, advirtiéndole al criado que en todo caso le diesse aquel villete al punto que llegasse, y aun, si pudiesse ser, se le embiasse adonde estava en caça. Encarguéle este punto encarecidamente y, porque no faltasse, le repetí mil vezes que era un muy grave aviso. Pero quando está una desgracia determinada de los cielos por sus secretos juicios, poco aprovechan y sirven diligencias humanas. Pensé que aquesta mía pudiera remediar el alevoso engaño, mas yo trabajé en balde; mi buen celo me escusa, mi ignorancia me salva.

Finalmente, según lo concertado, don Carlos, huyéndose a su gente, bolvió a la ora advertida, y puniéndose al lado una daga emponçoñada y trayendo consigo cierto veneno fuerte, dispuesto para el caso, echa la seña, baxó Lucrecia a abrirle. Pero es de advertir que antes corrió primero al aposento del criado, y, llamándole aprissa, le hizo subir al mismo de Luciana, y diziéndole que ella se lo mandava, porque quería embiarle a que truxesse un médico, también le dio a entender que la avía salteado un accidente repentino. Con lo qual, sin poner otra excusa, el diligente moço, obedeció bolando; y al propio instante, abriendo ella la puerta a su señor don Carlos, de tal forma dispuso esta apariencia que el ir subiendo el uno y baxando el otro fue todo casi a un tiempo.

Avía hallado el criado cerrado el aposento y con gran quietud el quarto de su ama, y casi — escuchando un poco y llamando un buen rato y no le respondiéndole— juzgó que fue el invento de Lucrecia burlarle, y con algún enfado se bolvió para el suyo; mas atajó sus passos quien menos él creyera que le podía ofender. Apenas su señor con verle en tal lugar confirmó sus sospechas, quando embistiéndole furioso, a los primeros golpes le passó el corazón y, sin dezir Jesús, le tendió en aquel suelo.

Y con la misma rabia, derribando las puertas, entró donde su esposa estava reposando, y arremetiéndole a ella, arrebatándola del lecho por sus madexas de oro, que tal era el cabello, la

truxo un largo espacio arrastrando y hiriendo de unas partes a otras, y estando casi muerta con mal tan repentino, la inocente señora, conociendo a su esposo, mucho más se turbó de verse así tratada por quien, en fee de su virtud y de no averla errado, antes avía de ser respetada y servida. Con este mortal afligimiento, llorando amargamente, sólo le suplicava le dicesse la causa; mas él, sordo a sus voces, con el sangriento pomo de la daga, porque no hablasse, la hizo pedaços los dientes de la boca. Y así, aviendo después desto gran rato maltratádola, queriendo despacharse, por no derramar sangre de quien tanto avía amado, la dio a escoger de dos partidos uno. Díxola:

—U toma este veneno, con que se acaben tus miserables días, o espera que mi daga, con un largo martirio, te haga pedaços el corazón y el pecho.

A esta triste sentencia, viendo la infeliz dama deliberado su más querido esposo, y que ni sus ruegos y lágrimas podían moverle a escuchar sus razones, tomó la caxa donde estava el veneno, y alçando al cielo los lastimados ojos, dixo:

—Yo hago a Dios y a los hombres testigos de que muero inocente, yo ruego a la divina providencia que no quede contigo, ¡o dueño amado mío!, ni con el mundo, átomo de sospecha que sea contra mi honra, y que sea mi limpieza con tan claras señales conocida, que a ti te pese más de la presente muerte que executas que no a mí de perder esta amarga vida. Bien sé que me la quitas o por mal informado o por aborrecerla; pero también no ignoro que ni por esto ni por aquello te es dado o permitido; mas no obstante, solo aora me es lícito callar y obedecerte; no quiero que tu mano irrite contra sí con mayores crueldades el castigo del cielo, sin derramar mi sangre consiento y quiero que consigas tu gusto.

Assí habló, y con valor constante, llevando el eficaz veneno hasta la boca, lo pasó en un momento, y echo esto, bolviéndose al marido, tornó a dezirle semejantes razones:

—Ya, Carlos de mi vida, se executó tu gusto; ya, señor mío, cumplí tu voluntad. Justo es que pues aora no se escusa mi muerte, tú, que eres mi marido, no me niegues en este último trance lo que aun me concedieran los más fieros contrarios y enemigos. No es imposible ni arduo lo que quiero pedirte: que me declares la causa de tus iras, es sólo lo que yo te suplico; y este bien solamente, si puede aver consuelo en tan amarga despedida, se le dará a mi alma. Concédela, y concédeme que parta de tus pies con este breve alivio.

Aquí, oyendo demanda semejante el engañado cavallero, en vez de lastimarse y reprimir su cólera, más encendido en ella, juzgó por mayor atrevimiento querer así su esposa negarle su pecado y delito que si le bolviera a cometer de nuevo. Y así, con más furor, bolviéndola a tomar por los cabellos, le dixo:

—¿Cómo, infame muger, aún tienes lengua, viéndote en tal estado, para contradezir lo que mis ojos vieron y tocaron mis manos? Mas ya caigo en la cuenta, ya conozco y entiendo que te agrada el mirar antes de tu vil muerte la causa della y el fin de mis afrentas. Ven, ven, sígueme suzia arpía, bien es que, pues ya mueres, te conceda essa gracia.

Con esto, arrastrándola por todo el aposento, la sacó y la llevó adonde estava rebolcado en su sangre el desdichado moço. Y echándola, en llegando, sobre el difunto cuerpo, con temerosa voz la dixo:

—Hártate, desleal. Ya cumplo tu desseo. Pues te acordaste en la ruyna de mi honra con esse infiel sugeto, justo es que os conforméis aora los dos en la muerte, en el lugar y el tiempo.

En este punto la infelicísima señora, a quien ya muy apriessa, yéndosele acercando al corazón el eficaz veneno, le faltaban las fuerças, viendo aquel espectáculo y alçando débilmente el macilento rostro, dixo dando una voz:

—¡O poderoso Dios! ¡ten piedad de mi alma! Mayor es mi desgracia de la que yo creía, mayor es el engaño de mi querido esposo; mucho mayor, sin duda, pues assí á muerto a dos tan injustamente. Alúmbrale, Señor, en ceguedad tan grande; aclara mi lealtad y manifiesta la inocencia de aqueste y la trayción con que emos muerto entrambos.

Y no pudiendo bien pronunciar los últimos acentos, cayó difunta, dexando atónito y pasmado a don Carlos de ver en su muger tanta constancia, morir negando su delito y injuria; mas como el aver hallado su criado en el puesto que dixe tenía tan confirmadas sus celosas sospechas, desechando otra duda, trató de disponer sus cosas con segura salida. Avía imaginado cierta traça para dar a entender que de una apoplexía podía aver muerto esta noche Luciana, y assí, llamando a la cruel Lucrecia, ayudándole ella, la puso en su mismo lecho.

Y después desto, quiriendo juntamente dar cobro en el criado enterrándole en unos soterraños, como para ponérsele en el hombro le fuesse levantando por la mitad del cuerpo, el mismo peso abrió las faltiqueras, y entre otras cosas que se salieron dellas y cayeron a sus pies, fue el villete cerrado que, según dixe arriba, yo se le avía entregado la tarde antes para que se le diese en viniendo de caça; y como en tan arduo negocio convenía estar muy advertido y no dexar camino u rastro por donde se pudiesse presumir el secreto, pues muchas vezes vemos que de pequeñas y aun menores señales nacen grandes indicios y, finalmente, el descubrirse casos importantísimos, atentó a prevenirle, no quiso el cavallero que allí quedasse cosa que hiziesse daño. Recogió las que dixe, y entre ellas mi papel, mas viendo el sobrescrito que era para él, no obstante la obra començada, incitado y movido de la justicia divina, que no quería dilatar el castigo, le abrió y leyó lo mismo que se sigue:

"Por aver comido vuestro pan, y sobre todo por lo que devo a Dios y me obliga su fee, ser hombre y ser christiano, os aviso, señor, que vuestra criada Lucrecia trata de levantar a vuestra esposa una grande trayción, en vengança de averla ido a la mano en mis amores mismos; que ésta fue, señor mío, la ocasión verdadera porque Luciana, justamente, me echó de vuestra casa. Séaos esta advertencia norte y senda segura para no tropeçar, engañado, en algun baxío; mirad sin duda que lo que os digo es cierto, porque aun aquesta tarde me á declarado en quán estrechos puntos andava su vengança, y las injustas muertes de Luciana y otro criado suyo, con el qual os avía hecho creer que torpemente manchava vuestro lecho. Cuerdo y prudente soys, recibid el aviso, y proceded en este caso, antes de començar, menos acelerado que cauteloso; que si lo hazéis, yo fío que veréis mi verdad y me quedaréis agradecido para siempre."

XXVIII

Assí, aunque tarde, leyó don Carlos lo que yo le escribía, temblándole las manos y el corazón turbado dentro del pecho. Creyó sin duda, en viendo mi papel, que algún espíritu, para más afligirle o reducirle a que desesperasse, le avía fingido y puesto delante, tan fuera de sazón, aquel inopinado encuentro; por otra parte, presumió que dormía, y que tan tristes cosas le sucedían soñando; y en un muy grande término ni se pudo mover, ni levantar los ojos del villete.

Mas en el ínterin, la perjura criada, que nunca imaginó que su vengança llegara a executarse con tan sangrientos fines, reconociendo a semejante tiempo en el rostro de su amo tan nueva alteración, mudanças y señales tan fuera de propósito, adivinando su desastre (como quiera

que esta sea calidad de los malos, estar siempre temiendo el castigo y la pena), también comenzó a demudarse y perder los colores; pero fue mucho más cuando su amo, no porque uviere creído, sino porque curioso quiso ver como lo tomaba y recibía, la puso el villete en las manos; porque entonces, ya sin tener esfuerzo para disimular, apenas conoció mis renglones cuando, cortada y sin alientos, se cayó desmayada; pero volviendo luego en sí, con igual desatino, levantando y cayendo, quiso dar gritos, quiso correr a echarse por una alta ventana que salía a la calle. Desta suerte quitándole el vigor para disimular cuando más la era necesario, permitió Dios que, aun sin hablar palabra, tácitamente confesase su culpa, y tarde y mal don Carlos conociese su engaño.

Con todo eso, aun con estar ya él más muerto que su esposa, tuvo valor y espíritu para mandar a la criada que, estensamente y sin negarle nada, le refiriese la verdad del suceso. Y ella, asimismo, para echarse a sus pies y pedirle perdón con muchas lágrimas, y juntamente para hacer su mandado, contándole desde el principio hasta la postre todo el proceso de nuestro amor y el miserable origen desta amarga tragedia, repitiendo en su discurso largo muchas veces que nunca avía pensado que tan al fin llegara su terrible venganza, ni la avía deseado para más que ver a su señora maltratada y herida como lo fuera della.

Esto fue lo que dixo, y estas palabras solas fueron las que su lengua pronunció en esta vida; porque, aun no siendo poderoso para escucharla más, el engañado caballero, rompiendo el ayre con dolorosas voces, arremetió con ella, y rasgándole el pecho, aviendo primero dádole veinte y seys puñaladas, la sacó el corazón, y con la misma rabia enfureciéndose con él, por ser el instrumento principal donde forjó sus daños, le dividió y partió en mil menudas piezas. Y sin mayor tardanza, después de un triste llanto que hizo sobre los cuerpos de su casta muger y fiel criado, juzgando por imposible cosa rescatar tantos males, dexando mi papel, y a las espaldas dél escrito todo el caso, se salió de Sevilla y con ligeras postas se metió en Cataluña.

Luego el siguiente día se supo en la ciudad, y estando en Gradass alcancé su noticia, y aunque, según mi aviso, otras nuevas mejores me tenía prometido, todavía, si bien las sentí mucho, no me cegó el dolor de la suerte que a Lucrecia. Consideré mis cosas, y temí que, ya por sabidor y cómplice en el echo, o ya para su mayor comprobación, me pondrían en la cárcel, y que en ella, por si viste o no viste, o si pudiste o no pudiste avisar con más tiempo, me tendrían dos años. Tomé mejor consejo, y vendiendo el vestido, trocándole a otro peor, disfrazado y a pie, caminé hazia Sanlúcar.

De allí, después de aver gastado lo poco que llevaba, por esta causa y porque también no me tenía por seguro, partí a unos lugarcillos del término de Cádiz, do están las Almadras, y en quien, aunque lo diga con vergüenza y disgusto, viéndome perecer, me acomodé a su officio; paré en aquella confusa picardía, vascosidad y horrura de nuestra patria España. Pudiera referirte de aquel baxo exercicio sucesos bien notables, mas el gran mal que siento me haze que pase en blanco éstas y aun otras cosas. En fin, yo gasté aquí quatro meses de tiempo, y no sé si fueran muchos más, según me avía prendado la vagamunda ociosidad, libertad y abundancia de que sin rey ni ley gozava alegremente; pero perdía toda quando menos cuidava, guiando, como después lo supo, mi mayor desventura, el aviso que dio un morisco andaluz enxerto en mal christiano, ya del grande descuydo en que estava la tierra, y ya del poco estorvo que se podía temer de nuestra corta guardia.

Assí, por esta causa animado Azanaga, cossario vigilante y turco de nación, salió de Argel en corso, y caminando hazia poniente con quatro galeotas, en pocos días desembocó el estrecho, y acercándose a Cádiz, antes de amanecer echó en tierra su gente, y con gran brevedad, valiéndole la noche, nuestro descuydo y sueño, antes que despertásemos ya estábamos cautivos más de ducientos hombres; con quien, no sin suspiros míos, comenzaron a guiar do estaban sus baxeles. Pero por mucha priessa que el bárbaro se dio, entendido en la isla, salió el corregidor con buena gente (dixose en las galeras que un natural del puerto, renegado, saltó

dellas huyendo y avisó a la ciudad), puniendo assí en discrimen el contrario suceso, como en peligro cierto de perecer los turcos, o perder la presa, la qual yvan aora recogiendo y haziendo el último esfuerço por librarla y librarse; mas no les possible. Travóse escaramuça, sintiéronse apretados, y, mal que no quisieron, alargaron los más; sólo yo y otros treynta, por nuestra desventura, nos quedamos cautivos, aunque antes, un fracaso puso nuestra libertad en alguna esperança.

Parece ser que aviendo la marea vaziado entonces mucho, quando los acosados turcos quisieron virar las galeotas las hallaron en seco; lo qual, visto por ellos, les causó gran desmayo, si bien, en quanto algunos pocos escaramuçando brevemente detuvieron los nuestros, la resta que quedava, con los ombros y braços, a pura y viva fuerça las echaron al agua. Esto se pudo obrar con las tres solamente, eran vasos pequeños y, no obstante perdieron antes de executarlos más de quarenta turcos entre muertos y presos; pero el baxel Azán, por muy grande y pesado, escapando la gente, quedó con los de Cádiz, mientras desesperados dieron los tres la buelta, dexando a diez por hombre defraudado el suceso, que sólo fue trágico y lloroso para mí y otros treynta christianos. Pues quando en un momento bolvieron a su asiento los demás camaradas, y quando los de Cádiz celebravan con fiestas la vitoria, la presa rica y amada libertad de los tristes forçados que venían en la galera de Azán, mis lastimados ojos y mi cansado aliento arrojavan al viento suspiros tiernos y lágrimas amargas, y mayormente luego que vi apartarme de la costa de España, perder de vista sus apacibles montes, y ponerme en seys días en la playa de Argel, donde, en pública almoneda, nos vendieron al punto, cayendo yo en poder de un arraz de Biserta, que me llevó consigo dentro de veynte días.

Dióle en este viage mi juventud y falta de esperiencia ocasión a mi dueño para persuadirme mejor que tomasse su ley, ya a las vezes con ruegos y amenazas, ya con caricias y malos tratamientos; pero siempre vencí y le dexé corrido, porque es tal la verdad, tanta la fuerça de nuestra fee cathólica, y tiene el alma con ella tan alta consonancia, que el confessarla sólo la assegura y quieta, como al revés la aflige el dudarla o torcerla. Este claro argumento, aunque en tan pocos años, tuvo mi mocedad por seguro puerto, sin que en muy largos días hiziesen mella en ella ninguna estratagemas de las muchas que usó mi cruel patrón, ya cargándome de cadenas y açotes, ya cercenando mi mísero sustento, y ya trayéndome siempre en continuos trabajos, acarreando piedras, moliendo en atahonas, adereçando campos, cultivando heredades. Yo curava las bestias, yo guardava el ganado, yo plantava jardines, yo regava las güertas, y destos puños solos pendía el gobierno, el servicio y cuydado de su casa; y con todo, no le tuve contento hasta que, cogiéndome por fuerça amarrado a un pilar, me retajó, y con igual violencia me hizo vestir de moro y casar con una muchacha de quinze años, su hija.

Ten, Píndaro, por cierto que no es lo que te é dicho presunción de abonarme, sino efectivamente lo que entonces passó; porque te hago saber que, aunque alegué la fuerça, reclamé a la justicia, y pretendí provarla, no tuve algùn remedio; antes declararon moravitos —que son letrados de su ley— que estaba sugeto a sus preceitos y era tan turco y moro como ellos. Tienen por opinión aquellos ciegos bárbaros, entre sus desatinos, éste que es más ignorme: afirman que ofrecen a Mahoma muy grato sacrificio siempre que, por grado o por fuerça, atraen alguno a su maldita seta. Assí, yo entonces, en el vestido turco y en el alma christiano, permanecí hasta que tuve hijos, prendas con que empecé a olvidarme y a remontarme poco a poco de mi remedio y salvación. Quedéme al fin a escuras sin los rayos del sol, y trocando su luz por las tinieblas lóbregas en que viví hasta aora, ciego de un torpe amor, enlaçado de una frágil cadena y, en conclusión, encenagado y sumergido entre los viles vicios y lascivias que permite el ignorante mahometismo.

Tan largas muestras di de mi mudança, que seguro mi suegro se acompañó de mí en diversas jornadas, digo, saliendo en corso con una galeota y haziendo presas que pudieron, lográndose, adelantar la hazienda y el caudal, tan apriessa que hoy era nuestra casa una de las ricas del

Reyno. Pero como ya el cielo, por su misericordia infinita, yva disponiendo el sacarme de aquel profundo abismo, permitió que tomando la buelta de poniente nuestro baxel, y otros siete de turcos que yvan en su conserva, nos diese la tormenta y naufragio que tú y tus compañeros padecisteis sobre la Formentera, adonde sólo yo gané en venir a tus manos, todos los demás se perdieron o quedaran cautivos, si como allí lo viste más se les dilatara el socorro oportuno.

Estas palabras últimas dixo con tantas lágrimas el afligido Figueroa, quanto el horrendo teatro de sus calamidades y miserias requería. Juzgué con justa causa que eran efectos tristes de su dolor y pena; mas viéndole muy presto que con silencio grande, copiosos trasudores y presuroso aliento se reboavía en la cama, tomándole los pulsos, conocí claramente que el mal avía echo pausa y yva aumentándose con muchos crecimientos. Creí que Dios quería disponer de sus cosas, animé mis propósitos, y reconciliado con la Iglesia, quatro días que le duró la vida, lloró y gimió con espantosas lágrimas su peccado y delito, y con señales y premissas de verdadera contrición y arrepentimiento dexó en mis braços el espíritu.

Pudiera aquí mi pluma dilatarse, y escribir en tan alta materia como es la predestinación de los hombres algunas ligneas, que más calificassen la que resplandeció en este caso; pero él podrá por sí dezir lo que yo escuso, tanto por ser ageno de mis cortos estudios, quanto porque los cultos censurantes no tengan qué cortar en él meterme a teólogo.

Mas bolviendo al suceso, yo hize lo que pude por el difunto amigo, y en aviendo cumplido con su sepulcro y honras, passé a Bruselas y di fin al viage.

FIN

Aquí quiso el Soldado hazer mitad al prodigioso curso de su varia fortuna. Si tal fuere su suerte que mereciere el gusto del letor, su aprobación y aplauso, desde luego prometo sacar en breve espacio la resta que le queda, que ni es menor ni menos admirable; antes, en cierto modo, le es más aventajada, por proseguir en todo como acción dilatada y principal asunto el casto y puro amor de la hermosa Isabela, y los trabajos grandes que en su empresa y discurso, qual otro Clitofonte o qual otro Teaxenes, padesció nuestro Píndaro con valentías y constancia española.